

# LIEBRES DE SONORA

Rafael R. Costa

Literatura y ficción



# LIEBRES DE SONORA



# LIEBRES DE SONORA

Rafael R. Costa

amazon encore 

*Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

Título original: *Liebres de Sonora*  
Edición original autopublicada en España, 2016

Publicado por:  
AmazonEncore, Amazon Media EU Sàrl  
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg  
Agosto, 2017

Copyright © Edición original 2016 por Rafael Rodríguez Costa

Todos los derechos están reservados.

Diseño de cubierta: Lucía Bajos, diseño y comunicación visual  
Imagen de cubierta © Sam Bloomberg-Rissman / Alamy Stock Photo

Primera edición digital 2017

ISBN: 9781542048583

[www.apub.com](http://www.apub.com)

# ÍNDICE

## SOBRE EL AUTOR

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

# SOBRE EL AUTOR

Después de trabajar como bibliotecario, Rafael R. Costa (1959) abandonó su Huelva natal para trasladarse a Madrid y dedicarse por entero al oficio de escribir. Fue el poeta más joven en recibir el premio otorgado por el Club de Escritores Onubenses (CEO) por *Cirea* (1985) y también mereció el Pablo Neruda, el Petrer-Paco Mollà o el José María Morón de poesía. Ha publicado asimismo dos novelas, *El caracol de Byron* (Premio Irún, 2004) y *El niño que quiso llamarse Paul Newman* (Premio Onuba, 2005). Aunque ha sido finalista de galardones como el Juan Ramón Jiménez o el Café Gijón, el Irreverentes o el Planeta (por *La interpretadora de sueños* y *El cráneo de Balboa*), actualmente Costa desarrolla su obra lejos del entorno editorial convencional, publicando en Amazon Kindle, con merecido éxito.

La niña venía muy mal. Prácticamente muerta. Cuando se lo dijeron no salió una palabra de su boca, más bien sintió un montón de letras y sonidos inconexos apelonados donde la tráquea, ni siquiera pudo tragar saliva.

—Lo siento, Saldaña... No le vivirá la chiquilla. Hicimos todo lo que está mandado.

El hombre asintió con gravedad y recogió por primera vez a su hijita en brazos. La criatura tenía los ojos cerrados, su piel era muy delicada y translúcida, pero no quiso mirarla. La enrolló en el guarda ángel que llevaba y la abrazó contra el pecho.

—Lo siento de verdad, Saldaña.

—¿Cómo está la madre?

—Bien, bien...

—Dele usted las dos mil quinientas del sobre, las otras mil pesetas son por los gastos.

—Así lo haré.

Fausto se quedó un momento en silencio, sin mover ni un músculo, sin pestañear.

—¿Qué piensa hacer con ella?

—Todavía está viva.

El médico meneó la cabeza y se frotó las manos con alcohol.

—Siento decirlo, pero es mi obligación: creo que tiene pocas posibilidades.

Fausto volvió a asentir, después se giró y abandonó aquella casa de Moura Branca, en la mitad del este del Alentejo portugués, a escasos kilómetros de la frontera con España.

El coche que esperaba lo trasladó por una carretera muy vieja, lindada por cañales y arroyuelos, hasta Sonora. La noche cuajaba y el relente era tan

seco que ni siquiera las aves nocturnas se atrevían a abandonar los postes podridos del camino, pero ya el amanecer se vislumbraba cuando se desviaron al pueblo. Eran las cinco de la mañana. Le pidió al chófer que detuviera el vehículo a la entrada, al pie del macizo de tuneras. Cuando se quedó solo, miró la cara de su hijita por primera vez. La niña mantenía los ojos cerrados, y sus mejillas parecían porcelana reflejada en agua.

—Esto es Sonora, Faustina. Tu casa.

Una bandada de pájaros despegó del centro de un huerto; entonces, Fausto Saldaña levantó a su hija, desarropó su carita y apuntando con un dedo le enseñó el suceso.

—Mira, Faustina, son verdones tempraneros.

El silencio resultaba espeso, casi absoluto, podían oírse las pisadas del hombre con la niña en brazos, pero nada más. Entró por las primeras calles, no vio a nadie y caminando despacio llegó a su casa.

Alma Cándida le esperaba. Cuando él abrió la puerta y cruzó el umbral se quedó mirándola.

—Fausto, que se te va a morir la niña.

—Sí.

—Que lo han cruzado las cartas.

Fausto destapó la carita de la niña. Alma Cándida se acercó a mirarla.

—Es una pena... con esos ojitos —susurró.

Fausto miró la cara de su hija y le vio los ojos abiertos. Apretó la boca cuanto pudo y se sentó en un sillón con la recién nacida en brazos, cerca de la mesa. La mujer le sirvió café y le pasó un cigarrillo encendido.

—¿Qué nombre vas a ponerle?

—Faustina.

—Faustina... Faustina... —Alma Cándida se incorporó y le puso una mano en el hombro—. Ahora he de irme, que tengo que despertar a las niñas y Raimundo estará nervioso, ya sabes que tiene hocico de hurón, pero le diré a Irenita que venga a acompañarte. A Leonardo y a Miguel Ángel los tienes acostados.

—Hazme un favor...

—Dime...

—Despierta a los niños, diles que bajen... quiero que vean viva a su hermana.

Alma Cándida subió las escaleras sin decir nada, y un rato más tarde apareció con los niños.

—Acercaos.

Así lo hicieron. Fausto Saldaña descubrió otra vez el rostro de su hijita, mantenía los ojillos abiertos, como llenos de petalitos celestes. Era muy bonita. Los niños la observaron con atención, después miraron a su padre.

—¿Es esta nuestra hermana? —le preguntó el mayor.

Su padre ni siquiera le miró. Sólo asintió, porque sus ojos estaban estallados en la pared, perdidos como brochazos de cal en una pantalla de cine.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Faustina —le contestó Alma Cándida.

—Tiene los ojos abiertos. Son azules.

—Sí, pero ahora se va a dormir.

Alma Cándida se acercó a la niña, y muy suavemente le colocó la yema de sus dedos sobre los párpados. Así le cerró los ojos.

—Se ha quedado dormida.

Fausto Saldaña despegó como pudo su mirada de la pared y la puso sobre los ojos de Alma Cándida. Ella asintió. La niña acababa de morir.

—¿Se ha dormido Faustina, papá?

Su padre lo miró de una manera inexpresiva, vacía, falta de luz y tal vez de pupilas.

—No. Se ha muerto.

A los chiquillos les entró frío por la espalda, pero Alma Cándida les puso a cada cual una mano en la cabeza.

—Son cosas de Dios —les dijo.

La mujer se acercó a la ventana y la dejó entreabierta, para permitir que los primeros rayos de luz cruzaran parte de la casa. Luego se dirigió a Fausto, y ella misma le cubrió la cara a la criatura con el guarda ángel.

—Volveré dentro de una hora. Me llevaré a los niños a tomar el café a mi casa. ¿Estarás bien?

El hombre dejó caer la barbilla para decir que sí. Uno de aquellos rayos de luz rebotó de lleno en su rostro, pero en realidad parecía brotar de su cabeza, era su frente la que emanaba ese rayo que se perdía por la ventana en dirección al cielo. Se quedó solo con su hija, poco a poco se fueron oyendo cada vez más cerca los ladridos de los perros.

—Te he puesto un nombre, hija mía, y un apellido: Saldaña, para que no te encuentres sola. Y quiero que sepas que yo también me he muerto un poquito.

Fausto subió al piso superior con el cadáver de su hija en brazos. Entró en su cuarto y abrió un cajón de la mesilla. Allí había una cajita, y de su interior extrajo un alfiler y un dedal, ambos de oro.

—Los compré para ti, Faustina. Quiero que te los lleves.

Abrazó a su hijita y estuvo a punto de llorar, de balbucir, de morir él también. Pero una voz le llamó desde la calle. Fausto abrió la ventana y vio a dos hombres.

—¡Saldaña, que traemos la cajita de muerto para la niña!

Uno de ellos, el más alto, traía, efectivamente, una caja blanca al hombro, el otro sostenía una gorrilla en la mano.

—¿Se la dejamos encima de la mesa, Saldaña?

Fausto asintió.

Nadie la lloró, no fuera a ser que por no estar bautizada no le permitieran entrar en el limbo. Taparon la tumbita con tierra amarilla y eventualmente le colocaron una cruz de madera y un cartón clavado en el que escribieron su nombre.

—Saldaña, que si le ponemos alguna fecha a la niña.

En vez de contestar Fausto Saldaña lo hizo Raimundo Encinasola, el marido de Alma Cándida.

—Ponle el año, hombre.

Y así lo hicieron. Escribieron la fecha: 1949. Sólo una cifra que tanto valía para el nacimiento como para la muerte. El primero en abandonar el cementerio fue Fausto. Lo hizo solo. Dio la vuelta y sin decir nada se alejó pensativo; a su paso se espantaron algunos papamoscas, que tanto abundaban en Sonora. El resto del día lo pasó murmurando penas, sentado, con los codos apoyados en la mesa y la mirada perdida, no comió ni bebió, y ya cuando oscurecía Raimundo Encinasola empujó la puerta de aquella casa y entró en ella. Se sentó al lado de Fausto y le dio un cigarrillo.

—Alma Cándida dice que los niños se pueden quedar unos días en casa. Ya nos apañamos con meter a las niñas en un cuarto y a ellos en el de Raimundo el chico, que ya me nacerá... así que pueden aviarse. Además te debemos favores, Saldaña, pero no he venido a consolarte por estos, entiéndelo, que yo también tengo hijas.

Aquella era la primera noche que Leonardo y Miguel Ángel Saldaña iban a dormir fuera de la casa de su padre. Se acostaron los dos en la misma cama, y aunque ya eran las doce aún no habían conciliado el sueño. No tenían

miedo, nunca lo tuvieron, pero oían ruidos extraños a cada momento, al viento silbando por las ventanas, los perros husmeando las puertas, al ulular próximo y misterioso de una gran lechuza.

—Leonardo...

—¿Qué?

—¿Tú tienes miedo?

—No. Duérmete, Miguel Ángel. Mañana vendrá papá a recogernos temprano. Tenemos que ir a llevarle flores a la hermana.

—No tengo sueño.

Leonardo miró a su hermano pequeño y le pasó una mano por la frente. Le dibujó un extraño símbolo en las mejillas, a modo de remedio infalible para el sueño. Pero su hermano mantenía los ojos despabilados y fijos en los suyos. Realmente no podía dormir, tenía escarcha molida metida en el cuerpo y olía a flores gastadas. Leonardo le pasó un brazo por debajo de la cabeza e intentó consolarle, pero no pudo, porque en un instante quedó paralizado, se le erizó el pelillo rubio de la espalda y sintió que dentro de él huían parte de sus tripas sin saber bajo cuál de las costillas refugiarse, su pensamiento daba vueltas y no podía detenerlo en ningún punto, pero fue capaz de hablar, de volver la cabeza y afrontar esa luz que le asustaba.

—Soy yo, Irenita, que he bajado a beber agua.

Los dos hermanos se quedaron mirando a la hija de los Encinasola, a la mayor. Era pelirroja, llevaba puesto un babilón transparente y venía descalza. Mantenía una linterna encendida apuntado directamente a los ojos de los niños.

—Aparta eso, Irenita.

Irenita Encinasola se sentó en el borde de la cama y dispuso la linterna entre la colcha de tal manera que la habitación permaneció iluminada a medias, casi como un sueño de verdad.

—¿Cómo era?

Leonardo levantó los párpados cuanto pudo, pero sólo una mirada muy vaga fue capaz de salir de allí. La verdad es que sentía un gran peso dentro de su cabeza, una parte de culpa escurridiza que no acertaba a descifrar.

—Se ha muerto.

—Sí... —le respondió Irenita—, pero ¿tú la has visto muerta?

—Yo sí la he visto, Irenita —balbuceó Miguel Ángel.

—Cállate. Nosotros la vimos viva, porque Alma Cándida le tapó la cara cuando se durmió.

—Pobrecilla... —les consoló Irenita—, mi madre nos ha dicho que seguramente nacerán campanulas azules cerca de la tumba, ya veréis, y que un pájaro sin nombre la rondará de noche para espantar a los gusanos, y evitará que se la coman.

—Bah, eso son mentiras —respondió Leonardo apoyando la espalda en la cabecera de la cama—. Los gusanos se comen a la gente y basta, siempre es así, lo leí en un libro, además viene el dibujo de los gusanos, y otra mentira: todos los pájaros tienen su nombre.

—Me lo ha contado mi madre, y es verdad —insistió.

—Tu madre no sabe nada.

—Eso lo dices porque tú no tienes madre, es eso lo que pasa, que no tienes madre y no puede contarte la verdad de la muerte y esas cosas.

Leonardo le pasó de nuevo el brazo a su hermano alrededor del cuello y le dejó caer una mano en el hombro.

—No necesitamos madre. Ni Miguel Ángel ni yo, nuestro apellido es Saldaña. Además, tu madre nos dio de mamar. Nos lo ha contado nuestro padre. Así que somos casi hermanos.

—Ya lo sé —respondió Irenita—, y como somos casi hermanos podemos dormir juntos. En esta cama cabemos los tres porque alguna vez hemos dormido las tres hermanas.

Leonardo y Miguel Ángel le dejaron un hueco en el medio a Irenita Encinasola. Era muy tarde, y la luz difusa de la linterna no bastaba para soplar tanta oscuridad. Cada uno de los niños intentó contar una historia de cena oscuras, pero Miguel Ángel ni siquiera pudo oír la primera frase porque se durmió enseguida, y Leonardo también sentía el peso del cansancio en los párpados y en la lengua, pero miraba a los ojos verdes de Irenita Encinasola.

—Ya tienes ocho años, Leonardo.

—Sí.

—Yo también tengo ocho años, pero te llevo dos meses.

Él ahora abrió los ojos, se le llenaron de noche y de fuego, de fuego amarillo y delgado, como el de un papel: Irenita acababa de cogerle la mano y le apretaba los dedos.

—Siento haberte dicho que no tenéis madre.

—No importa.

—Oye, ¿quieres ser mi novio?

Leonardo se encogió de hombros. Era la primera vez que sentía la responsabilidad viril de la vida llamando a su puerta. No supo qué decir, pero

un movimiento de su cabeza, o de sus párpados, o una ligera presión incontrolada de sus dedos, le bastó a Irenita para considerarlo un sí.

—Pero que no te hagas novio de mis hermanas. Que esto es muy serio.

—Vale —respondió Leonardo mirando a los pies de la cama.

Entonces sonó una voz susurrante bajo el dintel de la puerta. Era Beatriz, sin sus gafas, a oscuras, medio sonámbula y con la cara torcida.

—¿Irenita, estás ahí?

—Es mi hermana —le sopló Irenita a Leonardo en el oído.

—Irenita, ¿estás ahí?

—Sí...

—Pues tienes que subir.

—Ya voy...

—Ahora.

Irenita Encinasola apretó una vez más en su mano los dedos de Leonardo, le miró a los ojos y sin decir ni una palabra le leyó con silencio todo lo que puede estar escrito en un corazón volátil y tembloroso.

Al día siguiente los dos hermanos no fueron al cementerio a llevar flores, como les había dicho su padre, porque este no se pasó a recogerlos. Los niños ni siquiera preguntaron por él. La mañana era fría. Leonardo se embelesaba en el humo del café caliente, y se imaginaba entre escalofríos la bruma que debía de haber por la noche en el cementerio, donde el día anterior enterraron a Faustina.

Estaban sentados en una mesa muy grande, justo en el centro de la cocina. Las niñas se hallaban alineadas enfrente. Irenita insistía en sonreírle al mundo y se sentía grande y princesa por su primera conquista, y su hermana Beatriz no dejaba de mirar a Leonardo Saldaña y a su hermana, intentando descifrar algún secreto que su corazón anublado deseaba engullir y que el grueso cristal de sus gafas no permitía entrever. María del Eco, que era la más pequeña, jugaba con Miguel Ángel, ajena a noviazgos y a la muertita. Alma Cándida daba vueltas de aquí para allá y se limpiaba las manos en un delantal azul que permanentemente llevaba puesto dentro de su casa, tantas eran las tareas que decía sostener a diario, aunque era una mujer guapa y bien difícil no verla arreglada y sutilmente empolvada. Por su parte, Raimundo ya se había marchado; a recoger a Fausto, porque debían salir de Sonora, cosa de tratantes.

El primer regalo que le hizo Leonardo Saldaña a Irene Encinasola fue un cucurucho de papel de estraza con tres zorzales dentro. Los había cazado esa misma mañana, con las trampas que tenía abiertas en la ribera, junto a seis calandrias que había guardado ya desplumadas, porque a su padre le gustaban mucho y pensaba ofrecérselas. Pero las calandrias se pudrieron: Fausto no volvió hasta tres días más tarde, y las avecillas se infectaron de tal manera que ni los gatos se querían acercar a ellas cuando Leonardo las arrojó por encima de la tapia del patio. Esos tres días, con sus tres noches, que los niños Saldaña pasaron en casa de las Encinasola los iban a marcar para el resto de sus vidas como si les hubieran escupido cien salamanquesas.

El invierno de 1951 todavía se recuerda en Sonora por su empedernida crudeza. Empezó tardío pero una vez llegado ya no fue posible descorchar las encinas, perros cimarrones aparecían cada amanecer heladitos a la entrada del pueblo, las tuneras se quemaban con la escarcha, ennegrecían y tomaban el aspecto de carne para tirar, el mismo año que menos moscas del vinillo se contaron en Sonora; sin embargo, ese invierno anunció Alma Cándida que se había vuelto a quedar su hijo mayor en mitad de una cena. Dejó de comer en ese instante, encendió un cigarrillo y avivó las brasas de la chimenea.

—¿Quién te lo ha dicho?

Leonardo sentía un gran cariño por su padre. Y un gran respeto. Él le quería de tal manera que todas sus ilusiones y cada una de sus dudas pasaban por comentárselas, no había nada, noticia o sueño, que no le relatara con imaginación y soltura.

—Me lo ha contado Irenita. Me ha dicho que su madre cada vez se pondrá más gorda, que es así como es, que ella lo sabe.

—Ya.

—¿Tú te lo crees, papá?

—Claro, Leonardo, claro. —Fausto dio un paso hacia su hijo, le sonrió cariñosamente y le acarició la cabeza—. Claro, hijo, pero voy a darte una sorpresa. Puedes decirle a Irenita Encinasola, a tu novia, que tú también vas a tener una hermana.

El niño abrió los ojos como platos y de inmediato los escudriñó igual que un viejo. Su corazón latió aceleradamente, le flojearon las piernas y por su imaginación, aun en ese invierno tan duro, pasaron bandadas de cigüeñas y avutardas y también lejanas voces inconclusas.

—Puedes decírselo.

—¿A Irenita?

—Sí, a Irenita y a todas ellas. Puedes y debes decírselo. Que se enteren esas Encinasola de quiénes somos los Saldaña. Y diles que volveremos a ponerle Faustina, que no nos lo quiten. Por cierto, mañana a las tempraneras tengo pensado ir al cementerio, si queréis podéis venir conmigo.

—Ojalá sea niña y la llamemos Faustina, papá, me gustaría mucho, así no podrán darnos envidia ni a Miguel Ángel ni a mí.

La mañana siguiente no fue limpia. La niebla espesaba tanto que hasta levantar los pies para caminar daba la sensación de meterlos en un cubo de agua. El camino del cementerio, detrás de las tuneras del oeste, estaba lógicamente embarrado, acababan de campanear las ocho de la mañana, pero podía ser cualquier otra hora porque el sol, si es que existía, se sentía incapaz de romper aquella atmósfera aullada por las mismísimas alimañas de los cielos. La pequeña cancela del camposanto estaba abierta, y el osario removido.

El patriarca Saldaña y sus dos hijos se acercaron a la tumba de Faustina y retiraron de la losa hojas raídas y cochinillas.

—¿Es que Faustina va a nacer otra vez, papá? —preguntó Miguel Ángel agarrado a la mano de su padre y mirando directamente a la tumba, al nombre de su hermana y a la fecha.

—Algo así. Aunque no será igual.

—Me alegro, papá.

—Eso está bien.

Mientras Leonardo apedreaba algunos cuervos escondidos en el ciprés bramó a tormenta. Fausto levantó el cuello de su gabán y acarició la mano de su hijo pequeño.

—Eso está bien, hijo. Faustina nos lo agradecerá.

—Tenía los ojos azules, papá.

Fausto asintió en silencio. Estaba orgulloso de sus dos hijos. Cuando abandonaron el cementerio, cerca ya de las tuneras, se toparon con Alma Cándida y con Irenita. No se dijeron ni buenos días. Se miraron todos pero nadie preguntó nada. Sin embargo, una hora más tarde Alma Cándida y su hija llamaron a la puerta de los Saldaña. La propia Irenita se encargó de poner un café a su madre y otro a Fausto.

—Que Raimundo está fuera, tratando.

—Lo sé —respondió Fausto.

Los ojos verdes de Alma Cándida le estallaron en la cara. Se puso

colorada pero levantó con orgullo la cabeza. Los niños hablaban en la cocina, la chimenea permanecía encendida y truenos nuevos alborotaban el corazón de la calle.

—No he venido por eso.

—También lo sé.

—Bueno, pues ya está —dijo Alma Cándida levantándose bruscamente de la silla—. Si lo sabes es más fácil para todos. Estoy de dos meses, así que date prisa.

Fausto sonrió con media mejilla y estiró la abertura de sus ojos hasta que parecieron ranuras de alcancía en vez de ojos. Entonces se acercó a Alma Cándida y le tocó los pechos. Con delicadeza, sopesándolos con las palmas de sus manos, como si se trataran de membrillos muy maduros.

—Todavía me debes la leche de mi Faustina.

—No fue culpa mía.

Alma Cándida se separó del hombre. Parecía abrumada, infeliz, se sentía como una ladrona descubierta, tan desnuda como vacía. Los niños aparecieron riendo y alborotados, llovía intensamente.

## 2

Una noche antes de que naciera Rafael, en un caserón de las afueras de Moura Branca, ganó Fausto en una sola partida una bolsita de cuero, que por aquí llaman buchaca, llena de relojes de plata, y también ganó, en la revancha jugada por cortesía, dos perros lebreros: La Esperanza y El Regalao. El brillo mortecino de aquellas maquinarias del tiempo dotaba a las cartas desbarajadas en la mesa de un aire más enigmático y justiciero todavía. En Portugal también llovía, y por una carretera de piedras y de tierra gris se encaminó Fausto hasta el caserón, a recoger al niño. El médico Galves le esperaba en la puerta, bajo un lánguido farolito de hierro que no emanaba más luz que la bombilla de una bicicleta a causa de los insectos que, más por millares que por cientos, revoloteaban suicidas a su alrededor.

—Ha sido niño, Saldaña... —Galves se encogió un poco de hombros, a modo de disculpa—. Eso sí, un niño perfecto.

Los ojos de Fausto brillaron bajo aquella lucecita empolvada por la lluvia, alzó la mano con la bolsa de relojes, metió dos dedos en ella y sacó con lentitud una cadena de plata engastada a un robusto reloj.

—Entonces, regalo del niño.

Galves puso aquel reloj en la palma de su mano y lo observó. La llovizna se le colaba por la manga de la camisa, pero el hombre estaba tan absorto en su regalo que posiblemente las gotas de agua le parecían fragmentos de cometas encima del cristal.

—Saldaña... Saldaña... Esto es muy valioso...

—Es regalo del niño, Galves.

Fausto alzó de nuevo la bolsa llena de relojes, y miró al cielo, no le importó que la lluvia le rociara la cara. Se sentía feliz. Cuando Galves le puso al niño en los brazos se quedó perplejo mirándole los ojos también azules. Era rubio, rubísimo, y había nacido con un buen mechón de pelo rizado.

—Un niño perfecto, Saldaña, ya le dije —repitió el médico sin dejar de manosear su reloj de plata—. Rubio como el lino... y fuerte, lo he examinado y ha llorado como un bendito.

—¿Y la madre?

—Bien, bien... —dijo Galves mostrándole a Fausto su reloj—. Mire, Saldaña, aquí: hay un ferrocarril grabado. Es un reloj único.

Fausto se rió, pero no apartó los ojos de su hijo.

—Ya tengo a Leonardo y a Miguel Ángel, así que te llamarás Rafael. Rafael Saldaña.

Partieron al amanecer, por el camino de los cañales. Había cesado de llover y la mañana tenía prisa por acaparar el firmamento en sus cuatro puntos cardinales. El coche los detuvo a la entrada de Sonora, al pie de las tuneras. Alma Cándida le esperaba sentada en la casa. También tenía a su hijita en brazos, y una hermosa luz le daba en el rostro de tal manera que parecía una modelo de academia dispuesta a ser retratada. Fausto le enseñó a Rafael a contraluz, parado debajo de la puerta.

—Míralo, Alma Cándida, hasta Galves afirma que es rubio como el lino... Y fuerte.

Alma Cándida le sonrió, pero no se levantó. Sin pudor ni parsimonia descubrió uno de sus pechos y con una llamada de su mano le pidió que se lo acercara. Así lo hizo Fausto. Le dejó al niño en el regazo, y este, aún adormilado y con los ojillos acapachados, se enganchó al pezón de la vida y mamó. Su padre entornó los ojos, pero con ese gesto no pudo resumir tanta felicidad como sentía. Encendió un cigarrillo y abrió algo más las ventanas, y entonces el sol, seguramente soplado por una deidad de fuego y caricia, llenó cada rincón de aquella casa.

—¿Cómo vas a llamarle?

—Se llama Rafael.

Alma Cándida descubrió el otro pecho y su hijita se agarró a él. Esa mujer estaba hermosísima, tenía algo de loba romana, mas en el interior de su mirada verde cada viruta de aquella felicidad le producía un haz de dolor. Fausto Saldaña lo sabía bien.

Para el bautizo desollaron dos liebres, tostaron piñones y prepararon un dornillo de acelgas trigueras con garbanzos. Alma Cándida la chica ya tenía tres meses, y Rafael poco más de uno, pero el cura accedió, a regañadientes, a

bautizarlos juntos. Aquel día de San Mauricio el sol era de color naranja, y en un eralito que había justo detrás de la iglesia, al pie de las laderas, prepararon la fiesta. Ese fue el primer día que Irenita Encinasola y sus hermanas vieron al tres veces Martín, al lado de una mesa. El tal Martín mantenía el cuerpo estirado y sostenía en su mano una rebanada de pan con el higadillo de una de las liebres, comía a bocados muy pequeños, y es cierto que la mano le llevaba la rebanada y la víscera a la boca, y que la boca la mordía, pero él no apartaba su actitud y se limitaba, como concentrado, a contemplar el resplandor de la luz sobre los montes que rodean por esa parte a Sonora. Beatriz miró a su hermana mayor de reajo, a pesar de sus siete años era muy observadora y aprendió de manera natural a mirar por detrás de las gafas, lo que la dotaba de un aire perspicaz y sabihondo.

—¿Le has visto, Beatriz? —le preguntó Irenita.

—Pues claro. Se llama Martín, y no es de Sonora.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie.

—Es muy guapo. Y muy alto.

—Tiene diez años. Casi once.

Mientras las dos hermanas comentaban absortas la presencia del tal Martín se fueron acercando a él, tal vez sin darse cuenta, entretenidas en la charla y en la admiración momentánea que siempre causa un extraño. Martín apartó las pupilas de los montes y miró cara a cara a las hermanas. Como se sentía observado minuciosamente, apretó las facciones y su mirada de contemplador de montes se transformó de pronto en la de un animal huidizo y hosco.

—Hola —le saludó Beatriz—. Te llamas Martín, ¿verdad?

Él no dijo nada, observó con algo de desaire a las dos hermanas y en su cara no se advirtió ni una señal de gentileza ni de gran curiosidad.

—Bueno, ¿te llamas Martín, o no?

Martín dijo que sí muy lentamente. Tardó en decir que sí lo que las hermanas Encinasola emplearon en preguntarle si se llamaba Martín o no.

—No eres de Sonora, ¿verdad?

Negó con la cabeza. Se llevó la rebanada de pan a la boca y la mordió. En ese momento llegó su hermano, dos años más pequeño pero bastante más bajito. Lo agarró del brazo y le pidió que le acercara el higadillo de la otra liebre.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Alejandro.

—Yo me llamo Beatriz y esta es mi hermana y se llama Irene. Somos de aquí, de Sonora.

Alejandro se limitó a asentir, tomó su rebanada y su presa de higadillo y se arrimó todavía más a su hermano. Las niñas se miraron y se rieron.

—Sois muy raros, sólo coméis higadillos de liebre —le dijo Irenita a Martín, intentando penetrar con sus ojos encendidos el interior de una pared de hierro.

—Creo que es un poco tonto —afirmó Beatriz—. Bueno, que son un poco tontos los dos, la gente que sólo come higadillos... En septiembre se pueden comer más cosas.

—En septiembre —respondió como una flecha Alejandro—, se puede comer arroz, y castañas, cebollas, ciruelas, coliflor, gamboas, gurumelos, habichuelas verdes, higos, maíz, manzanas, membrillos, nabos, nueces, panizo, patatas, pepinos, rábanos, remolacha, repollo, setas y uva. Eso si lo miramos en orden alfabético, y además se puede comer higadillos de liebre.

Las dos Encinasola se miraron.

—¿Cuántos...?

—¡Ocho!

Alejandro no le dio la oportunidad a Irenita de terminar su pregunta. Respondió con la misma celeridad con que recitó aquella lista de cosas que se podían comer en ese mes. Martín sonrió por primera vez, y ese gesto fue como abrir una puerta que las dos niñas traspasaron.

—¿Cómo es que tu hermano pequeño sabe todo eso?

Irenita Encinasola se lo preguntó a Martín, sin apartarle los ojos, en realidad lo que deseaba saber era cualquier cosa, un dato, un comentario, una palabra, pero del propio Martín.

—Él lee mucho.

—Esta es mi hermana —le dijo Beatriz—, se llama Irene.

—Ya lo sabemos, Beatriz —replicó Alejandro—, que así te llamas tú, sois de Sonora y...

—Y tenemos novio... —ultimó Beatriz alzando cuanto podía dar de sí su cortito cuello rosa.

—Así que tenéis novio... —musitó Martín.

—Bueno, yo no sé lo que dice mi hermana, pero yo no tengo novio-novio —aseguró Irenita Encinasola.

Los Saldaña, Leonardo y Miguel Ángel, aparecieron corriendo,

sudorosos y felices.

—Que nos llaman los padres, que nos acerquemos...

—Este es Martín, Leonardo, y este su hermano Alejandro.

—Ya lo sé. Somos amigos.

—Amigos... —repitió sorprendida Irenita—. Y no me lo habías dicho.

—Somos amigos desde hoy. Los cuatro: Martín, yo, Alejandro y Miguel Ángel.

Los niños posaron para una fotografía rodeando a Fausto Saldaña y a Alma Cándida, ambos con sus hijitos en brazos. Todos eran felices en aquel momento, el aire venía cargado con olor a limoneros y el cielo era muy azul. No faltaba nadie de los Encinasola y nadie de los Saldaña, además de otros invitados y del cura. Uno de los presentes, un señor de mediana edad, de ralo pelo y muchas verrugas, agarró a Martín por un hombro y a Alejandro de la mano, sonrió todo lo que pudo y con la actitud del que muestra ganado para venderlo los empujó hasta el centro de un corrillo, para que los vieran.

—Pues estos son los zagales, criadillos que están...

Raimundo Encinasola acarició la mejilla de Alejandro, y le miró a los ojos.

—De los dos este es el que sabe, Raimundo, pregúntele lo que sea...

El Encinasola giró un par de veces, miró la cara de la gente que le rodeaba y dio la impresión de que a nadie se le ocurriría una pregunta que pudiera ser contestada por aquel niño prodigio.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

Joaquín El Pianuco, que así se llamaba y le decían al hombre de las verrugas, soltó una carcajada, y miró también a su alrededor.

—Eso es muy fácil, Raimundo, todo el mundo sabe cómo han de llamarle a uno, pregúntele cosas difíciles, hombre, atévase...

Uno del corrillo, seguramente ávido de sucesos extraordinarios, levantó un puro encendido en su mano y excitado, y creyendo poseer una buena pregunta, osó formularla en voz alta:

—A ver, zagal, tú que eres chico: ¿esto es un cigarro o un puro?

El Pianuco alzó la mirada y las manos al cielo, como diciendo, *Pero, Dios, ¿es que a nadie se le ocurre preguntar nada serio?* No obstante, el pequeño Alejandro señaló con su índice derecho al ocurrente y le respondió para admiración de todos.

—Es un puro, señor, y puedo leer en la vitola que es un farías.

Todos rieron sorprendidos, pero la demostración de sabiduría no había concluido.

—Además de farias —continuó el pequeño—, también los hay Tabacos la Paz, Quinteros, Tabacos El Guajiro, Albatros, Caribes, Romeo y Julieta, Flor de Isabela, que son de Filipinas, Carbonell, Álvamos, Regalías, Cohibas, Villiger de Sumatra, puros Isla Bonita de La Palma, Montecristos de La Habana y Don Julián...

—¿Lo han oído, lo han oído, señores? —Joaquín El Pianuco se sintió el hombre más feliz del mundo, se hizo tan grande que parecía que él, y no el niño, hubiera recitado tan prolija sucesión de tabacos—. Es un caso único. ¡Único!

Algunos se rieron, otros no pudieron decir palabra, y los menos, como el cura, se persignaron. Fausto dejó a su hijito con Alma Cándida, que parecía sentirse cómoda con los dos retoños en brazos, y se acercó a los muchachos del Pianuco.

—¿Has oído, Fausto? Es un portento —le comentó Raimundo—. ¿Quién lo hubiera dicho? Yo jamás he fumado tantos puros de marcas distintas.

Fausto asintió. Y miró a los chicos. Especialmente a Martín, quien serio y callado mantenía una actitud evasiva y daba la impresión de no estar cómodo allí, de hallarse ausente y fuera de lugar.

—Y tú, ¿cómo te llamas, muchacho?

—Este es Martín, don Fausto, es el mayor, pero ¿ha oído a Alejandro? Este niño es una eminencia, don Fausto, una eminencia, que se lo digo yo que cosas más difíciles le he oído encarrilar sin equivocarse.

—¿Y salen ustedes a Moura Branca esta misma tarde?

—Lo dicho, don Fausto, ahí tiene usted los perros —dijo el Pianuco—, ataditos a la cancela de la iglesia, no nos barrunten cuando nos vayamos que no son animales despegados...

Fausto sacó doscientas pesetas de su carterilla y se las entregó a aquel hombre.

—Don Fausto, si los perros ya están pagados...

Fausto le metió los dos billetes en el bolsillo y le dio una palmadita en el hombro.

—¿Cómo anda la familia?

—Aquí lo ve usted... Ahora yo solito con estos dos, pero ya los tengo criados.

—Saluda a Galves en mi nombre.  
—En su nombre lo haré, señor.

Todavía una parte de la tarde la pasaron Joaquín El Pianuco y los dos niños en Sonora. El Pianuco tomándose espirituosos y los niños probando piñones y bocados de dulces de huevo. Las Encinasola no tardaron mucho en invitarles a una reunión secreta que iban a mantener con los Saldaña, al parecer cerca del riachuelo que circunda el pueblo. Irenita, por ser dos meses mayor que Leonardo, adquiriría cotidianamente el papel de matriarca de la reunión. Lo que ella decía es lo que se hacía, y siempre a ella se le ocurrían los juegos más caprichosos y atrevidos. Los Saldaña habían ensartado varias ranas en cañas afiladas, y las tenían dispuestas en la orilla. Los pobres animales aún movían las patas y agonizaban entre el silencio estúpido con que miran a los muertos los ojos de la infancia.

Alejandro se acuclilló delante de los batracios y sintió pena.

—Son ranas —le dijo Miguel Ángel.

—Claro que son ranas.

Leonardo se acercó a Martín.

—Me alegro de que hayas venido.

—Os vais esta tarde, ¿verdad Martín? —le preguntó Beatriz.

—Sí.

—¿Lo ves? —le hizo notar a su hermana—. Se van esta tarde y no los volverás a ver jamás... Ya te lo dije. Además, son medio portugueses. Porque viven en Moura.

—¿Y sólo habéis venido a traer esos perros? —le interpeló Leonardo.

—Sí. Son dos buenos perros. La Esperanza y El Regalao. Tu padre los ganó con las cartas.

—¿Y son buenos perros?

—Los mejores.

—¿Pero qué importancia tienen dos perros? —preguntó airada Irenita—. No hemos venido aquí a hablar de chuchos.

—Irenita lo que quiere es hablar de novios —dijo Beatriz.

Aquello perturbó tanto a la mayor de las Encinasola que no supo dónde meterse, así que tiró corriendo orilla arriba, camino del cementerio.

Martín se encogió de hombros y miró a todos.

—Es una bobacha.

—Eh, que es mi novia, Martín...

—Pues tu novia es una bobacha.

Irenita no apareció a pesar de las voces que sus hermanas Beatriz y María del Eco le dieron. Así que optaron por seguir a los chicos hasta el terraplén. En el camino se enteró Beatriz de que Martín se llamaba Martín Martín Martín, y que tanto él como su hermano eran tanto españoles como portugueses.

Media hora más tarde los dos niños se acercaron a acariciar a los perros, se despidieron en silencio, si acaso con miradas, y se metieron en el motocarro azul y destartalado de Joaquín *El Pianuco*, donde habían venido, camino de Moura Branca a Sonora, entrando por las tuneras del este.

Raimundo se quedó mirando embelesado a los perros. Fausto Saldaña y Alma Cándida, cada uno con su hijo en brazos, tomaron calle abajo el camino de sus casas.

—Sigues jugando a las cartas. Esa será tu perdición.

Fausto la miró de reojo.

—Tú también manejas las cartas.

—Pero yo las leo. No juego con ellas.

—No. Ellas son las que juegan contigo.

Eran las siete de la tarde. Bandadas de aves pasaban bajo los cirros. La calor ya no era tan sofocante.

—Hoy será mejor que vaya Irenita a darle las papillas al niño. Estoy muy cansada.

Fausto la agarró de un brazo. Ella lo miró abriendo cuanto pudo los ojos, pero el hombre la acercó.

—Estamos en la calle, Saldaña, estás completamente loco...

En ese instante se oyó la voz de Raimundo llamándola, acercándose apresuradamente, antes que el propio Fausto pudiera ocultarse tras un recodo de la calle. A Alma Cándida sólo se le ocurrió, para evitar la peor de las sospechas, caso de ser descubierta, agachar la cabeza y dirigir sus labios al niño chico, quien con los ojillos abiertos y riendo la miraba.

Camino de Moura Branca, en aquel motocarro destartalado, pero romántico, Joaquín *El Pianuco* les prometió cinco duros, para el día de mañana, a cada niño, a descontar de las doscientas pesetas que le había dado don Fausto, de donde iban a comer.

—Habéis estado muy bien, pero que muy bien. Especialmente tú, Alejandro. Los has sorprendido a todos, jamás había visto tantas bocas

abiertas en esa Sonora como esta tarde. ¡Cómo he disfrutado! ¡Y bien ganadas que han sido las doscientas! Ya os lo dije: así nos haremos ricos. Ahora tienes que aprenderte nombres de árboles y razas de perro. Te lo preguntarán. Y tú, mal mochuelo —le dijo a Martín—, a ver si pones mejor corte de cara, que tampoco a ti te preguntaron nada y bien que comiste lo mejor de las liebres.

A ambos lados de la frontera la floresta se aprieta en pequeños círculos de árboles, seguramente obligados por pedregales repartidos caprichosamente y por charcas perennes de agua, que refrescan al poleo, riegan jaramagos e incuban salamandras blanquecinas. Allí detuvo su motocarro Joaquín El Pianuco. Orinó encima de una rueda y echó un largo y cuidadoso vistazo.

—Vete arrancando, Martín...

Después se montó en el vehículo y a velocidad cansina y ruidosa se acercaron a Moura Branca. Nada más llegar se enteraron de que habían matado a Galves para robarle el reloj del ferrocarril.

—¿Y cómo fue? —preguntó susurrando Joaquín El Pianuco.

—Fue que lo mataron.

—Ah... *Mãe de Deus*... —sintió la repentina necesidad de orar un padrenuestro delante de la casa de Galves—, así que fue que lo mataron, ¿y cómo?

Le contaron con medias palabras que fue muerto de un porrazo, esa misma tarde, al campaneó de las cinco, y que por eso nadie oyó sus gritos, que Galves quiso arrastrarse aunque no pudo ni darse la vuelta. En la misma sien lo golpearon por tres veces, eso le dijeron. Joaquín *El Pianuco* se persignó de nuevo y miró al cielo con las manos abiertas. El crepúsculo estaba muy desteñido, y más que crepúsculo parecía el fondo de un cacharro de aluminio. Martín y Alejandro, al pie del motocarro, oían el suceso y no decían ni palabra.

—Llévate el motocarro, muchacho, que han matado a Galves, bendito sea Dios, que yo me tengo que quedar al velorio. Y que no salgáis de la casa, que allí tenéis zampalopresto.

Con el singular vehículo, camino de la casa, una estrella fugaz le recordó al memorioso Alejandro que la noche de cuerpo presente del médico también era noche equinoccial, y día de San Lino.

—Hoy la noche es igual de larga que el día, Martín.

Martín no dijo nada. A pesar de que no tenía los once años manejaba

con soltura el cacharro, era un niño con tipo de hombre, mirada muy varonil y sentimientos atravesados. Con el tiempo llegó a cantar fados y tangos y *chanson* francesa con cierta soltura, sus facciones se alargaron y su piel tomó el aspecto de quien ha recorrido varias veces el mundo y además lo lleva tatuado. Alejandro le adoraba de verdad, aunque sólo eran hermanos de padre una atracción ancestral les mantenía unidos. Vivían con Joaquín, a quien todos en Moura Branca llamaban *El Pianuco* porque su abuelo perdió una noche un viejo piano, el único del pueblo, jugando con las cartas a los montones de figuras. Pero aquel hombre lleno de verrugas y de artimañas, que en el fondo les quería, era padre, madre y profesor; ellos eran españoles, nacidos en España, al otro lado de Moura, pero la nocturnancia portuguesa, y músicas lejanas y permanentemente susurradas, se les había colado a ambos sin posibilidad de salida en el corazón.

Leonardo y Miguel Ángel salieron del pueblo por las tuneras del este. Se dirigían a un lugar que llamaban el Paredón, que no era sino los restos de un antiguo castillete bombardeado en la guerra en cuyo muro principal, el único que medio quedó en pie, fusilaron a unos cuantos. El sitio estaba rodeado de palmeras, a unos kilómetros de Sonora, dirección Madrid. Eran unas hermosas ruinas y, a pesar de la superchería, el hecho de estar ubicadas en un lugar solitario las dotaba de una singular belleza y atracción. Todavía podía contemplarse parte de la solería de mármol rosado y los dos primeros peldaños de una escalera que daba a un piso superior, algún resto de lo que fue una ventana, el pie de la chimenea y poco más que escombros, cagadas y lagartijas. Cada uno de los hermanos sostenía en sus manos una escopeta de plomillos. Iban a cazar pájaros, y en los capiteles de las palmeras infinidad de ellos anidaban, apretados, en medio de un colosal bullicio y algarabía. Escondidos tras una jazminera asilvestrada los dos hermanos apuntaban meticulosos a las pechugas de dos gorriones, y estaban a punto de disparar cuando sintieron por primera vez en sus vidas que el corazón de los hombres realmente puede dar un vuelco sin salir del pecho. Se quedaron petrificados. No se atrevieron ni a girar la cabeza, los dos estaban agachados, los dos estaban de espaldas y los dos tenían una mano extraña puesta sobre sus hombros.

—Soy Martín.

Los Saldaña miraron incrédulos, y por unos segundos no supieron reaccionar, habían pasado cinco años desde que vieron a Martín aquella mañana del bautizo y de los perros, el día en que se hicieron amigos. Y cinco años en la cabeza de un niño son suficientes para haberla ido llenando de experiencias, proyectos e inquietudes. La sorpresa dio paso al asombro, probablemente a la alegría.

—¡Martín! ¡Martín Martín Martín!

—El mismo.

Martín se separó un par de pasos de los Saldaña, abrió los brazos y sonrió.

—¿Os he asustado?

—No. A los que has asustado ha sido a los gorriones —replicó Miguel Ángel mientras disparaba su plomillo al aire.

Para sorpresa de los dos hermanos, Martín sacó de su chaleco un paquete de tabaco y encendió con soltura un cigarrillo.

—Supongo que no fumáis.

—No... no... Cuánto tiempo sin vernos, Martín.

—Pues yo he venido algunas veces.

—¿Aquí?

—Claro —dijo muy solvente mientras giraba la cabeza en torno a las ruinas—, a mi casa.

—¿A tu casa? —preguntó Miguel Ángel.

—Así es. ¿No lo sabíais? Este Paredón fue de mi familia.

Los tres se sentaron sobre unos pilotes y charlaron animosamente. Los hermanos Saldaña no paraban de abrir la boca y de admirar a Martín. Parecía un hombre de verdad, lo era. Casi tenía bigote y él solo era capaz de conducir el motocarro azul del Pianuco, traspasar el paso fronterizo sin ser visto y llegar hasta las mismísimas ruinas.

—¿Y cómo van las meninas Encinasola?

—¿Las meninas? ¿Qué meninas? —preguntó Leonardo sin saber muy bien a qué se refería.

Martín soltó una risotada y le empujó en el hombro.

—Las Encinasola te digo, hombre, tu novia y sus hermanas...

—Ah, bien... Están todas bien...

—¿Sigue siendo tu novia? La Irenita, la de los ojos verdes...

—Bueno... Soy amigo de todas, de Beatriz, de María del Eco y de Alma Cándida la chica, pero esa es muy pequeña.

—¿Y ya tiene tetas Irenita?

Leonardo Saldaña se puso nervioso. Le hubiera gustado ser mayor y responder con suficiencia a la pregunta de Martín Martín Martín. Pero no supo qué hacer ni qué decir. Tanta fue su confusión que se le cayó la escopeta de las manos y sopló al aire, tal vez para exhalar de su interior los últimos restos de la infancia. Afortunadamente su hermano Miguel Ángel merodeaba

bajo las palmeras escopeta al ojo, más preocupado por el revuelo y la gresca de los pájaros que por el enigmático medio portugués.

—Sí, sí tiene tetas... —lo dijo sin mirarle a la cara, con cierta soltura, mientras se agachaba a recoger su escopeta.

—¿Y se las has tocado?

El mayor de los Saldaña, sin soltar su arma, le miró a la cara. Ahora sí que se encontraba realmente en el vórtice del huracán, se veía reflejado en los ojos del tres veces Martín y aunque trató de estirar su cuerpo sintió que empequeñecía, a su espalda el viento susurraba entre las palmeras, trató de disimular que una de las piernas le temblaba y que sus propias costillas le oprimían los pulmones.

—No. Pero se las voy a tocar.

—Eso está bien, hombre... Hay que hacerlo así, mira...

Martín llevó sus manos hacia el pecho de Leonardo y le pellizó las tetillas. Leonardo no se movió ni un milímetro, sentía miedo y vergüenza, sentía lo que puede sentir un cristal cuando le soplan de su superficie un acertijo.

—¿Comprendes?

—Creo que sí.

—A ellas les gusta... en serio. Se ponen tiernas, como carne de cabritillo.

—A lo mejor es así en Moura Branca, pero en Sonora...

—Que es igual, amigo, que es igual, lo sé bien... Las mujeres son iguales en cualquier parte, todas tienen lo mismo y a todas les pasa lo mismo.

Leonardo oía con atención la voz de la experiencia. Eran las cinco de la tarde. Por un lado quería aprender todo lo que se podía aprender en este mundo; por otro, deseaba en lo más profundo de sus sentimientos no haberse encontrado con Martín Martín Martín. Su hermano disparó la escopeta, aunque sólo era el sonido de un plomillo cortando el aire fue suficiente para descongestionar aquel momento. Miguel Ángel había acertado. Un hermoso pájaro, del tamaño de una tórtola, pero de plumaje amarillo y las puntas de las alas y la colita negras, se derrumbó desde lo alto de la palmera y el muchacho lo recogió por una de las alas y salió corriendo con él.

—¡Leonardo, que le he dado, mira, que le he dado!

El pobre pájaro, herido fatalmente en un costado, intentó en vano zafarse de la mano. Pero Martín lo agarró y lo apresó de manera firme. Era una hermosa ave moribunda. Martín se llevó el pico del ave a sus labios e

intentó darle de beber pero fue tarde, el pobre animal dejó caer el cuello sobre sus dedos y todavía con los ojos abiertos suplicó una muerte rápida. Así que Martín le retorció el pescuezo ante el terror de los hermanos Saldaña.

—Eres cruel... —le dijo de forma despectiva Miguel Ángel.

—Yo sólo he terminado tu trabajo, chaval... A estos pájaros no se les dispara.

—¿Ah, no?

—No... Que son pájaros de Dios. —Martín arrojó el cadáver del animal a la tierra, pero Miguel Ángel lo recogió de inmediato.

—Pues me voy a llevar sus plumas. Las amarillas y las negras.

—¿Y qué carajo vas a hacer con las plumas? ¿Se las vas a regalar a tu novia?

—Yo no tengo novia, imbécil, las plumas las quiero para mí, para mi colección.

—¿Tu colección? —le preguntó su hermano.

—Sí, desde hoy voy a empezar una colección de plumas, y estas serán las primeras.

—Colección de plumas... —Martín encendió un nuevo cigarrillo y expulsó el humo al aire con hombría, con decisión. Leonardo no podía evitar mirarle y, lo que consideraba peor, admirarle—. Bueno, Saldañas, es hora de irme, Portugal me llama. Volveremos a vernos...

—¿Es que vas a venir a la feria? —le preguntó Miguel Ángel.

—¿Tenéis feria?

Leonardo tardó en decir que sí. Cuando su hermano mencionó lo de la feria hubiera deseado taponarle la boca. No sabía muy bien por qué, pero no se sentía completamente seguro de sí mismo, le cosquilleaban las tetillas y un escalofrío, más que recorrer su espalda, se le había enroscado a todo lo largo de la columna vertebral.

—Son las fiestas de la virgen de Cabezas Rubias, que es la misma patrona de Sonora.

Los dos hermanos se quedaron mirando cómo se alejaba el motocarro de Martín hasta que fue un punto azul perdiéndose en una curva, allá por la carretera de Moura. Miguel Ángel continuó su cacería, pero su hermano se quedó sentado en un pilote, ensimismado en el horizonte, con la escopetilla entre las piernas y las manos cruzadas. Sentía el aire suave de la tarde abriéndole el pelo, y eso lo confortaba; después se levantó, con parsimonia, y

pisoteó la colilla del cigarro de Martín. El resto del día estuvo muy callado; su hermano desventró media docena de gorriones en el patio de la casa, delante de dos gatos, y guardó en una caja de galletas las plumas del pájaro amarillo.

Tuvieron que acaecer dos circunstancias para que el Circus Dos Irmãos Costa viniera a parar a las afueras de Sonora. La carpa, roja y verde, como toda Portugal, la instalaron a cien metros de las tuneras del este, a la entrada. Una de las circunstancias fue la avería de uno de los vetustos camiones, el de las fieras, y la otra el parto de una de las artistas, tan inminente que dio a luz en el lugar, aquel 19 de octubre. Aprovechando que el pueblo estaba engalanado con guirnaldas de banderitas de papel, y que tiraban cohetes, los Irmãos Costa decidieron actuar esa misma noche, y para ello anunciaron en el centro de Sonora que iban a tener el privilegio de contemplar un espectáculo jamás visto en parte alguna. Con un megáfono de latón pegado a su espeso bigote, uno de aquellos Irmãos Costa recitó la letanía de números imposibles que guardaba el corazón de su circo: volatineros y funambulistas, barristas, tragadores, animales sabios que sabían sumar y que distinguían en este lado de España las monedas de dos reales, la cabra y la escalera, el mono que daba cuerda al organillo subido en unos zancos y, como atracción de peso, La Sansona del siglo xx... amenizado por la mundialmente famosa Banda de Música Dos Irmãos Costa, y que resultó, como todo, ser escasa y descolorida, pero llena de llovizna y de saudade. En realidad los Irmãos Costa, toda la familia, cuñadería y parientes, eran los artistas, y de igual forma volaban en aquel trapecio como estaban dotados para la magia, como le podían a temibles fieras a pecho descubierto. El número fuerte resultó ser el de El Hombre De Los Dos Estómagos, quien era capaz de tragar pececillos de colores vivos y de beber después cerveza y comer morcilla, para acto seguido, aliviado con los redobles de un tambor cascado, devolver a una urna de cristal a los peces vivitos y coleando, a petición del amado público: ahora el de cola colorada, ahora el amarillo o el transparente...

Al atardecer, Raimundo Encinasola fue al circo, a la única función, y con él iban los niños, los suyos y los Saldaña, todos llenos de una emoción difícilmente descriptible, dispuestos a consumir cada vestigio de magia y filamento de suceso. Alma Cándida se tuvo que quedar con Alma Cándida la chica, porque estaba mala, con calentura, y no era bueno darle a la niña

paseos tan tarde estando ya en octubre, que es el mes de los relentes y los resfriados mal curados. Fausto Saldaña también dijo que se quedaba en casa, ajustando cuentas, lo que no extrañó porque era hombre de pocas multitudes.

—¿A qué has venido, no sabes que la niña anda mala?

—Me pasé a ver cómo estaba —le respondió Fausto.

—Están todos en el circo portugués.

—Sí.

Alma Cándida besó la frente de su hijita adormilada y la subió a la habitación. Cuando quiso bajar Fausto estaba a sus espaldas, sujetándola por los hombros y marcándole con los labios el nacimiento del pelo, ese lugar donde empieza el cuello.

—Fausto... la niña.

Fausto no quiso oírla. La deseaba tanto que no quería escuchar ni sentir nada que no fuera sino voz de deseo, nombrándole, que no fueran sino susurros sin traducción, sino besos callados y calientes como oro fundido.

—Fausto, por favor... pueden volver...

Él la sujetó por la cintura, apretó su pecho contra el de ella, olió su pelo, sus orejas, y la besó. Alma Cándida recorrió sus manos por la espalda de aquel hombre, el sudor que se destila cuando el amor se exprime le caía por todo el cuerpo, el nerviosismo se apoderaba de sus células y hacía que brillaran los poros de su piel, claroscuros de amantes es lo único que podían entrever sus ojos. Hicieron el amor en la habitación de matrimonio. A Fausto no le importó, a ella tampoco, pareciera que dos tubos de cristal unían las miradas, que un pegamento del paraíso untaba aquellos labios. Cuando la penetró ella le arañó la espalda, no pudo evitarlo, tanto lo deseaba que hasta gritó de placer, de locura, de miedo y probablemente de inmortalidad. La niña, realmente enferma, pedía agua desde el cuarto, la música de los Irmãos Costa llegaba atravesando las tuneras y las paredes, un fuerte olor a desolación y a felicidad surgía de cada aliento.

—No podemos seguir así, Fausto...

—Sí podemos.

Fausto la abrazó por la espalda cuando se levantó para llevarle agua a Alma Cándida la chica, le manoseó los pechos, y ella dejó caer la cabeza hacia atrás, como vencida, poseída por aquel hombre al que siempre perteneció.

Cuando Irenita Encinasola vio el motocarro azul del Pianuco, aparcado

donde las tuneras, sintió que se le removían las tripas. Iban todos juntos, así que Leonardo también lo vio. Igualmente a él se le retorcieron las entrañas. Flotando sobre el circo una hermosa medialuna de octubre invitaba a ensoñar, el olor de los últimos higochumbos, muy maduros y picoteados, llenaba el aire de fragancias exóticas, y el rugido de un pobre león, que más parecía una mezcla de ladrido y de lamento, envolvió en unos segundos todo aquel espacio de aventura y de recuerdo inolvidable. Se sentaron todos juntos, con Raimundo en medio. Cuando bajaron el gas de las luces y apareció aquel señor del bigote espeso y del megáfono de latón, en el centro de la pista, Irenita Encinasola sintió que una mano cogía la suya. Ella ocupaba uno de los extremos de la comitiva, a su derecha estaba su hermana Beatriz, después María del Eco, Raimundo y los Saldaña en orden creciente hasta llegar a Leonardo. Irenita Encinasola apretó en sus dedos aquella mano extraña y le dio calambres por el brazo. No se atrevía a hablar, a preguntar nada, no porque no lo deseara, sino por miedo a ser descubierta por Beatriz. Sabía bien quién era, sentía que la pierna de Martín se apretaba contra la suya, a todo lo largo hasta las rodillas, notó también que la mano le rodeaba la cintura, con la pericia de un ofidio, y que le pellizcaban ese lugar entre el tronco y la pelvis donde la carne nunca es dura. Se le erizó el pelo rubio del cuello y algo más que le quemaba, el corazón le latía de manera desordenada, y dentro de su cabeza los efluvios originaron un pequeño lago. Mucho antes de terminar la función Martín se fue de su lado. Eso la tranquilizó momentáneamente, a pesar de que Beatriz le comentaba escéptica lo del señor de los dos estómagos ella tenía la mirada pérdida, más que en el centro de la pista de los Irmãos Costa, en el centro de su propia vida.

—¿Qué te pasa, Irene?

—No lo sé —le respondió de manera mecánica a su hermana.

Cuando la música alcanzó su máximo fragor, a Irenita le dieron escalofríos y se dejó caer hacia atrás, levantó la barbilla al techo, cerró los ojos un momento y sintió que una humedad extraña y ardiente le salía de entre las piernas.

Al otro día, temprano, los Saldaña no pudieron resistir la tentación de acercarse al circo sin función. Fue tanta la magia que les llovió encima la noche anterior que apenas durmieron, y aunque tuvieron que llevarse al pequeño Rafael, merodear por el terraplén del circo y verlo *por dentro*, se les antojaba lícito y más fabuloso todavía, porque lejos de desmenuzar la

fantasía, seguramente esta iba a hincharse como un globo; en fin, que era una oportunidad única en la vida. El señor de los dos estómagos se estaba afeitando en una palanganucha, y se quedaron mirándolo como se mira a un ídolo. A unos metros, una de las niñas de los Costa, no tan pequeña, hacía caca sin ninguna deferencia, y no lejos el doliente león dormitaba en su jaula. Ver a un león de cerca, a todo un rey, aunque sea en una jaula, es una de las formas más singulares y eficaces de detener el tiempo. Los tres hermanos observaban callados cada minúsculo movimiento del animal, valía la pena guardar silencio porque de esa manera se podía acaparar más león.

—¡Saldañas!

El único que giró la cabeza fue el felino, que además bostezó y, a pesar de sus dientes gastados, la abertura de tan amplia boca les pareció a los tres una hermosa manera de atolondrar la realidad.

Alejandro Martín tuvo que gritarles de nuevo, esta vez a sus espaldas. Estaba contento, sereno, como siempre, tenía el aspecto de ser él el dueño del circo, dada la soltura que desparramaba su presencia.

—¡Saldañas! ¿Cómo vosotros por aquí?

En principio los tres se alegraron de ser encontrados por Alejandro.

—¿Os gusta ese león? Los hay mejores.

—¿Es que tú has visto leones mejores? —le preguntó Miguel Ángel.

—Buah, el león que vendió Manoel Costa en Viseu era más león que este.

—¿En serio?

—Sí, hombre... Habéis venido a ver el circo, así que os lo voy a enseñar.

—¿Tú? —le interrogó atónito Leonardo.

—¡Claro! Yo trabajo en este circo...

Los tres hermanos abrieron la boca como hizo antes el león, pero a causa de la admiración, de la envidia y del pensar y sostener que lo mejor que podía hacer uno en la vida era trabajar en un circo como en el Circo Dos Irmãos Costa.

—¿Y tú qué haces?

—De momento no salgo en ningún número, pero estoy aprendiendo mucho. Uno me enseña malabares, otro a caminar sobre la cuerda...

—¿Y con el león? —le preguntó Rafael, el pequeño.

Alejandro le pasó la mano por la cabeza, y con aires de persona mayor le sonrió.

—Al león le doy de comer... Si os quedáis un rato más podéis presenciarlo. Habéis tenido suerte, porque íbamos a Zafra, pero la carretera es tan mala como en Portugal, se descacharró el camión y no saldremos hasta la tarde... Esta es la vida del artista, amigos.

Desde la única caravana del circo se oía el llanto inconsolable de un recién nacido, el león también bramó, y dos burros ronzaban asustados ante la presencia, hacha en mano, de uno de los Costa.

—¿Queréis presenciar cómo se mata un burro?

—Sí... —contestó firme Miguel Ángel.

—Los animales tienen que comer, y las personas.

—¿Y os vais a comer al burro? —preguntó incrédulo Rafael.

—¿Quieres probarlo?

El pequeño dijo que no repetidas veces con la cabeza, y se escondió cuanto pudo detrás de su hermano mayor. Ver el circo *por dentro*, contemplar al león y a su apariencia, tener tan cerca al hombre de la doble panza, oler la lona y las cuerdas, ya habría sido más que suficiente, pero estar en primera fila mientras mataban de un hachazo a un asno, eso sí que era digno, eso sí que era una oportunidad única en la vida. Todos prestaron atención cuando atronaron al animal. Cayó de repente, se derrumbó de sopetón, como si jamás hubiese estado de pie sobre sus cuatro patas, la mortal hendidura en medio de las orejas dejó a la vista parte de masas sin forma y de fluidos rojos, rosas y amarillos, de todo el cuerpo del animal se escapó una especie de humillo, que debía de ser el espíritu, entonces la brisa del mediodía dio vueltas alrededor del cadáver y envolvió con su olor todo el cielo de Sonora.

—Bueno... —dijo en tono descansado Alejandro—, ya lo habéis visto, esto sí que habrá sido una sorpresa.

—A Irenita le hubiera gustado ver esto... —musitó melancólico Leonardo.

—Le dije que no se fuera, que esto iba a suceder...

—¿A quién? ¿A Irenita?

—Claro —dijo Alejandro—. Estuvo aquí media hora antes que vosotros, también vino a ver el circo.

—¿Y por qué se fue?

—No sé... Se fue con Martín en el motocarro.

Leonardo también sintió un hachazo en medio de su cabeza. Quiso olvidar que la noche anterior vio el híbrido vehículo aparcado y que, como

quería ver la función, y a eso había ido, no permitió que nada rozase ni un ápice de su cordura y su atención. Quería olvidar ese cacharro azul, y quería no haber conocido nunca a Martín Martín Martín. De vuelta por el terraplén hacia Sonora, flanqueado por sus hermanos, Leonardo estaba triste. Sentía un profundo vacío, una especie de engaño del destino, estaba completamente seguro de que nunca iba a ser feliz. Pero estiró su espalda cuanto pudo y, exhalando a un tiempo malestar y niñez, e inhalando a cambio adolescencia y soledad, cruzó por las tuneras del este como quien cruza de una vida a otra.

—Esperadme...

La voz de Irenita Encinasola le penetró en los oídos como líquido de plomo. Los tres Saldaña volvieron la cabeza y esperaron a Irenita. Estaba nerviosa, colorada, quería sonreír pero a Leonardo le pareció que su sonrisa era más bien una mueca desfigurada.

—Hemos visto matar a un burro de los portugueses —le comentó eufórico Miguel Ángel.

Ella sonrió más todavía y Leonardo intuyó que el tres veces Martín le había tocado las tetas. Algo se lo decía.

—¿Dónde has estado?

Irenita se recogió el pelo acaobado en un moño y dio unos pasos. Después se giró y miró a Leonardo directamente a los ojos. Los dos los tenían muy brillantes. Ella abrió las manos al aire, como quien no guarda ningún secreto.

—He estado en el Paredón, ¿qué pasa?

Leonardo Saldaña asintió en silencio. Miró atrás y vio, cerca del circo, el motocarro azul aparcado. Como un punto de referencia, una boya luminosa en medio de un mar de tormentas. Desde allí llegaba el olor de la carne cruda del asno.

## 4

La pérdida de la capacidad de hablar es, verdaderamente, una de las cosas más penosas que le pueden ocurrir a un ser humano. Eso le pasó a Fausto Saldaña, ya para siempre, la primera alborada de noviembre de 1959: que el habla se le cortó como leche de vaca en noche de tormenta. Vinieron a aporrear a la puerta de su casa, muy temprano, no eran más de las siete y media o las ocho de la mañana. Antes de que abriera uno de sus hijos, la voz que llegó desde la calle le entró por los oídos y le devoró por completo la laringe.

—¡Fausto Saldaña, vete abriendo la puerta que vengo con la pareja de la Guardia Civil!

La voz de Raimundo Encinasola era inconfundible.

—¡Fausto Saldaña, abre la puerta que encontraron a Alma Cándida!

Cuando Fausto bajó y estuvo delante de aquellos señores, comprendió al instante que no podía hablar. Se echó la mano a la garganta, como si de aquella manera consiguiera desatascar las palabras, pero no fue posible, también quiso escupir lo que sentía, y tampoco fue posible. Tenía a Raimundo enfrente, esposado, mirándole. No con ojos humanos, sino con ojos de fiera. Sus tres hijos estaban con él.

—¿Es usted Fausto Saldaña? Pues tendrá que acompañarnos, así que abríguese si quiere, y andando.

Fausto escudriñó los ojos, quería mirar dentro de sí mismo para ver si allí se vislumbraba un punto de luz, pero sólo había oscuras bolas de pelo difíciles de vomitar; se colocó el chaquetón con lentitud y sus movimientos estaban tan ralentizados que su Rafael tuvo que ayudarle. Esos segundos de silencio fueron espesos, ni la autoridad, ni el esposado, ni sus propios hijos, decían nada. Todos le miraban, y aquel hombre parecía estar ausente. No había dicho ni una palabra, no había proferido ni un lamento, sin embargo era

fácil entrever que una enorme pena se había encaramado a sus hombros, enrollándose en él como un sudario.

—¡Ahí la tienes en el cementerio, cabrón... la mala leche que has mamado, a ti te van a hacer lo mismo!

—Usted cállese, Raimundo... —ordenó uno de la pareja—. Y vámonos ya.

—Yo voy contigo, padre...

Leonardo también se abrigó y abrazó a su padre. Su pensamiento se resistía a creer lo que decían que había sucedido.

Salieron todos de la casa. La mañana era fría y ventosa, las campanas de la iglesia doblaban a oquedad, era el día de Todos los Santos y el cielo estaba muy gris y lloviznaba. Cuando la comitiva llegó al cementerio la lluvia arreció, el cuerpo de la mujer aún yacía en el lugar donde cayó muerta, y su cabeza, brutalmente aplastada, apenas era visible debajo del tronco que le había caído encima. El viento que está más cerca de la superficie de la tierra es el más frío, al menos es lo que siempre han dicho los pastores de estas serranías. Y esa ventolera le daba a Alma Cándida en las piernas, jugaba con los pliegues de su falda ancha y expandía por el lugar un tenue olor confundido con el de las hojas también muertas.

—¿Conoce usted a esta mujer?

Fausto miró al guardia y asintió gravemente.

—Pregúntele si estuvo liado con ella... Es un cabrón... ¡Asesino, que me la has matado!

—¡Usted, cállese! Y no vuelva a hablar hasta que llegue el sargento.

El sargento, máxima autoridad en la comarca, una vez examinados los alrededores inmediatos, aun debajo de aquella lluvia pertinaz, sopesado de un vistazo el árbol caído y circundado el contorno del cadáver, dio por obvio lo sucedido. Pellizcando uno de los extremos de su bigote, levantó el tricornio al cielo y pareció que contaba meditabundo las nubes que pasaban.

—Cambios de luz, humedad, temperatura... Señores: las condiciones ambientales son propensas a generar un accidente de estas fatales características... —después bajó su cara ancha del cielo y los miró a todos uno por uno—. ¿Es usted el hijo de Fausto Saldaña?

Leonardo respondió afirmativamente mientras agarraba la mano de su padre.

—¿Puede usted testificar que su padre estuvo toda la noche en su casa?

—Así lo he dicho antes a estos señores.

En ese momento el cielo bramó de una manera tan absoluta que pareció que era la última vez que iba a hacerlo. Excepto Fausto, todos miraron hacia arriba porque cualquiera hubiera creído que el firmamento se venía abajo.

—¡Mira lo que has hecho! ¡Mira, y que te remuerda en los huesos hasta dormido!

Una mirada del sargento bastó para callar al irascible Raimundo. Rompía a llover más fuerte, pero eso no impidió que se oyeran gritos de mujer que se acercaban, los de Irenita Encinasola y los de sus hermanas, histéricas, llorosas y alumbradas por los relámpagos.

No tardaron mucho en levantar el cuerpo de la infortunada Alma Cándida. El suceso corrió por Sonora más que el agua aquella; sus hijas prepararon una olla de café y la tuvieron de cuerpo presente hasta el otro día. A Raimundo se lo llevaron a Zafra a declarar algunos pormenores, y no le dejaron asistir al entierro a pesar de sus blasfemias. Esa misma tarde, Fausto Saldaña, que no se pasó por la casa de las Encinasola, se dirigió al cementerio de nuevo. Ni siquiera miró el lugar donde aún estaba el árbol homicida. Se acercó a la tumba de Faustina y dejó allí unas flores azulonas. Levantó sus ojos grises al cielo aquel y quiso gritar contra Dios, pero no pudo, así que se golpeó el pecho tres veces y se fue.

A partir de ese día las cosas cambiaron. Los violentos aguaceros de noviembre dieron paso a un final de año ya extinguido de antemano. No sonó ni un cohete, y la orquesta que ponía el Ayuntamiento comenzó su repertorio con un aparatoso réquiem antes del baile. Sólo los chiquillos, al atardecer, cantaban y tocaban improvisados tambores por las calles, y eso, unido al olor insistente y aventanado de los pestiños, calificaba el presente como Navidad. Leonardo Saldaña salió con su hermano Miguel Ángel por Sonora. Rafael, que ya tenía diez años, se quedó con su padre, aprendiendo a jugar a las cartas y maravillándose ante el puñado de relojes de bolsillo que se vertieron de la buchaca de cuero. Su padre le acariciaba las mejillas, y aunque no podía pronunciar palabra desde aquel día, Rafael sabía que le decía las cosas más importantes que un hombre puede decir a su hijo.

Todavía no era muy tarde, así que María del Eco, la tercera de las Encinasola, consiguió permiso huraño y paterno para pasear por la feria, a pesar del medio luto, hasta las nueve. Era guapísima, delicada, rubia como el

oro sin malear y de suaves ojos azules. Tan gentil era y tan etérea que difícilmente podía despegar de su entorno una nube de tontivanidad angelical.

—Tiene la cara como el nácar.

—¿Quién?

—María del Eco...

Miguel Ángel apenas balbuceó cuando dijo su nombre. Su corazón estaba tan caliente y tan extraño que no tuvo más remedio que toser. Leonardo le dio dos golpes en la espalda pero, una vez estuvo aliviado, el perfume ese que destilan las mujeres cuando uno se enamora volvió a llenarle la nariz y de nuevo le obligó a toser.

Ella pasó sin decir nada, pero Miguel Ángel hubiera jurado que sonrió, que le dijo algo en el silencio de su paso.

—No tienes ninguna posibilidad —le proclamó Leonardo con sabiduría de hermano mayor.

—Creo que ha sonreído...

—Si es tonta... Le sonrío a todo el mundo. Además, seguramente Raimundo ha prohibido a sus hijas dirigirnos la palabra.

Los dos hermanos pasaron todavía un par de horas tomando ponche con melocotón verde y canela, y disfrutando del fresco de la anochecida. Leonardo le hablaba a su hermano de la vida, del futuro, de las cosas que pensaba hacer en los próximos años. Desde luego tenía pensado quedarse en Sonora, le gustaba este lugar, aquí había nacido y aquí pensaba residir toda su vida, además era el mayor. Recapacitaba como un anciano a pesar de que no conoció a ninguno de sus abuelos, y un delgado bigotillo le hacía parecer más adulto. Miguel Ángel caminaba a su lado, le oía, pero en el fondo de sus oídos, envenenando cada sonido, había otros susurros dispersos, otras voces cadenciosas y enigmáticas que no acertaba a descifrar correctamente.

El azar no evitó el encuentro. Sonora no llega al medio millar mal contado de vecinos, y la plaza que hay enfrente de la solitaria iglesia es el lugar preferido, casi el único, para salir en días como hoy y tomar algo. Siguiendo la estela de María del Eco, acaso sin pretenderlo, los Saldaña entraron en el bar cafetería de Limón, engalanado de lujo para las fiestas. Cuando estaban apoyados en la barra, un vaho polar le surtió de la espalda a Leonardo y se la recorrió hasta la cabeza, le erizó las orejas y le escarchó el cuello del gabán, o eso sintió. Una parálisis se apoderó tan instantáneamente de él que derramó sin querer su copa de ponche sobre la barra. Ese acto le descubrió a las Encinasola. Irene le miró.

—Ya nos íbamos.

Leonardo lo dijo a media voz, tal vez dirigiéndose sólo a su hermano, tal vez a las Encinasola, a modo de disculpa por el encuentro no deseado.

—Tú debes de ser Leonardo...

Los Saldaña miraron a aquel sujeto. Llevaba puestas unas gafas cuadradas, su pelo escaso y su traje impecable, negro y azul, lo dotaban de un aire a medias entre distinguido y repelente, y debajo de su pescuezo descolorido lucía una pajarita amarilla, también algo desvaída pero altamente llamativa, que parecía ir a revolotear de un momento a otro, tan espigada era y tanto bajaba y subía la ósea nuez del sujeto.

Beatriz también estaba. Se había recogido el pelo en un moño horroroso, parecido a una cebolla violeta, y había cambiado de gafas, su cuello emanaba olor a jabón de heno y por el canalillo de su breve escote se escondía un collar de bolas blancas que un día fue de su madre.

—Sí... Y este es mi hermano Miguel Ángel.

Los pétreos segundos que continuaron fueron dinamitados por la voz lacónica de María del Eco, fue como si la montaña rocosa y enorme que por arte de hechicería surgió entre las Encinasola y los Saldaña de pronto fuera soplada como polvo de arena por aquella joven de dieciséis años que acababa de encontrar a sus hermanas, camino ya de su casa.

—¡Hardy!

Se abrazó al cuello de aquel tipo y le besó en la cara, y lo mismo hizo con el acompañante de Beatriz, un muchacho del pueblo, hijo de el del Montepío, al que llamaban El Pelovaca por tener el pelo como las vacas, parcheado con dos colores. Este no vestía tan elegante, y su mirada oblicua, *a priori*, le daba aires de desconfianza y atravesado.

—¡Hardy! Cuánto me alegro de verte... —María del Eco, que parecía permanentemente feliz, tomó con soltura el vaso de ponche de su hermana y le dio un traguito, después giró un par de veces con los brazos semiabiertos, a sabiendas de que su pelo rubio, al ser voleado, iría a dar en la cara del Saldaña que estaba enamorado de ella.

Míster Hardy, pues así le gustaba que le llamaran, aunque en el habla de Sonora le dijeran *Mistijardy*, levantó por encima de las cabezas su voz de señor y pidió una ronda de ponche para todos, incluidos los Saldaña.

El matrimonio de Irene Encinasola con *Mistijardy*, que era de Aracena y había estudiado en Sevilla, se ofició en primavera, el mismo día de San

Benito, en la iglesia de Sonora. A la puerta de los Encinasola aparcó un Seat 1500, azul y negro brillante, que mantuvo los faros encendidos todo el tiempo, con lazos blancos atados a las puertas y al pico de la antena, y otro coche exactamente igual trasladó al novio a la entrada de la iglesia. Raimundo Encinasola miró la hora.

—Niñas... Que son las nueve y media...

Después de la boda, la comitiva se acercó en silencio, y a paso de procesión, hasta el cementerio, a llevarle un presente a la difunta Alma Cándida. Allí había una persona. Un hombre. Un militar. Apenas pudieron verlo, porque se apartó hacia los cipreses y prefirió salir del cementerio por la puerta del oeste, rara vez usada, a no ser por los perros y alimañas. Las Encinasola no le dieron importancia, había una boda por medio y un acto sagrado por cumplir con respeto máximo hacia su madre.

—Alma Cándida —dijo Raimundo a la tumba—, aquí te traigo a la niña, para que la veas y la disfrutes, y te la traigo bien casada... Y este es el marido.

Poco más se dijo. Irene Encinasola dejó suavemente el ramillete de novia encima de la lápida. Rezaron todos juntos un padrenuestro, posaron para una foto, y dieron la vuelta, levantando no más que un murmullo de lo hermoso que era aquel día.

Los Saldaña estaban en casa. Los tres hermanos discutían sobre el porvenir alrededor de la mesa grande, y el padre, Fausto, rumiaba el silencio en su cuarto, a solas con sus cajitas y su buchaca de relojes. Alguien llamó a la puerta. Los hermanos se miraron, y cuando Rafael abrió se encontró delante a un hombre alto y de aspecto envarado y lustroso, como un taco de billar. Vestía de uniforme de la Legión.

—¿Viven aquí los Saldaña? ¿Están tus hermanos?

Tanto Leonardo como Miguel Ángel reconocieron aquella voz. ¡El tres veces Martín!

—¡Amigos! ¡Leonardo, Miguel Ángel! ¡Saldañas!

Nadie de los que allí estaban esperaba tanta efusión y tanta amistad por parte del recién llegado. Hacía años que no se veían, que no sabían nada ni nada habían preguntado sobre los hermanos Martín, ni siquiera eran verdaderos amigos, más bien adversarios en esta parte del mundo olvidada de Dios. Fausto ya no jugaba a las cartas, más que por mor de la edad por mor de la mudez, así que necesidad de dejarse caer por Moura Branca no había. Martín se quedó quieto delante de los hermanos, se puso tieso, firme, abrió

sus brazos y permitió que lo observaran, hizo oscilar sobre su cara la borla roja de su gorro militar y no pudo evitar una carcajada apabullante. Después se descubrió la cabeza y gritó:

—¡Soy Martín!

—Martín Martín Martín... —exclamó a media voz Miguel Ángel ajustándose las gafas a la cara.

—Vaya... —dijo Leonardo mientras se levantaba de la silla—, si es Martín... la última vez que te vimos ibas detrás de un circo.

—¿Cuando mataron al burro? —A Martín le dio la tos por la risa que le produjo lo del burro—. ¿Cómo olvidarlo? Todavía tenía yo el motocarro azul del pobre Pianuco...

¿Cómo no se iba a acordar? ¿Acaso era Leonardo el que iba a olvidar el motocarro aquel, aquella esquirla de metralla azul que se metió en su ojo para siempre? Pero ahora Martín ya no era un rival: él también había sido derrotado, Irenita no se casó con ninguno de los dos, sino con un pobre remedo de actor de cine americano, una caricatura de cartel de cine que fumaba Bisontes y al que llamaban *Mistijardy*. Uno con posición en Aracena, ya se sabe, a los que denominan *cebolleros*. Así que las cosas eran distintas, además él era ahora el hombre de la casa, porque Fausto, su padre, entre el silencio y las calles vacías que guardaba dentro de sí, había aceptado dejarse llevar por los días con sus noches, y sólo permitía sin enfadarse que el sol le hiciera sombra o la lluvia charcos cuando iba al cementerio a llevar flores, con su Rafael de la mano.

—Rafael, acerca una botella de aguardiente... Vamos a celebrarlo —propuso Leonardo.

La primera palomita, que es como llaman al aguardiente blanqueado con agua, se la tomaron de un trago. Después se echaron otra.

—Así que se casó la Irenita, la pelirroja de ojos verdes... ¿eh? Los he visto en la puerta de la iglesia, desde el bar Limón, y después en el cementerio...

—¿Y tú a qué has ido al cementerio, Martín? —le preguntó extrañado Miguel Ángel.

Martín también terminó de un trago su segunda palomita y aún se sirvió otra. El pequeño Rafael jugaba con el chapiri del legionario e incluso se lo encasquetó. Martín le sonreía.

—¿Tú quieres ser un novio de la muerte?

—¿Novio de la muerte?

—Sí, Saldaña, cada legionario, cada Caballero Legionario, es un novio de la muerte...

—Eh... ¿a qué has ido al cementerio?

—Una promesa, amigo. Una promesa del Pianuco. Del pobre Joaquín que fue como mi padre.

—No me digas que ha muerto...

Martín asintió.

—Así es, amigo mío, así es. Me dieron permiso expresamente para venir a verlo, pero he llegado tarde y lo único que ha dejado el pobre son tres encargos. Ni siquiera he visto a mi hermano.

—Hace tiempo que no sabemos nada de él... —dijo Leonardo.

—Hum... Ni yo —musitó Martín—. Creo que está en América.

—¡América!

¡Sí! Con el circo de los Costa... O con otro circo, no sé bien... En Moura nadie sabe nada y si saben algo no lo suelen decir, son gente así.

—¡Canarios! —exclamó el pequeño Rafael—. En América y con un circo.

—¿Y tú dónde andas, Martín? —le preguntó Leonardo mientras vertía de la botella para una nueva palomita.

—En el Tercio... Ya lo ves. En África. Año y medio me queda, pero hay reengancho... Te dan de comer, el tabaco, el jabón si lo hay y cuatro gordas al mes para los vicios. Poca cosa, es por estar recogido.

Hubo casi dos minutos de silencio. Desde fuera se oían todavía los últimos cohetes de la boda, los rayos del sol entraban por la ventana e iluminaban la casa con un amarillo cadencioso.

—El caso... —dijo Martín— es que necesito algo de dinero, unas pesetas... Los cuartos que me quedaban han sido para enterrar a Joaquín, mejor dicho para pagar su entierro y comprarle media lapidita, y tengo que regresar en tres días... eso es todo. En Moura no familiar con nadie, y fuera de Moura únicamente os conozco a vosotros y a esas Encinasola.

Mientras hablaba, aún sentado, liberó de su pantalón un reloj de cadena y lo puso en la mesa.

—He pensado que os podría vender esto... Por lo menos vale cien duros.

Rafael acudió al reloj como una urraca a un botón dorado. Sintió un cosquilleo en sus manos cuando la cadena de plata le recorrió por entre los dedos.

—Es precioso... Y tiene grabado un ferrocarril.

Cuando se oyeron las campanas que llamaban a misa de doce y media, justo en ese momento, bajó Fausto Saldaña las escaleras. Su sombra llegó antes que él, parecía que los rayos de sol que entraban por la ventana rebotaran en los objetos, en las paredes, en las cosas, como si todo fuera parte de un espejo, y que todos esos rayos no iluminaran más que aquel reloj con un ferrocarril y la frente amarilla y la mirada de Fausto. Se acercó en silencio hasta la mesa y se sentó delante de Martín Martín Martín. Su hijo Miguel Ángel le sirvió su palomita.

Era difícil concretar si Fausto Saldaña sonreía o, al contrario, desafiaba con aquellos labios tan finos. Martín se puso un poco nervioso, todos se percataron, pero era lógico, la presencia de Fausto, en cualquier parte y a cualquier hora, siempre estaba llena de otras presencias, como si no le perteneciera solamente un cuerpo, un espacio, porque aquel hombre acumulaba a su alrededor desde el polvo suspendido en los rayos de luz hasta el magnetismo que puede generar todo lo que existe. El Caballero Legionario acapachó su espigado cuerpo, tuvo necesidad de enroscarse como una cochinilla de maceta. Fausto cogió aquel reloj por el aro de la cadena. Lo hizo oscilar delante de sus ojos gris topo y, en vez de ser de plata, cuando el reloj cruzaba por uno de los haces de luz, parecía verdaderamente de oro.

# 5

Resultó que Irenita Encinasola se quedó embarazada de *Mistijardy*. Ya lo sabía su marido el dieciocho de julio de 1960, que era el día del Movimiento. La calle larga y la plaza de Sonora estaban enguirnaldadas con banderitas rojigualdas de papel, y a falta de banda de música, por cosa del Ayuntamiento, habían colgado un altavoz justo enfrente de la iglesia. Durante todo el día se sucedieron marchas militares y proclamas de alcaldes nacionales, mezcladas con entrevistas a toreros, anuncios insistentes de un sorteo extraordinario de la lotería y poemas de poetas andaluces y extremeños. Cada hora en punto daban el parte, un programa concurso de coplas populares y, por fin, el obituario de la región, y entonces todos en Sonora se sentían bendecidos por los santos del día, Federico y Emiliano, y por las vírgenes de Dios Marina y Gundenes, y de vez en cuando senequistas desconocidos acertaban a decir por la radio en directo, bien henchidos de oscura sinceridad, que, tras haber viajado por todo el mundo, España era la mejor nación y los españoles una raza elegida.

Después de todo, aunque el día era muy soleado, el calor no resultaba sofocante a pesar de ser julio, bandadas de jilgueros y chamarices reposaban formando ruidosa gresca en las higueras y los higochumbos estaban hermosísimos, a punto de reventar, rojos, violetas, fucsias y amarillos... La entrada del este de Sonora era como una puerta a un paraíso, y allí quiso Irenita Encinasola que su esposo detuviera el impoluto Seat 1500.

—Quiero acercarme andando hasta casa... Por favor, Hardy, sígueme con el coche.

—Pero si estás embarazada, Irene.

El lamento de Mister Hardy no fue suficiente porque ella se apeó del coche, dejó la puerta abierta y estiró los brazos de punta de tunera a punta de tunera, reconociéndose en sus ancestros, cuando apenas habían pasado unos

meses de su partida. Respiró todo lo que pudo y mientras tomaba un camino de tierra se desató el pelo. Estaba muy hermosa, sus ojos parecían más verdes que nunca, sus mejillas más prietas y sonrosadas, su embarazo la había dotado de una magnificencia de madona, haciendo florecer en ella cada capullo no florecido en la juventud. Acababa de cumplir veinte años y ese día, ese dieciocho de julio, fue el que más bella estuvo en toda su vida Irene Encinasola. Eximida ya del luto de su madre llevaba puestas una falda blanca con margaritas estampadas, preciosa, y una camisola roja que la convertía en el centro cromático de todas las dimensiones que puede captar un ojo humano. Cuando sus hermanas la vieron, exultantes, envidiosas, impresionadas, llenas de amor fraternal y de cosquillas de mujer, formaron un coro a tres en la entrada de la casa, y dieron vueltas riendo, chillando y felices.

Raimundo bajó a la puerta de la calle y miró a sus hijas.

—¿Quién vive? —farfulló ahuronado, como él solía.

Irene se le abrazó al cuello y le besó dos veces.

—Padre... papá...

—¿Dónde anda...?

—Hardy viene con el coche.

—Estará en el bar de Limón —gritó María del Eco presa de agitación juvenil y de su cotidiana memez—. Voy a acercarme... seguro que Hardy está allí. ¡Así vendré montada en el coche!

—Eh... —refunfuñó su padre— quieta aquí, deja a los hombres con los hombres, María del Eco...

—¿Sabéis una cosa? —preguntó Irene mirando al cielo.

Beatriz también estaba guapa, a pesar de su cuello cada vez más rosa y cada vez más gordo. Aunque también vestía sus mejores ropas de verano, envidiaba a su hermana con toda la redondez de su corazón. Las gafas le daban apariencia de lista, y además lo era, y a manera de acreditación compartía el honor de ser la más amada por su padre, con Alma Cándida la chica, quien también estaba allí, derecha, larguirucha y flexible como un espárrago triguero.

—¡Estás embarazada! —exclamó Beatriz, segura de sí misma, a media voz, dándole importancia a lo que ella acababa de descubrir y meneando la cabeza con tanta poca gracia como lo hacen las tortugas.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Las Encinasola rieron y volvieron a dar vueltas en aquel corro de cuatro

hermanas. Su padre se rascó la cara, se puso una mascota nueva, que es como en Sonora llaman al sombrero, y se dirigió a paso lento al bar Limón, con el mandado de buscar al yerno.

Se sentaron en torno a la mesa camilla, destaponaron una botella de gaseosa y hasta que aparecieron los hombres no perdieron ni vergüenza ni detalle en preguntar las cosas del matrimonio, al menos todo lo que estaba permitido saber, como decían ellas: acariciar la cáscara del huevo sin cascarla para ver la yema con la punta de los dedos.

—¿Cómo es Aracena? —Para la más pequeña aquella debía de ser la pregunta más importante, pues su curiosidad le abrió totalmente los ojos, también verdes.

Irene le acarició, emocionada, la cabeza y le contestó:

—Hay un castillo...

—Tiene que ser bonito vivir allí, en Aracena —comentó María del Eco—. He oído decir que tiene una gruta.

—La Gruta de las Maravillas... Hum... es fantasmal, caprichosa, gélida, imagina un sueño de piedra y de joyas preciosas muy frías. Precisamente, cuando estuvimos en el interior de esa gruta le dije a mi marido que estaba embarazada. Sentí un aire muy frío en la cara, me temblaron las manos y se me puso carne de gallina piernas adentro... Hardy me miró asustado y sólo tuve que decirle que sí con la cabeza.

—¡Qué suerte! —exclamó María del Eco.

—De dos meses... Estoy de dos meses para tres, así que bien contado vuestro sobrino nacerá para mediados de marzo. Al comenzar la primavera.

—¿Y qué nombre vas a ponerle, Irene? —preguntó Alma Cándida la chica.

—Antes tendrán que esperar a ver si es niño o niña... —dijo Beatriz.

—Eso depende de la barriguita, si está picuda o no... ¿A que sí, Irene?

—María del Eco se levantó al tiempo que hacía sus observaciones porque oyó parar el coche en la puerta.

*Mistijardy* venía solo, se bajó del 1500 y asomó la cabeza, y las hermanas le vieron la cara descompuesta y completamente blanca.

—Que Raimundo no quiere venir, que se está pegando con uno de los Saldaña, con ese Miguel Ángel, creo, el de las gafas... Y allí está tu novio, Beatriz, que me manda que os avise.

A la mañana siguiente, Fausto y su hijo Leonardo esperaban un coche a

las afueras de Sonora. Eran las cinco en punto, el día clareaba, se abría igual que una flor gigantesca y celeste. Las calandrias todavía dormían en los árboles y corría un fresco apetecible. Cuando el coche se vio venir a lo lejos, justo en la curva del Paredón, Leonardo miró a su padre.

—¿Estás seguro, padre?

Aunque Fausto no podía hablar, el gesto que hizo al afirmar con la cabeza fue tan contundente como sereno. No fue un gesto de una vez, no fue sólo una caída rotunda de la testa para decir que sí, más bien la dejó suspendida de un muelle, oscilante, como la de un muñeco, y dijo que sí repetidas veces, unas para fuera, a la mañana y a su hijo, otras, probablemente, para su interior.

Camino de Moura Branca, Leonardo miraba por la ventanilla del automóvil la vegetación, la tierra o el cielo, sabe Dios qué... tenía la mirada perdida, desparramada en las cosas, se sentía como el líquido que puede contener un vaso antes de ser bebido. A él era a quien esperaban en Moura Branca. Después de lo de ayer, de la pelea entre Miguel Ángel y Raimundo en el bar Limón, Fausto llamó a su hijo mayor y le indicó escribiendo en la libreta que saldrían a Moura a las tempranas, a tener un hijo. Leonardo obedeció sin rechistar, es más: lo consideraba justo. Si los Encinasola iban a tener un hijo nuevo, pues ellos tendrían otro. No importaba de qué madre, tampoco importó la suya, lo esencial era darle a él un hijo y a Fausto Saldaña un nieto. Sin embargo, el líquido aquel que contenía el vaso de su vida era amargo.

Cruzaban la frontera cuando la bilis le llegó a la boca, sintió que sus tripas se movían, que en el mundo no había aire suficiente para inflar sus pulmones. Pensar remotamente en el embarazo de Irene le provocaba náuseas... con ese tipo, con el *Mistijardy*, hubiera preferido a Martín Martín Martín... Ella iba a tener un hijo, y él otro. Tenían la misma edad y serían padres al mismo tiempo, con la asidua diferencia de los dos o tres meses que se llevaban todos entre sí, Saldañas y Encinasolas.

Se alojaron en el caserón de siempre, donde el finado Galves. Su padre subió con él unas escaleras muy anchas, de madera negra, y le enseñó el cuarto. Era espacioso, la cama ocupaba gran parte porque también era muy grande y estaba tapada con una colcha de hilo crudo. Tenía baño propio, pero además, cerca de la ventana, había una tinaja con agua, una palangana esmaltada, una toalla y un cenicero de calamina que anunciaba Cinzano.

—Está bien, padre. La esperaré aquí.

Leonardo se quitó la chaqueta y se sentó en la cama; mientras sacaba un cigarrillo su padre se dio la vuelta y le dejó solo. Por la ventana entraba el aire cargado de Portugal... El mar, el océano, quedaba muy lejos, pero Leonardo sentía la sal y el misterio penetrar por su nariz. Empezaba a encontrarse más tranquilo, pero no evitaba pensar cómo sería la mujer que iba a llegar de un momento a otro dispuesta a acostarse en esta cama con él. No quería mirar por la ventana, no quería ni levantarse, tanto esperaba a una mujer gorda y morena, de treinta o cuarenta años, con sabiduría y rapidez en este menester, como se le antojaba una muchacha casi virgen, como él, de cabello negro pero de oscuridad de ensueño, de ojos profundos pero de profundidad atlántica algo perversa, como en los puertos... no sabía qué esperar. Lo que sí sintió fue un pinchazo lento y armonioso, como un dulce aguijón, clavarse repetidas veces en su espalda cuando llamaron a la puerta. Se levantó con tranquilidad, con serenidad, como hombre dispuesto que conoce bien el oficio de hacer hijos por encargo, abrió aquella puerta y la mujer pasó sin decir nada, se quitó el blusón que traía, y se le quedó mirando con un sostén de tela blanca y unas bragas que le llegaban a media pierna.

—Usted se llama Leonardo.

—Sí.

—Yo me llamo Regalía.

Durante unos larguísimos segundos no dijeron nada más. Pareciera que ninguno de los dos supiese a qué había venido, pero no era así, sí lo sabían, por eso Leonardo se quitó su pantalón, su corbata y su camisa, dobló cada prenda cuidadosamente y la dispuso en un galán de noche. Después, sin dirigir los ojos a la mujer, aplastó el cigarrillo en el cenicero y se metió en la cama. Ella ya estaba allí. Tapada con la colcha y dispuesta a mirarle durante todo el tiempo. Todavía era más joven que Leonardo, y no es que fuera lo que se dice una preciosidad, su aliento recordaba a la verdura y el apio, a comida cruda, pero tenía las carnes prietas, color de canela, o de arena, sus ojos eran penetrantes y ayudó a Leonardo en su primera vez todo lo que pudo. Estuvo a punto de enamorarse de ella, era lógico, fue su primera mujer, el primer cuerpo desnudo que pudo ver y tocar, las primeras tetas de su vida. Aunque no fueran las de Irene.

A mediodía estaban de vuelta en Sonora, en las tuneras del este. Fausto puso una mano en el hombro de su hijo: todo había terminado, podía confiar en él. El día continuaba siendo hermoso, pero ahora hacía calor, mucha calor.

A pesar de que las Encinasola venían del cementerio, de dejarle flores a Alma Cándida, Irene vestía muy fresquita y sonriente, sólo llevaba puesta una camisa en la que apenas podía resguardar sus pechos. No se dijeron nada, aunque consintieron en ceder el paso unos a otras. Fausto y su hijo esperaron y ellas pasaron, apenas sin mirar... A Leonardo, en cambio, se le vino a la cabeza lo que había sucedido unas horas antes en Portugal, y recordando los de Regalía contempló absorto los pechos de Irene Encinasola cuando esta pasó cerca de él.

No eran más de las cinco de la tarde cuando Leonardo, solo, fue también al cementerio. En su casa todos dormitaban al fresco con las ventanas cerradas. Pero él no podía hacerlo. Aún sentía múltiples cosquilleos y sensaciones diversas. Además, había visto a Irene, a la embarazada Irene, y eso le había perturbado todavía más. Así que decidió salir con la solanera, que oculta más que la noche, pisándose su propia sombra, ataviado con un sombrero, regalo de su padre por la visita a Moura Branca. De la mañana a la tarde parecía una persona mayor. Ya era un hombre completo, es probable que esperara un hijo, pero eso no se lo planteaba, tampoco quiso saber a qué iba al cementerio. ¿A ver a Faustina? ¿A pasear? Nunca lo supo, cruzó aquella cancela, caminó con parsimonia entre los árboles y se dirigió a la tumba de su hermana, a cambiar tal vez las flores; sin embargo, sus pasos le guiaron a la izquierda, a la tumba de Alma Cándida, en donde, caído muy cerca de la lápida, estaba el pañuelo de gasa de Irene. Leonardo lo cogió y con un acto reflejo se lo llevó a la nariz. Ese pañuelo olía a todas las mujeres del mundo, olía a Portugal y a la habitación de Moura y a Regalía, olía a adolescencia y a matrimonio, a café con leche, a tabaco... no sentía más que olores dispersos, miraba al cielo pero cerraba los ojos, y cuando oyó la voz de Irene no los abrió de inmediato, sino lentamente, como sabiendo, engañándose, de que en realidad no había oído esa voz.

—Saldaña, ¿puedes devolverme el pañuelo?

Pero era verdad. Irene estaba allí, enfrente. Sola, con el pelo suelto y como flotando, o eso le pareció a Leonardo Saldaña.

—Saldaña, que si puedes darme el pañuelo, por favor...

—Claro.

Irene cogió su pañuelo y mientras tanto no le quitó los ojos de encima. Sabía que le ponía nervioso, era fácil percatarse.

—¿Cómo te va?

Leonardo, antes de contestar, sacó un cigarrillo y lo prendió. Él también

la miraba, ahora se sentía hombre, fuerte, como el tres veces Martín, pero no esperaba que ella le preguntase nada, ni siquiera esperó encontrar aquel pañuelo, era puro azar; no obstante, algo le indicó aquel camino del cementerio esa media tarde y aquella tumba de Alma Cándida.

—Me va bien.

—Me alegro...

—¿Y tú?

—¿Yo? Me casé.

—Eso ya lo sé.

—Y espero un hijo. —Irene lo dijo de manera firme, con seguridad, quería que él se enterase bien.

—También lo sé.

—Te lo contó tu hermano.

—Fue tu padre quien lo pregonó en el Limón, Miguel Ángel sólo estaba allí.

—¿Ya has ido a Moura Branca?

Leonardo no dijo nada más. Inhaló una calada, larga y cadenciosa, y se dio la vuelta hacia la tumba de su hermana Faustina. Se oyó el chirriar de la cancela del cementerio. Míster Hardy, acompañado de María del Eco, venía a buscarla, pero ella se les acercó a mitad de camino.

—No lo he encontrado... se me habrá caído en el coche.

Ni Míster Hardy ni María del Eco acertaron a ver a Leonardo, pero este sí oyó lo que dijo Irene con respecto al pañuelo. Había mentido, así que se dirigió apresurado, nervioso, como poseído, a la tumba de Alma Cándida y allí estaba otra vez el pañuelo tirado. Lo guardó durante toda su vida.

En marzo de 1961 nació el hijo de Míster Hardy y de Irene, en el paritorio de La Gota de Leche de Sevilla. Fue sonado porque vinieron los dos 1500 a Sonora a recoger a las Encinasola y a Raimundo, quien, con sus mejores galas y otra mascota nueva, publicó por el bar Limón que se iba a Sevilla a ver al nieto.

—Un nieto como Dios manda, español y con los padres por delante... Y se llamará Raimundo como yo.

El niño no se llamó Raimundo, sino Benito. Aunque lo tildaron de pelirrojo como la madre, la verdad es que tenía el pelo de color zanahoria, y además de púa. En sus visitas veraniegas a Sonora fue conocido por lo repelente y por la pequeñez de sus mimbres, así que pronto lo llamaron

Caganidos el de Raimundo. Como estaba previsto, dos meses más tarde se llegaron a avisar a los Saldaña desde Moura. El coche vino a recogerlos a las afueras de Sonora, cual era habitual, pero en el camino se cruzaron con los Saldañas, los hijos y el padre.

—Cómo Dios te ha quitado el habla, cabrón... —le increpó Raimundo.

Ellos no dijeron nada, ni siquiera lo miraron.

—¡Ojalá te lo quite todo poco a poco, Saldaña, rezo por eso!

Fausto se detuvo y giró la cabeza. Allí, a unos pasos tenía a su rival, al hurón que entró en su conejera, a Raimundo Encinasola, el hombre con el que se casó Alma Cándida. La mujer que estaba destinada a ser suya, y que lo fue pero a tinieblas, ni de día ni de noche, robando miradas, suplicando despojos de tiempo, amándola al margen de la dicha, al amparo de todos los crepúsculos que tiene un día, y tomando para ella de cada noche de celo hermosas lunas crecientes, y no el filo de una hoz como le daba ese malencarado. Que iba a ser suya antes de que llegara esa porquería al pueblo con el único bagaje de una chaqueta de pana marrón, con los codos gastados, y el romanticismo de la forastería. Sí, una mirada de Fausto bastaba para comprender el odio, el resentimiento, los mordiscos que un pasado turbio y lleno de insectos le procuraba en el corazón, en el hígado, en los hombros y los brazos. No podía hablar, es cierto, pero también lo es que tanto odio y la densidad del desamor no necesitan el sonido, se expresan como el dolor de las piedras al ser fundidas, en silencio, si acaso con un crepitar solitario y último.

—¡Ojalá te lo quite todo! ¡Por estas! —Raimundo cruzó los dedos y los besó con aire arrogante y desafiador—. Como tú me la quitaste a mí, Saldaña...

Leonardo agarró el brazo de su padre. Ambos dieron la vuelta y salieron de Sonora por las tuneras del este. Fausto sudaba, su frente amplia brillaba al sol; por fortuna un airecillo se levantó en el descampado y esa circunstancia permitió que vagos y ocultos pensamientos abandonaran su cabeza.

Cuando llegaron a Moura, un hombre que se llamaba Rosario les estaba esperando. Era un portugués bajito y rechoncho, sin afeitar de tres días y con aliento a sardinas. El padre de Regalía, según se presentó, que venía más que nada a recibir el dinero prometido por el servicio. Acompañados de Rosario subieron a la misma habitación espaciosa, y allí, en la misma cama de la colcha de hilo, estaba Regalía y el más pequeño de los Saldaña: un niño sin pelo y diminuto que sonreía a pesar de estar dormido.

—No hace ni tres horas, señor, que le nació la crianza... Y mire cómo está Regalía... como una rosa, señor, en unas semanas la tendrán si la necesitan... fresca y blanca como jazmín de cera, señor.

Ahora sí que Regalía parecía una virgen. Tenía al niño dormido sobre su pecho, llevaba el pelo suelto, posado como la cola de un pavo sobre la almohada, sonreía a Leonardo y se sentía feliz. Una anciana que pasó sin escrúpulos y farfullando en un portugués ininteligible los echó a todos y cerró la puerta.

—Es la matrona, señor... Entiende mucho de estas cosas, aunque usted la vea un poco vieja.

Los tres bajaron por las escaleras. Leonardo no comprendía muy bien lo que sentía dentro de su pecho. Su padre ya le había preparado para este evento, usando la libreta en la que escribía habló con él a través de la caligrafía, y fue suficiente. Así, atendiendo a las indicaciones, a ningún rasgo de felicidad, sorpresa o emoción le estaba permitido superar los límites convenidos ni aflorar delante de nadie. Ellos eran señores no sensibleros, y más en Moura Branca.

Ese día no pudieron llevarse al niño. Después de pernoctar dos noches en Moura decidieron que un médico de verdad visitara al pequeño, y el galeno recomendó que el niño debía estar con su madre los primeros meses. Fausto no se apesadumbró. Alma Cándida había muerto hacía años, él ya tenía buscada una nodriza nueva, zafreña, pero si era necesario que el recién nacido estuviera con su madre, no se le ocurrió otra cosa que llevarse a Regalía con ellos, a Sonora. A Leonardo le pareció bien, al principio lo tomó como un suceso imprevisto al que se le había dotado de solución, pero camino de casa, nada más traspasar la frontera, se sintió distinto. Desgraciadamente el niño murió tres semanas más tarde. Durante ese tiempo tuvo todos los cuidados y todo el calor de su madre y de los Saldaña. Dispusieron un cuarto para ella y una mujer para que le atendiera, y todos los medicamentos que hicieron falta. Pero no fue posible. Leonardo sintió una tristeza infinita. Su padre le escribió en la libreta varios consuelos, pero ahora, unido al amor por su hijo recién muerto, estaba el amor sincero que sentía por la madre, por Regalía. Le cogió un cariño intenso en esas semanas, había visto cómo le daba de mamar a su hijo, cómo le lavaba y cómo le dormía. También él se sentía culpable. No podía quitárselo de encima, tenía la impresión de que había hecho algo mal.

—Hijo, las cosas no son como uno quiere: las cosas son como son... —

le escribió su padre en la libreta.

Lieron al niño en una sábana y lo llevaron muerto a Portugal. Allí hablaron con el otro abuelo y con Rosario, le dieron a aquel algo de dinero para el entierro y se volvieron a Sonora. Qué lento le pareció a Leonardo Saldaña que iba a pasar ese verano. Pero no resultó así. Se llevó varios días sin salir de casa, y cuando lo hizo fue para dar largos paseos por las afueras. Estaba exento del servicio militar como todos los Saldaña, iba a cumplir veintidós años y se sentía al mismo tiempo el hombre más solo del mundo y el más vacío.

Una tarde llegó, sin querer, al Paredón. Encendió un cigarrillo y se sentó en uno de los escombros. La tarde era muy agradable, sabía que los pensamientos pasados podían revelarse en ese lugar, pero estaba dispuesto a afrontarlos, es más: ni se lo planteaba, sólo vino a pasear, a estar tranquilo y si era posible alejado de todo. Lo que no sabía era que esperaba un nuevo hijo de Regalía, porque ella volvió a quedar encinta tras un fortuito encuentro una noche en Sonora, al amparo del sueño de todos, cuando él bajó a ver al niño. Fue un suceso, un encuentro que no quedó grabado en sus esquemas, del que no se quería acordar, había expulsado ese cariño imposible de su vida y de su cabeza, pero cuando retornaba a Sonora, antes de cruzar por las tuneras del este, fue saludado por Rosario, el portugués, desde una moto. Ni siquiera se bajó, y Rosario siguió su camino, seguramente a Moura. Leonardo no supo qué pensar. Miró atrás, vio cómo se alejaba la moto y se dijo a sí mismo:

—Habrá venido a pedir dinero.

## 6

Cinco años más tarde, en 1966, murió Fausto Saldaña. Se puede decir que faltaban pocas horas para que terminara aquel crudísimo invierno, pues ya estábamos a mediados de marzo y se podía oír, si se afinaba, el canto de los primeros pájaros. Fausto aguantó todo el frío y todas las lluvias, ni un domingo faltó a llevarle flores a su Faustina. Como no salía por el pueblo, y era difícil verlo, se comentaba que había enloquecido, o eso se afirmaba sin tapujos por el bar Limón.

Murió de madrugada. Sus hijos aguardaban el desenlace, y se lo habían murmurado unos a otros desde el mediodía, por eso se fueron turnando a los pies de la cama. Además, como su padre no quería que estuvieran allí todos juntos, no se fuera a desperdigar la muerte, fue a Rafael a quien le tocó el último suceso. Fausto tenía en las manos la buchaca de relojes, los dedos se le habían quedado tan firmes y agarrotados como patas de cangrejos una vez cocidos y no resultó fácil desprender la bolsa; por la boca exhalaba un aliento muy blanco y espeso y los ojos los dejó medio abiertos, y por ellos, a todo lo largo de la ranura, le fluía un plasma brillante, como la clara de un huevo a medio freír, que al contacto con el exterior formaba una especie de telaraña. Aunque no avisaron a don Miguel, el cura, este se presentó media hora más tarde. Los tres hermanos estaban a los pies de la cama, ninguno lloraba, y tampoco decían nada. El dormitorio se hubo transformado en el Partenón del silencio, y a pesar de que estaban allí los tres hermanos y el cadáver de Fausto, nunca aquella estancia había parecido tan grande. Cuando oyeron la puerta de la calle bajaron los tres al mismo tiempo, no esperaban a nadie y el dolor causado por la muerte del padre los mantenía melancólicamente unidos.

Don Miguel entró sin esperar a que le abrieran, como hacen los curas, se plantó en medio y miró por orden a los ojos de cada hermano.

—He llegado tarde.

—¿Tarde para qué? —preguntó Leonardo.

—Hombre de Dios... para dar la extremaunción a tu padre.

—Ha muerto tranquilo.

—Ya... ya... pero con la extremaunción irá más preparado.

Don Miguel se dirigió a las escaleras y subió a la habitación de Fausto, donde preparó sus cosas acompañado de una monótona canturía en latín, y después de persignarse repetidas veces cerró en lo posible los párpados al muerto. Mientras, Miguel Ángel preparó una cafetera, se sentaron a la mesa y esperaron al cura.

—Bueno, hijos, ya está... Vuestro padre va preparado.

Le sirvieron una taza y don Miguel se sentó con ellos.

—Bueno... Saldañas... ¿qué pensáis hacer?

—¿Usted qué cree? Se oficiará el entierro y aquí paz y después gloria —sentenció Leonardo.

—Entiendo... entiendo... sin embargo, vuestro padre, el pobre Fausto...

—Verá usted, don Miguel —continuó el mayor de los Saldaña—, nuestro padre tenía compromisos con su iglesia, y esos compromisos se mantendrán... esa fue su voluntad y así lo haremos, puede quedar tranquilo.

—Eso no es todo, hijos, eso no es todo...

—De momento sí lo es, don Miguel —le dijo Rafael, de manera firme y a media voz—. Y ahora quiero estar junto al cuerpo de mi padre.

Don Miguel se levantó, hizo una breve señal de la cruz en el aire y suspiró como cansado.

—Volveré por la mañana. Voy a llamar a Felipe y a Santiago para que doblen las campanas a las seis. Ah, también le pondré una lamparilla a la patrona, que vuestro padre era devoto... recordadlo.

A su entierro fue todo el pueblo, entre otras cosas porque todo Sonora le debía favores a Fausto Saldaña, unos la casa, otros dinero y los más atenciones y tierras, como era el caso de Raimundo; incluso el cura le debía la pintura y los arreglos de la fachada de la iglesia y un manto azul que le compraron con su dinero a la Virgen del Rosario. Las campanas, como mandó don Miguel, no cesaron de doblar desde hora muy temprana, así que el pueblo fue consciente de lo que había sucedido.

En la parte baja de la casa habían dispuesto a Fausto. Ya estaba metido en el ataúd, todavía destapado. Fueron pasando los hombres y las mujeres del

pueblo, casi todos, a lo largo del día, y no lo enterraron hasta la mañana siguiente. Los tres hermanos iban vestidos de riguroso negro y muy elegantes, los tres llevaban corbatas anudadas y sombrero, a saber por deseo de su padre. Tomaban palomitas de aguardiente y fumaban sin cesar, pero se mantenían firmes y serios, como hombres. Cuando llevaron a Fausto al cementerio sólo El Pelovaca, el marido de Beatriz, fue al entierro en representación de su familia política. Al salir de allí, nada más cerrar la cancela del camposanto, El Pelovaca se acercó a los Saldaña y les dio la mano a todos.

—Era un gran hombre vuestro padre... Mi mujer no ha podido venir, está muy afectada, y Raimundo está enfermo, así que sus hijas se han quedado con él.

Leonardo asintió y no dijo nada, Miguel Ángel siguió el camino sin pararse a oír y Rafael, que ya tenía diecisiete años, rubio como el lino y de cuerpo bien formado, miró al Pelovaca.

—¿Así que tu suegro anda malo?

—Sí...

—Pues dile a tu suegro que nos debe los dineros de seis años, que ya mi padre no presta más porque se ha muerto.

El Pelovaca se sintió ofendido, atravesó todavía más la oblicuidad natural de su mirada y la clavó en los ojos de Rafael. Estaba indignado, en primer lugar porque no había sido atendido, según él esperaba, por los hermanos mayores, a los que conocía de toda la vida, y en segundo lugar por el descaro y la frescura de ese Rafael que tan dispuesto estaba a ser reconocido en Sonora.

—Verás, Rafael, no me parece el momento...

—Cualquier momento es bueno para exigir el dinero de cada cual. — Rafael no dejó que El Pelovaca terminara sus excusas, le miraba a los ojos directamente, a él no le asustaba ninguna bizquera, y se sentía fuerte, joven, poderoso y con ganas de comerse todas las miradas del mundo.

—Hablaré con la familia... No te preocupes, cada cosa tiene su momento.

—El momento es ahora... Díselo a Raimundo y a sus hijas.

—No metas a las mujeres en esto, Rafael...

—A las mujeres no, lo único que quiero meter aquí —Rafael se golpeó el pantalón a la altura de los bolsillos— es el dinero que nos pertenece.

El Pelovaca desvió los ojos hacia Leonardo, pero este se había separado

unos metros, ocupado cortésmente en saludar a los vecinos y recibir pésames y cluecas letanías para las ánimas. Así que el yerno de Raimundo Encinasola no tuvo más remedio que enfrentarse de nuevo con los ojos de aquel joven engallado que lo miraban con frialdad de persona mayor.

—Tendréis vuestro dinero.

Asintió repetidas veces, como hacía su padre, después miró a unos pájaros pasar.

—Estoy seguro de ello...

Rafael dejó allí de pie al Pelovaca, seguramente indignado y receloso.

En casa de las Encinasola la conversación giró en torno al muerto, a Fausto.

—Esta misma tarde voy al cementerio.

—No deberías hacerlo, papá... Todavía hace frío y está todo muy revuelto —le indicó su hija Beatriz.

—Pues voy a ir esta tarde, por estas... —Raimundo se levantó de su silla y quiso ser más alto de lo que en realidad era—. Voy a ir a llevarle flores a mi mujer.

Sus hijas se miraron. Su yerno contemplaba en silencio y meditabundo una copa de aguardiente.

—¿Qué más te ha dicho ese hijo de puta?

—Ya se lo he contado Raimundo, quieren que se les pague.

—Serán cabrones, esos Saldaña...

—Puedo hablar con mi padre, Raimundo —dijo El Pelovaca.

—Tendrás que hablar, tendrás que hablar... Y la otra del *Mistijardy* que no se crea que nos va a dejar plantados... Mañana mismo cojo la camioneta ahí en Zafra y me encajo en Aracena... ¡Por estas!

Raimundo Encinasola miró y señaló una foto retrato de Alma Cándida que presidía la sala.

—La quise más que a nadie, y me dio estas hijas, que son mis entrañas —le dijo a su yerno—, pero ella tuvo la culpa, y lo digo delante de las niñas: ella tuvo más culpa que él... pero a ella la perdono, a él no, a ese cabrón por estas que no.

—Raimundo, esta casa es de los Saldaña...

—¡No! Es más, quiero que vayas ahora mismito a ver a Leonardo, al mayor, a pedirle precio. Que ese será el que lleve las cuentas del cacique.

Cuando Beatriz y su marido abandonaron la casa de su padre, este se negó a comer a pesar de que sus hijas le insistieron. Estaba nervioso,

malhumorado, y siempre era así, pero hoy parecía especialmente predispuesto a romper el mundo en dos pedazos. Estuvo a punto de arrojar el plato de la mesa, y no lo hizo porque lo que de verdad quería arrojar eran sus propios brazos.

—Trae una botella de vino, Alma Cándida...

Alma Cándida le acercó la botella a su padre. María del Eco permanecía callada, ensimismada en sus cosas, aunque no dejaba de aletear vanamente con sus pestañas; como quien presta atención a un suceso, no podía evitar que su mirada se posara en los objetos y en los rincones, y daba la sensación de estar siempre distraída.

—¡María del Eco! ¡Siéntate ahí! Y tú también, sentaos las dos a la mesa, que os tengo que hablar.

Alma Cándida la chica también tenía diecisiete años, igual que Rafael Saldaña; estaba en la flor de la vida, su juventud era insultante, la melena larga y negra, lisa y bienoliente, le caía por la espalda, los ojos los tenía verdes, como su hermana Irene y como su madre, y un hoyuelo partía su barbilla en dos, pero lejos de afearla le daba más lisura. Era la favorita de Raimundo, *su niña*, la que más le recordaba a su madre por fuera, sin olvidar a su Beatriz, que era la que más se le parecía por dentro.

Le dio un sorbo al vino. Encendió un cigarrillo y miró a sus hijas directamente a los ojos.

—Escuchadme bien... Y que no os lo tenga que decir dos veces. Mañana mismo, ya lo habéis oído, salgo para Aracena, a buscar a Irene. Lo más seguro es que esté fuera unos días. Ya sois mayores, pero sois mis hijas...

—¿Qué quieres decir, papá? —le preguntó Alma Cándida.

—¿Que qué quiero decir? —Raimundo dio un golpe en la mesa que a punto estuvo de tirar la botella de vino, María del Eco le rellenó el vaso y él se lo bebió de un trago—. Que de aquí no sale nadie... eso es lo que quiero decir.... que de aquí, de esta casa, mientras no esté yo por delante no sale nadie. ¿Habéis oído bien? Tú... María del Eco... ¿lo has oído bien? ¡Que de aquí no sale nadie!

—Sí, papá... que de aquí no sale nadie, nadie, nadie...

—Le diré a Beatriz que se pase a dar una vuelta. En menos de cuatro días, mal contados cinco, estaré de regreso.

—Sí, papá, pero...

—¿Pero? ¡El pero no madura! —exclamó en un lenguaje de su oscura

infancia—. Que lo que quiero decir es que de aquí no sale nadie, y que como os vea cerca de uno de esos Saldaña, o yo me entere, os cruzo la cara y os jodo de limosna, por estas.

Una de sus hijas le rellenó de nuevo el vaso. Ahora las dos se sentaron al lado de su padre, a la mesa. Raimundo volvió a tomarse el vino de una vez y él mismo se puso otro. Reencendió el cigarrillo y fue entonces cuando María del Eco y Alma Cándida la chica oyeron lo que su padre tenía, verdaderamente, que decir.

—Ese Saldaña bien muerto que está, hijas... tanto daño nos hizo a todos... Yo llegué a este lugar en 1939, recién terminada la puta guerra, huyendo del hambre y de la miseria y de la mala gente... eso es verdad por estas, y este lugar ni siquiera era el pueblo que fue. Había más hombres tirados en el Paredón que en el pueblo y mucha tierra baldía y sin abrir. Entonces fue cuando conocí a ese demonio... Me dio trabajo, eso es verdad, pero yo trabajé con todas mis fuerzas y con toda mi juventud, de sol a sol y con medio pitillo al día porque no había más para fumar... tenía yo veintitantos años... creo que veinticuatro... y él era de mi edad, chispa más o menos... A ella la conocí en la velá del verano, justo ahí en la plaza del medio, la de la iglesia... Era la más guapa, sus ojos verdes brillaban en la noche como las espaldas de las chinches acelgueras, y yo le pedí un baile de faldeo y ella aceptó... así nos hicimos novios...

—Pero mamá era novia de Fausto Saldaña... ¿no?

Raimundo levantó la mano con la intención de dar un guantazo a su hija María del Eco, mas la dejó en el aire, amenazadora y rígida como un artefacto que no puede volver atrás una vez puesto en marcha. Pero respiró despacio, y lentamente fue bajando aquella mano tostada hasta que asió de nuevo el vaso de vino.

—No... nunca fue su novia... ya lo sabéis. ¡Nunca! Él la pretendía, eso sí, la tenía en sus manos... Le debía favores pero favores le pagaba, o él quería que le pagara de otra manera... Pero fui más listo... Sí, señor. — Raimundo volvió a dar un golpe en la mesa y a rellenar su vaso, ahora su voz era más áspera, pareciera que cuando el vino traspasaba su garganta le abría al mismo tiempo grietas saladas en la carne, y era eso lo que hacía que el tono fuera casi de moribundo—. Sí, señor, fui más listo...

Hubo un silencio atroz. Las hijas miraban absortas a su padre, esperaban una revelación que no llegaba, era media tarde, se oía a los pájaros en el tejado, pero ese sonido era absorbido al instante por aquel silencio sólido

como una pared. Raimundo dejó las niñas de los ojos clavadas a las córneas, miró hacia dentro, a sus recuerdos, y las palabras brotaron de su boca como si no fuera él quien las pronunciara, sino una grabación interna que se había activado en un lugar esquinado de sus asaduras.

—Una tarde, al volver del olivar con el carro y el mulo... bueno... que vuestra madre se vino conmigo, montada en el carro, y nos fuimos como novios hasta el Paredón y de allí nos trajimos a Irenita... Eso sí que fue una lotería, no se pudo ocultar por mucho tiempo, pero yo la quería, ¡y ella a mí! Así que no había más que hablar y nos casamos.

—Y os vinisteis a vivir a esta casa.

Raimundo miró a los ojos de su hija, y luego poco a poco los fue levantando hasta mirar el retrato de Alma Cándida.

—Sí... Nos vinimos a vivir aquí... Pero esta casa era como de ella... Ella ya vivía aquí...

—¿Vivía sola, papá? —preguntó María del Eco.

—Sola. Como la una. Hasta que llegué yo aquí, sola... El Saldaña nos pagó la boda, arregló la casa y nos regaló el cachito de tierra de la *jilá*, donde no se puede ni plantar un eucalipto para ahorcarse. Y ahora vienen esos mamelucos a decir que la casa es de los Saldaña... Dios no existe...

—¡Papá! —exclamó María del Eco.

—¿Papá? —repitió en tono maldiciente su padre—. Si no fuera por ustedes bien lo sabe hasta la Virgen del Rosario que me los llevaba por delante a los tres... arrestos tengo para eso y para más. Pero si hay que pagar, pagaremos. Y que sea de una vez para siempre, y que no me los vuelva a echar a la cara a esos hijos de puta.

Raimundo Encinasola se encolerizaba por segundos. Se había levantado de la silla puño en alto igual que un coloso de granito indestructible, para luego dejarse caer como un hombre que ya no puede estar de pie; ahora intentaba en vano mantenerse erguido y su cara se ponía roja y morada como una ciruela, las cejas se le erizaban como a un animal y, para colmo, una tos profunda y seca estuvo a poco de tumbarlo de espalda si no llega a ser por sus hijas. Señalaba con su índice temblón el retrato de su mujer e intentaba hablar, pero no lo conseguía.

A la mañana siguiente, muy temprano, se encaminó al bar Limón, a tomar el único taxi del pueblo para que lo acercara a Zafra. Ya tenía noticias de los Saldaña, había visto a su yerno y a su hija Beatriz. Pero no importaba. Ni siquiera llevaba maleta, los cuarenta mil duros que pensaba pedir a

*Mistijardy* a través de su hija le iban a caber en una buchaca negra que usaba para tal fin. Hacía fresco pero el día era luminoso, en la carretera no iba nadie, sólo ellos, y al pasar por el Paredón Raimundo se quedó mirando las ruinas y se le vino el agrio del vino a la boca.

Cuando los tres hermanos Saldaña volvieron a la casa la encontraron metafóricamente vacía. Ninguno de los tres acertaba a explicárselo, ni siquiera se lo comentaron unos a otros, pero los tres tuvieron esa desagradable sensación. Su padre había pasado los últimos años de su vida en silencio, con la libreta y la bolsa de relojes a cuestas, pero su presencia lo abarcaba todo. Sus hijos le querían, le respetaban y se habían sentido siempre protegidos por él. Ahora eran hombres. Ahora tenían que decidir el futuro de cada uno y, si no comenzar una nueva vida, al menos tener la fuerza suficiente para que el barco no se fuera a pique, es decir, mantener los cánones, la posición y el buen nombre.

—¿Qué le dijiste al Pelovaca?

—Que nos pagara... —Rafael se levantó y giró en torno a sus hermanos, abrió sus brazos en aspas y sonrió. Parecía feliz por primera vez en el día.

—¿Cuánto crees que nos debe? —le preguntó ahora Miguel Ángel mientras se limpiaba las gafas.

—El viejo lo tiene apuntado en la libreta.

Rafael subió las escaleras todo lo rápido que lo hace un hombre de diecisiete años, y de la misma manera volvió con la libreta en las manos. Manoseó algunas hojas y al fin leyó.

—Aquí está... Seis años, que son setenta y dos meses, a razón de veinticinco duros al mes, que son ciento veinticinco pesetas, hacen mil ochocientos duros, lo que resulta nueve mil pesetas... ¡Nueve mil pesetas! ¿Os habéis fijado? ¡Y lo tiene todo apuntado! ¡Aquí! Nueve mil pesetas que son tres mil pesetas por cabeza... para cada uno de nosotros... Es como... como una herencia... eso es, una herencia que nos deja nuestro padre... Eso es.

Leonardo encendió un cigarrillo y dejó caer la espalda en la silla, tumbándose para atrás con aire pensador. Era el mayor, y eso lo dotaba de cierto respeto por parte de sus hermanos. Con Miguel Ángel no había problemas, a pesar de su enamoramiento por la tontina María del Eco se llevaban bien y sus ideas eran parecidas, pero Rafael, el pequeño, estuvo tan

cerca siempre de su padre... muy consentido... y demasiado altivo. Se había criado de otra manera, al estilo Saldaña, pero de otra manera. Cuando trajo a Rafael desde Moura Branca, ya su padre no fue el que era.

—¿Para qué quieres tú tres mil pesetas, Rafael?

Rafael se echó a reír.

—No sé... Pero son mías, ¿no?

—Bueno —dijo Miguel Ángel—, pero dinos qué piensas hacer si es que llegan las tres mil pesetas a tus manos.

—Quiero salir de aquí.

—¿Salir de aquí? ¿Y dónde piensas ir tú? —Miguel Ángel se colocó de nuevo las gafas y sonrió a su hermano mayor.

—No sé, Miguel Ángel... A cualquier parte que no sea Sonora... Nunca he salido de este pueblo... y ya tengo diecisiete años.

En ese momento *El Pelovaca* llamó a la puerta. Venía solo. Le invitaron a pasar y a sentarse con ellos. Así lo hizo. Antes de decir ni una palabra puso sobre la mesa diez billetes de veinte duros. Inmediatamente escrutó la mirada de cada uno de los hermanos y guardó silencio.

—¿Y eso? —preguntó Rafael señalando el dinero.

—Eso son mil pesetas, Saldaña —le dijo El Pelovaca sin mirarle—. De momento os podéis aviar. En dos o tres días tendréis el resto del dinero.

—Lo que nos debe son nueve mil pesetas... —replicó Rafael.

—Sí... Pero esto es un adelanto... una señal... He venido porque Raimundo Encinasola quiere comprar la casa. Me ha dicho que te pregunte a ti el precio, Leonardo.

Leonardo dejó caer su frente sobre dos dedos. Parecía pensativo, pero no sorprendido. Ni un gesto se adivinaba en su rostro, El Pelovaca y sus hermanos lo miraban, pero él guardaba silencio como quien guarda un tesoro.

—Lo tendremos que pensar —dijo en su lugar Miguel Ángel.

El Pelovaca se despachó él mismo un vasito de aguardiente y se lo tomó de un buche.

—¿Pensar? ¿Qué vais a pensar? Mirad, Saldañas, las cosas están muy malas, no hay dinero en ningún sitio, y el poco que hay la gente quiere invertirlo en tierras y en casas, me lo ha dicho mi padre de buena fe, ya sabéis que él sabe de estas cosas.

—Pero las nueve mil pesetas no entran en el pago de la casa, que le quede claro —murmuró altivo Rafael.

—Cállate.

Leonardo había decidido hablar. Se encendió un cigarrillo y también él se despachó un vasito de aguardiente.

—Dile a tu suegro que lo de la casa lo pensaremos, que no tenga tanta prisa. Sólo hace dos días que murió nuestro padre y nos parece pronto empezar a matar las gallinas. —Leonardo tomó los diez billetes de veinte duros, los colocó en su mano como un abanico y sopló humo sobre ellos, después los dejó encima de la mesa, con cuidado, al lado del Pelovaca.

—¿Y esto qué quiere decir?

—Dile a Raimundo que se guarde su dinero.

—No podéis darle una patada así.

—No es ninguna patada, sólo es un empujoncito... Que se alivie, ya hablaremos. Comprenderéis que habrá que tasar la casa.

—Hemos pensado mi padre, mi mujer y yo, que la casa vale cuarenta mil duros. Incluido el huerto que da al patio, hasta la chopera.

—Para el carro, Pelovaca, para el carro... —le dijo Rafael mientras se sentaba a su lado.

El Pelovaca se puso nervioso, se le notaba, su mirada atravesada no se posaba en ninguna parte, aleteaba como una mosca, era incapaz de mantener las córneas quietas, así que se separó del joven Saldaña arrastrando con él la silla.

—Yo no me llamo Pelovaca... sino Antonio Rodríguez, ¿lo has entendido?

—Bueno, bueno... Antonio Rodríguez, no te enfades, hombre... que estamos entre paisanos... —replicó Miguel Ángel para tranquilizarle.

—Sí, pero entonces, ¿qué le digo yo a Raimundo? Que voy a su casa en cuanto salga de aquí, que me estará esperando...

—Dile que hablaremos... Eso es todo... —Leonardo volvió a llenarle la copa.

—¿Hablaemos? ¿Cuándo? Él piensa ir mañana a Aracena, a ver a su hija, y quiere aprovechar para hablar con Míster Hardy.

Rafael soltó una risita que molestó aún más al Pelovaca. Este se levantó, tomó su vasito y se lo bebió. Se quedó mirando a los hermanos y se acercó a la puerta. Desde allí murmuró algo que no sonó bien, así que el más pequeño de los Saldaña se acercó a él y le preguntó cara a cara.

—¿Qué dices? ¿Tienes algo que decir?

No dijo nada, abrió la puerta y se encaminó a casa de las Encinasola,

donde lo esperaban su mujer y su suegro. Pasó sin llamar. Sentados estaban Raimundo, huroneando porque Beatriz le había quitado la botella de vino, y sus tres hijas. El Pelovaca se sentó a la mesa, fue capaz de controlar aquella mirada que rebotaba siempre como una pelota, y dijo muy seguro de sí mismo, como quien viene a anunciar una victoria que se le debe:

—Creo que se lo sacamos por cuarenta mil duros, Raimundo... Y el huerto hasta la linde de la chopera.

Irene sintió mucha alegría de volver a ver a su padre. Vivía en una hermosa casona, en el centro de Aracena, enfrente del Casino de Vidrieras. Lo recibió en el patio interior, rodeado de pilistras y macetas de geranios, y su hijo Benito, El Caganidos, estaba con ella y también se puso muy contento de ver a su abuelo materno, al que apenas conocía hasta entonces.

Raimundo era hombre parco en palabras, sobre todo en asuntos de dinero y misericordia, así que no perdió mucho tiempo en decir a qué venía exactamente. En la cena lo dijo, delante de Hardy y de sus consuegros, que no lograban entender cómo un hombre tan huraño y de aspecto tan desaliñado podía haber engendrado a una señora, que es como hasta entonces consideraban a su nuera.

—Verá usted, don Benito, la casa que nos sostiene vale cuarenta mil duros, no es gran cosa, pero no tenemos de dónde sacar, malos tiempos son para los tratantes.

Don Benito, el padre de *Mistijardy*, asentía rigurosamente cada palabra de su consuegro.

—Bien lo sabe Dios que no es por mí, que es por las mocitas.

—Todavía le quedan dos hijas por casar, Raimundo...

—Bien lo sabe usted, bien lo sabe usted que son mocitas y son tan guapas como esta... En fin, que no tengo más remedio que pedirle un dinero prestado, don Benito, a sabiendas de que podré devolverlo, faltaría más y por estas. Y como usted tiene de dónde sacar...

Al otro día por la mañana salió Raimundo de Aracena, le acompañaban su hija y su nieto. Uno de los 1500 los acercó hasta Zafra, y desde allí tomaron el taxi de Santiago, apodado El Fatiga, hasta Sonora, porque ya

estaba apalabrado y pagado. En el camino de Zafra a Sonora, cuando iban en el taxi, le dijo Irene a su padre que se había vuelto a quedar embarazada.

—Eso está bien, hija, tú da familia que es tu deber, que mira cómo nos lo pagan, son gente honrada, no como esos mal nacidos.

Se detuvieron en el bar Limón, el abuelo y el nieto entraron a beber una gaseosa; Irene, en cambio, cogió calle abajo y prefirió ir sola hasta su casa para dar una sorpresa a sus hermanas. Al tomar el recodo de la calle, aquel recodo donde Raimundo casi vio juntos a su Alma Cándida y a Fausto, se encontró de frente con Leonardo. Ninguno se lo esperaba. No hubo más remedio que detenerse porque el encuentro fue tan casual que se hubiera uno parado delante de cualquiera.

—¡Vaya! Si es el millonario.

Leonardo sonrió.

—¿Millonario? ¿Dónde ves los millones?

Irene también sonrió.

—Estás muy bien...

—Tú también... ¿Cuándo has llegado?

—Todavía no he llegado... mi padre y mi hijo se pararon en el bar. ¿Por qué no bajamos caminando hasta la bocacalle?

—Precisamente iba yo al Limón, allí están mis hermanos.

Irene se enlazó al brazo de Leonardo. Esto le produjo frío: él no esperaba una reacción así por parte de esa mujer a la que sentimientos de amor y odio no podían definir.

—Voy a estar aquí por lo menos tres días, si acaso una semana... hasta que se acabe el negocio.

Leonardo no dijo nada, como ocurría siempre que estaba delante de Irene Encinasola se sentía aturdido, no comprendía muy bien qué es lo que pasaba por su cabeza ni de qué tema estaban hablando. Sólo sabía que bajaba con ella por la calle y que ella se había engarzado a su brazo. Motivo más que suficiente para que el Saldaña no supiera cuál era su propio nombre.

—No hay ningún negocio... —dijo Leonardo una vez que respiró y estiró su cuerpo.

Irene bajó y subió sus párpados varias veces, después tocó con un dedo el hombro de Leonardo y lo empujó contra la pared.

—Aquí no podemos hablar de negocios, Saldaña. Esta tarde no, pero mañana por la tarde quizá me acerque por el Paredón, quiero disfrutar de Sonora, quiero pasear. ¿Sabes dónde está el Paredón, verdad? —le preguntó

con absoluta ironía.

Leonardo sacó todo el desprecio que fue capaz de amontonar y lo colocó en su mirada.

—¿Sabes dónde está, verdad, Saldaña?

—No iré.

Irene le miró y sonrió abiertamente. Se separó unos metros, pero giró la cabeza y en una voz apenas audible, no más que para él, le dijo:

—Sí irás.

Ella se fue, calle abajo, y como el sol caía de frente su sombra se descorría calle arriba, hasta tocar los pies de Leonardo. Él se quedó callado, la siguió mirando sin pestañear hasta que la vio retorcer para entrar en su casa, en la casa del litigio, del negocio. El sol le daba en los ojos, se acordó de su padre, miró al cielo y a paso apresurado se dirigió al bar Limón. Miguel Ángel y Rafael jugaban al billar, había poca gente, y Raimundo y su nieto tomaban cada cual su gaseosa.

El Encinasola vio entrar a Leonardo y le siguió henchido de descaro con la mirada. Pero el Saldaña, haciendo acopio de hombría, se acercó a la barra y pidió una palomita.

—Míralo bien, Benito, mira bien a ese hombre...

El crío, agarrado a la mano de su abuelo, miró a Leonardo, y no dijo nada. Más bien se encogió de hombros y de un salto se escapó de la mano y se fue corriendo a donde el billar, para ver jugar.

—La copa de Leonardo Saldaña me la cobras a mí, Limón...

Leonardo se la tomó de un trago. Antes de mezclarla con el agua y hacer la palomita, sólo aguardiente puro. Después dio un golpe con el culo del vaso en la mesa.

—Entonces ponme otra, Limón... Sea.

—Oye, Saldaña, sin ánimo de ofender...

Leonardo le miró a la cara.

—Mañana, lo más tardar, estate preparado para firmar los papeles de la casa. —Raimundo se tocó la buchaca metida en la cintura del pantalón—. Que los dineros están aquí, juntitos. ¡Llena las copas, Limón, que hablamos entre hombres!

No era normal ver de buen humor a Raimundo Encinasola, y todavía menos verlo de buen humor delante de un Saldaña, después de lo que había pasado.

Leonardo no sabía qué pensar y realmente no sabía si pensaba. Le había

dicho a El Pelovaca que iban a discutir entre los hermanos el asunto de la casa, que no había decidido venderla tan pronto; sin embargo, parece que la familia Encinasola tomó aquel acto como una señal irrefutable de que el negocio se llevaría a cabo. Pero eso no era lo que más le calentaba el combustible de su frente: no podía evitar que la estela de Irene Encinasola le surcara de una sien a otra. Eso era lo que le perturbaba, el olor de las flores y de las ruinas y de las sombras furtivas del Paredón, era esa la fortificación que tenía levantada en su cabeza, unos cascotes cagados de lagartos. No podía evitarlo. Así que asintió a cuanto le dijo Raimundo y a paso lento se dirigió a la mesa de billar. Por eso también se tomó de un trago la segunda copa.

A las once de la noche oyeron los hermanos Saldaña el ruido de una motocicleta que se detenía justo en la puerta. Los tres se miraron. Habían estado hablando de la venta acelerada de la casa. Leonardo se mostraba el menos conforme de los tres, pero, como era el mayor y su palabra dada valía lo que un escrito, había aceptado el compromiso. Rafael insistía en que el precio total era de doscientas nueve mil pesetas, si se echaban las cuentas como estaba apuntado en la libreta de su padre. Ninguno de los tres esperaba una visita tan impetuosa. Un hombre gordo y mal afeitado, que llevaba puesto un chaleco de lana basta y una mascota marrón, empujó la puerta y gritó el nombre de los tres.

—¡Saldañas!

El hombre traía una escopeta de caza de dos cañones, era una escopeta vieja pero por ello más suelta.

—¡Rosario!

Hacía varios años que Leonardo Saldaña no veía al portugués. Quiso preguntarle a qué venía, qué se le ofrecía, pero no le dio tiempo porque Rosario cargó la escopeta delante de los Saldaña con dos cartuchos, su mirada era la de un loco.

—Psss... que de dos tiros me reviento a los tres...

—¿Qué coño pasa? —gritó Rafael al tiempo que se incorporaba.

Su hermano le sujetó el brazo.

—¿Qué le ocurre, Rosario?

El hombre se puso a llorar.

—Que mi Regalía se ha muerto...

—Dios... —suspiró Leonardo.

—Se murió de miseria, Saldaña, de miseria. ¿Y ahora qué hago con su niño?

—¿Cómo? ¿Con mi niño?

—Cinco añitos tiene, cinco... y sin madre ni padre ni nadie, solito, solito como un perrino chico...

Rosario lloraba y moqueaba abiertamente. Miguel Ángel lo invitó a sentarse a la mesa y le quitó suavemente el arma.

—Se nos acabó el dinero de su padre, de don Fausto... Y no tenemos ni para el entierro de Regalía, y ahora el niño solo.

En ese momento se abrió la puerta de la calle. Fuera hacía bastante frío, era muy tarde y una criatura de cinco años lo único que puede encontrar delante de una puerta cerrada es desconsuelo y miedo. Era un niño flaco, mal vestido, moreno, lloroso como su abuelo Rosario, que apenas hablaba español y que decía ser hijo natural de Leonardo Saldaña.

Su abuelo le tiró la mano y el niño se la agarró con fuerza. Estaba asustado.

—Es el vivo retrato de su padre, Saldaña, de don Fausto, ¿no lo ve así? Mire, los ojos rajados como su padre, son iguales, y los labios, los labios, finos como el papel... pero este lunarito es de Regalía, se acuerda del lunarito de mi *filha*, ¿eh?

Miguel Ángel fue el primero en compadecerse de la criatura. El crío estaba muerto de frío, temblaba como asadura caliente encima de un montón de nieve, así que se acercó, le tomó de la mano y le preguntó:

—¿Tienes hambre?

El niño dijo que sí con la cabeza. Después miró a los ojos de Miguel Ángel, con la confianza de que había encontrado protección.

—Me llamo Saldaña —murmuró el niño en un tono muy claro.

—Bueno, se llama Rosario, como yo, pero Rosario Saldaña, claro. Ahora bien... en Moura le llaman Saldaña a secas.

Leonardo se echó las manos a la cara. No podía creer lo que estaba viendo. Pero sentía dentro de su corazón que aquello era la realidad, que no había engaño. Recordó la vuelta, una anochecida, desde el Paredón al pueblo, y recordó haber visto a Rosario en moto alejarse de Sonora. Sí, lo recordó, y también recordó, como escapada de un viejo baúl, aquella noche de amor con la madre de su hijo. Sí, era posible todo esto que estaba sucediendo. Se sentía responsable. Se echó las manos a la cara y en aquella oscuridad percibió que el mundo daba vueltas rapidísimas, se acordó tanto de su padre que deseó con

todas sus fuerzas que no hubiese muerto. No era un zurrón lleno de queso sino un peso más importante el que se había colgado de sus hombros. Se acordó de Irene, de lo que habían hablado, de la cita en el Paredón, pero finalmente apartó las manos y los ojos pudieron ver con nitidez a su hijo.

—Ven aquí...

El pequeño no se movió, permaneció calladito al lado de Miguel Ángel.

—¡Rosarinho, ve con el señor, anda ve, que también se llama Saldaña, como tú!

Aquel niño tan flaco sacó de algún lugar de su mísero cuerpo la cantidad suficiente de materia para colgarla bajo su barbilla y hacer un pucherete. Estuvo a punto de llorar. A Leonardo Saldaña se le partió el corazón, y en ese momento hubiera jurado por Dios que ese niño iba estar con él toda la vida, que era su hijo legítimo, que era su padre y estaba dispuesto a sacrificar por él todo cuanto estuviera al alcance de su mano, incluida su hacienda y su apellido.

—¿Cómo se le ha ocurrido venir a usted tan tarde con esta criatura, con la ventolera que hace? —le preguntó Miguel Ángel, al tiempo que le alargaba un cigarro.

—Con la motillo... Por la noche es mejor para cruzar la raya. Esto es delicado, Saldaña, y las penumbras espiritán y se alían con los necesitados.

—¿Y dice usted que mi padre, don Fausto, ha estado manteniendo al niño todo este tiempo?

—Como que estamos aquí, Saldaña, lo juro dos veces por la patrona —Rosario se persignó de manera compulsiva, chascó los dedos cruzados y besó el aire—. Cada mes venía el dinero, justito, pero nos daba, pero este mes no vino... no sabemos de dónde comer, y alimentar a esta liebre cuesta mucho, Saldaña, compréndalo usted... Yo no quería venir a España, pero no he tenido más remedio, además se me ha muerto la Regalía, pobrecita mía.

—El niño se queda aquí.

Lo dijo Leonardo, con voz firme. Habló como un verdadero hombre delante de una verdadera circunstancia. El niño se acercó y le puso aquellos ojos rasgados encima. Entonces, Leonardo bajó la cabeza y permitió que su hijo le diera un beso en la cara.

—Eh, tú, Saldaña chico, ven a la cocina... —le llamó Miguel Ángel—. Es muy tarde, pero ya sabemos que tienes hambre, así que vas a tomar algo calentito.

Aquella noche el niño durmió en la cama de su padre. Él solo. No tuvo miedo. Leonardo se pasó toda la noche en la parte baja de la casa, acompañado por Rosario y por Miguel Ángel. Rafael, de manera imprevista, salió de la casa, según dijo a dar una vuelta al bar Limón, a tomar la última y oír qué se contaba por el pueblo; cuando volvió entró por la puerta de atrás y no lo vieron, aunque lo oyeron dar las buenas noches desde arriba. Al día siguiente Rosario el portugués se fue de Sonora, llevaba encima dos mil quinientas pesetas que le había dado Leonardo para el entierro de su hija y otros gastos. Al niño se lo quedaron. A partir de ese día todos tuvieron conciencia de que se había producido un cambio más.

—¿Tú crees realmente que es hijo tuyo, Leonardo?

Leonardo miró a su hermano. Ni siquiera se encogió de hombros. No dijo ni hizo nada.

—Para mí no se parece a papá, sinceramente...

—Tampoco nosotros nos parecemos, Miguel Ángel, ninguno de nosotros conoció a su madre, lo sabes igual que yo, y este es uno más... A eso fuimos una vez a Moura Branca, salió mal, pero el destino consiguió rescatarse a sí mismo, y aquí está.

—No te lo tomes a juramento, pero me da un poco de pena el crío...

Leonardo bajó los ojos al suelo y asintió.

—Mañana mismo, después de arreglar papeles con Raimundo, iré a Zafra a comprar ropa, zapatos y lo que necesite el niño. Él es tan Saldaña como nosotros.

Miguel Ángel puso una mano en el hombro de su hermano y le sonrió.

—Papá estaría contento de ti, hermano, yo también lo estoy, quiero que lo sepas.

Era mediodía. Leonardo y Miguel Ángel esperaban en la casa a que llegara la comitiva de los Encinasola, previsiblemente Raimundo con los dineros y El Pelovaca, que se había erigido en el defensor a ultranza de su familia política. A Rafael le encargaron que se llevara al niño a donde le pareciera hasta la hora de comer. Y así lo hizo. Se lo llevó caminando despacio y cogido de la mano hasta el cementerio.

A esa hora aparecieron Raimundo, su yerno y las hermanas Beatriz e Irene en casa de los Saldaña. Venían como de fiesta, daba la sensación de que seguían a los novios de una boda de lo arreglados y risueños que aparecieron delante de la puerta.

Leonardo les invitó a pasar y todos se sentaron alrededor de la mesa. Irene, antes de procurarse una silla, levantó la nariz como si olisqueara el aire de aquella casa de los Saldaña. Luego se sentó, cruzó las manos y sin ningún rubor dijo:

—Hum... Hace tanto tiempo que no pisaba este lugar que me parece mentira... Todavía es como si oliera a Fausto, a infancia.

Una mirada de su padre fue suficiente para callarla.

El Pelovaca abrió una carpetilla azul y sacó los papeles.

—Son tres copias que ha redactado mi padre, que ya sabéis que sabe de estas cosas y su firma es como notarial. Una de las copias, en papel del Estado y con póliza de veinticinco pesetas, firmada por los dos, irá a parar al Ayuntamiento para lo de la vivienda...

Miguel Ángel tomó uno de aquellos papeles y lo leyó en voz alta. Cuando llegó al párrafo que describía las lindes del huerto con la chopera, miró a su hermano.

—De esto no habíamos hablado.

—De esto hablé yo con tu hermano ayer mismo, Saldaña... no lées las cosas, que son tan sencillas. —Raimundo se levantó mientras murmuraba, y puso sobre la mesa dos fajos de billetes de mil pesetas—. Quiero que lo contéis antes de firmar delante de mí.

—No será necesario, Raimundo, el problema son las lindes del huerto... Eso no estaba convenido.

Raimundo dio un puñetazo en la mesa.

—Aquí no se dan puñetazos, Encinasola —le increpó Miguel Ángel—. Además, nos deben ustedes nueve mil pesetas de atrasos, nuestro padre nos lo dejó apuntado.

La tensión subía como un cohete recién encendido. Raimundo se ponía colorado y su garganta se llenaba de blasfemias que estaban a punto de salir. Su yerno descolocaba la mirada sin atinar dónde anclarla, se le notaba más nervioso que a nadie; sin embargo Irene, haciendo acopio de la elegancia que había adquirido fuera de este pueblo, se levantó.

—Leonardo Saldaña, tú eres el mayor y el representante de tu familia, así que a ti te lo voy a decir: pagaremos las nueve mil pesetas, pero el contrato quedará firmado tal como viene, con el huerto, y el huerto con sus lindes.

—Eso no estaba hablado... —volvió a decir Miguel Ángel.

—Tendréis esas nueve mil pesetas antes de que yo me vaya de Sonora.

Supongo que mi palabra no quedará en entredicho. Nos conocemos bien como para dudar unos de otros... —apostilló Irene.

Así se hizo. Leonardo y Raimundo firmaron aquellos papeles. Y en la puerta de la casa, cuando ya se iban, Raimundo levantó su hoja firmada, el papel que lo hacía dueño de la casa donde había vivido todos aquellos años de amargura.

—Ni os acerquéis a esa casa. ¿Lo habéis entendido, Saldañas? Ni os acerquéis.

Se fueron todos juntos calle abajo, hasta doblar la esquina, allí se cruzaron con Rafael y con el niño. Los vieron pasar y no dijeron nada.

No fue a causa del infortunio que Ícaro volara demasiado cerca de Apolo, el dios del sol, y que por ello se derritiera la cera de sus alas: fue una acción de reto y desafío. Tal como le dijo a su hermano, Leonardo salió muy temprano de Sonora, tomó el taxi y se fue a Zafra, a comprar cosas para el niño. No había dormido en toda la noche, pero no estaba cansado, más bien aturdido, el sol luminoso estallaba en el parabrisas del coche pero no era capaz de traspasar su cabeza e iluminarla también. Se llevó en Zafra hasta media tarde, entonces decidió el regreso. Al volver, él, que no quería pensar en la supuesta cita que tenía con Irene donde el Paredón, era incapaz por otra parte de alejar ese tormentoso pensamiento de su cabeza. Creía que las cosas habían cambiado, muerto su padre él sostenía ahora el apellido Saldaña, y su hijo portugués había aparecido casi como un milagro, como señal divina a la que tenía que responder con acierto y dignidad. En estos pensamientos iba sumergido Leonardo cuando el azar, siempre atento, se cruzó de una manera inevitable y definitiva.

—Leonardo —le dijo el taxista—, que se ha roto la correa del motor, ya le comenté en Zafra que había oído un ruidito...

Se apearon del coche y comprobaron que realmente se había estropeado, no llevaban correa de repuesto y era imposible moverlo.

—Esto no tiene arreglo, así que no hay más remedio que poner una nueva, Leonardo, como no me acerque al taller...

Estaban a varios kilómetros del pueblo y Leonardo decidió acompañar a Santiago El Fatiga, taxista del único taxi de Sonora, sacristán y, a las veces, ayudante de ceremonias y enterrador oficial. A la media hora de camino, a medida que se divisaban las ruinas del Paredón, a Leonardo le latía con más intensidad el corazón. No quería pensar en la cita, tenía otros problemas y

necesitaba olvidar ciertas cosas.

—¿Cómo es posible que le tenga miedo a esa...? —se repitió Leonardo dentro de la cabeza. Arrojó el cigarrillo a la carretera, resopló un par de veces y se detuvo. Se atusó el pelo hacia atrás, miró al cielo y vio que estaba muy azul, aunque la tarde era fresquita.

—Se tenía usted que haber quedado en el coche, Saldaña, hay una buena caminata.

Leonardo asintió. Pero no estaba cansado, él no lo sabía pero estaba fingiendo, engañándose, lo que quería era arrebatarse el encuentro a la casualidad; pero no, en lo más hondo de su rebotica deseaba ese encuentro, no podía evitarlo, le quemaba en el pecho y la única esperanza que tenía era apagarlo para siempre. Por eso, sin él saberlo totalmente, le había brotado esa acción de Ícaro, se habían abierto para él, como las dos alas de una puerta, el reto y el desafío.

—Esperaré aquí, Santiago... No vuelvas a recogerme, iré a casa andando, lleva allí los paquetes cuando arregles el coche, si no estoy se los dejas a mi hermano.

Cuando se quedó solo creyó que el mundo se había duplicado. De pronto las distancias le parecieron dobles, o triples, y todavía pasó unos desolados minutos mirando cómo Santiago *El Fatiga* se alejaba cansinamente hacia el pueblo. Un vientecillo le daba en la nuca y eso le reconfortaba, estaba sentado en un pelote de ladrillos, a la entrada de la veredita asilvestrada que llegaba a las ruinas.

Cuando notó la mano de Irene en su cabeza se le erizó el pelo, sintió electricidad en su espalda y comprendió que otra vez se hallaba desarmado delante de esa mujer.

—¿Ves cómo sí venías?

Estaban completamente solos. Los pájaros se levantaban en bandadas y se volvían a posar, multitud de margaritas de campo estaban florecidas, había miles, millones, tantas que rodeaban cada cascote del Paredón. Irene se apartó unos metros del camino. Él se levantó, no dijo nada y la siguió, como un hechizado sigue el tintineo de la campanita. Cuando Irene le besó, él permaneció envarado, no levantó ni las manos, estaba tan nervioso como un chiquillo, él, que ya era padre, fue tomado de la mano, se acurrucó entre un macizo de margaritas, y dejó que Irene Encinasola le hiciera el amor. No lo hubiera creído. Lo había deseado tantas veces que, ahora que ocurría, no era capaz ni de despertar una caricia en uno de sus dedos, estaba absorto,

poseído, por completo fuera de este mundo duplicado donde él giraba ahora vertiginosamente. Ambos tenían veintiséis años. Ahora sí fue verdad que Irene estaba embarazada, y no cuando se lo dijo a su padre hacía dos días.

En diciembre nacieron las dos Irenes, el día de Santa Bárbara y de San Bernardo. Irene Encinasola, agarrada a la mano de Hardy, parió a su hija en Aracena, a pesar de que ella hubiera preferido tenerla en Sonora, como la tuvo su madre. Era una noticia esperada, el sutil engaño de la mujer, antecediendo dos días antes de ser fertilizada la anunciación de su embarazo, le aportaba la fidelidad de todos, excepto del verdadero padre de la cría, que era Leonardo, aunque a día de hoy todavía desconocía su nueva paternidad. Beatriz y María del Eco estaban con ella en ese momento; Alma Cándida la chica, indispueta, se había quedado en Sonora. La noticia que impactó en todos fue precisamente el parto de esta última. El alumbramiento de Alma Cándida la chica, que tenía dieciocho años cumplidos y había ocultado a todos su situación, sumió a Raimundo en una depresión que no se lo llevó a la tumba de inmediato, pero que lo envolvió en penumbra y enloqueció los pocos años que le quedaron de vida.

Resulta que se encontraba el hombre en el bar Limón, con una de sus mascotas nuevas, que guardaba para estos acontecimientos, tomando su palomita de aguardiente tan contento como lloroso. Se acordaba de su mujer, de Alma Cándida. Llegó su yerno El Pelovaca y le golpeó cariñosamente en la espalda.

—Son las siete, Raimundo.

—Las siete son, las siete son...

Todavía tomaron una copa juntos, hasta que sonó el teléfono recién puesto del bar Limón. Era la primera vez que Raimundo Encinasola hablaba por uno de esos aparatos, y fue para recibir la noticia de que había tenido una nieta preciosa. Colgó el cacharro y le dio un abrazo a su yerno.

—Ahora nos vamos a mi casa, que tengo allí un cuartillo de aguardiente zalameño, y además está la niña sola.

Cuando Raimundo abrió la puerta de su casa, y oyó lo que oyó, sintió en el medio de sus tripas algo inexplicable. Cuchillos calientes, ratas hambrientas, avispas enfurecidas, plomo fundido, gusanos venenosos, cucharadas de arsénico y todo lo que puede devorar las entrañas de un hombre. Literalmente se le erizó hasta el pelo del pecho. Se tuvo que agarrar al marco de la puerta para evitar desplomarse. A su yerno se le cayó el cigarrillo que traía encendido, cerró sus turbios ojos y se concentró en oír lo que estaba oyendo: el llanto de quien acaba de nacer. El viejo dio dos pasos y se dejó caer en una silla, se quitó la mascota y apoyó los codos en la mesa, nadie puede decir qué es lo que miraban sus ojos, aunque los tenía puestos en el retrato de su mujer. El Pelovaca subió hasta el cuarto. Y allí, sola, con rostro enfermizo, sudorosa, transida de fatiga más tocada por Dios, estaba ella, Alma Cándida la chica con el pelo abierto en abanico sobre la almohada, casi desnuda, amoratados los labios y los pómulos, con su hijita tirada entre los muslos, todavía unidas por el cordón vital, ambas llorando: la madre casi en silencio y la criaturita gritando a los cuatro puntos cardinales de aquel cuarto de Sonora que había nacido, que el secreto se había esfumado como la neblina de una mañana de abril.

Ni El Pelovaca acertó a preguntar nada ni Alma Cándida la chica fue capaz de emitir más que una queja constante de dolor. Se acercó a ella, incrédulo, y haciendo acopio de toda la serenidad que pudo le limpió el sudor de la frente con un pañuelo. La mujer le miró, le puso encima los ojos más grandes y delicados que ninguna mujer del mundo podía poseer en ese momento, ni siquiera su hermana, que también acababa de dar a luz en Aracena. Fue capaz de sonreír a su cuñado, por la ayuda prestada, por haber aparecido en ese lugar donde ella estaba tan sola.

—¿Es niño o niña?

El Pelovaca la miró. Después, untando más firmeza en su decidida actitud, tocó aquel cuerpo recién nacido que berreaba entre las piernas de su madre y apenas lo levantó con mucho cuidado.

—Es una niña... Una niña...

Alma Cándida lloró. Ahora abiertamente. Ya no tenía en su cabeza lo que diría su padre, lo que iban a decir en todos los rincones de este mundo tan indiferente: ¡había tenido una niña!

—No te muevas, no tengas miedo, no te muevas, deja así al bebé —le dijo con voz muy suave—, iré a buscar ayuda, vuelvo enseguida, no te muevas, tranquila, tranquila. Sí... sí, tu padre está abajo, pero tú tranquila, no

pasa nada, ahora hablo con él, pero antes habrá que atenderos, no podéis estar así, estad tranquilas las dos, que vuelvo, que vuelvo enseguida...

Cuando bajó las escaleras tenía allí echado sobre la mesa a su suegro. Con la mirada perdida. Él mismo le puso una copa de aguardiente.

—No se mueva usted de aquí, Raimundo, y no se le ocurra subir las escaleras. Júreme que no se moverá y júreme que no subirá esas escaleras, Raimundo, por Dios, por lo que más quiera, Raimundo, esto es muy urgente...

El hombre no esperó la afirmación del juramento, pues salió corriendo a buscar la ayuda necesaria para estas cosas. Sin embargo, Raimundo no subió. Se levantó, miró de cerca el retrato de su mujer y apuró otra copa de aguardiente. La niña seguía llorando, Alma Cándida debía estar asustada porque su padre la oyó.

—¡Padre! ¡Padre!

—¿Qué es lo que has hecho? —le gritó su padre por respuesta, y su voz pareció la de alguien que se lamenta por la destrucción inminente de su mundo.

—Padre... que me desangro, padre, que me duele mucho... —Se la oía llorar, gritar, de miedo, de dolor, de impotencia... su llanto se fundía con el de su hija y a veces parecía un aullido, un eco—. ¡Padre, que me desangro!

—Ya estás saliendo de aquí con el mochuelo... Con los pies por delante o con los pies por detrás, aquí en esta casa no quiero la vergüenza... ¡Putas, más que putas! Que como te ponga los ojos encima te corto el pescuezo, por estas.

Gritaba como un poseso, su garganta se impregnó de un eco bíblico, de un tono de anciano devorado por el dolor. No subió ni un peldaño. Nunca más miró la cara de su hija Alma Cándida, que era a la que más quería, y jamás vio a su nieta.

Al mediodía siguiente ya estaban en casa Beatriz y María del Eco. El Pelovaca las llamó por teléfono, pero a cambio de la incredulidad un silencio espeso se apoderó de las dos hermanas, así que no se dijeron ni una palabra en el camino de ida en uno de los 1500 de Hardy. Llegaron a la puerta y allí las recibió El Pelovaca; Raimundo no había consentido levantarse de la silla que ocupaba, mantenía los ojos disparatadamente abiertos mirando el retrato de su mujer y sólo bebía café o ese alcohol casi puro. Su estado era lamentable, había enflaquecido, y la barba de dos días, canosa, le alargaba la faz y se la hacía más huidiza y más triste, así lo encontraron sus hijas. Desde

el día anterior dos viejas atendían a Alma Cándida y a la recién nacida. Beatriz se sentó enfrente de su padre y le cogió las manos. María del Eco se quedó de pie, pero oyó llorar a la niña y eso le volteó el corazón y la empujó llena de alegría escaleras arriba, a ver a su hermana.

Tres días pasó Raimundo sin comer y sin apartarse de aquella silla. Ni siquiera se levantó para orinar, se lo hacía en los pantalones y pasaba las horas en un estado somnoliento, sostenía cuanto podía los ojos sobre el retrato de su mujer y de vez en cuando murmuraba blasfemias o gritaba en un atávico dialecto común a los hombres desesperados. Sus hijas entraban y salían, subían y bajaban las escaleras hasta el cuarto. Él no decía nada, permanecía ajeno a todo, extraño en su propia casa. Se sentía sucio, traicionado.

Esos tres días recuperaron a la madre y a la hija. Eran fuertes las dos. Alma Cándida la chica aprovechó un momento de soledad y convirtió una mañana en que no estaban sus hermanas en una oportunidad de reencontrarse con su destino. Miró a los ojos de su niña y también encontró en ellos decisión y fortaleza, le dio un beso en la mejilla y la lió en una mantilla, y sin apenas hacer ruido bajó las escaleras. Allí vio a su padre sentado. No le dijo nada, ni le enseñó a la nieta. Estaba tan asustada que no estuvo segura de si las piernas le iban a responder y sintió un momento de desmayo delante mismo de la mesa, pero fue capaz de estirar el cuerpo y salir de aquella casa a la que no iba a volver. Ninguna de sus hermanas le preguntó quién era el padre de la niña, parecía que ambas lo intuyeran, y más bien se había formado un silencio cómplice entre las Encinasola.

Cuando Beatriz se enteró de que Alma Cándida y la niña se habían ido a casa de los Saldaña sintió una puñalada en su costado, un bocado dado en un labio por un perro de presa. Amenazó, a través de su marido, con llamar a la Guardia Civil, porque Alma Cándida sólo tenía dieciocho años, era menor de edad y además tenía una hija a la que mantener. Quiso hablar con su padre, pero las circunstancias lo impidieron, él se negó a hablar del asunto, aunque a partir de ese día consintió en comer. Su marido, con buen criterio, aconsejó que era más conveniente dejar correr el agua, a ver si se calmaba, porque cosas de estas pasaban a diario. Pero de todos ellos fue María del Eco la que jugó un papel fundamental, la que apoyó con auténtico cariño de hermana y de mujer a Alma Cándida y a la niña. Esa misma tarde, en cuanto se enteró de la partida de su hermana, no lo dudó y se encajó en casa de los Saldaña.

Abrió la puerta sin llamar. Iba muy guapa, lo era, allí estaban sentados Leonardo y Miguel Ángel y también estaba Rosarinho, tan callado como ellos. Ella se sentó sin decir ni una palabra. Así que cruzó las manos, sonrió todo lo que pudo durante unos segundos, y detrás de aquella muestra de candidez acertó por fin a hablar.

—Bueno, ¿qué es lo que ha pasado?

—¿Quieres tomar un café? —le preguntó Miguel Ángel.

Ella hizo ademán de levantarse, de ir también a la cocina, pero sus ojos se fijaron en el niño de Leonardo, al que no conocía.

—Me llamo Saldaña, señora —le dijo el pequeño.

María del Eco le puso una mano en la mejilla.

—Claro... Saldaña...

Miguel Ángel puso café para los tres y se sentó. Desde arriba se oía el llanto de la recién nacida. María del Eco sonrió orgullosa de ese lloro, se sentía como responsable de que esa delicadeza hubiese venido a este mundo.

—Mi hermana está arriba, ¿verdad?

—Está con Rafael. —Miguel Ángel dio un sorbo a su café y le ofreció un cigarrillo rubio.

—Enciéndemelo, por favor —le dijo melancólica.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Leonardo.

María del Eco se levantó y se dirigió a las escaleras.

—¿Mi padre? Puf... Esperaba una nieta y se ha encontrado con dos, ¿cómo quieres que esté?

—¿Con dos?

—Claro —declaró mientras subía—, la criatura de mi hermana Irenita también ha sido niña... una preciosidad...

Cuando subió al cuarto, el rostro se le llenó de luminiscencia. Ella era así, calmosa, un poco tontina pero rebosante de ternura. Su hermana daba el pecho a la pequeña, Rafael estaba sentado al lado, mirando embelesado a su hija. Saludó a María del Eco y prefirió bajar con sus hermanos. No parecía nervioso.

María del Eco acarició la cabecita de la niña y le dio un beso en la frente a su hermana.

—Psss... no digas nada —le dijo—. Papá está bien, nosotras estamos bien, así que no digas nada. Qué bonita es... y es de verdad, con sus manitas, sus deditos...

—¿Quieres cogerla?

—¿Puedo?

—Claro... Ten...

María del Eco cogió a aquella niña en sus brazos y le volvió la cara, quería verle los ojillos. La niña le sonrió y en ese momento se convirtió en la mujer más feliz del mundo. No pudo resistirlo y se acercó a la bajada de la escalera, donde pudieran verla los Saldaña.

—Mirad... mirad...

Parecía una virgen, una inmaculada rubia y etérea con la niña en brazos. La luz de diciembre que entraba en aquella casa se arreboló sobre ella y por un momento cualquiera hubiera dicho que levitaba. María del Eco no pudo reprimir una risita infantil surgida de sus ancestros, se miró la mano y después observó a los Saldaña.

—Se ha hecho pis...

Cuando la madre cambió a la niña, bajó con ella hasta la sala. Se sentó, y después de un breve silencio el primero que pronunció palabra fue Rosarinho.

—Es una niña chica.

—Sí... es una niña... —le certificó María del Eco.

—¿Y cómo se llama?

—¡Irene! —exclamó Alma Cándida, de manera compulsiva, como si ese nombre lo hubiera meditado durante este tiempo, pero también daba la sensación de que lo había dicho de sopetón, de forma fortuita y caprichosa.

—Irene... —repitió María de Eco—, pues a la niña de Irene y Hardy también le han puesto Irene...

Alma Cándida abrió los ojos de inmediato, no le hubiera importado cambiar el nombre de su hija, pero Rafael le cogió una manita a la niña y miró a los ojos de la madre.

—Irene... es un bonito nombre.

Al otro día, sin esperar más tiempo, sin despedirse de nadie más, sin volver atrás la cabeza para ver por última vez las tuneras del este entre las brumas, se fueron Rafael, Alma Cándida y la niña a Madrid. Santiago El Fatiga los llevó a Zafra en el taxi, hasta la estación del tren. Era la primera vez que salían realmente de Sonora. Estaban allí, sentados en un banquito del andén, hacía frío y niebla como en una cartelera de cine, además el vaporazo de los trenes lo llenaba todo de aire parecido a la nostalgia, se puede decir

que tenían la sensación de haber vivido antes, tal vez en sueños, esa situación. Rafael llevaba ochenta mil pesetas, un dinero suficiente para arreglar la vida y darle una educación a su hija Irenita. Era el 5 de diciembre de 1966. Con dieciocho años Rafael Saldaña fue capaz de arribar a la capital, de no impresionarse, de procurar cariño y caricias a su mujer y a su niñita y de encontrar trabajo a la semana de haber llegado. Madrid estaba muy hermosa cuando la vieron por primera vez, era por la tarde y se alojaron en una pensión de la calle Valverde, donde hicieron pocas preguntas y no cobraron mucho.

En Sonora, el aire de diciembre cubre los alrededores de una neblina tan espesa como líquida. Ocurre siempre. Los últimos pájaros se reúnen en bandaditas, los hay de varias especies, se pueden ver jilgueros volando al lado de chamarices, jamaces, lúganos y verdone, todos en suave sincronía. Los árboles de hoja perenne son más grandes de lo que realmente son porque hilachas de invierno se les encostran en las hojas como si fueran bufandas, incluso los peñascos de detrás de la iglesia, los cerros como les llaman, adquieren un singular y huidizo tono grisáceo. Una mañana de mediados de mes se acercó don Miguel el cura a la casa de los Saldaña. La puerta estaba abierta así que entró sin llamar y vio a Miguel Ángel sentado a la mesa, acariciando una pluma amarilla con la puntita negra, ensimismado en sus pensamientos, absorto en la contemplación de aquella delicadeza.

—¿Estás con Dios, Miguel Ángel? —don Miguel se lo preguntó con tono afable, a media voz, como hablan los curas de los pueblos, al tiempo que se sentaba enfrente.

Miguel Ángel lo miró, de momento no le dijo nada, sacó tabaco y posó la pluma en la mesa; entonces la cogió el cura y la observó. Después puso cara de eminencia, la alzó hasta la altura de los ojos y le dijo:

—*Oriolus gálbula*...

—¿Sabe usted de qué pájaro es?

—*Oriolus gálbula*, hijo, *Oriolus gálbula*... La oropéndola, esta pluma es de una oropéndola.

—Oropéndola... Es un bonito nombre —repitió Miguel Ángel volviendo a tomar la pluma.

—Oropéndola quiere decir *pluma de oro*, pero en latín, y ya sabes que nosotros los curas sabemos latín.

—¿Qué quiere?

—Vamos, vamos... —dijo el cura meneando una mano—. Hombre de Dios... no quiero nada... Dios no quiere nada a no ser que sea lo que se le debe dar por respeto, por fe, y eso no es misericordia, sino tener las cuentas claras con Dios y sus mandamientos...

—Lo de las cuentas lo lleva Leonardo, don Miguel, usted lo sabe, incluidas las cuentas con Dios...

—Miguel Ángel... Miguel Ángel... Tenemos que bautizar a ese niño, al portuguesito. Tiene derecho a entrar en el reino de los cielos, no se lo podéis negar... ¿Dónde anda, dónde anda?

—Han ido al cementerio, don Miguel, a llevar flores a mi padre y a mi hermana.

El cura se levantó. Volvió a coger la pluma de oropéndola y de nuevo la observó de cerca.

—¡Te das cuenta, Saldaña, hasta la pluma más hermosa tiene una manchita negra!

Miguel Ángel acompañó al cura hasta el cementerio, a paso cansino, paseando. No se cruzaron con nadie. A pesar de que amenazaba lluvia, el aire venía puro y cargado de olor a jaramagos y a corte de hinojos.

—¿Cómo anda Rafael?

—Supongo que bien.

—Me dijeron que está en Madrid.

—Allí está don Miguel, ¿a dónde quiere llegar?

—Juventud, juventud... Se ha ido con la Encinasola, con la chica, ¿no?

—Usted lo sabe bien.

—Hombre de Dios, hombre de Dios... Eres atravesado Miguel Ángel, cada vez te pareces más a tu difunto padre, que en gloria lo tenga nuestro Señor.

Abrieron la cancela del camposanto, dieron unos pasos, se detuvieron bajo un ciprés y observaron a Leonardo y a su hijo Rosarinho delante de la tumba de Fausto y Faustina.

—Pobre niño —musitó el cura.

—¿Pobre? ¿Por qué pobre?

—Todavía no está bautizado, Miguel Ángel, no está bautizado, a eso he venido, hijo, a bautizarlo.

Se acercaron en silencio. El niño tenía cogida la mano de su padre y contemplaba ensimismado el ramito de flores azulonas que habían dejado en la losa. Leonardo no pareció sorprendido de encontrarlos.

—¿Qué le ocurre don Miguel? ¿Cómo es que se pasó por el cementerio una mañana como esta?

El cura se acercó y acarició la mejilla del niño.

—Este es un lugar de paz, Saldaña. Es parecido a la iglesia, recuerda que cada primero de noviembre hacemos la hisopadura, para que nuestros seres queridos descansen en paz y en paz estén con los vivos.

—Quiere bautizar al niño, Leonardo, a eso ha venido.

—Verás, Leonardo —prosiguió don Miguel—, con las cosas que están pasando por el pueblo, y a como estamos de año, lo he estado pensando, y además es de recibo divino. He apuntado el nombre del niño en el libro. Aunque sólo he puesto *Saldaña, 1966...* así que necesito su nombre para completar el registro. Y para eso ha de estar bautizado... como tu hermano ha comprendido.

—¿Es que hay inspección divina, don Miguel?

El cura soltó una risita. Al mismo tiempo se echó mano a la sotana y sacó del bolsillo un frasquito con agua de la iglesia.

—Dios inspecciona siempre, hijo, es como si tuviera mil ojos y mil libretas como la de tu difunto padre, donde lo apunta todo, no lo olvides. — Don Miguel abrió el frasquito y se mojó el índice, después se besó la punta del dedo y lo levantó al aire.

—Ven, hijo —le dijo al niño—. A ti no te han bautizado, ¿verdad?

Rosarinho se encogió de hombros y miró a su padre. A continuación, con gran entereza, dejó que el cura vertiera el agua bendita en su cabeza al tiempo que don Miguel recitaba la letanía del bautizo católico. Una vez terminado el sacramento, don Miguel echó el último chorrito de agua bendita sobre la tumba, acarició de nuevo al niño y pidió un cigarrillo. Camino de casa, a la entrada del pueblo, un pájaro amarillo picoteaba en un huerto. El niño le tiró una piedra y lo espantó. Don Miguel se quedó mirando el volar de aquella ave y después dirigió su mirada a los ojos de Miguel Ángel.

—*Oriolus gálbula...*

—La oropéndola —recordó Miguel Ángel.

El cura se le acercó y, ocultando su voz bajo el soplar del aire, le dijo casi al oído:

—Ese color me recuerda el del pelo de la Encinasola, el de la rubita, el de la María del Eco...

La capacidad de olvidar es limitada, con hojas de afeitar y destreza se pueden cortar una y otra vez los delgados centros de la memoria, que son como filamentos del pasado sobrevivientes al desgaste, y así dividir el recuerdo continuamente en dos. Sólo se necesitan un móvil y mucha perseverancia, pero, seguro, nunca podremos extinguirla, siempre quedará un resto por mínimo que resulte, ya sea el agujijón de una tarde dolorosa, el canto de una moneda diminuta, una señal en la lejanía o un atisbo de eternidad. A partir del día que nacieron sus dos nietas Irene, a Raimundo Encinasola le resbalaba un constante fluir de babas por las comisuras, y ahora, en el verano de 1967, la baba parecía cristalizar entre su barba siempre sin afeitar de dos o tres días. Su estado era lamentable pero se sentía fuerte, capaz de gritar y vagabundear como un rebelde por los alrededores del lugar, royendo huesos del pasado y escupiendo las sobras al futuro. Sin embargo, esa fuerza era efímera. En realidad, ese hombre se sentía solo. Sus hijas eran mayores, únicamente le quedaba María del Eco en casa, pero cada vez sentía con más certeza que esa hija era transparente, así que Beatriz se encargaba de asistir, casi a diario, a su huraño padre. Cuando llegaron a Sonora su hija Irene, su nieto Benito, El Caganidos, y la recién nacida, a la que no conocía aún, se lo encontraron sentado en el mojón pintado de amarillo que demarcaba el pueblo. *Mistijardy* detuvo el 1500 y se bajaron todos. Raimundo se levantó contento y se dejó abrazar las piernas por su nieto, de igual manera que un árbol viejo se deja trepar por las raíces y las ramas de otro árbol que terminará ocupando su lugar. Sí que era una sorpresa. Irene descubrió el rostro a su hijita, y se la enseñó a su padre.

—Se parece a mamá... ¿verdad?

Raimundo afirmó con la cabeza.

—Anda —le dijo a su yerno—, que os esperan en casa.

—Pero si es una sorpresa, Raimundo.

—En esa casa ya no caben las sorpresas, Hardy. —Raimundo se quitó la mascota y miró al cielo, su hija le tomó de un brazo y le besó en la mejilla.

—Vamos papá, sube...

—No, iré andandito al pueblo, que andandito vine, acérquense ustedes en el coche, que yo me tiro un cigarro.

*Mistijardy*, que era hombre de don y sensibilidad a pesar de su aspecto de lechuguino, miró a su suegro con estudiada indiferencia, pues no quería mostrar inquietud o malestar. Sabía por supuesto lo que había pasado con Alma Cándida y su mujer le había rogado que no hablara del asunto bajo ningún concepto, más que nada por bien del viejo.

—Entonces, en el bar de Limón le espero tomando algo, Raimundo.

—Sea.

El nieto se quedó con su abuelo y ambos se encaminaron lentamente a Sonora.

—¿Qué tal tus abuelos de Aracena?

—Muy bien, me compran muchas cosas, y a Irenita también...

—¿Cuántos años tienes ya, Benito?

—Seis.

—Seis años, seis años... es una edad muy bonita, se pueden ver muchas cosas. —Raimundo le señaló el cielo azul celeste a su nieto, pero no se veía una nube, ni un pájaro, absolutamente nada más que cielo.

—¿Sabes una cosa, abuelo? Mamá me ha contado que tú fuiste ciego.

El viejo Encinasola abrió cuanto pudo los ojos, detuvo el paso y contempló a su nieto. Era un niño avisado, traía puesta una camiseta a rayas blancas y rojas y unos pantalones cortos. Su pelo azanahoriato, su mirada atenta y su escasa estatura le hacían parecer un polluelo de pinzón. Su abuelo le acarició el pelo y le sonrió.

—Sí, Benito, fui ciego. Ciego de nacimiento.

—¿Y cómo es eso, abuelo?

Su abuelo se rascó la barba y encendió un cigarrillo. Tomó a su nieto de la mano, y volviendo la mirada al balcón de su interior le contó lo de la ceguera.

—Pues que vine al mundo con los ojos cagados... tenía ciegos hasta los agujeros por donde salen las lágrimas. Nací en Encinasola, que por eso me llamo Encinasola de apellido. Y ciego me mantuve hasta los trece o catorce

años, pero yo jugaba, vaya si jugaba, podía distinguir a qué especie de pájaro pertenecía un huevecillo sólo con tocarlo con un dedo, y tenía un perro y un gato, y podía oler el sol.

—¿Y cómo, abuelo?

—¿Que cómo? —Raimundo volvió a quitarse la mascota, levantó la cabeza al aire y cerró los ojos—. Pues como yo no podía ver si había sol o no en una esquina, abría las aletillas de la nariz, así, y los rayos del sol entraban por ella, es como si el olor del sol fuera el olor de una comida que está muy rica, que llega en silencio pero cargado de calorillo y de aromas a cascós de cebolla y a chacina.

—Pero luego viste, ¿verdad, abuelo?

—¡Sí! Ahora mismo te veo a ti, y también veo bien de lejos, pero ¿sabes, Benito?, todavía no he perdido la costumbre de oler el sol...

Siguieron caminando unos metros. El niño no preguntaba nada más porque todavía esperaba el final de la historia de la ceguera de su abuelo.

—Cuando tenía trece o catorce años me llevaron a Barcelona... aunque te cueste creerlo...

—¡Barcelona! —exclamó su nieto—. ¿Eso está más lejos que Madrid?

Su abuelo no le dijo si Barcelona estaba más cerca o más lejos.

—Bueno, yo no vi nunca Barcelona, date cuenta de que cuando me llevaron iba ciego y cuando volví todavía tenía los ojos llenos de agua turbia y tapados con algodón y vendas... Cuando me desvendaron ahí en Zafra y vi la luz en todo su esplendor tuve miedo, ¿sabes, Benito? Los primeros meses, para distinguir al perro del gato no me bastaba con mirarlos, necesitaba tocarlos, acariciarlos, para asegurarme bien... Y cuando me enseñó mi madre un reloj con un retrato de mi padre dentro, me quedé con la boca abierta por lo menos media hora... ¿cómo era posible que la cara de mi padre estuviera en un sitio tan pequeño?

—Era una foto, abuelo —le dijo riendo el niño.

—¡Claro! Pero era como meter cuatro fanegas en la copa de un serón... Mira, Benito, yo me considero afortunado por no haber visto en catorce años...

—¿Sí?

—Sí... Tú eres chico, hijo, eres chico, cuando seas mayor como tu abuelo muchas cosas de las que hayas visto no te habrá gustado verlas. Y acuérdate siempre, Benito: todas las gentes tienen una víbora cabrera enroscada en el corazón. Aquí mismo, aquí mismito. —Raimundo se golpeó

el pecho y eso le provocó un golpe de tos—. ¿Ves? Ya se despertó esta.

Muy cerca se oyó un disparo de escopeta, alguien andaba cazando y no tardaron mucho en verlo, porque se toparon con el autor de la detonación en las inmediaciones de las tuneras del este. Allí estaba Leonardo encananado, con una escopeta nueva de dos cañones, agarrado de la mano por su hijo Rosarinho. El pequeño *Caganidos* se apartó de su abuelo y con desenvoltura se acercó al portuguesito. Se le quedó mirando. Aunque Rosarinho tenía un año menos, eran los dos de la misma estatura: Benito Encinasola pelirrojo y descarado y Rosarinho de piel oscurita, y, como Regalía, de ojos negros y expresión asustadiza.

—Me llamo Saldaña —le dijo.

—Yo, Benito... ¿Eres del pueblo?

Rosarinho no contestó. *El Caganidos* tocó las nuca, los ojos y los hocicos sangrantes de dos liebres que Leonardo traía atadas a la cintura.

—Las ha matado mi padre con esa escopeta. Es nueva.

—¿Y tú sabes disparar?

Rosarinho dijo que no con la cabeza.

—¡Benito!

La voz de Raimundo fue seca, contundente, carbonífera. El niño, como empujado por un resorte, miró a su abuelo y le sonrió.

—Mira, abuelo, son liebres... Están muertas...

—¡Apártate de ahí! ¡No hables con nadie! ¡Y no toques esas alimañas!

La sombra de Raimundo Encinasola se fragmentaba entre las palmas de las tuneras, como partes de un rompecabezas. El mediodía era hermoso, brillaba el sol sobre los límites de Sonora, llenando los cerros de luz y el aire de algo parecido a sábanas limpias, y los higochumbos, aunque no maduros del todo, estallaban llenos de color, en inquietantes racimos, preñados de semillas de la vida, dándole sentido a la existencia.

—Es mi amigo, abuelo, se llama Saldaña.

—¡Tu abuelo se caga en los muertos de todos los Saldaña juntos!

Ni él mismo sabía por qué había dicho aquello, una blasfemia tan considerable y tan oscura. Aquellos ojos que un día estaban llenos de agua sucia se le anegaron ahora de un turbulento color amarillo y la baba se le cristalizó al momento bajo los labios, tomando el aspecto de un nidito de procesionarias. La mirada la mantenía templada, quieta en el aire como la hoja de una espada de dos filos, apuntando directamente a los ojos de Leonardo Saldaña. Su nieto, asustado, se le acercó. Notó que su abuelo estaba

nervioso y por instinto le cogió la mano.

—Vamos, abuelo... —le dijo en un susurrito apenas audible.

—¿Qué? —Raimundo gritó ese *qué* dirigido a su adversario, enfilando el hocico como un hurón y con el mismo tono que usa un borracho cuando empuña el cuello de una botella rota. Irguió su cuerpo cuanto pudo, deseó ser más grande que nunca, su cara se puso colorada y una pierna le temblaba ligeramente. Tenía sesenta años, pero aparentaba la edad de quien siempre ha vivido con el mismo aspecto.

Leonardo no apartó los ojos. También cogió a Rosarinho por la mano, aunque es verdad que este niño mostraba una serenidad apabullante ante una situación tan desagradable como aquella. Cuando el silencio es espeso y bramante no se puede medir con el tiempo, así que no se sabe cuántos segundos estuvieron mirándose Raimundo y Leonardo cara a cara. Pero el abuelo apretó la mano de su nieto y sin bajar ni un milímetro la cabeza dio media vuelta y cruzó definitivamente las tuneras. Leonardo se echó la escopeta a la cara, apuntó a una palma tan cargada de higochumbos como una mano y disparó. El fruto voló despedazado y llenó el aire de su entorno con una llovizna roja y dulce, los pedazos de tuneras dieron vueltas y vueltas en el aire como bocados de discos lanzados a conciencia y cuando el humillo de la escopeta se disipó lentamente sobre su cabeza, Rosarinho sonrió y también apretó la mano de su padre.

—Ha sido muy bonito, padre.

Leonardo le acarició la cabeza. Después se agachó a su altura y le besó en la mejilla.

—¿Quieres aprender a desollar liebres?

El niño dijo que sí con la cabeza.

—Eres un Saldaña auténtico, hijo.

Raimundo dejó al nieto en casa y se dirigió al bar de Limón. Su yerno lo esperaba en animosa conversación con el tabernero, quien sudoroso, elitista y alargado como un galgo, con aires de montaraz señorío, sostenía que el mundo que había fuera de Sonora no cabía entero en una radio, por mucho que lo definiera el parte. *Él había viajado desde siempre, conocía media España, de Madrid para abajo, y era hombre de amistades en Aracena...* Santiago El Fatiga, el taxista, que ocupaba el otro extremo de la barra, no pudo reprimir su sabiduría, así que se quitó la gorra de chófer, pidió a Limón que le sirviera otra cerveza y dijo hurgando en su experiencia:

—Pues yo le digo a usted que estuve una vez en Sevilla con el taxi, y sí que hay mundo por ahí. Y que si hiciera falta llegaría hasta Madrid. ¡Y que Madrid es Madrid!

Cuando Raimundo cruzó la puerta del bar todavía pudo oír lo de Madrid. Él, que traía la garganta llena de saliva caducada, se acercó a la barra muy despacio y se interpuso entre su yerno y el taxista. Dio un ruidoso manotazo en la barra y le preguntó a Limón:

—¿Qué coño pasa con Madrid?

—Aquí los señores, Raimundo... que viajan por esas tierras.

—Tómese algo, hombre, que las calores aprietan, no sabe usted el trayectito que nos han dado sus nietos —le dijo para animarle *Mistijardy*, levantando cuanto podía sus ojillos por encima de las gafas.

—¿Así que tuvo su señora otro hijo? —inquirió Limón cuando llenaba los vasos.

—Una reina... —Miró a su suegro, y este dio un trago a su vaso, lo alzó un instante al aire en señal de brindis y lo apuró—. Pues entonces brindemos por la reina, Raimundo, y llene usted los vasos, mesonero, que esta ronda va por la niña.

Brindando estaban cuando entró aquel tipo gordo y cansino por la puerta del bar. Su estilo era acochinado, menos el brillo de sus enormes ojos todo en él era desaliñado y opaco: traía puesta una gorrilla de pana con orejeras a pesar del sol, el abundante pelo de su pecho le sobresalía por el cuello de la camisa, venía sin afeitar y resoplando, mostraba brazos velludos y tez morena, y su acento era indisimuladamente portugués. Llegaba de Moura Branca en su motillo, era Rosario.

—Buenas, señores...

Se acercó a la barra y pidió con un chasquido una cerveza. Como brindando estaban cuando él entró, también levantó su botellín, sabiamente confiado en la gratitud de esa cerveza o si no de la siguiente. *Mistijardy*, siempre educado y caballeroso, miró a aquel sujeto al que no conocía y aceptó su intromisión en el brindis por su hija Irene.

—Por la reina —repitió solemne.

—Pues por la reina, señor... ¡Por la reina de España!

Nadie pudo reprimir una carcajada por la ocurrencia de aquel hombre, excepto Raimundo que se limitó a menear la cabeza.

—¡Que España no tiene reina, oiga, que la reina es la hija de aquí este señor, y la nieta de aquí este otro señor, que es recién nacida, hombre de

Dios! —Santiago El Fatiga tomó la apariencia de quien acaba de dar el discurso de su vida. Como todos le miraron se sintió tan merodeado por la fama de ese instante que la única reacción posible para escapar de su trance fue indicar a Limón que pusiera otra ronda, esta a su cuenta.

—¡Ah! —Rosario se terminó de un trago su resto de cerveza y se sintió feliz porque la gratitud este día le había otorgado dos cervezas, y eso que aún no había llegado a casa de los Saldaña con el propósito de ver al nieto—. ¡Ah, ah, ah! Entonces es por la reina de aquí este señor... ah, ah... No sabía, no sabía...

—Y dígame, si no es demasiado preguntar, no es la primera vez que le veo, ¿verdad? —El Fatiga sacó tabaco al tiempo que le preguntaba. Rosario dio dos pasos y le cogió un cigarro de la mano sin esperar a que se lo ofreciera, pero eso le dio más contundencia a sus palabras.

—¡No! Yo vengo mucho por aquí, hombre... Este pueblo es como una segunda casa para mí, que tengo parentela.

Acababan de dar la una del mediodía. Desde la puerta abierta del bar se pudo ver a don Miguel salir por el lateral de la iglesia y cruzar la plaza hasta llegarse a la taberna. Cuando el cura vio la reunión, sobre todo a *Mistijardy*, también pensó que la gratitud del Señor en este día le había recompensado.

—¡Míster Hardy! ¡Cuánto tiempo!

—No tanto, don Miguel, no tanto... pero me alegro de verle... tómese algo, que estábamos celebrando lo de mi hija.

—Me he enterado de la buena noticia, Hardy. En esta Sonora se entera uno de todo, y si además es uno el cura como lo soy yo... —Don Miguel no pudo reprimir una risita—. Y usted, Raimundo, ¿cómo se anda?

—Yo ando poco.

—Hombre de pocas palabras sí que eres Raimundo, pero eso es porque eres todo corazón.

Raimundo sintió que se le cristalizaba la baba en las comisuras, aquello le ponía nervioso, no le gustaba que lo vieran; además, aún tenía metido en los oídos el disparo de Leonardo a los higochumbos, y eso lo sentía como si le hubiera estallado un brazo, y, claro, le agriaba la sangre. Don Miguel saludó al taxista y se fijó en Rosario, que callado y sonriente se estiró cuanto pudo la camisa por la tripa y se presentó:

—Rosario, padre.

—Rosario... —repitió el cura—. Tienes el nombre de la Virgen, hijo.

Rosario se encogió de hombros y sonrió todavía más, estrujó el botellín

de cerveza entre sus manazas y supo que en ese momento era el centro de atención, así que apuró la botella y la dejó en la barra.

—Mi padre también se llamaba Rosario. Rosario dos Santos. Y era muy cristiano.

El cura estiró sus ojos como un raposo puede hacerlo, afiló su inteligencia y no necesitó desperdiciar demasiadas elucubraciones para saber de inmediato que aquel señor era el abuelo de Rosarinho.

—¿Y qué traes, hijo?

Rosario miró a un lado y a otro, dio la sensación de que no era a él a quien preguntaban. Se volvió a encoger de hombros y escupió al suelo.

—Yo no traigo nada, padre... Vine a ver a la parentela.

—¿A los Saldaña?

El portugués dijo que sí con la cabeza, de una forma insegura, porque sintió los ojos de Raimundo Encinasola clavados en su rostro como las púas de un rastrillo.

—Son cosas de familia, padre.

—Ah...

—A ver a la crianza que vengo. Si no, ¿a qué?

—¿Así que tiene usted familia en Sonora? —preguntó atento *Mistijardy*.

—¡Canarios! —exclamó el taxista—. Usted es el portugués, el de los Saldaña, el de Moura, el abuelo del chiquillo... Ahora ya me acuerdo.

Rosario no encontró en sus adentros la habilidad suficiente para sacar tajada de aquella situación, más bien se encontró espeso, como era todo en él, se sintió incómodo y su suave silabeo lusitano se le encasquilló en un galimatías tan poderoso como el más absoluto de los silencios.

—Bueno, señores... que la tarde se echa encima y todavía no he llegado. Y que Dios le dé salud a su reina, señor. Y a todos ustedes...

El hombre se dio la vuelta, se consideró invitado a las cervezas y con presteza arrancó la motillo y montó en ella calle abajo.

—No hace nada que le he bautizado al nieto, el pobre... Es un niño fino, callado, dulce... una lástima que se críe sin madre.

—Que Leonardo se vale para eso y para más, don Miguel, que los Saldaña ya sabe usted que son dueños de medio pueblo y que el otro medio le debe algo, y que si quisieran encontrar una madrina nada más que tendrían que poner un pie en la puerta de la calle. —Santiago El Fatiga lo único que pretendía era hablar, al fin y al cabo él había *reconocido fielmente* al sujeto y

se veía en la tontaina obligación de aparentar saber más de lo que realmente sabía.

Raimundo Encinasola no abrió la boca. Era como si aquella baba cristalina le hubiera sellado los labios incluso para beber. Su yerno pagó el total de la cuenta.

—Hora es de irse, Raimundo.

El viejo ni siquiera asintió con la cabeza, como estaba frente a la puerta sólo tuvo que dejarse llevar por sus pasos.

—¿Y hasta cuándo lo vamos a tener por aquí, Míster Hardy? —preguntó don Miguel.

—Por lo menos semana y media.

—Entonces ya habrá tiempo de platicar. ¿Y don Benito, bien? ¿Y su señora madre? Cristiana mujer, muy cristiana...

*Mistijardy* sonrió con medio labio y sin decir nada salió del bar y se fue con su suegro.

Limón, antes de recoger los vasos, dijo:

—Es un caballero.

—Sí que lo es, sí... —asintió el cura.

—Y hombre con letras, ¿eh? —apuntilló El Fatiga.

—A quien veo abandonado es a Raimundo, ese hombre era más apañado... —refirió Limón meditabundo.

—Son cosas de las hijas... digo yo.

—Psss... Hijo, hijo, tú al taxi que es tu plato de comida, no quieras comer de otros huertos, que pájaro que picotea mucho traga poco y desperdicia... Cizaña, cizaña...

—No, yo... —se excusó El Fatiga—, si Sonora son tres calles mal contadas. Y el coche lo tengo libre de pecado, don Miguel.

—Hijo, hijo, deja los pecados para el confesionario, acuérdate, Santiago, que lo del César es del César...

—Y lo de Dios de Dios, don Miguel —terminó Limón por el cura, alzando una mano para confirmar: tiene usted la razón.

—Bueno... pues con Dios os voy a dejar, que tengo que hacer recaditos más terrenales.

El cura también abandonó el bar, y no cruzó la plaza hasta la iglesia, sino que torció calle abajo, derecho a la puerta de los Saldaña.

Cuando se quedaron solos, Limón abrió dos cervezas. El taxista dio un breve trago y ofreció tabaco.

—Mal asunto, Limón...

—Bah... No sé si tú te acuerdas de cuando vivía el Saldaña viejo, don Fausto, y de la mujer de este, del Raimundo, la Alma Cándida... Aquella mujerona, como para no volverlos locos a los dos.

—A cualquiera, Limón, a cualquiera, ahora bien: el corte de las hijas es del mismo delantal de la madre. No me extrañaría que Raimundo se ahorcara una mañana con un cacho cuerda, ese es hocicón como para eso: antes de que me coman me pudro...

Aún no tenía Irenita Saldaña Encinasola nueve años cuando vio por primera y última vez a Francisco Franco. Ocurrió el primero de octubre de 1975, en la Plaza de Oriente. Ese año la otoñada fue especialmente benigna hasta mediados de noviembre, cuando murió el general, pero los violentos aguaceros que se sucedieron no mermaron ni un punto la felicidad conyugal que compartían Rafael y Alma Cándida. Aquellas ochenta mil pesetas que trajo como dote para el futuro se habían multiplicado por diez, por quince, por veinte... Vestían buena ropa y vivían en un piso que estaban pagando. Las cosas no podían ir mejor, él trabajaba en una de las escasas salas de fiesta de Madrid, en la Sala Castilla, de la que era socio, encargado, relaciones públicas, administrativo y proyectista. Organizaba espectáculos con la habilidad de quien lo ha hecho durante toda su vida, estaba dotado de un don especial para atraer a la gente, sólo tenía veintitantos años pero su aspecto delataba que dentro de ese joven hombre había un pedazo de cristal que generaba una fuerza ignota, primitiva, de centurión romano, seductor de Venecia o vendedor de caballos... no se sabía bien, su origen misto portugués, su extraña vida limitada sólo por el silencio y la grafía rectilínea de su padre, su nocturnancia y ambición no conocían más límite que el que su propio capricho le imponía. Aún así era feliz. Quería lo mejor para su familia, estaba enamorado de su mujer y deseaba con todas las fuerzas que su hija tuviera los mejores estudios y que el día de mañana pudiera manejar con soltura todo lo que él fuera capaz de levantar con sus manos.

Mes y medio más tarde, la madrugada del veinte de noviembre, estaban los dos en casa, despiertos; ya que se había decidido no abrir la Sala Castilla esa noche. Acabada la programación de televisión, ambos oían la radio... la realidad estaba tan fresca que oírla era como un deber. Sin embargo, en la cabeza de Rafael rondaban otras preocupaciones. Estaba sentado en una silla,

tenía los codos echados sobre la mesa y tomaba un vaso de whisky. Alma Cándida sólo le miraba para no perturbarle el silencio, la niña dormía y el tiempo se antojaba tan denso que los cuartos de horas parecían horas enteras.

—¿Qué te ocurre?

Rafael se encogió de hombros y alargando una mano acarició la mejilla de su mujer.

—Habrás que pensar algo —le dijo.

—¿Qué va a pasar con la Sala Castilla? ¿La cerrarán?

Rafael sonrió y dio un trago a su vaso. Encendió un cigarrillo y miró directamente a su mujer.

—Este se muere... De hoy no pasa... —le siseó—, lo que quiere decir que empieza una nueva época. Llegamos aquí con ochenta mil pesetas, hace casi nueve años, nos hemos adaptado y nos va regularmente bien, pero... ahora empezará un período distinto.

—¿Has pensado algo?

—Sí. —Rafael inhaló una calada, se levantó y expiró una bocanada a su alrededor—. ¿Ves? Da la sensación de que el humo se puede atrapar... pero no es posible, puedes meter tus manos en él, puedes tocarlo, pero si cierras la mano el humo se escapará entre los dedos... Verás... he estado hablando con el socio: él posee la mitad del negocio, pero únicamente en la parte económica; yo soy dueño de la otra mitad, pero también soy quien contrata a la gente. Soy yo quien encarga los licores, quien paga a los empleados, quien organiza... ese trabajo es sólo mío. Hoy es jueves, Alma Cándida, dejaremos pasar estos días, pero el lunes pienso pedir un crédito de dos millones de pesetas.

—¿Vas a comprarle su parte?

—Así es. —Rafael terminó su vaso y se echó otro.

—¿Y crees que es una buena idea?

—Es la mejor de las ideas. Le compraré su parte, sostendré un año más el negocio y después lo venderé cuando las cosas en este país se normalicen y la gente empiece a ganar tanto dinero que no sepa dónde gastarlo.

—Siempre he confiado en ti, mi amor.

—Y yo en ti.

Eran las dos de la mañana, no llovía pero la noche resultaba desagradable, la radio emitía música discreta y partes continuos informaban vanamente de una esperanza insostenible referente a la salud del Caudillo. Alma Cándida se sentía cansada y pensaba ir a dormir, y a punto estaba de

hacerlo cuando el timbre del teléfono, con la más imprevista y estridente de las sonoridades, llenó la casa por completo. No era normal. Rafael descolgó de inmediato y reconoció la voz.

—¿María del Eco?

—¿Cómo puedes acordarte de mi voz?

—¿Quieres hablar con tu hermana? ¿Estás bien?

—Sí, quiero hablar con mi hermana. Y estoy bien, gracias Rafael.

Alma Cándida se llevó una auténtica sorpresa cuando oyó a su hermana. Hacía nueve largos años que no hablaba con nadie de su familia, cuando se fueron como desterrados de Sonora con Irenita, pero le dio mucha alegría, en parte porque fuera María del Eco quien había llamado, su hermana favorita. Diez minutos más tarde partía Rafael Saldaña en un taxi a la estación de Atocha, a recoger a María del Eco. Seguía siendo tan guapa que no tuvo ningún problema en reconocerla, tenía treinta y dos años pero era de esas mujeres que nunca acumulan edad, que se hacen mayores tan lentamente que no se puede distinguir en sus rostros ninguna señal del tiempo.

—Espera, antes de ir a la casa me gustaría tomar un café. ¿Es posible?

Rafael la cogió de un brazo, ella llevaba puesto un abrigo amarillo y traía un paraguas y una bolsa de viaje. Clavó sus ojos azules en los ojos, aún más azules, de María del Eco, pero ella no se perturbó. Los trenes chirriaban y el frío hacía el aire tan consistente que parecía una sustancia medio congelada, daban las tres de la mañana y aquella noche Madrid sólo era una impresión de sí misma, una mala fotografía tirada con desgana, desenfocada. El aire de la estación de Atocha estaba viciado por el vapor que soltaban las ruedas de los vagones, pero también olía a tinta de periódico y a chaquetas mojadas. Más parecía una ciudad metida dentro de una cueva con una candela en la puerta, adolescente y temblorosa, que una ciudad donde se debía soñar y absorber un mejor futuro.

—En Madrid todo es posible, María del Eco.

—Eso espero.

—No digas nada. Tomemos ese café y nos vamos a casa, tu hermana nos estará esperando. Se pondrá muy contenta de verte.

Mientras tomaban el café María del Eco no dijo ni una palabra. Solamente hablaba Rafael, hablaba de Sonora como si él fuera quien acababa de llegar, como si fuera él quien tuviese que contar cómo estaba toda la gente que hacía tantos años que no veía. Ella sonreía, parpadeaba, y, como era tan rubia, su cara de tontina debajo de la noche, aun en aquella cafetería de

estación, era puro nácar.

—He venido a quedarme, Rafael...

Lo dijo con serenidad, al tiempo que sacaba un cigarrillo Chesterfield y lo prendía. No le miró a los ojos, los desvió afuera, por el ventanal, hacia la calle del mundo aquel que no conocía, al que había logrado llegar y que era Madrid, la capital del mundo.

—Claro... —él también encendió uno de esos cigarrillos, le acarició una mano y bajó los ojos para tranquilizarla—, no dejaremos que te vayas.

El resto de la noche la pasaron los tres juntos en calurosa compañía. Hasta el parte de las cinco y veinte minutos, que anunció la muerte del dictador, el aire de Sonora impregnó el ambiente de recuerdos, mescolanzas y puestas al día. María del Eco hablaba en tono suave, dejaba que pasara el tiempo con lentitud, pero ese tiempo lo llenaba con diáfana sonoridad. Tanto Rafael como Alma Cándida no se atrevían a preguntar ni a interferir aunque lo deseaban, porque oír aquello era como oír nueve años de sucesos de tu país cuando te encuentras muy lejos.

—Papá sigue tan hurón como siempre, sólo se deja lavar por Beatriz y no hay mes que no se compre una mascota nueva, se las encarga al Fatiga, al taxista, cada vez que este se acerca a Zafra... Da largos paseos y después se sienta enfrente del retrato de mamá, y balbucea hasta que se le cristaliza la baba en la boca y no le deja abrir bien los labios, no le entra ni la sopa, la verdad es que me da un poco de pena... pero he tenido que venirme, no podía ahogarme más en Sonora. Papá no me deja respirar, no me permite salir, aunque lo hago, claro, tengo treinta y dos años, y él todavía tiene miedo a que pueda mirarme alguien. No sé qué quiere.

—¿Y mis hermanos?

—Están bien, Miguel Ángel me dijo que habla contigo.

Rafael dejó escapar una ligera risa y meneó la cabeza.

—¿Que habla conmigo? Me ha llamado dos veces en todos estos años, y siempre me dice lo mismo: nada.

Alma Cándida tomó las manos de su hermana.

—¿Quieres ver a la niña?

—Sí...

Ambas se fueron amparadas en la oscuridad del pasillo hasta la habitación de Irenita. Se oía el respirar de la criatura, pero antes de verle la cara María del Eco se dejó caer en el hombro de su hermana.

—Cálmate, todo irá bien, puedes quedarte aquí, tú conoces a Rafael, aquí estarás bien, acabas de llegar —se lo susurró como lo hacen las hermanas; daba la sensación, a pesar de que era más joven, de que Alma Cándida había comprendido desde el primer instante que su hermana necesitaba ayuda.

María del Eco sollozó y se lo dijo:

—Estoy enamorada, hermana... Enamorada...

—Psss... eso me lo cuentas mañana, que vas a despertar a la niña...

Mira, mira su cara...

María del Eco se enjugó unas lágrimas y miró a su sobrina.

—¡Canarios! —exclamó echándose las manos a la cara—. Es idéntica... Idéntica a Irenita la chica, la de Irene. Pero idéntica, vamos, igualitas. Parecen gemelas y son primas. Ven, ven aquí...

María del Eco tomó su bolso de viaje y sacó una carterilla. La abrió y le enseñó una fotografía de Irenita la chica. Alma Cándida la miró a través de la escasa luz que entraba por la ventana, y como no pudo creer lo que veía salió lentamente, con la foto en la mano, hasta la sala donde estaba sentado Rafael. Se situó debajo de la lámpara y la contempló con detenimiento.

—Canarios... —suspiró—, sí que se parecen. Mira —le pidió a su marido tendiéndole la foto—, dime a quién ves aquí...

Rafael la cogió y la contempló. Suspendió la cabeza como lo hacía su padre para decir que sí, y después de unos segundos dijo:

—Son primas.

—Primas hermanas... —redondeó María del Eco.

A las cinco y veinticinco minutos de la madrugada, el presidente Arias Navarro anunció por la radio que el Caudillo había muerto en la Ciudad Sanitaria de la Paz. Rafael encendió la televisión, apagó la luz del techo y sirvió tres culitos de whisky.

Esa misma madrugada, no eran sino las seis, Raimundo Encinasola pegó dos tiros en la puerta de los Saldaña. Medio pueblo estaba despierto, y el ruido aquel de los disparos a más de uno le entró en vez de por los oídos por la espalda, pues el aire estaba muy frío, pero también muy limpio. Leonardo y Miguel Ángel, que se hallaban despiertos en uno de los cuartos de arriba, se miraron, más que asustados con ese rictus de lo imprevisto, del no saber qué pasa.

—Si esto es la nueva guerra sí que han empezado pronto a pegar tiros...

—Leonardo lo dijo a media voz; ellos también habían estado oyendo la radio toda la noche, tomando café, tan pendientes de la muerte de Franco como ensimismados en proyectos inalcanzables, en películas por ver y en amoríos de novelas imposibles de escribir.

Miguel Ángel se levantó y miró por la ventana. No tuvo que escudriñar para ver quién era, porque antes de descifrar la penumbra bajo la puerta oyó la voz amenazante del patriarca Encinasola, con la escopeta abierta metiendo dos cartuchos nuevos.

—¡Ya me la estáis devolviendo, Saldañas, ya me la estáis devolviendo que por estas que me cago en la leche y os pego dos tiros a cada uno, cabrones!

Leonardo sacó la cabeza por la ventana y miró desafiante.

—¿A qué viene, Raimundo?

—¡Ya me estáis devolviendo a la María del Eco! Que ya me habéis robado bastante, hijos de puta... Mal nacidos...

Leonardo miró a su hermano, quería buscar una respuesta en sus ojos, pero no halló más que la verdad, por lo menos la verdad que le era consentida al corazón engañoso de Miguel Ángel.

—Yo no sé nada, Leonardo... —apenas se lo siseó, pero fue suficiente.

—Mire usted, Raimundo, muy malo es este día para andar discutiendo... No tenemos nada que ver, así que lárguese a dar monsergas y disparos a otra parte.

Raimundo cerró la escopeta y apuntó a la ventana.

—Óigame, Raimundo, o abre la escopeta inmediatamente o bajo y le mato.

Lo dijo con tal tono de serenidad que cualquiera que no tuviera hielo molido en vez de sangre hubiese bajado el arma. Y así lo hizo Raimundo. La baba le comía los labios, traía puesta la mascota, bajó la escopeta y las manos, pero no los ojos, los dejó allí, colgando en el aire como pañuelos lavados prendidos con alfileres.

Leonardo cerró la ventana y se sentó en el borde de la cama, al lado de su hermano. Este callaba, tenía metidas las manos entre las piernas y la cabeza perdida en el centro de un remolino.

—¿De verdad no sabes nada?

—Si no está en su casa es que se ha ido para siempre.

—¿Que se ha ido? ¿A dónde puede ir esa tontina? ¿Crees que se habrá ido a Madrid, a buscar a su hermana?

—No sé, Leonardo, sé que anda liada con un hombre... Dicen que ella es como una gallina y él como un zorro, y que hay tardes cerradas en las que el zorro salta el cercado por la chopera, escala la tapia hasta la ventana de atrás, se cuelga y la boquea... igual que en un gallinero.

—En este puñetero pueblo siempre hubo más lenguas que bocas donde poder guardarlas. No creas una palabra, Miguel Ángel... pero ya ves, sin comerlo ni beberlo viene ese desgraciado a tirotearnos la casa.

Cuando tronó el siguiente disparo sonó de manera distinta. Siempre que una bala lleva muerte silba diferente en el aire, en este caso fue un cartucho de postas para cochinas, que es como llaman aquí a los jabalíes, el que a Raimundo le arrancó la boca de cuajo; cuando los dos Saldaña abrieron la ventana aún lo vieron de pie, todavía con la escopeta entre las manos y la mascota puesta, era increíble, pero así fue, se quitó la vida esa fría mañana, su cuerpo se abatió con funesta parsimonia, dando la sensación de que era un viejo árbol que crujía mientras se derrumbaba.

Nadie vio llorar tanto a una mujer en Sonora como le lloró Beatriz Encinasola a su padre. No levantaron el cadáver hasta pasado el mediodía, porque don Miguel no consintió que nadie lo tocara hasta que llegara el sargento de Zafra, pero en día tan señalado la demora era comprensible, así que don Miguel mandó que echaran una manta encima del pobre Raimundo. Como era calle abajo y lloviznaba, la sangre corrió aguada entre los guijarros. Los hermanos Saldaña mantuvieron una de las alas de la puerta de la casa abierta, los pies del cadáver daban en el umbral y la gente de Sonora formó un corrillo en cuyo centro se erguía el cura murmurando rezos, como suspendido en el aire por encima de Beatriz y de su padre. Fue tan evidente el suicidio que poco o nada se pudo declarar, así que finalmente encajaron al muerto y pudieron llevarle a su casa. Las campanas doblaron cada hora, porque, según confirmó el sargento, la diócesis de Badajoz lo había ordenado como exequias y tributos a la muerte del Generalísimo, lo que provocó que por el cielo de arriba de la iglesia, no muy altas, volaran asustadas las cigüeñas, ajenas a dolores, disparos, obispos y epitafios.

A la tarde noche recibieron visita los Saldaña. El Pelovaca dio dos golpecitos en la puerta, aunque estaba medio abierta. A la mesa estaban sentados Leonardo y Miguel Ángel, callados, ensimismados cada uno en sus meditaciones mientras oían a bajo volumen la radio.

—No he venido a pedir os explicación, ya sabéis que yo siempre os he considerado...

—Mira, Antonio Rodríguez —le dijo Leonardo—, lo único que nos preocupa es que hemos tenido la mala suerte de que tu suegro haya venido a nuestra puerta a matarse. Tú me dirás qué podíamos hacer.

—Lo de María del Eco lo ha trastornado.

—Se ha ido a Madrid, ¿no?

—No lo sabemos, Miguel Ángel, yo la llevo buscando desde ayer, en Zafra no está, llamamos a Aracena y tampoco, el pobre Raimundo se desesperó. Pero no he venido por eso...

Leonardo llenó tres vasitos de aguardiente.

—He venido porque hay problemas con don Miguel... Bueno, Beatriz no sabe que he venido aquí, pero es lo único que se me ocurre.

—¿Qué pasa con ese cura pidión?

—Se niega a enterrarlo en el cementerio.

—¿Cómo?

—Dice que, como es un suicidio, no se puede enterrar en tierra cristiana, que es como una manzana podrida para los demás difuntos.

Don Miguel pasó sin llamar.

—¿Tú también estás? No te esperaba yo por aquí... —le dijo directamente al Pelovaca mientras sin demorar se servía un vasito y se sentaba con ellos.

—Don Miguel, dígame usted, ¿qué es eso que ocurre con el entierro?

—Hijos, hijos... todavía la lluvia no ha borrado la sangre de ahí de la puerta, que es muy evidente, y nuestros cánones son explícitos en ese sentido. Porque la Iglesia es canónica —sentenció levantando un dedo—. No sabemos lo que puede ocurrir, ya conocéis lo de Franco, ahora me voy a dar la misa de las nueve por el Caudillo, que es la tercera del día.

—Pero bueno, don Miguel, ¿qué ocurre entonces con el entierro de Raimundo Encinasola?

—Que es suicidio, hijo mío, que es suicidio y así no está permitido por el derecho canónico. No puede ser enterrado en el cementerio de Sonora, esa es la ley católica y así lo manda Dios... Y ya lo sabéis.

—Pero ¿qué mal puede hacer, don Miguel? —preguntó Leonardo.

—No te lo puedes imaginar, Leonardo, no te lo puedes imaginar, habría que sacralizar todo el camposanto de nuevo, y eso es lento, cuesta sacrificios.

—¿Cuánto sacrificio cuesta?

—Hijo, hijo, siempre igual... ¿no comprendes toda el agua bendita que hace falta?

—¿Cree usted que con quince mil pesetas habrá agua bastante?

—Pienso que sí, Leonardo, una cosa así... El obispado es severo con estos asuntos, y no debemos permitir por bien del difunto que trasciendan.

Fue Miguel Ángel quien se levantó, subió a uno de los cuartos y dos minutos más tarde puso en la mesa las quince mil pesetas.

—Entierre usted a Raimundo... A las claras del día.

En ese instante sonaron ocho campanadas, y después doblaron a difunto.

—Las ocho —dijo el cura—. Hora es de irme. —Tomó el dinero, lo levantó a un cielo que sólo él veía y lo besó—. A las claras del día... pero que le tengan cuatro velones encendidos toda la noche, entérate bien, Pelovaquilla, no deben apagarse ni un segundo o ya no valdrá, y que le pongan entre las manos una estampa de la Virgen del Rosario. Rezaré toda la noche por él y sólo Dios me dirá si es posible que lo entierremos en el camposanto.

Cuando salió don Miguel de la casa de los Saldaña, El Pelovaca, lleno de sinceridad, le dio las gracias a los dos hermanos.

—Esto os honra.

—Ya éramos honrados —le aseguró Leonardo.

—Oye, esta noche pásate por el bar de Limón... Te diré si María del Eco está en Madrid o no.

El Pelovaca miró a Miguel Ángel, dijo que sí con la cabeza, se levantó y se fue.

Después de unos segundos de silencio, Miguel Ángel se tomó el culito de su vaso, chascó la lengua y le dijo a su hermano:

—Es lo único que puedo hacer por ella.

Irene Encinasola llegó esa misma noche para estar con su padre de cuerpo presente. Ella sola. La trajo a Sonora uno de los vetustos, mas todavía brillantes, 1500. Al otro día, a eso de las doce, se presentó el cura en casa de los Saldaña.

—Leonardo, que sí se puede —dijo emocionado—, que lo vamos a enterrar. Dentro de media hora se oficiará la ceremonia. Deberíais estar presentes, representáis con mucho a este pueblo, y Raimundo, aunque era así, también os ha hecho favores...

—Ese lo único que ha hecho ha sido dar por culo, don Miguel, no nos cuente historias ahora que se ha muerto —replicó Miguel Ángel ajustándose

las gafas con aire serio, cogiendo un ramito de flores azulonas y dirigiéndose a la puerta—. Hoy tenía pensado llevarle flores a mi padre y a mi hermana, y a eso voy, antes del entierro estaré de vuelta.

—Miguel Ángel, Miguel Ángel... que tienes nombre de arcángel y de ángel, hombre, no hables con ese tono... Anda, que voy contigo al cementerio antes de pasarme por la casa del muerto.

—¿A qué va al cementerio ahora, don Miguel?

—Verás, Leonardo, he mandado exhumar la tumba de Alma Cándida, que ya lleva dieciséis años muerta... Tenemos que meter ahí a Raimundo, a él no podemos abrirle tumba nueva, así que no hay otro sitio, y he enviado a Santiago El Fatiga a que ayude a su hermano Felipe El Babi, que los tengo yo para estos asuntos, y son cosas de huesos cristianos y allá voy a echar hisopadura sobre ellos, para dejar limpio el agujero antes y después... Son cosas de la Iglesia, hijos, cosas de la Iglesia, que no todo se puede explicar. Así que me voy contigo, Miguel Ángel... Que allí están las hijas con el padre esperando.

—¿Es que llegó Irene?

Don Miguel miró a Leonardo. Intentó disimular una sonrisilla pérfida y sabihonda, pero no lo consiguió.

—Claro, Leonardo, claro, es su hija la mayor.

Cuando cruzaron el camposanto el cura miró en primer lugar el osario. Sin desaliento y con normalidad levantó un cráneo y lo miró, se lo enseñó a Miguel Ángel, y después se lo acercó a la nariz.

—Son huesos santos, hijo, polvo eres y en polvo te convertirás, ya sabes...

Se acercaron hasta la tumba de Alma Cándida, sólo estaba Felipe El Babi, metido en la fosa y sacando los últimos restos, que colocaba en una cajita de madera al uso.

—¿Cómo se anda, Felipe?, ¿y tu hermano?

—Don Miguel, que lo mandaron llamar no hace ni un cuarto de hora, que se iba a la estación de Zafra a recoger gente para el entierro.

—¿A qué gente, Felipe, a qué gente?

—No me lo ha dicho, don Miguel, tiró la pala ahí mismo y salió pitando. Por cierto, don Miguel, ¿a quién le doy las joyas?

—¿Joyas? A ver, a ver...

Aquellas joyas no eran más que dos anillos de oro, uno de ellos

engarzado en una cadenita, también de oro, y dos zarcillos con cuentas de alabastro, que es como enterraron a Alma Cándida.

—Déjame, que habrá que darlos a la familia.

Miguel Ángel no dijo ni una palabra, se quedó allí de pie, mirando la fosa y los restos, comprendiendo una vez más lo insignificante de la vida, y que no nos hacemos polvo, sino más bien huesos rotos, amarillos y podridos, como yeso viejo. Estaba tan absorto que no se enteró del cuchicheo del cura con Felipe El Babi, así que se dio la vuelta y se dirigió a la tumba de su padre y de su hermana. La contempló y dejó en la losa el ramito de flores. Don Miguel se acercó, con paso cansino, mirando en la palma de su mano las *joyas* de Alma Cándida.

—Encontró un tesoro, don Miguel.

—Psss... no hay muerto que no guarde algo. Siempre ocurre, desde que el hombre es hombre... Pero no creas, Saldaña, que esto voy a dárselo a las hijas, que ellas sabrán... Ahora bien, este anillo no. —Don Miguel abrió la cadenita de oro y sacó un anillo.

—¿Y ese por qué no, don Miguel? ¿Es que se lo va a regalar al obispo?

Don Miguel soltó una risita. Pinzó el anillo con dos dedos, lo levantó y dejó que la luz del día le permitiera leer el interior.

—¿Ves? Aquí hay dos iniciales, la F y la S, y una fecha, 1943. La efe es de Fausto, estoy seguro, la ese de Saldaña...

Miguel Ángel miró al cura como sólo pueden hacerlo los ofidios y los espectros. Apenas se le veían las pupilas de tanto como alargó las ranuras de sus ojos cuando oyó lo de las iniciales.

—¿Y la fecha?

—¿La fecha? —se preguntó el cura—, 1943 es la fecha... vamos a ver... sí, 1943 es el año que nació la María del Eco... Yo mismo la bauticé...

Le miró a los ojos y le entregó el anillo.

—He pensado que ya que conservas una pluma de *Oriolus gálbula* tal vez te gustaría conservar este anillo, pero a la chita callando, ¿eh?, que aunque son pecadillos con solvencia de veniales están registrados por los santos apuntadores. Ah, y dile a tu hermano que viene gente de Madrid al entierro.

Llamó a Felipe El Babi y con él salió el cura del cementerio. Miguel Ángel se sentó en una esquina de la tumba de su padre. Miró el anillo, acarició aquella inscripción y a continuación miró los nombres de su padre y de su hermana Faustina grabados en la piedra.

El encuentro de la familia de Madrid con la familia de Sonora envolvió el entierro de Raimundo Encinasola con una aureola especial. No habían pasado tantas cosas en nueve años, si se miraba bien, pero de nuevo el curso de la vida parecía haber cambiado, saliéndose de su cauce como un río indómito y caprichoso que amenazaba con anegararlo todo, llevarse con violencia los escuálidos pastos y esperar a las marceas para llenarlo todo de poleo y altramuces sin endulzar. En este caso, la familia de Madrid se reducía a Rafael y Alma Cándida. María del Eco se quedó con Irenita en la ciudad a la que acababa de llegar, comida y sorbida por el llanto pero al mismo tiempo feliz y dichosa por amparar a su sobrina y hallarse lejos del hedor a muerto y desolación.

Se encontraron todos en el cementerio. Desconsolada, Alma Cándida se abrazó a sus hermanas. Rafael permaneció a prudencial distancia, callado y serio buscando entre la gente a sus hermanos, que no estaban.

—Hazme un favor —le pidió, acercándose, al Fatiga—, dile a mi mujer que paro en mi casa... Que por allí andaré.

Rafael empujó la puerta de su casa, cruzó la parte baja y subió a la que fue su habitación nueve años atrás. No había nadie, así que en aquella breve soledad se dedicó a estirar el cuerpo y los recuerdos, a saber qué había quedado de él allí, en aquel hogar de su infancia y de su huida. Mientras sostenía en sus manos la cajita que le dio su padre miró la claridad que entraba por la ventana y quiso recordarlo con la nitidez que donan los sentimientos a la memoria, al través de la luz, suspendido mágicamente en el polvo que atravesaban los haces.

Después se sentó en el borde de la cama y abrió su cajita. Sacó el reloj de plata, el del ferrocarril grabado en la tapa, lo miró detenidamente, metió

uno de sus dedos por la arandela e, igual que un hipnotizador experto en cronomancia, lo balanceó ante sus ojos, y el reloj destellaba ahora sí y ahora no, dependiendo del cruce de la luz.

—¡Rafael! —Miguel Ángel le llamó mientras subía dos a dos los escalones, se abrazó a su hermano con alegría y le besó por dos veces en la mejilla—. ¡Rafael, cuánto tiempo!

—Bueno... ya estoy aquí, aunque sea para esto, por lo menos la muerte del hurón nos ha permitido encontrarnos... ¿Y Leonardo?

—¿Leonardo? Siempre que hay un entierro él anda por ahí. Ya sabes cómo es.

—¿Y el niño, Rosarinho?

—En Sevilla.

—¡En Sevilla! No lo sabía.

—Está hecho un hombrecito. Por intercesión de don Miguel estudia en los salesianos. Y va muy bien, dicha sea la verdad.

—Mientras no lo convierta en cura... —Rafael volvió a abrazar a su hermano.

—Vamos al bar de Limón. Es posible que encontremos por allí a Leonardo.

Camino del bar, subiendo la calle, torciendo el recodo, Miguel Ángel no pudo aguantar más la furia de sus pensamientos. Quería saber una cosa, lo necesitaba, quería saber lo que iba a preguntar a su hermano porque una bola de materia pegajosa se le había quedado incrustada en la faringe, y lo asfixiaba, y su cabeza no podía desviarse de esa espiral tormentosa a la que un día se arrojó con decisión y sin fortuna.

—¿Está en Madrid?

—Sí... Allí está. Llegó antier. El mismo día que se ha matado su padre. Qué cosas...

—¿A qué ha ido?

Rafael dejó caer una mano en el hombro de su hermano, ya estaban en la puerta del bar, ya cruzaban el umbral.

—A quedarse, naturalmente... De momento vivirá con nosotros.

El bar estaba vacío, a excepción de Limón, que limpiaba la barra como adormilado, mientras oía su ya vieja radio a la que de vez en cuando le daba un golpe, casi por sistema, aunque no lo necesitara.

—Rafael... ¿Cómo se anda, Saldaña?

Limón lo dijo sin énfasis, apenas apartó la mirada del trapo con el que

limpiaba la formica de la barra, como si el día anterior y todos los días hubiese visto pasar por su bar a Rafael Saldaña.

—¿Unas palomitas?

—Vamos a echarlas —dijo Rafael.

Limón puso los vasitos de aguardiente blanqueados con agua, y sólo después le tendió la mano a Rafael.

—Nueve años hace, ¿no, Rafael?

Rafael asintió, complacido por sentir la humedad de aquella mano y sonrió, después tomó su vaso y de un trago se lo bebió.

—Nueve años sin probar una palomita.

—Cómo te ha cambiado el acento. Habéis venido para el entierro de Raimundo, ¿verdad? Pobre Raimundo, ay, Dios, y el mismito día que Franco, lo que son las casualidades.

Miguel Ángel, callado, parecía inmerso en un pozo hondo y angosto, sostenía el vasito blanco en su mano, pero sus ojos, acuartelados detrás de las gafas, buscaban más amparo todavía y se le apretaban contra las cuencas. Limón se tiró media cañita de cerveza, la levantó al aire y brindó.

—Me alegro de que te fueras, Rafael, y lo digo por bien, que aquí las cosas ya ves cómo andan, y en Madrid... eso sí que es una ciudad, la de bares que habrá por allí, gente bien vestida, coches que van y que vienen, ¡hasta aviones!

—¡Que Madrid es Madrid, Limón, que Madrid es Madrid, y además la capital de España! —gritó El Fatiga, que cruzaba la puerta en ese momento y oyó el comentario. Pegó un manotazo en la barra, se quitó su imperecedera gorra de taxista y el aturdido tabernero le sirvió su caña.

—Pues tú ya no estás para madriles, Fatiga... Y tu coche tampoco.

—Eh... eh... Limón Limonero... Yo ya no estoy para el kilometraje, que tengo cincuenta y cinco años, dos hijos zangones y una jefa en el taller, he trabajado en la aceituna y antes de aprender mecánica aprendí a pelar burros que me enseñó el pobre de mi padre. ¿Eh? Y no me muevo de aquí, pero el cacharro este —dijo señalando a la puerta, aunque no se veía el taxi —, puede ir de aquí a Madrid veinte veces, ir y venir, sin cambiarle las bujías.

De la calle llegaba el torpe rumor que acaece después de un entierro. La gente se acercaba, como atraída ancestralmente, al único bar del pueblo, aún en los últimos días de 1975.

—¿Se terminó la función? —preguntó Limón.

El Fatiga asintió en silencio. Miguel Ángel tocó a su hermano en el hombro.

—Vamos a sentarnos, ahí donde la mesa de billar.

Encendieron un cigarrillo y se miraron un momento.

—¿Por qué no te vienes?

—¿A dónde, a Madrid?

—Sí.

—¿A Madrid? Tú estás loco, hermano... Yo no estoy anclado aquí, pero si mi barco sale del puerto no dejaré que la corriente se lo lleve, yo remaré en la dirección que quiera.

—Siempre tan marino.

Sin embargo, en el corazón de Miguel Ángel aquella proposición de su hermano se quedó grabada como marca de ganado porque cada letra de la palabra Madrid la imaginó como un pedazo de hierro candente que una mano tormentosa acercaba a su carne.

La gente entró en el bar. Entre ellos El Pelovaca y su cuñada Irene, así que los hermanos Saldaña se levantaron sin decirse una palabra, pagaron en un extremo de la barra y decidieron salir. Pero Irene les paró.

—Rafael... —le dijo—. Quiero darte las gracias.

—No hay de qué, Irene.

—Veo muy bien a mi hermana.

—Pero la vida del pobre viejo ha sido el precio —apostilló El Pelovaca sin mirarle.

—Tú debes de ser el tasador de muertos... El enterado, que se dice por Madrid.

Rafael Saldaña clavó lo más negro de sus azules ojos en la cabeza bicolor del Pelovaca, este continuaba mirando a su frente, es decir, a las botellas y a una pizarra con los partidos de la próxima quiniela.

—Anda, vámonos... —Miguel Ángel empujó levemente a su hermano, y ambos se despidieron de Irene con una mirada a la vez de pésame, de rencor y de saludo.

El cielo estaba tan encapotado que no permitió que los campanazos de la iglesia pudieran ascender en el aire, y por esa razón permanecieron sonando como quejidos metálicos bastantes segundos. Los dos hermanos se apartaron a un lateral de la iglesia, enfrente de los cerros, donde años atrás festejaron el bautizo de Rafael y Alma Cándida. Había pasado mucho tiempo

pero las sombras grises de las rocas, el contorno picudo de los montes y las nubes desbaratadas eran iguales.

—Tenía ganas de ver este paisaje... A veces cierro los ojos y lo entreveo en sueños. Alma Cándida dice que también le pasa, ¿y sabes una cosa, Miguel Ángel?, en Madrid nadie se conoce pero todo el mundo se parece. Ahora bien, caras como estas de Sonora no he visto ni una.

—¿Qué tal os va?

—No puede ir mejor... de momento. El lunes quiero cerrar un negocio. Voy a pedir dos millones al banco.

—¡Dos millones! ¿Estás loco? ¿De dónde vas a sacar tú dos millones?

—Hermano, voy a sacar mucho más de dos millones. Digamos que yo vivo muy bien comiendo de medio pastel, y digamos que quien come del otro medio pastel se está quedando sin dientes. Yo le arreglo la dentadura y él me cede su porción.

—Y te comes el pastel tú solo.

—Eso es... pero...

—¿Pero? —preguntó Miguel Ángel en voz baja, incrédulo, ajustando las gafas sobre su nariz.

—Pero el proyecto no es comerse todo el pastel —dijo Rafael señalando a los cerros—, eso sería indigesto. El proyecto es poner una pastelería.

—Ahora comprendo por qué papá te quería más que a ninguno de nosotros.

Ambos caminaron, lentamente, charlando, torcieron algún recodo innecesario porque obviaron pasarse por la puerta del bar, y casi sin querer estaban en el medio de las tuneras del este. No lejos, a la derecha, se veía la chopera que lindaba el huerto de las Encinasola, las ramas de los árboles blandidas por el viento susurraban, chascaban unas con otras sabe Dios qué cosas, diminutos remolinos de tierra y de polvo se levantaban y se devanaban aquí y allá, la humedad se expandía por las palmas de las tuneras y las hacía restallar en la luz como si fueran espejos, la yerba cerca del arroyo emanaba volutas de aromas dispersos, a jara tronchada y a setas. Era poco más del mediodía, amenazaba con llover pero casi era de agradecer. Cuando vieron a alguien entre los chopos levantar un brazo, sujetando un sombrero en la mano, y gritando como quien no quiere ser descubierto pero necesita hacerlo, a Miguel Ángel le entró un cosquilleo por las piernas tan evidente que hasta su hermano lo percibió.

—¿Quién es ese? —preguntó Rafael.

—No lo sé...

La figura que les llamaba se irguió más todavía.

—Nos llama por nuestro nombre, debe de conocernos —dijo Rafael.

Aunque no había sol, Miguel Ángel se colocó la mano en la frente a modo de visera, tal vez para impedir, aliado con la subconsciencia, que la persona a la que creía ver pudiera penetrar en su cabeza más allá de las pestañas.

—¿Es ese el zorro que boquea a la gallinita, hermano?

—Ese debe de ser, Rafael. Pero como bien dices, también nos conoce...

—¡Eh, Saldañas! ¡Acercaos!

Los hermanos se acercaron con lentitud, sin apartar la vista del personaje y sin decirse ni una palabra más. Cuando lo tuvieron delante, a Miguel Ángel le entró algo más que un cosquilleo por las piernas, algo más que el dolor agudo que produce en el pecho un pálpito mal dado, porque de súbito se paralizó en él no sólo la molestia de la fría cosquilla, sino la sangre, los órganos y sus arterias, los propios pensamientos.

—Martín...

—El mismo —replicó Martín Martín Martín.

—Dios mío —dijo para sí Miguel Ángel, mientras se ajustaba las gafas y certificaba por fin que su resbaladiza duda resultaba ser real, que era de ese pez, una anguila, la espina que tenía clavada en el esófago.

—Y tú, rubio, tú eres Rafael... ¿Te acuerdas de mí?

Rafael dijo que sí con la cabeza y señaló el huerto de las Encinasola.

—Sí que me acuerdo, sí, tenías una gorra de legionario y nos vendiste un reloj por cien duros.

El tres veces Martín soltó una risotada y abrazó a Miguel Ángel.

—¿Es que no te alegras de verme, hombre?

—Claro...

—Oye, que he oído campanas de muerto, ¿no la habrá espichado el Raimundo, el viejo? Sí... llevo aquí toda la noche y lo he presentido. Sí, demasiadas campanas, no sé, lo he presentido.

—¿Y llevas aquí toda la noche? —preguntó Miguel Ángel.

—Bueno, aquí-aquí no, en el Paredón, he dormido en el asiento de mi coche. Es de segunda mano pero tira como nuevo... ¿Por qué no damos una vuelta hasta allí y lo veis? Así charlamos, hombre, que no me quiero acercar al pueblo.

Miguel Ángel miró a su hermano y este se encogió de hombros. Así que

los tres, con la lentitud y la desconfianza propia de tres cazadores, se fueron camino del Paredón.

—Oye, Miguel Ángel, hazme un favor, cuando regreses al pueblo le dices a María del Eco que la espero en el Paredón, que le quiero dar el pésame, lo harás por mí, ¿verdad?

Martín Martín Martín tenía treinta y siete años. Pero no aparentaba ninguna edad. Si cuando era chaval tenía porte de hombre hecho y derecho, con ese porte se había quedado; ahora era un hombre adulto pero parecía que tenía diez años menos. Su paso por la Legión no le dotó de ninguna huella externa, vestía de manera similar a como lo hizo siempre, y su bigotito estrecho y apretado daba la sensación de que había nacido con él, de que lo había llevado siempre, incluso antes que su prominente, alargada y marmórea nariz. Se movía con impulsos controlados, como una mantis religiosa, miraba siempre desafiante aunque no quisiera hacerlo, se movía con la elegancia y la alevosía de un animal nocturno, cuando él estaba las cosas se desprendían de todas las propiedades nuevas, perdían todo vestigio de magia y tal vez virtutas de historia y de sombra, volvían a ser reales como guijarros. Pero cuando Martín el envarado hablaba —el tono de su voz, la seguridad de sus monosílabos, el timbre medieval, aquel modular hipnótico, los golpes de lengua, las escasas muecas, el poético ulular de hombres galanes y voladizos —, era cuando a Miguel Ángel más se le helaba la sangre en las venas. La voz del tres veces Martín entraba por sus oídos, se enroscaba en los huesillos y eso iba enfriando el sonido, le suprimía la vibración y la frecuencia, y luego elegía cuidadosamente un punto débil de su plasma cerebral y allí se hendía, y llegaba al centro de los sentidos, y desde ese lugar sólo órdenes glaciales podían emitirse, por eso se le helaba la sangre, la punta de los dedos y los bordes de la lengua cuando intentaba hablar con él.

—María del Eco no está, Martín.

—Entonces igual la vemos por el Paredón.

—Está con nosotros en Madrid. Espero que no te moleste. Y allí se va a quedar.

—¿En Madrid? —soltó una de sus risotadas—. Me lo contó muchas veces: *me voy a ir a Madrid, me voy a ir a Madrid...* Así que se ha ido... Pues que se quede allí... ¿Sabéis cómo me la tiré? En Zafra... en un vagón destartalado en una vía ciega, sí, y cuando la pobre llegaba a ser mujer por primera vez en su vida ¿sabéis lo que ocurrió? Lo más extraordinario. En ese

momento pasó un tren veloz-veloz-veloz, corriendo y pitando todo lo aprisa que podía, y lo vimos por la ventanilla, en ese momento, ¡justo en ese momento!, y los dos creímos que era nuestro vagón que se arrancaba a andar. La Encinasola se agarró a mi espalda con tanta fuerza que creo que todavía llevo marcadas sus uñas.

Lo que sintió Miguel Ángel en sus tripas no puede describirse. Se pasó la mano por la frente, y allí, en el centro, donde se ubica el más misterioso de todos los ojos, apretó los dedos, era como si quisiera sacar un puñado de rayos de luz y de pensamientos atroces y esparcirlos por la yerba y las ruinas. Se adelantó unos pasos y se sentó en uno de los pilotes. Un trueno desbarató el silencio, y el relámpago que siguió le pareció a Miguel Ángel Saldaña que surgió de su interior, que su esternón se había rajado en dos pedazos a lo largo como un leño ante un hachazo certero, y que esa hendidura había permitido salir tanta electricidad como tenía acumulada. Se sentía tan solo que ni siquiera oyó las delicadezas del coche que Martín le intentaba mostrar a su hermano. Todo había terminado. El zorro que boqueaba a las gallinas miraba con desdén la carne blanca y la despreciaba una vez convertida en carroña, porque ahora su estómago, hambriento, pero no vacío, solicitaba otros manjares. Mas el zorro es zorro y mata todo lo que puede y luego elige entre lo muerto, obedece a su instinto, no en vano es el hijo del encuentro de Venus con un lobo. Los truenos que siguieron hicieron la vez de cañonazos en una batalla. El primer estallido asusta, los demás alivian, despedazan el miedo, hurgan dentro de ti y te agarran el valor y te lo ponen delante como algo ajeno y al mismo tiempo propio, que te desafía y que es capaz de nombrarte los apellidos de tus padres. Miguel Ángel se levantó y fue con ellos.

—Bonito coche, Martín.

—El mejor... Ahora si queréis os puedo acercar al pueblo. Muerto el perro —dijo por Raimundo—, se acabó la rabia.

—Y si ya no hay gallina que guardar —apostilló Rafael.

Martín rió. Le enseñó sus blancos y generosos dientes al aire, como hacen los caninos, sacó tabaco rubio americano y parecía un hombre permanentemente feliz.

Cuando Leonardo entró en el bar Limón lo primero que le llenó el interior de los ojos fue el color rojo del pelo de Irene. Ella estaba de espaldas, hablando con su cuñado, el establecimiento rebosaba de gente por cosa del

entierro tanto de Raimundo como del Generalísimo, pero Santiago El Fatiga, aferrado a una caña de cerveza igual que un marinero se agarra a un aparejo para evitar ser despedido del barco, le vio y le saludó en voz alta.

—¡Leonardo Saldaña; sí, señor! ¿Ya viste a tus hermanos?

Leonardo se acercó, consiguió apoyar un codo en la formica y tener el suficiente espacio para esconderse de sí mismo y elegir la postura que le diera las espaldas a Irene. El murmullo, el chocar de los vasos, el gentío, la voz del Fatiga, pero sobre todo la voz de Irene Encinasola a sus espaldas, aun confundida entre todos los sonidos, le ponía nervioso, tanto que no sabía realmente qué estaba haciendo allí ni a quiénes buscaba.

—¿Que si viste a tus hermanos, Saldaña?

—¿Es que no están aquí?

—Se marcharon hace un rato.

Ahora no fue la voz. Fue la mano.

—Hola, Leonardo... ¿Es que no vas a darme el pésame?

Leonardo se giró lentamente.

—Iba a hacerlo ahora... Siento mucho lo de tu padre.

—Tú le viste la cara arrancada, ¿verdad?

No sabía por qué le preguntaba semejante detalle. Ya era muy desagradable hablar de la muerte de un padre, y más de esta manera. Pero él levantó la cabeza. Irene quería impresionarle, como siempre.

—Lo enterraron como a un cristiano.

—Sí... en la tumba de mi madre. Dale las gracias a Miguel Ángel por las... hisopaduras.

—¿Cómo está tu hermana?

—¿Por qué hermana preguntas?

Leonardo fue capaz de no intimidarse por los ojos verdes de Irene, se giró a la barra y tomó su caña de cerveza, dio un sorbo y se encogió de hombros.

—¿Por quién va a ser? Alma Cándida, tu hermana. Me han dicho que han llegado de Madrid. Todavía no he visto yo a Rafael.

—Rafael es todo un hombre... Ahora posee a dos Encinasola.

—¿Qué?

El Pelovaca se acercó, tomó a su cuñada por los hombros y sonriente al saludar y serio al hablar le pidió que se fueran.

—Tus hermanas nos estarán esperando en casa.

Los tres Saldaña comieron juntos. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo. Tomaron chacina y queso de cabra, vino del pueblo y un melón tardío. Miguel Ángel preparó una cafetera, su hermano mayor destapó una botella de aguardiente y Rafael miraba las paredes y las cosas, los objetos, el búcaro, los trastos del alpende, el interior del chinero... los escasos retratos, los visillos color del tiempo, las sillas y la mesa, y estaba todo igual que cuando él se fue, absolutamente todo ocupaba su sitio, su lugar de siempre. Una radio nueva, un pequeño frigorífico y algunos periódicos atrasados, tirados en un sillón, era la lista de las cosas nuevas que Rafael encontró en su casa de Sonora.

—Está todo igual, hermanos... Eso me alegra. Me trae a la cabeza recuerdos intactos, si creí que había olvidado algo en estos nueve años ahora me doy cuenta de lo poderosa que es la memoria, me recuerda tanto a papá que parece que lo huelo, que huelo su ropa, su presencia... el café de por la mañana, la chimenea en noviembre...

—En Sonora las cosas cambian poco, hermano. Pero cuéntanos tú de Madrid, Irene Encinasola me ha dicho en el Limón que te dé las gracias por lo bien que tratas a su hermana.

—Te habrás enterado de que María del Eco está en mi casa.

—Sí... ¿Cómo se presentó? Siempre dije que es un poco tontina.

—Huía... —respondió Rafael.

—Huía del zorro —dijo Miguel Ángel.

—No me gusta ese tío medio portugués... Es un lenguarón. Un fanfarrón sin futuro, sin oficio y sin beneficio, con ese coche ridículo y esas dotes de acaparador de chulerías.

—¿De quién habláis? —preguntó Leonardo cerrando las ranuras de los ojos como lo hacía su padre.

—De Martín... De Martín Martín Martín... De ese muerto de hambre. Lo hemos encontrado al mediodía ahí donde la chopera —respondió Miguel Ángel, sin dar importancia a su comentario, a pesar de que cada una de aquellas palabras, al cruzar el cuello por donde tenía clavada la espina de anguila, le provocaba dolor.

—¡El tal Martín! —repitió Leonardo en tono incrédulo—. Sí que es una sorpresa, ese tipo aparece siempre en momentos como este... entierros, bodas, nacimientos, es como si tuviera una lista secreta, el muy cabrón. ¿Y lo habéis encontrado en la chopera?

—Esperaba reunirse con María del Eco —sentenció Rafael mientras

servía una palomita para cada uno—. Ya le he dicho que está en Madrid, no me importa que lo sepa, pero si María del Eco no desea verle no le verá jamás, de eso me encargaré personalmente.

—Así que ese era el zorro. Bueno, pues se escapó la gallinita.

—Buscará más gallinas —dijo Miguel Ángel.

—Eh... Hermanos... Brindemos en paz, por nuestro padre, y por nuestra hermana Faustina... Y no os preocupéis de zorros y de gallinas, nosotros ya hemos comido. No se puede bizquear como ese Pelovaca y su mujer Beatriz, o como ese legionario o lo que sea el tal raposo, tampoco es lícito mirar con ojos de camaleón: un ojo fisgando al futuro y otro al pasado. Hay que mirar con los dos ojos al frente, donde espera lo que ha de venir.

Leonardo atendía sin pestañear y escuchaba al pequeño de los Saldaña; a su lado, Miguel Ángel asentía con gravedad. Estaban orgullosos de él, su padre también lo habría estado. Así que Leonardo subió a la habitación y tomó el reloj del ferrocarril, lo suspendió un instante en el centro de la mesa y después se lo dio a Rafael.

—Hemos pensado que tuyo debe ser. Tú lo llevarás con más dignidad que cualquiera de nosotros.

—No... —dijo Rafael al tiempo que tomaba la cadena del reloj que siempre había ansiado, desde su infancia, aquel reloj de cien años que un día su padre, en una tarde oscura y lluviosa, regaló al médico Galves en Moura Branca, el día que él nació.

—Por favor... cógelo, Rafael, ya lo habíamos hablado.

—Precisamente nos lo vendió el tal Martín por cien duros, es la segunda vez que lo comento hoy... —explicó Rafael mientras admiraba el reloj—. Pero cada vez que lo veo me da la impresión de que fue mío todo el tiempo, desde antes de nacer, algo me lo dice.

Aquella mañana de abril de 1976 Irene Encinasola se levantó muy temprano. Cruzó los frescos salones de la casa de su marido, en Aracena, y se acercó a la balconada hexagonal desde la que podían divisarse los horizontes cebolleros y las nubes matutinas. Encendió un cigarrillo y por un momento se miró en el cristal de la ventana. Tenía el pelo revuelto, sus enormes ojos verdes le caían hasta los medios de la cara y se hacían más grandes aún. Sólo faltaban semanas para que cumpliera treinta y seis años, y llevaba quince de casada, su hijo Benito, El Caganidos, estudiaba también en un internado de Sevilla, en el mismo que Rosarinho, pero era su hija Irene la que ocupaba el lugar más apaciguado de su corazón, en la que había volcado toda su madreada.

Lentamente, el sol fue atravesando el poliédrico ventanal; la parte de arriba estaba decorada con triángulos de vidrio anaranjado, y los rayos formaban haces tan rectilíneos y coloridos que al estallar en las losetas rebotaban y llenaban cada rincón de transparencia de fuego. A pesar de la luz, Irene sentía frío en sus manos. Llevaba puesto un salto de cama rosa, entonces se acurrucó entre sus propios brazos y así la encontró su suegra, la madre de Hardy. No dijo ni una palabra, pero Irene notó su presencia, siempre la notaba, no había un lugar sereno, ni siquiera los más recónditos de una casa, donde no se hallase un hálito de esa mujer, una prolongación casi paranormal de sus extremidades, de su cuerpo por completo y de su mismísima alma. Irene se dio la vuelta, despacio, y la miró. Su suegra vestía rigurosamente de negro, pero muy atildada: toda ella una señora en permanente pose de fotografía tanto de boda como de velorio, su altura y su aspecto lombrigón la hacían más severa, su mentón era agargolado, como el de un faraón, y sus buenos modales más que pulidos resultaban lacerantes, tanto que podían lastimar como las palabras más soeces y los puñetazos más

certeros en boca y cara de doncella. Traía, aparentemente asida con delicadeza, una botella vacía de ginebra. La tenía entre sus manos pero la apartaba de su cuerpo como si le diera asco que parte del olor aquel pudiera desenroscarse por el interior de sus narices y aturdirle el cerebro.

Abrió cuanto pudo los ojos y se quedó mirando a Irene como quien espera respuestas a evidencias silenciosas.

—¿Qué quiere usted? —Irene dio unos pasos hacia su suegra, sin dejar de mirarla, aplastó el cigarrillo en un cenicero y exhaló con parsimonia la última bocanada de humo.

—Esta botella tenía ayer por la tarde más de la mitad.

—No me gusta que hurgue en mi alcoba. Se lo dije el primer día que vine aquí y se lo he repetido más de mil veces.

—Yo en mi casa hurgo donde me da la gana... Y quiero que sepas que si hablo contigo es por tu bien, y sobre todo por el bien de los míos, de mi hijo y de mis nietos. No se merecen una madre ni una mujer como tú.

—¿Ah, no? Quizá se merecen una mujer como usted... Sería y distinguida, ávida de reconocimiento en este pueblo de mirones, poseedora de tres camafeos y de una especial habilidad para convertir en marianos a los hombres.

—No me gusta que hables así bajo este techo. Yo soy la dueña de esta casa y tú sólo vives aquí, quién sabe si de paso como lechuza que busca aceite.

—¿Sabe qué le digo? Que una mujer que no tiene marido está bien que se tire a la bebida mejor que al rosario.

—¡Tú tienes un marido! ¡Es mi hijo!

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está ahora su hijito?

—Sabes perfectamente que ha ido a Sevilla a recoger al niño, ya que tú no quieres debe hacerlo él, ¿no te parece? Demasiado hace con el trabajo que tiene encima. A ver si te crees que nos regalan el dinero, aquí todos trabajamos... excepto tú... Maldita la hora que engatusaste a mi hijo. Ya habla de ti toda la gente de Aracena, empezaron murmurando los socios del Casino de Vidrieras, donde, ¡Jesús mío!, tan respetados fuimos siempre, después los hombres que nunca van, ahora hablan hasta las mujeres.

—Las mujeres decentes como usted, querrá decir...

—Sí... ¡Decentes! En esta casa todos hemos sido siempre decentes y hemos doblado todas las esquinas con la cabeza bien alta, no como vosotros.

—Eh... ¿cómo que *como vosotros*? De qué habla...

—De vosotros... de los Encinasola, no tienes más que volver la cabeza y ver de dónde vienes y dónde estás. Tu padre se arrancó la cabeza de un tiro, tus hermanas se tiran a la vida regalada, que nada bueno trae, y tú vienes aquí, te recogemos con cariño y nos devuelves mentiras y nos pones en boca de lo peor de la gente... Y ahora esto... Te conviertes en una borracha y ni siquiera miras por tus hijos ni los educas.

—Ya... Para eso están ustedes, ¿verdad?

—Afortunadamente, y con la gracia de nuestro Señor.

—Métase su Señor donde le quepa, señora, ya me tiene usted harta, y también ese imbécil de su hijo, y deje de manosear esa botella que me pone nerviosa.

—No... Irene... no, esta botella la voy a guardar con las otras, ¿qué te crees? He ido recogiendo todas las que te has bebido en las últimas semanas... y las tengo guardadas por si hacen falta para el día de mañana.

—¿Es que piensa criar pepinillos dentro, o los gusanos que han de comérsela un día?

—No... Esas botellas serán una prueba concluyente para quitarte la custodia de tus hijos, no los mereces.

—¿Qué ha dicho?

Irene Encinasola centró sus pupilas en el medio de los ojos. El color verde de sus iris se hizo más intenso, el pelo se le electrizó y se le levantó uno a uno hasta darle la apariencia de una poseída por la locura. Su suegra la miraba impertérrita, tal vez asustada. Pero Irene le arrebató la botella de ginebra con un grito emitido por algún órgano más hueco y estridente que la laringe, y la arrojó con inusitada violencia contra el ventanal. La madre de Hardy no movió ni una pestaña. Los fragmentos de cristal se suspendieron en el salón, blancos, rojos, verdes y amarillos, las espigas de luz se desparramaron definitivamente por el suelo y las paredes, como un arcoíris descompuesto. Después se acercó a su suegra, encendió un nuevo cigarrillo y la miró con descaro.

—Me alegro de que hayas hecho esto... Esa vidriera tenía más de cien años, ha pertenecido siempre a esta familia y sobrevivió más de una guerra y al menos dos terremotos... Pero me alegro, porque con esta acción tan impune se acaba de caer el poco pellejo de oveja que te quedaba, ahora sólo se puede ver en ti la loba que eres, ya no puedes ocultarte.

—¿Usted cree que he terminado? No, señora, no he terminado, este es el primer disparo. Porque usted me va a decir ahora mismo dónde guarda esas

botellas vacías.

—Estás loca.

—No, la loca es usted, señora, y me lo va a decir ahora mismo porque si no seré yo quien le diga a toda Aracena en qué lugar de Sevilla han pasado su marido y el mío esta noche.

La madre de Hardy se echó las manos a la cara.

—Me lo va a decir, ¿verdad?

—En el alpende... —lo confesó con lentitud, como un murmullo, sus ojos se quedaron secos mirando algún lugar del suelo lleno de cristalitos. Lo que acababa de oír le había atravesado el cuerpo igual que el sol atravesaba la ventana, sin oposición ni sombras. La señora Hardy lo sabía desde hacía muchos años, desde siempre, pero el arte de no saber lo que se manifiesta con tanta transparencia se había desprendido de sus recursos cual se desprenden de sus velos las bailarinas hasta la desnudez total. Se sentía vencida, pero dentro de sus venas un impulso recién creado la levantó de aquella silla—. ¿Qué vas a hacer, Irene?

—Puede estar tranquila... Su marido y el mío no valen lo que cinco duros ni pesados juntos.

—Vete de esta casa.

Irene abandonó el salón, se vistió con rapidez, ni siquiera se alisó el cabello, pasó a la habitación de su hija y la abrazó.

—¿Qué ocurre, mamá? He oído mucho ruido...

La besó en la frente y después le posó la cabeza en su regazo.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué pasa?

—Tú me quieres, ¿verdad, hija?

—Más que a nadie, mamá...

—Y confías en mí, ¿verdad?

Irenita dijo que sí con la cabeza y estaba punto de sollozar abrazada a la cintura de su madre. Irene volvió a besar a su hija y le acarició el pelo.

—Tú vendrás conmigo, cariño, vamos a hacer un viaje: me lo han cantado las cartas.

—¿Un viaje?

—Sí... Muy pronto, pero es un secreto de madre y de hija.

Lo que ocurrió un cuarto de hora más tarde desbordó el ámbito local de Aracena y se dispersó de boca en boca por toda la comarca, fue brizna llevada por el viento, superó el límite con la provincia de Badajoz, se

comentó la noticia en Zafra, en Fregenal y en La Higuera, y llegaron rumores a Sonora, y en cincuenta kilómetros a la redonda nadie dejó de saber que Irene Encinasola, la hija de Raimundo el que se mató, había sido detenida e internada por orden judicial en el Sanatorio Psiquiátrico de Santa Olalla del Cala.

Fueron diecisiete las botellas vacías de ginebra que arrojó contra las vidrieras del casino, y aún le quedaban algunas, pero suerte que le bajaron el brazo el cansancio, el llanto y la fatiga de sentirse como se sentía. Uno de los símbolos del pueblo había sido destruido para siempre, nunca más el sol pudo disfrutar de tanto coloramiento como le daban aquellos vidrios, nunca más hubo festín de luz dentro de aquel casino propiedad de la familia. La separación de Irene Encinasola y de *Mistijardy* se solventó de manera inmediata y fue bien acogida por todos.

Dos meses más tarde, a mediados de junio, como era domingo, Irene recibió la visita de su marido y de sus hijos. Hardy no le dirigió la palabra, se limitó a hablar con los doctores en un despacho, pero ella salió con los niños a pasear. Estaba más delgada y las ojeras se le habían secado casi en su totalidad, pero continuaba siendo una mujer hermosa, y esa mañana se cepilló concienzudamente el pelo y se encontraba tan radiante como el día. En todo ese tiempo, sólo ligeros paseos matinales, duchas frías, montones de pastillas y horribles bichos habían sido su consuelo y compañía, suerte que por las noches, sentada enfrente de la ventana de su habitación, se tiraba las cartas que heredó de su madre, una y otra vez, cientos de veces, y aquello le permitía seguir viviendo, arrinconarse en un mundo enigmático pero ideal. Las alucinaciones y los temblores, las caídas desconsoladas de labios y de ojos ya no se sucedían. A nadie prometió dejar de beber, simplemente no lo hacía. Era una mujer inteligente y sabía que ahora era el momento de desenvainar la espada que había forjado durante estos años.

Cuando volvían a la puerta del sanatorio un médico les esperaba, papeles y gafas en mano, sonriente y magnánimo como el carcelero que puede a voluntad desplazar o no la barra del cerrojo.

—Tengo buenas noticias para usted, Irene...

Ella no dijo ni una palabra, ni siquiera un gesto pudo transmitir lo que ella pensaba en ese momento, así que Hardy, que estaba unos metros detrás del médico, se acercó y con voz temperada y más grave de lo habitual intentó cortar la solidez de aquel silencio.

—Hoy es tu último día en el sanatorio... El doctor piensa que estás rehabilitada, así que puedes abandonar este lugar. De ello nos alegramos todos, los niños y todos nosotros, quiero que lo creas.

Irene se separó y miró al cielo, dio casi una vuelta completa para llenarse los ojos de luz, entonces apareció una sonrisa en su cara, se agachó alrededor de sus hijos y los besó.

—Deberá seguir con las pastillas, es importante —le advirtió el médico.

—Hoy no quiero irme... He de preparar algunas cosas, mañana por la mañana abandonaré su sanatorio... Espero que no haya ningún inconveniente.

El médico miró a Hardy encogiéndose de hombros.

—Irene: mañana, a las diez en punto, mandaré un coche a recogerte. No hay ningún inconveniente. Ahora debemos irnos.

Dijo que sí con la cabeza, volvió a besar a sus hijos y con paso lento y sin mirar a nadie entró en el edificio. Pero Irenita corrió tras ella y se abrazó a su cuello.

—Mañana estaremos juntas —le susurró al oído.

—Sólo será esta noche, cariño... ¿Quieres que te diga por qué quiero quedarme esta noche?

Su hija parpadeó para decir que sí.

—Habrà luna llena, no te olvides de mirar por la ventana, pero no más de un cuarto de hora. Y la luna llena estará en la constelación de Sagitario.

—¿Y qué quiere decir eso, mamá?

—Que el tiempo se pondrá nublado, impropio para estas fechas.

—¿Y vas a echar las cartas esta noche?

—Exacto, las cartas de tu abuela Alma Cándida.

Dos días más tarde partieron Irene Encinasola y su hija a Sonora. Pensaban pasar allí el verano. Se había decidido que abandonaría el hogar conyugal, que recibiría una holgada paga mensual y que podía encargarse de la educación de su hija, ya que era esto lo que la niña abiertamente prefería y *Mistijardy* estaba de acuerdo. Ambos padres tendrían derecho a ver al hijo que custodiaba el otro cada vez que desearan hacerlo, y se había estimado Madrid como destino final de la madre y la hija... pero era aquí, en Sonora, donde estaban ahora, recién llegadas, felices y serenas. Beatriz y su marido Antonio Rodríguez El Pelovaca las esperaban a la puerta de la casa familiar. El encuentro entre las dos hermanas fue tan poco emotivo como las dos

sabían de antemano, se limitaron a darse un beso y un discreto abrazo.

—Estas son las llaves de la casa —le dijo su hermana.

—¿Es que no sabes abrir tú?

—No entro desde que enterraron a papá.

—¿Tienes miedo?

—No, no es miedo lo que tengo, Irene, es otra cosa...

—Entiendo.

—Queríamos que fuerais a casa a comer, así lo habíamos pensado, pero mi madre se ha puesto mala, ya es muy mayor, y no queremos que se canse... Ahora bien, si necesitáis algo, cualquier cosa, nada más tenéis que decirlo —aseguró El Pelovaca mientras acariciaba la mejilla de la niña y levantaba los ojos al cielo como buscando imaginarios pájaros, o desatendiendo a sus propias palabras.

—Comprendo... —le dijo su cuñada—. No necesitamos nada, pero lo tendremos en cuenta, además hemos tomado algo ahí en Zafra, lo que queremos las dos es descansar, pasear, oler la yerba, ver el cielo... Estar tranquilas, a eso hemos venido, no a molestaros.

—¿Cómo puedes decir que nos molestas, por favor, Irene? —le suplicó su cuñado.

—Digo lo que me da la gana. —Irene sacó un frasquito de su bolso y lo asió con dos dedos—. Estoy tomando estas pastillas, ya sé que lo sabéis todo, y también sé que fuisteis a verme y que no os dejaron pasar... y las pastillas tienen efectos secundarios, podéis preguntar al médico, o a Hardy.

—Hermana: haz lo que quieras, nosotros vivimos tranquilos y vamos con la cabeza muy alta, y te lo digo delante de la niña: no deshonres más el nombre de nuestro padre.

—¿El nombre de nuestro padre? Vaya, Beatriz, quién lo hubiera pensado: me recuerdas hablando a la madre de Hardy. —Irene no evitó una sonora carcajada—. Pero voy a decírtelo con la voz bien clara: el nombre de nuestro padre se lo arrancó de la cara un disparo, hermana mía, anda vete a tu casa, con tu marido y con los escasos privilegios de nuestro apellido.

—Palabras y actitudes como la de María del Eco y ahora como las tuyas fueron las que apretaron el gatillo de la escopeta, Irene.

Beatriz no dijo nada más porque se dio la vuelta. Su marido permaneció mirando a Irene unos segundos, su portentosa mirada oblicua, la menos enamoradiza de Sonora, consiguió por fin clavarse en las córneas de su cuñada como si por una vez en la vida no tuviera ojos sino garrillas de

milano.

—¿Qué coño quieres tú? Anda, corre tras tu mujer.

—¿Cómo has podido hablar así a tu hermana?

—Ya has oído lo de los efectos secundarios, así que anda, que ya tuerce la esquina, no vayan a quitártela.

—Nunca pensé que fueras tan odiosa, Irene Encinasola.

Su hija le asió una mano. Ella no le dijo nada, más bien se quedó mirando los treinta y dos horizontes que se podían abarcar por encima de los tejados. En realidad, jamás le pareció a Irene Encinasola tan grande aquel pueblo llamado Sonora. Ni siquiera miró a la puerta de su casa. Le acarició el pelo a su hija y sin decirle nada se encaminó con ella al cementerio. Cuando pasaron cerca de las tuneras del este una bandada de pájaros se levantó con gran algarabía.

—Son verdones, hija.

—¿Cómo lo sabes, mamá?

—Aquí en Sonora sabemos de estas cosas, ten en cuenta que este es un pueblo de pájaros y liebres.

Irene abrió sus brazos y como otras veces quiso abarcar con ellos no sólo el aroma a frutilla de las tuneras, sino todo, cada escenario de su pasado, su infancia y sus sueños, quiso abarcar aquel circo de los Irmãos Costa, aquel carromato azul y quién sabe si el encuentro con Leonardo, el verdadero padre de su hija, aquella media tarde, escondidos los dos en el seno de un macizo de margaritas nuevas.

—Nos iremos a Madrid.

Irenita la miró sonriendo, como si hubiera recibido un regalo por un lado inesperado y por otro deseado desde hacía tiempo.

—¿A Madrid? ¿Con las tías?

—Sí... Pero viviremos nosotras solas. Tú irás a un buen colegio, tendrás nuevos amigos... una vida nueva. Es lo mejor que puedo ofrecerte, hija, sacarte de ese pueblo, de esa familia de cadáveres, chacineros y mentirosos.

—Me alegro, mamá...

Irene se agachó y besó a su hija. Después le sonrió y clavó en ella sus enormes ojos.

—¿Sabes que eres mi hija favorita?

—¿Es que tienes otra, mamá?

—No... no... hija, no, únicamente a tu hermano Benito... Aunque la

hija de mi hermana, que vive en Madrid, y que se llama igual que tú, también tiene una edad parecida, en realidad nacisteis el mismo día, creo recordar.

—¿Tú la conoces, mamá?

—No. Sólo he visto una fotografía que me enseñó mi hermana cuando el entierro del abuelo Raimundo.

—¿Cómo es la prima Irene?

—Exactamente igual que tú, tiene tu misma cara, misma estatura, mismos ojos, al menos eso dicen mis hermanas y eso retrata la fotografía. Pero tú eres mi hija y ella no, eso os hará diferentes siempre... Quiero que escuches con atención lo que voy a decirte, quiero que no se te olviden estas palabras. —Irene miró fijamente a su hija, quiso penetrar a través de las cuencas en su interior. Quería decirle algo inevitable, oscuro, difícil de comprender para una niña de sólo nueve años—: vas a llegar a conocerla, pero no quiero que te hagas amiga de ella... No será bueno para ti... Me lo han cantado las cartas...

—¿La noche de la luna llena en Sagitario?

—Sí.

—Te quiero, mamá.

—Yo también a ti, cariño.

Siguieron caminando hasta encontrarse paradas en la cancela del cementerio.

—¿Entramos, mamá?

—¿Quieres?

—No sé... pero me gustan los cementerios, parecen lugares distintos, además están enterrados los abuelos.

Irene abrió la cancela y pasó con su hija, se quedaron mirando los cipreses y algunas urraquillas que revoloteaban cerca, las tumbas no permanecían silenciosas, porque el viento delgado como papel de fumar, el que siempre corre por la tierra y desconchona la cal de los calavernarios, se devanaba en ellas, las surcaba y silbaba al doblar las esquinas de las losas. Más que un aullido era como un siseo, como correrías de ratones y animalillos sin nombre, sombras intangibles a las que sólo le quedan un hilillo de voz o susurro.

Se pararon ante la tumba de Alma Cándida y de Raimundo. Estaba especialmente limpia, no tenía ni hojas muertas alrededor, ni cagadas de pájaros en la losa, ni cochinillas secas.

La niña leyó en voz alta los nombres de sus abuelos.

—Alma Cándida, 1959. Raimundo Encinasola, 1975. Me hubiera gustado conocer a mi abuela Alma Cándida...

—A ella le hubiera gustado conocerte a ti, estoy segura.

—¿Era guapa?

—La más guapa.

Irenita se apartó de su madre, abrió los brazos y giró. Se sentía una niña feliz y curiosa en un lugar como este, miraba y remiraba las tumbas, leía y releía los nombres de los muertos hasta que llegó a la tumba de Fausto Saldaña. Un jovencito estaba arrodillado delante de ella, acababa de dejar un ramo de flores azulonas encima de la losa y pareció no apercibirse de la presencia de la niña. Era Rosarinho Saldaña.

—¿Estás rezando?

Rosarinho no miró atrás, a pesar de que no esperaba a nadie, tampoco pareció importarle que otra persona, al igual que él, se acercara un día como hoy al cementerio. La niña permaneció en silencio y sólo cuando él terminó sus oraciones se levantó y la miró.

—Me llamo Irene.

—Y yo Rosarinho Saldaña...

—Saldaña... me suena ese nombre, eres de Sonora, ¿no?

—Saldaña y Sonora van tan unidos que se puede decir que son la misma cosa... En realidad todo esto es de los Saldaña. Y yo también soy un Saldaña.

Irene se acercó. Se quedó mirando al joven que hablaba con su hija y le reconoció.

—Vaya... tú eres el hijo de Leonardo...

—Sí señora... Soy Rosarinho Saldaña... Y usted es la madre de mi amigo Benito.

Tal como cantaron las cartas bajo la luna llena de Sagitario, las jornadas que se sucedieron fueron de cielos nublados. Habían pasado ya tres de esos días, con sus noches, y todavía no se había encontrado Irene Encinasola con Leonardo Saldaña. Sucedió a la una de la tarde, el sol había logrado romper las nubes grises y naranjas como lomos de ginebra que rodeaban a los cerros, y caía con toda su intensidad en Sonora. Irene y su hija estaban a la puerta de la iglesia. Rosarinho Saldaña abrió aquella puerta y se topó con ellas, su aspecto cándido, sus ojos almendrados y esa cara de olivita le daban el aire del serafín que mora permanentemente en las sacristías y que no comete pecados y apenas hace ruido ni produce sombra cuando camina.

—Rosarinho... —dijo Irenita.

—Hola...

—¿Es que vienes de oír misa?

—No... no hay misa ahora, es que don Miguel me da lecciones bíblicas.

—¿Lecciones bíblicas? —se preguntó incrédula Irenita.

—¿Está dentro don Miguel? —quiso saber Irene.

—Sí... Ahora mismo saldrá, en cuanto den la campanada de la una, seguramente irá a tomarse su medio vasito al bar de Limón.

—Vaya... —dijo Irene—. ¿Es que no os apetece un refresco a vosotros? A mí sí que me apetece.

—Sí, mamá, y Rosarinho viene con nosotros.

Aún no habían entrado al bar cuando Leonardo apareció. Su hijo intentó en vano presentarle a sus nuevas amigas, pero una caricia en el pelo y una sonrisa de su padre fueron suficientes para asegurarle que ya se conocían, así que Rosarinho entró al bar seguido de Irenita, y ellos se quedaron solos, a un metro de la puerta, debajo de aquel sol atolondrado. Dieron la campanada de la una.

—Hace tres días que estamos aquí.

—Lo he oído.

—He de pedirte un favor.

—Los Encinasola siempre nos piden favores a los Saldaña. Di lo que tengas que decir, pide lo que tengas que pedir, pero será mejor que pasemos, don Miguel está saliendo de la iglesia, sólo me hacía falta que nos viera juntos, después de los rumores que han llegado de Aracena.

—Siempre atento a los rumores... —Irene pasó al bar, le miró muy de cerca, como sólo ella sabía mirar a Leonardo Saldaña; por un instante se quedó parada debajo del dintel, y volvió la mirada hacia los niños—. Qué buena parejita hacen...

—Y tú siempre buscando novios.

Irene giró la cabeza un momento y le sonrió con fingida indiferencia; a Leonardo le brillaban los ojos, pero ya no era tan fácil ponerle nervioso.

—Sí, una buena parejita. Es una pena que sean hermanos.

No quiso creerlo. Cierto es que aquella afirmación tan rotunda y tan poco esquiva entró por sus oídos y quedó archivada, naturalmente, pero él no quería creer nada, la vida le había ido acostumbrando a ser él mismo, a sentirse fuerte y honrado, a dedicarse a sus asuntos y a su hijo. Así que también entró al bar, con paso decidido. Saludó y pidió una cerveza con un gesto. Irene estaba con los niños donde la mesa de billar. Don Miguel le puso una mano en el hombro.

—Leonardo, he de hablar contigo.

—Usted dirá, don Miguel.

—El bar no es el lugar más apropiado para hablar del futuro del niño.

—¿Es que Rosarinho no está bien?

—Quita, quita... que mejor no puede estar... Es que ese niño es listo, y tiene las pastas duras como las enciclopedias del siglo diecinueve, y no flexibles como las tienen las revistas y esas porquerías. Y llena de iluminaciones, como las biblias antiguas y los rezarios. Si sigue así, y si así me dejas, llegará a ser una eminencia, Leonardo, se le queda todo en esa cabeza picuda que Dios le ha dado. Cómo me recuerda a tu difunto padre, a don Fausto, que en gloria esté...

Mientras Limón servía el medio vasito a don Miguel, este se apercibió de la presencia de Irene, de su hija y de Rosarinho. Irene se les acercó y saludó al cura.

—No está bien que los niños jueguen al billar —fue la respuesta al

saludo.

—No se ponga canónigo, don Miguel, que estamos de paso... —le advirtió Irene haciéndose hueco entre los dos.

—Bueno, pues lo dicho, dicho está, Leonardo. Por cierto, hoy almuerzo en tu casa.

—Ha olido usted las liebres, don Miguel.

—Claro... —dijo el cura—. Lo sé desde antier, tu hermano llevaba a la cintura dos lebratos que Dios ha criado, y como él sabe que esa carne es delicada y de mi gusto y complacencia me prometió que el día de hoy las cocinaría... con zanahorias, romero y mucho ajo.

—Hace tiempo que no degusto una presa de liebre... Y tiene usted razón, don Miguel, es carne delicada, es carne que se recuerda en la memoria de la lengua.

—Así es, hija, así es... Pero —el cura miró a Leonardo— dos liebres gordas que no estén muy perdigonadas dan carne para unos pocos.

Miguel Ángel no pareció sorprendido por la visita de tanto comensal. Más bien se sintió complacido. Hacía muchos años que no se reunían más de tres personas a comer en la casa de los Saldaña. El estofado de liebre era maravilloso, la guarnición fantástica; olía a dulce aroma de vinillo blanco, a piñones marmitados, a hígados pasados por varas de romero y a muslitos tiernos, las zanahorias parecían joyas talladas alrededor de las presas, las patatas guijarros amarillos en las orillas de un río de salsa viscosa con vinagre y caramelo, el humillo que se levantaba de la carne era espeso y de tono rojizo, parecido al que sueltan los pétalos de rosas al amanecer.

El cura bendijo la mesa, primero en latín y después en español, y fue el primero en llenar su plato y en probarlo.

—Se puede comer, Miguel Ángel... —le dijo—. ¡Qué bien te enseñó tu padre!

—¿Don Fausto te enseñó a cocinar la liebre? —le preguntó Irene—. Creí que esta receta era Encinasola, exactamente así la preparaba mi madre.

—Hija, hija... —intervino don Miguel—. Que las liebres de Sonora son las liebres de Sonora... *Lepus sonorae*. Una especie a extinguir. Comamos en paz y respetemos el manjar, que antes corría por los campos y ahora lo hará por nuestras venas.

—Y nuestras arterias —replicó Rosarinho.

—Así es, Rosarinho, por nuestras venas y arterias, por nuestros órganos

y puede que hasta por nuestras conciencias... Por cierto, ¿tiene alguien predilección por los higaditos de liebre?

—Yo... —dijo Irene.

—Siempre la mujer se lleva el mejor bocado —replicó Leonardo—. Debe de ser cosa de la Biblia, don Miguel...

—Hijos, hijos, si hay dos lebratos, pues habrá dos liebres, digo yo. A ver, Miguel Ángel, ¿encontraste un hígado en cada una?

Miguel Ángel se sonrió cuanto pudo y dijo que sí.

—¿Y cocinaste los dos hígados?

—Sí, don Miguel... Y ahí están los dos.

—Entonces... —Don Miguel cogió una rebanada de pan, puso un hígado encima y lo cortó por la mitad, y le entregó una mitad a Irene y otra a Leonardo.

—Eso es como hacer un sacramento, don Miguel —le dijo Rosarinho.

—Es un sacramento, hijo mío, comer es tan sagrado como rezar, y compartir la oración y el hígado de una liebre nos hará mejores a todos.

A la hora del café sólo se quedaron alrededor de la mesa los mayores. Rosarinho e Irenita salieron a destrampar. La orilla del río que pasa por detrás del cementerio, según se pierde para los encinales, está llena de trampas pajarilleras. Rosarinho Saldaña lo sabía bien, y consideraba un deber y una obligación rescatar de los alambres y los muelles a los infelices animales. Llevaba al hombro una bolsita de tela, y dentro unas cajetillas de tabaco vacías, un reloj, un lápiz muy afilado, una goma de borrar y un cuadernillo de notas. Con cuidado, tristeza y habilidad, Rosarinho Saldaña encontró las trampas, las abrió y rescató los cadaveritos de tres jilgueros.

—Estos jilgueros no son pasones —le dijo a Irenita.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que son jilgueros que viven aquí casi todo el año, que no pasan en noviembre para África, que no emigran... Son como de Sonora, han nacido aquí y aquí han sido ejecutados.

—Pobrecillos. —Irenita miró a Rosarinho con toda la curiosidad que fue capaz de encontrar dentro de su cuerpecito.

El niño sacó la libreta y apuntó con minuciosidad los detalles de los pajarillos, incluidas la fecha y la hora: si eran hembras o machos, jóvenes o viejos... miraba atento si tenían el pico gastado o no, después los abría con cuidado y observaba el interior de las boquillas... tocaba las patas para comprobar si alguna estaba rota, les alisaba las plumas y les besaba la

cabeza... sólo después envolvió los cuerpos en celofán y los metió uno por uno en las cajetillas vacías de tabaco, a modo de ataúd. Finalmente les pegó con cuidado un trozo de adhesivo y los levantó al cielo.

—¿Para qué haces eso?

—Para enseñarles el camino que deben seguir, el del cielo...

—¿Eso te lo enseña don Miguel en las lecciones bíblicas?

Rosarinho la miró. Después se apartó unos metros y detrás de unas adelfas le enseñó a Irenita el cementerio de pajarillos. Hasta quince montoncitos se alineaban con pulcritud en aquel claro de tierra sagrada para las aves. Cada tumbita tenía una diminuta cruz.

—Son los nietos del taxista.

—¿Los dueños de las trampas?

—Sí, y sus primos... Se tiran todo al año poniendo trampas, pero yo cuando puedo se las levanto, es difícil encontrar uno vivo, pero una vez me pasó... era un jilguero, como estos, tenía una pata rota, así que en mi casa se la arreglé con un palillo escarbadietas, le fabriqué una patita de palo.

—¿Y vivió?

—Tres días. Es ese de ahí, el de la segunda tumba.

Hasta bien entrada la tarde estuvieron los niños por los encinales, se hubieran bajado a la vaguada a ver madrigueras si no es porque se desató un aguacero de verano. Ya volvían al pueblo cuando se encontraron a sus padres. Leonardo e Irene habían salido juntos, con el frágil pretexto de buscar a los niños, cada uno llevaba su cigarrillo y pensamientos encendidos, y a pesar de que era junio el aire no estaba caliente, sino enloquecido.

—¿Puedes repetirme lo de antes?

—Sí, sí, puedo, Leonardo. Irene es hija tuya.

—¿Por lo de aquella vez?

—Y por lo de la otra. Fueron dos veces, Leonardo. Sólo tienes que echar las cuentas. ¿No has oído hablar de cuánto se parece a la Irenita de Madrid, a la hija de tu hermano y de mi hermana, tú que oyes de todo, que posees oídos de cacique como tu padre?

—Vaya, siempre ha sido así entre Saldañas y Encinasolas. ¿Lo sabe Hardy?

—Creo que sí... Es un imbécil y un papamoscas, pero esto no se le ha pasado. Sus ojos son para Benito. A la niña la tiene abandonada, no sólo él, sino también su madre, su padre y hasta los muebles. Ya no pude más, ese ha

sido el motivo de mi separación.

—No te creo, Irene, siento decírtelo pero no te creo... Tú estás loca, lo sabemos todos, estás loca desde chica, has estado en esa morana de Santa Olalla, te liaste a ladrillazos con el casino, bebías botellas de ginebra, fumas como una cualquiera...

Irene abofeteó a Leonardo.

—No estoy pidiendo que reconozcas a tu hija, sólo pido que me respetes, Leonardo Saldaña. Había pensado pasar el verano aquí en Sonora, pero después de lo que he oído nos iremos mañana mismo a Madrid.

—¿A Madrid?

—¡A Madrid!

—¿Es que vais a fundar Sonora la Nueva?

—Voy a ir a mi propia casa.

—¿A tu propia casa?

—La compraré. Y mi hija tendrá la mejor educación, y será una mujer de su tiempo, con sus estudios y con una vida como Dios manda.

A cincuenta metros divisaron a los niños. Venían cogidos de la mano. Los dos se callaron y sólo contemplaron cómo se acercaban.

—Mamá... —dijo jubilosa la niña—, Rosarinho y yo nos hemos hecho novios.

Varias circunstancias impidieron que Irene y su hija partieran al día siguiente a la capital. La más significativa, también la más impropia, fue que a Santiago el Fatiga se le había vuelto a estropear el coche, lo cual ya era bastante corriente. Juraba que en unas horas estaría arreglado y llegarían *en lo que tarda en persignarse don Miguel* a Zafra, donde debían coger el tren. Pero no fue así. Este motivo propició que Leonardo e Irene volvieran a verse. En la vieja cama donde una vez su padre hizo el amor a Alma Cándida, mientras atravesaban las paredes los sones del circo Dos Irmãos Costa, llegaron a estar acostados. Era media tarde, la niña no estaba, que había ido con Rosarinho a destrampar por el río. Con el pretexto de buscar a su hijo se presentó Leonardo, y con el pretexto del sofoco y del cansancio le recibió Irene Encinasola tumbada en la cama, solo con bragas y sujetador. Leonardo empujó la puerta de la casa que le vendieron a Raimundo, dio una voz preguntando por su hijo pero no oyó más que la respuesta de Irene, una llamada turbia, apagada para el resto de los oídos del mundo, pero encendida como una tea crepitante para los suyos.

—Sube, Saldaña, que está aquí...

Leonardo cruzó la parte inferior de la casa, y se topó con los retratos de Raimundo y de Alma Cándida. La mujer, que tan reconocida querida de su padre fue, estaba sonriente, muy guapa, con ojos como uvas y un gesto en los labios parecido a una sonrisa; el retrato de Raimundo, en cambio, le dotaba de facciones tal vez más rudimentarias que las que tuvo en vida: llevaba puesta una mascota, una corbata negra y peinado el bigote, y los ojos no le brillaban, tal vez por la ceguera de catorce años, casi no se veía más que una mancha marrón, que ni siquiera era redonda, y en medio de cada córnea. Leonardo se quedó mirando. Aquel fotorretrato de Raimundo se le antojaba como una valla, como un precipicio que había que saltar con decisión si se quería llegar con ligereza al otro lado o por el contrario dar la vuelta a todo el valle. Era esa hora de la tarde en que el silencio lo acapara todo. Los insectos dejan sus actividades, incluidas las moscas, los muebles no crujen y no se oyen ni los pasos, sólo las respiraciones de los que duermen y los que vagan. Sin embargo, el susurro de Irene Encinasola bajó cada uno de aquellos escalones que le separaban de los oídos de Leonardo, subió por sus pantalones, por sus costados, y después se introdujo por sus orejas, como un fluido viscoso que lo fue rellenando por completo como se rellena un molde con lechada de escayola.

Casi no se dio cuenta, cuando lo supo ya estaba delante de aquella cama. El pelo rojizo y desparramado en la almohada, los ojos verdes y entornados como esas mujeres fatales, los rizos que se le salían por el ribete de las bragas, y los pechos del color y la textura del flan, que le rebosaban del sujetador, fue suficiente para desarmar a Leonardo, para desabrocharle la camisa y desnudarlo como a pistilos de pimienta y de azafrán. Sorbía el sudor de su cuello, metía la punta de sus dedos entre el cabello de Irene, la miraba tan intensamente que ella mantenía ahora los ojos cerrados y él penetraba sin oposición sus párpados, los abrazos de los hombros y las piernas, de los cuellos, las bocas, aquellos gemidos sin promesas, las campanas tañidas a las cinco, las sombras silenciosas acurrucadas bajo la cama, el encender del mechero, el cigarrillo mal apagado, la vuelta a los besos, a beberse uno al otro, a sentirse fuera de Sonora y expulsados del tiempo.

—¿Recuerdas la vez que te pedí que fueras mi novio?

—Sí.

—Fue en la cama de abajo.

—Sí. Lo recuerdo, fue el día que murió mi hermana Faustina, no se me

puede olvidar.

—Pues siempre te he considerado mi novio.

—No digas tonterías. Ya tenemos edad suficiente, los dos, como para pensar de otra manera. Es más, esto no tendría que suceder.

—¿Qué no tendría que suceder? —Irene exhaló una bocanada en la cara de Leonardo, como lo había visto hacer a las artistas de cine y como lo harían las diosas si fumaran, ella sabía remedarlo con acierto, dejaba caer el labio inferior, que era muy carnoso, y el humo salía expelido de su boca pero no ya como humo, sino como algo más, como efluvio, como parte integrante de sus olores y sus deseos.

Volvieron a hacerlo, no dijeron nada más que lo que puede decirse cuando alguien es feliz poseyendo a otro o siendo poseído. Los gritos sordos apenas acumulaban intensidad para salir de aquel cuarto, se quedaban allí flotando, como materia etérea y sonora, como arrullo de palomos. Estaban ya desacoplados, uno junto al otro, sólo tapados de cintura para abajo, cuando Irenita, sin pestañear y sin decir ni una palabra, les vio.

—Cariño...

—Mamá...

—¿Qué haces?

—Rosarinho está abajo.

—¿Rosarinho? —preguntó Leonardo.

La niña dijo que sí con la cabeza y se dio la vuelta. Les oyeron salir. Ambos se buscaron la mirada, pero no dijeron palabra. Se vistieron y bajaron.

—Esta noche iremos a cenar a tu casa.

—¿Esta noche?

—Si no es inconveniente...

—No sé —dijo Leonardo como para sí—. ¿Tú crees que la niña nos ha visto?

—¿Es que eres tonto, o te parece que la tonta es nuestra hija?

—Nuestra hija... —repitió Leonardo—. No creo que debas llamarla así.

Irene abrió la puerta de la calle, miró socarronamente a un lado y a otro y luego sopló en los ojos de Leonardo.

—Llegaremos a las nueve.

Hasta mediados de julio no partieron a Madrid. En todo ese tiempo la unión fue perfecta. Comieron y cenaron juntos la mayor parte de los días, daban largos paseos con los niños, los llevaron al cine de Zafra y un sábado

se acercaron a Moura Branca y visitaron al abuelo de Rosarinho, al singular Rosario dos Santos, para llevarle unos dineros. Fueron los días más felices de Leonardo y de Irene. Encontraron montones de momentos para estar solos, hicieron de la cama aquella una balsa en mitad del océano donde los dos se dejaban arrastrar por la corriente, debajo de las constelaciones, al amparo del amor y de la dicha. Tenían treinta y seis años, acurrucados en la flor de la vida, cuando estaban juntos creían que el pasado no había existido nunca, que todo era presente, y cuando estaban solos a los dos se les venía a la cabeza un resquemor agri dulce, como de higochumbo, un hálito de amargura y desolación.

—¿Es que piensas irte tú también a Madrid?

—No sé, Miguel Ángel. Estoy muy confuso. Nada de esto tenía que haber ocurrido, hace ya mucho tiempo que esa mujer había desaparecido de mi cabeza, pero vuelve y vuelve, es como una vieja enfermedad incurable... Si papá viviese yo no podría mirarle a la cara, no me siento digno de ser su hijo, al menos no del todo, mi comportamiento es arbitrario como el de un niño, hasta Rosarinho parece tener más raciocinio que yo.

—Deja que se vaya... Si pasan dos meses y te asfixias... corre tras ella.

—Sí... Cada vez que la veo daría cualquier cosa por tener al lado un cubo de agua, meter la cabeza y enfriarla. No te puedes imaginar cómo me siento.

Miguel Ángel rellenó las palomitas de aguardiente y sacó tabaco.

—Tienes suerte, Leonardo, por lo menos has hurgado en la felicidad y algo has encontrado... No creo que papá dejase de mirarte a la cara. Tú haces más de lo que puedes. Sólo hay que mirar la historia de Irene, ella se casó porque quiso, y a ti no te importó. No sé qué puedes pedir más. Ahora con la edad os dais cuenta de la atracción que sentís... No me parece mal que lo arregléis. Eso sí, con cuidado y buenos pasos. Irene nunca fue la más cuerda de las mujeres... en el fondo, y perdona, me da un poco de lástima. Una mujer que se tira a la bebida por pura infelicidad. Que tiene dos hijos con alguien a quien no ama, que es capaz de romper con todos estos años y evitar momificarse, ella quiere una nueva vida, no sé si podrás dársela, pero deja que tenga su oportunidad.

—¿Qué quieres decir?

—Deja que se vaya... Espera un par de meses. Si aguantas es que

aguantas, y si no, allí está Rafael.

Leonardo terminó de un trago su palomita. Pero brindó antes de tragarse la última gota.

—Por nosotros, Miguel Ángel.

—Por los Saldaña.

La Sala Castilla estuvo abierta un año más, como dijo Rafael. Después la vendió a buen precio y montó una de las mejores salas de Madrid. No era el dueño de un imperio, pero sus dotes de emprendedor convirtieron su nuevo negocio en un lugar de paso obligado para mucha gente afamada.

El dinero, como intuyó, sustituyó a la escasez ramplona con la misma facilidad que el whisky sustituyó al vino con gaseosa, la opulencia corría como el agua que se tragaban los lavabos, sus bolsillos se llenaron tanto que tuvo que invertir en pisos y garajes para descargarlos del peso, se había convertido en un auténtico señor, elegante, guapo y, aunque él no lo admitía, en un nuevo rico. Daba trabajo a mucha gente y organizaba espectáculos sobresalientes, siempre con clientela elegantona y destacada. Ahora vivían en una casa tipo chalet de dos plantas, con altillo abuhardillado, bodega y jardín, en uno de los lugares mejor guardados de Madrid. María del Eco seguía con ellos, tenía su propia habitación, su independencia y su sueldo, y aunque ella no lo sabía el nombre del nuevo local estaba inspirado en su persona, ya que fue su sobrina Irenita, que acababa de llegar con su madre de Sonora, cuando barajaban qué nombre ponerle al local dos semanas antes de inaugurarlo, la que acertó.

—Pues yo le pondría de nombre La Oropéndola...

Estaban todos reunidos, en una cena de familia. Rafael, las tres hermanas Encinasola y las dos niñas Irenita, que realmente se parecían mucho más cuando estaban juntas.

—La Oropéndola... —repitió Rafael—. Qué extraño nombre.

—Suenan bien —consideró Alma Cándida.

—Me lo dijo Miguel Ángel. Una vez nos enseñó a Rosarinho y a mí una pluma de oropéndola; es un pájaro amarillo, como el del color del pelo de la tía María del Eco... Él dijo eso.

—Habrá que someterlo a voto —propuso Rafael.

La votaci3n fue acertada y a todos les pareci3 un nombre estupendo. La Oropéndola se hizo inaccesible y al mismo tiempo distinguida, contaba con tres aparcacoches y con una calle y media en vado permanente, cinco camareras sinuosas y dos camareros de gimnasio, un jefe de sala, un presentador y un discreto sistema de filtros para la selecci3n de clientes, tenía sus propios camerinos para los artistas y vedetes ocasionales, y la mejor carta de licores nobles y champ a as de todo Madrid. Toreros, escritores de verano, variopinta y estirada gente sin más oficio que la vida en sociedad, poetas consentidos, pintores y políticos, sablistas profesionales, personajes de la televisi3n, sibaritas, hedonistas, millonarios y banqueros de frente tostada y camisas blancas, las mujeres más elegantes y más bellas, las caras más famosas de la prensa y de los semanarios, la orquesta más versátil y dispuesta a lo Xavier Cugat para amenizar momentos entra nables, susurros y guiños, miradas indiscretas y quién sabe si el cierre afortunado de alguna lista o de algún negocio. Si se quería triunfar en algún aspecto de la vida, del nocturno mundo del papel moneda, era poco menos que imprescindible pasar por esa sala de fiesta. Pero también tenía sus momentos apaciguados: una vez que las luces se venían abajo el público callaba como por mudo resorte, los violines de la orquesta y las trompetas con sordina daban la salida a la imaginaci3n, y la imaginaci3n brotaba... entonces un c ldido foco emanaba de algún agujero secreto e iluminaba al artista de turno, estrellas de luz caían fulgurantes, eléctricas y futuristas, y por un momento parecía aquello un planetario. En ese momento surgía la magia, el poder de la seducci3n y el silencio, las caricias invisibles en los brazos, el olor a sal de las playas, el rumor de los océanos y la soledad de las montañas. No le era esquivada la fortuna a Rafael Saldaña. Su hija iba al mejor colegio, su mujer era la más feliz de Madrid y la familia que le rodeaba le admiraba y le quería sinceramente.

Un fin de semana al mes, Irene Encinasola iba a Sevilla a visitar a su hijo Benito. Alguna vez la acompaño su hija, pero Madrid se había convertido para Irenita en un regalo tan inmenso que a pesar de que llevaba varios meses en la capital aún no había terminado de desembalarlo. Cierta es que poseían su propia casa, alquilada a Rafael y por la que no pagaban nada, pero el contacto entre la familia era tan intenso que no pasaba un día sin que todos estuvieran bajo el mismo techo. No le gustaba a Irene que su hija se

acercara demasiado a la prima, se lo habían cantado varias veces el manoseo de las cartas, pero ella era todavía una mujer joven, llena de futuro y de ensoñaciones. Separada del alcohol, al menos en la intensidad del pasado, las visitas a Sevilla le produjeron un sedante magnífico, ya que se convirtieron en auténticas escapadas a la felicidad. Veía a su hijo, también le quería a él y no estaba dispuesta a dejar de ser su madre, pero las noches de todos esos viajes las pasaba con Leonardo Saldaña, en el hotelillo que hay sito en la calle Gamazo, en el barrio del Arenal.

El azar es más caprichoso que el vuelo de un insecto diurno en la oscuridad. Ni siquiera los cantos gastados de las cartas, ni la predicción del más inspirado de los profetas, pudo advertir lo que sucedió la noche del 17 de abril de 1977, Miércoles Santo.

Sevilla olía intensamente a cera, los naranjos estaban cargados de azahar y de bolitas verdes, el aire resultaba fresco y el cielo casi rompía en luna llena. En una tabernilla, doblando por la plaza de doña Elvira, pasando la Judería, muy cerca del Callejón del Agua, acostumbraba a esperar Leonardo a Irene. Iban a estar dos noches juntos, después de visitar a sus correspondientes hijos, como siempre por separado, según ya estaba apalabrado en la visita anterior. Ese día Leonardo fue acompañado a Sevilla por su hermano Miguel Ángel, era la primera vez que sucedía.

—Irene se va a llevar una sorpresa.

—Espero que no se moleste.

—No... Tomaremos algo los tres juntos y después, hermano, te entregamos Sevilla entera para ti.

Los Saldaña tomaban una copita de fino, apoyados en un barril que hacía las veces de mesa, la gente hablaba, el bar estaba lleno, carteles de toros y estampas del Gran Poder, de la Macarena, de la Esperanza y de la Virgen de la Paz se repartían por las paredes, olía a felicidad, a sacramento y también a hierba aromática, a aceitunas y a nocturnancia. Irene se abrió paso entre la gente y se llegó a ellos.

—Vaya... ¡Si es Miguel Ángel!

Miguel Ángel le dio un beso en la cara, y no sabía si sonreír, si callar o si decir algo, se encogió de hombros y provocó la risilla de su hermano.

—Yo sólo estoy de paso... —le dijo a Irene, a medias como un donjuán recién titulado y a medias como disculpas por su presencia.

Ella soltó una carcajada, rebuscó entre la gente y consiguió por fin agarrar el brazo de María del Eco, que no acababa de traspasar clientela,

sillas de enea y platillos llenos de gambas y pescado humeante que le evocaban el sabor de una costa desconocida, tan emocionada estaba por haber llegado por primera vez en su vida a Sevilla.

Cuando Miguel Ángel vio a María del Eco sintió que su cabeza era un yunque, y que el herrero de Dios asía un martillo muy grande y poderoso y le golpeaba. Se apretó las gafas contra la cara. Miró a su hermano con la seriedad que le caracterizaba. Y su hermano iba a jurarle por su padre que no sabía que María del Eco vendría a Sevilla, cuando ella, lejos de parecer sorprendida, también le besó en la mejilla.

—No sabía que estuvieras en Sevilla... Pero me alegro mucho, hace tanto tiempo que no te veo... A ninguno de los dos, Leonardo, pero por lo menos de ti sé algo por lo que me cuenta Rafael.

Esa fue la noche más amarga en toda la vida de Miguel Ángel Saldaña. Tenía allí delante a María del Eco, a la evocada de su pluma de oropéndola, soñaba con ella día y noche, no importaba sus treinta y tres o treinta y cuatro años, no importaban los sucesos ni tanto desamor como había ingerido.

Tomaron algo los cuatro juntos, María del Eco evitaba la mirada de Miguel Ángel y más bien parecía interesada por la algarabía de la taberna. Entonces sucedió.

—Desde luego ha sido una sorpresa —dijo Leonardo—. ¿Quién hubiera pensado que nos íbamos a encontrar todos aquí en Sevilla?, para que nos demos cuenta que Sonora sólo es la mitad del mundo. Está la luna casi llena, es Semana Santa, huele a naranjos y a noche de duende y pasión, no se puede pedir más... ¿No te hablaron de esto las cartas, Irene?

Irene sonrió.

—No quiero que haya un mal entendido... —dijo María del Eco, sin mirar a nadie, los párpados le caían sobre los ojos, llevaba encendido un Chesterfield, vestía ropa cara y estaba guapísima.

—¿Mal entendido? Venga, venga... Probablemente os podremos conseguir habitación en el mismo hotel... el dinero lo puede casi todo.

No hizo falta echar ni una cuenta: ya estaba todo resuelto por la calculadora del destino, porque Martín Martín Martín apareció en la taberna. No hay cuchillo más frío que el que se le clavó a Miguel Ángel en la espalda. En ese momento deseó no llevar su apellido, ser otra persona, despojarse de su humildad y de su cultura ornitológica y arremeter contra ese zorro hediondo.

—¡Saldañas!

El tres veces Martín sonrió todo lo que pudo, le brillaban los ojos, enderezó la percha, se abrió de hombros, tomó a María del Eco con soltura de galán y la besó en la boca.

—*Martin...* —dijo ella tal vez con la voz más tontina que se le recordaba. Además lo dijo sin acento, no Martín, sino *Martin*, como a un norteamericano, dejó caer la cabeza para atrás y todavía le pareció a Miguel Ángel que ella rescataba en el aire, con mohín de gatita, los jirones que se hubieran podido perder del beso. Parecía una mujer feliz, pero groseramente entregada, y olía a limpia, pero destilaba sofoco.

El recién llegado tocó las palmas con decisión y pidió vino fino para todos. Si en ese momento no era el dueño del mundo, sí que era el dueño de la situación que se había creado. Miguel Ángel enmudeció, maldijo el momento en que decidió acompañar a su hermano a Sevilla, mientras tomaban palomitas la otra noche en el bar de Limón. Es cierto que él no sabía que María del Eco iba a venir, pero en el corazón de un enamorado profundo siempre hay una razón, delgada, fina, tal vez translúcida, para imaginar que la situación puede darse, que es posible encontrar una pepita de oro en una mina de sal. Toda la magia y la seducción sevillanas que eran ahora sino tormentas para el inicio de una derrota, todo el vino fino, toda la seducción que un minuto antes él había bebido al ver a su amor, qué eran sino brebajes indigestos, hieles y vómitos de sangre blanca como el agua de encalar.

—Brindo por todos nosotros... —propuso Martín Martín Martín levantando su catavino y dando un manotazo en la tapa del barril—. Y también quiero brindar por las mujeres más guapas que hoy pisan Sevilla: por Irene y por María del Eco Encinasola...

Lógicamente, Miguel Ángel sintió el incontenible deseo de desaparecer, de irse de aquel lugar, de no volver jamás, quería salir de la taberna como si al salir de allí saliera también de la vida. Y lo hizo, pero antes tuvo que soportar, como alguien que va a ser fusilado sin los ojos vendados, los disparos del francotirador más experto, los rodeos de la alimaña más astuta.

—María del Eco... —dijo Martín—, voy a darte una sorpresa. Encontrar habitación apropiada para una reina, aquí en Sevilla, no ha sido posible. Así que vamos a ir a un lugar donde estaremos solos, oyendo la música que tú quieras... boleros... baladas... tangos o *chanson* francesa, que de todo aprenderemos, nos fumaremos medio paquete de tabaco puro americano, y antes de amanecer verás la luna llena ponerse en el horizonte del mar.

—¡*Martin!* ¡El mar!

Volvió a besarla, sin disimulo, con el descaro propio de quien lo ha hecho muchas veces.

—Y quiero que lo sepan los Saldañas... Dentro de dos horas esta mujer y yo estaremos en el hotel Flamero de Matalascañas. Bebiendo una botella de Curaçao Azul y lanzándonos a los ojos poemas de amor y de deseo.

Irene no parecía nerviosa. Pero lo estaba. No en vano su primera experiencia fue con Martín, cuando lo del Paredón. Ella era consciente de que Leonardo estaba resentido por aquello, y aunque había pasado mucho tiempo lo que queda marcado en el corazón de algunas personas no puede ser borrado ni con los más violentos remolinos de arena. Y ella sabía que Leonardo Saldaña era de aquellas personas.

—Siempre tan caballero, ¿eh, *Martin*? Y tan poeta... Dime, ¿llegará tu motocarro azul a esa playa?

—Señora Encinasola... Irene... No hace tanto tiempo que tengo un coche, díselo, Miguel Ángel... pero imaginación tuve siempre, he nacido para la cortesía, la vida le enseña a uno a buscar donde otros ya no encuentran nada.

—Será mejor que me vaya —dijo Miguel Ángel.

—No, no te vayas, hermano —le replicó Leonardo—. Que se vayan ellos.

—Eh... Saldañas... No queremos molestar.

María del Eco abrió sus ojos azules, que ya parecían llenos de noche y de mar, el olor a gambas y a pescado en la taberna era intenso, ella arrugó los labios agrietados por el carmín como quien espera que le pongan ambrosía, y sacó lo mejor de su interior, se separó unos centímetros del acoso de *Martin* y levantó su copa.

—Quiero que brindemos otra vez por nosotros. Por todos nosotros... Por nuestra felicidad.

Miguel Ángel, tal vez sin querer, derramó su catavino. Ni siquiera tuvo la oportunidad de disculparse, se acordó de pronto de la mudez de su padre y sintió pena de sí mismo. Así que miró a su hermano, se dio la vuelta y se fue. Nadie volvió a verlo vivo jamás.

Ni siquiera cuando murió su padre estuvo Leonardo tan triste. No se perdonaba haber sido feliz esos días de Sevilla. Tal vez si no hubiera dejado a su hermano tan solo, en esas circunstancias, no hubiera muerto, tal vez si él

no hubiese insistido en que le acompañara, ni se hubiera felicitado por el casual encuentro con María del Eco, su hermano estaría vivo, y no metido en esa tumba donde enterraron a Fausto hacía diez años y a la fugaz Faustina hacía más de veinticinco. Hasta el Domingo de Resurrección por la tarde no se percató ni preocupó en demasía por la ausencia prolongada de Miguel Ángel. Más exactamente hasta que el tren se llevó a Irene Encinasola a Madrid, en la estación de Santa Justa.

—¿No sabes nada de Miguel Ángel? —le preguntó Irene en el andén—. ¿Estás preocupado? Igual se ha ido a Sonora.

—No sé, Irene... La verdad es que me da un poco de... no sé... Ha debido de ser muy duro. Él no esperaba ver a tu hermana, fue una coincidencia desgraciadamente no buena... Vi cómo le brillaban los ojos cuando la vio, vi que temblaba como un chiquillo... Es tan sensible.

—Hace mucho tiempo que debió de darse cuenta de que María del Eco no miraba por él... Y ya es un hombre... Tiene que aceptarlo.

—Y lo ha hecho, estoy seguro... Sí... con seguridad está en Sonora. Esa es su madriguera. Supongo que lo veré mañana.

Lógicamente no lo vio. Leonardo llegó a Sonora a mediodía, y antes de pasarse por su casa lo hizo por el bar de Limón. Allí estaba don Miguel. Daban la campanada de la una.

—¿Cómo está se anda, Saldaña?

—De Sevilla que llego, don Miguel.

—¿Cómo está el niño? ¿Le diste el devocionario que te entregué para él?

—Se lo di, don Miguel, y a usted le doy las gracias de su parte... Me lo está usted convirtiendo en un sotanilla.

—Ya veremos, hijo, ya veremos si Dios lo apuntó o no en su nómina — le contestó el cura sin disimular la risa—. ¿Y Miguel Ángel?

—¿Mi hermano? Por aquí estará... ¿No lo viste, Limón?

Limón dijo que no con la cabeza.

—Entonces estará en la casa.

—¿No refirió que se iba contigo a Sevilla a ver al niño? Aquí lo contó la otra noche.

Leonardo no dijo nada más, se encogió evasivamente de hombros, se terminó la cerveza y se marchó. Camino de su casa el sol le daba en la frente, y sentía por todo su cuerpo un peculiar hormigueo que él achacaba a las

noches de amor que había pasado con Irene. Se encontraba en ese momento en el que un hombre no se atreve a mirar hacia dentro por temor a encontrar algo que no quiere. La llave de la puerta estaba echada, tal como la dejaron. Pasó al interior y no tuvo que mirar para comprender que Miguel Ángel no había llegado. Al atardecer volvió al bar de Limón; tal vez su hermano llamara por teléfono para confirmar si él ya estaba aquí, o para avisar de algún problema. Pero no llamó nadie. Eso lo llenó de inquietud, tanta que al caer la noche ya había pasado de la cerveza a las palomitas y debió resoplarse varias veces antes de decidirse a enfilar correctamente el camino de su casa. Allí continuó bebiendo, algo le decía que se emborrachara, que llegara al límite de la consciencia y se dejara caer como un saco en la cama.

—Ese tío es un hijo de puta... Hace mucho tiempo que tendría que haber arreglado esto. ¿Por qué tiene que comportarse así delante de nosotros que sólo le hemos hecho favores?

Leonardo bebía solo. Ocupaba una silla, la de siempre, y hablaba con el ritmo oscilante de una conversación, como si su hermano estuviera allí a su lado, igual que cada noche, compartiendo el soliloquio al relente de la soledad, el calor de las cosas y por supuesto de la vida.

—Tú no te preocupes, Miguel Ángel... Que esa no vale mucho... te lo he dicho varias veces. ¿Irene? Bueno, a Irene se la ve venir, no camina recta pero tampoco se sale del camino... Pero esa María del Eco es tontina, hombre. ¿No viste lo pintada que venía? ¿Tú crees que aquí en España una mujer rubia y con ojos azules debe pintarse tanto? A ti te va más una mujer seria. No como Beatriz, Dios nos valga, que esa es buena para los *pelovacas*, sino una mujer capaz de comprenderte, hermano mío.

Leonardo volvía a llenarse la copita de aguardiente, encendía un nuevo cigarrillo y por su cabeza, cada vez más embotada, se mezclaban los consejos a su hermano y las escenas irrepetibles con Irene. Todavía no se había desprendido de aquel abanico de perfume, que olía a pelo largo y a rizos rojos, a cuello, a senos, a efluvios mezclados con cera, azahar y aguaceros. Cuando se despertó estaba en su cama: subió borracho las escaleras, hablándole al silencio se dejó las luces encendidas, destapó la ropa y se durmió. Ahora estaba lloviendo. Concentró su atención en oír si su hermano dormía en la habitación de enfrente. No oyó nada, así que se levantó y miró. Nadie. Así pasaron tres días más. El jueves por la tarde la intranquilidad por su hermano se había convertido en un cepo de dientes afilados que le tenía atrapada la cabeza. Se decidió y llamó por teléfono a Madrid. Habló

directamente con Rafael, que ajeno a todo se sorprendió y se alegró de la llamada hasta el punto de que no le dejaba hablar.

—¿Sabes algo de Miguel Ángel?

—¿De Miguel Ángel? ¿Qué voy a saber? Dile que se venga a Madrid, que necesito a una persona como él... Díselo de verdad, Leonardo, y tú también deberías venir. Aquí hay sitio para todos.

—No sé dónde está, Rafael, vino conmigo a Sevilla, a pasar unos días, nos separamos y no ha vuelto, no es normal en Miguel Ángel...

—Se habrá enamorado.

—No... Ya sabes cómo es... estoy intranquilo... ¿Has visto a Irene? ¿Y a María del Eco?

Su hermano le respondía que no a todas sus pesquisas, y cada una de aquellas negaciones era una carta que se descubría en el tapete, una escalera fatal de figuras decadentistas y de símbolos que sólo podían ascender a la desesperación o descender a la locura y la muerte. Aún no se había despedido de su hermano Rafael, sostenía una copita en una mano y el teléfono del bar de Limón en la otra, hablaba con gestos y susurros, pero se abrió la puerta y Leonardo colgó el aparato como si fuera un instrumento frágil, despacio, sin hacer ruido, sin apenas movimiento, quiso acercarse la copa a la boca pero no pudo. Se quedó petrificado, ahora él sintió la espina clavada en la médula, y una mano vigorosa dentro de su cabeza que le cogió el cerebro y se lo estrujó.

—Bueno, pues aquí delante tiene usted a Leonardo Saldaña, sargento...

Don Miguel se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué ocurre, don Miguel, saben algo...?

No dijo nada más. El rictus en la cara de don Miguel era tan lastimoso como severo, el sargento de la Guardia Civil volvió a preguntarle si era Leonardo Saldaña.

—Entonces tendrá usted que acompañarnos a Sevilla.

—¿Le ha pasado algo a mi hermano?

—No lo sabemos —le informó el sargento—. Hay un cadáver que tiene usted que reconocer, es lo único que puedo decirle.

—¿Un cadáver? ¿Y es el de Miguel Ángel? Dios mío...

—No lo saben todavía, Leonardo, tranquilízate, vienen a buscarte para que reconozcas un cuerpo, eso es todo —le dijo don Miguel con el timbre de quien habla en un confesionario.

—¿Desde cuándo no ve usted a su hermano?

—Desde hace una semana, sargento, en Sevilla, fuimos a ver las

procesiones de Semana Santa, y estábamos en una taberna, tomando unos finos, y él se marchó... No es posible, Dios mío, no es posible que...

—Yo iré contigo a Sevilla, Leonardo, estos señores lo permiten y mi compañía te podrá ser útil.

Carretera de Sevilla, Leonardo dejó caer la cabeza en la ventanilla y se limitó a mirar el cielo, que estaba muy estrellado, como ocurre después de haber llovido. En esas dos horas y media nadie dijo nada, si acaso para encender un cigarrillo. Don Miguel le daba golpecitos en la mano, y a él le parecían que ya eran señal de duelo. Lo que pasaba por su cabeza es difícil de definir, porque igual se entreveían retazos de la infancia que inventos de la juventud que cacerías de liebres, pero Miguel Ángel siempre estaba en esos pensamientos.

Entraban en Sevilla, y no le fue posible advertir que diez o doce días antes llegó también a esta ciudad, y que entonces le pareció el inicio de un cuento. Pasaron directamente al Instituto Anatómico Forense de la calle Luis Montoto. El alcohol que llevaba encima y el olor que despiden estos edificios estuvo a punto de hacerlo vomitar, pero enderezó cuanto pudo el cuerpo, se ajustó de manera mecánica el cuello y acompañado del cura se adentró en una sala alicatada de blanco, en cuyo centro había una camilla niquelada, y sobre esta un sudario tapando un cuerpo.

—¿Está usted avisado? —le preguntó un señor con una bata blanca.

Él no dijo nada, no podía, pero don Miguel asintió en silencio.

—Tal vez desee ver antes estos objetos... Puede ser suficiente.

En una mesita estaban los objetos, sobre un paño blanco. Leonardo pasó cerca de la camilla niquelada, miró los pliegues que tapaban la cara que había debajo, tal vez sintió el impulso de descorrer aquel sudario y ver si el rostro era el de Miguel Ángel, pero miró a la mesita y reconoció sus cosas. Un reloj de pulsera, que era el de Miguel Ángel, un pañuelo de sonar, que era el que permanentemente llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta, un mechero, unas monedas y un anillo con unas iniciales grabadas, F y S, que Leonardo no había visto nunca.

—¿Y las gafas?

—Es todo cuanto tenía —le respondió el señor de la bata blanca—. Ha muerto ahogado...

—Dios mío...

Don Miguel le puso la mano en la espalda.

—Hijo... Si quieres reconozco yo el cadáver.

Alguna fuerza removía el interior de Leonardo con hierros calientes, pero no llegaba a quemarse porque otra fuerza le taponaba con hielo molido las entrañas. Esa ambigüedad sólo produce atroz sufrimiento y asfixia. Leonardo movió la cabeza negativamente, pero era para dar las gracias por el apoyo y para decir que también estaba dispuesto a reconocer el cadáver de su hermano.

Miguel Ángel estaba completamente desfigurado. Pero era él. Tenía la cara machacada, herida, rajada, la nariz amoratada y los labios hinchados, pero era él, no tenía las gafas y cruzaba su frente un arañazo profundo ocasionado por una piedra, pero era él... Tenía los ojos medio abiertos, y en el interior de aquellos ojos se reflejaba muy tenuemente la luz de los fluorescentes. No pudo mirar más, ya no podía precisar lo que tenía delante, pero era su hermano; don Miguel también quedó muy impresionado, fue él quien le ratificó al señor de la bata blanca que efectivamente se trataba de Miguel Ángel Saldaña.

—Tendrá usted que firmar unos papeles. Van a practicarle la autopsia esta misma noche... —le dijo el operario antes de tapar de nuevo el rostro del cadáver.

Rafael no se enteró de la fatal noticia hasta el otro día por la noche. Le telefoneó don Miguel y se lo dijo.

—¿Cómo ha sido?

—Se ahogó.

—¿Se ahogó? ¿Cómo pudo ahogarse alguien como mi hermano Miguel Ángel? Discreto, meticoloso, jamás daba un paso en falso. No puedo entenderlo.

—Lo encontraron en la desembocadura del río Guadalquivir, prácticamente ya en el océano, varado en una playa que no es fluvial ni marina, en un lugar que se llama la Punta del Muladar. Eso me ha dicho la Guardia Civil.

—No me lo puedo creer...

—Pues así es, hijo. Cuando murió estaba bebido, tal vez se dio un golpe en la cabeza, cayó de un puente... en Sevilla hay muchos puentes. La marea estaba crecida, con lo que ha llovido este abril, y lo arrastró varios días... Tenía puesto el reloj, llevaba dinero en los bolsillos, una cadenita y un anillo de oro, así que no fue un robo.

—¡Dios mío!

—Leonardo está con él. Ya tenemos el coche fúnebre listo para salir, pero un juez tiene que firmar el traslado del cadáver. Y si no ha llegado a la hora que es, lo hará a primera hora de la mañana. Pero le daremos sepultura en su pueblo, después de oficiarle una misa, él lo hubiera querido así.

—Don Miguel, dígame a Leonardo que estaré allí. Que espere hasta que yo llegue.

—Con seguridad no será hasta el mediodía, ya sabes que estas cosas no dependen de Dios. Así que tranquilízate y duerme si puedes. Mañana te daré un abrazo.

Rafael colgó el teléfono y no pudo reprimir el llanto. Alma Cándida le miraba y, aunque había oído lo suficiente, se acercó a su marido y le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Han encontrado muerto a Miguel Ángel... —le respondió entre sollozos.

—¡Dios mío, Rafael! Miguel Ángel... Si Irene me ha dicho que le vio en Sevilla hace unos días, con Leonardo... ¿Cómo es posible?

—¿Irene? ¿Dónde está Irene? —preguntó con rabia, daba la impresión de que ver a Irene era, si no devolverle la vida a su hermano, al menos saber cómo es que se había ahogado.

—En su casa. Esta noche irá a La Oropéndola, vino esta tarde a traer a Irenita y luego se fue.

—He de hablar con ella.

Alma Cándida miró a su marido. Sintió frío en los brazos, bajó los ojos y le besó suavemente en los labios.

—Lo siento...

—Sí. Ahora voy al negocio a hablar con tu hermana, volveré pronto, mañana tengo que estar en el entierro de Miguel Ángel.

Antes de abandonar la casa, Alma Cándida se abrazó a su marido. Él estaba tieso, mantenía la boca cerrada y los interiores de sus ojos azules estaban iluminados más que por luces por destellos, como bombillas melancólicas de reducido voltaje.

—Ten cuidado, Rafael, tengo miedo.

—¿Miedo?

—Sí... Es una sensación absurda, pero he sentido frío de repente, cuando te oí hablar por teléfono...

—No te preocupes. Cuida de las niñas.

Ya llevaba Rafael hora y media en La Oropéndola, la sala no estaba llena pero se notaba un selectísimo ambiente, era viernes por la noche, casi daban las doce y las luces se difuminaban gradualmente acercándose a la oscuridad. La orquesta tocaba reminiscencias y boleros, en las mesas no faltaban ni el champán ni los cócteles de época ni románticas velas encendidas, a pesar de su dolor por lo sucedido, de la pena tan atroz y de todos los bocados que sentía dentro de sí, Rafael no evitaba considerar que su negocio iba de manera inmejorable, por eso una discreta sonrisa se mantenía

en su rostro. Era saludado y saludaba, era consultado y daba la consulta, se le pedía opinión y él la concedía, era un perfecto empresario, el apuesto dueño de una sala prestigiosa, un hombre admirado, querido y listo. Ocupó una de sus mesas reservadas y se sirvió un poco de whisky. Desde lejos notó la presencia de sus cuñadas. Venían las dos, Irene y María del Eco. Una rubia, con un traje ceñido en terciopelo azul de generoso escote, sus zapatos también azules. La otra, con su pelo rojo elegantemente revuelto, llevaba un vestido de damascos en fondo de burdeos, de mangas largas y estrechas, y una aparatosa estola de plumón enroscada en el cuello. Se acercaron a la barra y Rafael vio cómo una de las camareras le señalaba a Irene el lugar donde él se encontraba. Aun así, Irene tardó un cuarto de hora en llegar a la mesa. María del Eco ni se acercó.

—¿Querías verme, Rafael?

—Siéntate, Irene. He de hablar contigo.

Irene se sentó, encendió un cigarrillo y clavó la mirada en la de Rafael. Desde el principio intuyó que algo pasaba, no era normal ver al *jefe* en esa actitud, y ella se jactaba de conocerle bien.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí... Irene, ha ocurrido algo muy grave. Han encontrado a mi hermano Miguel Ángel muerto... ahogado.

—¡Dios santo! Yo misma le vi en Sevilla. No puedo creerlo...

Rafael dio un trago. Colocó la mano en el antebrazo de su cuñada y sollozó.

—Dios mío, Rafael... Ahogado... pobrecillo... De verdad, no puedo creérmelo...

Irene cerró los ojos y dentro de ellos sólo veía a Miguel Ángel Saldaña saliendo de aquella taberna en Sevilla, y si apretaba más los ojos volvía la vista un poco más atrás, y veía a Miguel Ángel en el tiempo, un hombre que no había sido de especial relevancia para ella, el perpetuo enamorado de su hermana, pero una buena persona, una querida persona que ella había visto quién sabe si sólo unas horas antes de morir.

—¿Cómo le encontraste en Sevilla? Quiero decir, ¿estaba bien, os contó algo raro, tenía algún problema, habló de algo en concreto?

—No lo sé, no sabría decirte. Yo le vi bien. Estaba con Leonardo y parecían los dos muy animados, así les encontramos cuando llegamos.

—¿Llegamos?

—María del Eco se vino conmigo a pasar esos días de Semana Santa.

¿No lo sabías?

Rafael se rellenó la copa de whisky. Irene, realmente angustiada por la noticia, también se llenó una copa.

—Por favor, no me lo impidas.

Él no dijo nada, en ese momento las luces se apagaron casi totalmente, el vocerío y el tintineo de copas se acalló y no se oyó nada más que la voz del presentador, debajo del redondel de luz.

—Distinguida clientela... Señoras y señores... Por favor... quiero que me presten atención... La magia no es fortuita, se ha de nacer con ella... El poder de la mente no es ilimitado, pero es ignoto, desconocido como un continente aún sin explorar y sin nombre. En un mundo como el de hoy, donde todo avanza tan rápido y tantas teorías nuevas nos desmenuzan la realidad, quiero presentarles una sensación única. Que removerá sus conciencias y puede que sus criterios. La persona que quiero presentarles, llegada desde las salas más famosas e importantes de todos los Estados Unidos de América, y por vez primera en nuestro país, es, señoras y señores: ¡El Mago de la Sabiduría! ¡Profesor... Alex... Sander... Legrand!

Los focos se apagaron, sólo se apreciaban las luminarias temblorosas de las velas. Un silencio estremecedor se apoderó de La Oropéndola, de pronto una música extraña comenzó a oírse por todas partes, como un viento desgarrado, cual susurros, ronquidos de animales, pisadas, respiraciones... y en medio del escenario, a tan solo unos pocos metros de los espectadores más cercanos, se levantó, con lentitud y espiral de galaxia, una nube de humo violeta, primero sin forma, después la fue tomando de figura humana... y finalmente apareció el Profesor Legrand. Era un hombre bajito, con esmoquin y chistera, llevaba puesta una capa roja y guantes blancos. Sobre él, y esa fue la primera impresión sobrecogedora, volaban números, fechas, signos matemáticos, letras de abecedarios distintos, la ele latina, la omega griega, la yod hebrea... signos de interrogación, raíces cuadradas, sumariales, potencias, decimales y quebrados... Alex Legrand abrió la palma de su guante blanco, la alzó... sopló sobre ella... y los números, las letras y los signos desaparecieron, como si nunca hubiesen flotado allí... Algunos aplaudieron, los demás no lo hicieron porque nunca supieron ni sabrán lo que habían visto. Estaban expectantes, se oía el siseo propio de acallar desde algunas mesas, y un murmurar de tripa de rumiante que dejaba entrever que había sorpresa y asombro, y se presentía que podía pasar algo digno de ser

recordado para siempre. Daba esa sensación.

—Señoras, señores... —dijo con una voz cautivadora, llena de fuertes e imprecisos acentos extranjeros—, como han comprobado con sus propios ojos los números y las letras se esfumaron, si acaso permanecen en la retina un momento, algo más en nuestra memoria, pero la memoria también se esfumará... Sólo nos quedarán preguntas, caminos que se bifurcan como el brazo del coral y que no concluyen jamás, misterios sin resolver, enigmas y laberintos. Ustedes no han venido hasta aquí para ver conejos saliendo de esta chistera, ni para descubrir barajas de cartas en los puños de mi camisa, les aseguro que ustedes han venido aquí para algo más... Dentro de cada uno de nosotros hay una duda, algo que se desea saber... un problema matemático, una fórmula química, una fecha cualquiera, un dato, un cálculo, un signo... tal vez un agujero insondable, un secreto que solamente conoce el que lo pregunta, un acertijo sin resolver... Cualquier cosa es susceptible de ser preguntada, porque cualquier cosa es susceptible de ser sabida. Por eso les animo a que pregunten lo que deseen, yo les responderé, si es eso posible, y, en cualquier caso, lo haré con discreción.

La gente, como activada al mismo tiempo, cuchicheó entre velas. Acercaban las cabezas al resplandor de las luces y probablemente se preguntaban qué hacía aquel tipo allí, qué quería que le preguntaran.

—Por favor... por favor... les pido una pregunta, sólo una, y sólo una a una, pueden hacer la que quieran, por muy banal que les parezca. Yo intentaré responderles... y complacerles.

Cuando volvió a hablar el Profesor Legrand, la gente volvió a callar como por resorte. Todos esperaban que alguien se levantara y preguntara algo, todos querían, necesitaban saber qué iba a responder aquel Profesor tan enigmático y seguro.

Uno del público se decidió, un hombre, seguramente empujado por sus acompañantes, joven y atildado como una esdrújula, que carraspeó para ganar tiempo en formular su pregunta y que al final se demarcó por la más sutil de ellas.

—Dígame, Profesor Legrand... ¿cómo me llamo?

El Profesor le señaló con el índice.

—Acérquese... Haga el favor.

El hombre lo hizo. Sorteó varias mesas y se acercó al mago; una penumbra agradable envolvía el lugar. El Profesor dio un paso hacia él, le miró intensamente a los ojos y le tocó un hombro. Después se separó, se echó

la mano a la frente y le dijo que no con la cabeza. El hombre emitió una risita, miró al público y declaró animado y prepotente:

—Si quiere puedo hacerle otra pregunta, Profesor, una más fácil, claro...

Parte de la gente rió. Alex Legrand bajó la cabeza y abrió los brazos. El hombre que tenía delante, el que quería saber su propio nombre, estaba a punto de formularle otra cuestión seguramente estúpida. Pero entonces levantó un dedo por encima de su chistera y habló:

—¿Sabe usted que tiene una manchita en la solapa de su chaqueta, señor?

El hombre se buscó con resignación e incredulidad, hasta que, en efecto, descubrió que allí estaba la manchita señalada.

—Bueno... Esa no es la pregunta que yo le he hecho, Profesor —respondió lleno de displicencia, convencido de sí mismo, y se dio la vuelta con la intención de abandonar el escenario, abochornado por su manchita pero seguro de haber puesto también en ridículo a ese mago, mentalista o lo que fuera.

—Eso es un signo zurrapianto, señor...

—¿Cómo dice usted? —le preguntó el hombre volviendo la cabeza.

—Óigame, señor... Zurrapianto, vestuario, universado, tertuliano, sahumero, riachuelo, peliagudo, Orihuela... Usted ha nacido en Orihuela, ¿verdad? —El hombre movió la cabeza para decir que sí, se le cayó un poco el labio inferior, rebuscó a la gente a un lado y a otro para no sentirse tan solo, y después miró más seriamente al Profesor—. Orihuela... numeración, meditabundo, leguminosa, jupiteriano, impetuosa, hipotenusa, gubernativo, funerario, entusiasmo, denticulado, comunicante, bisabuelo... ¡Bisabuelo! El nombre suyo es el mismo que el que tuvo su bisabuelo, ¿no es cierto, señor? —El hombre dijo que sí, y no sabía si sentirse asustado o sorprendido—. Entonces su nombre no puede ser otro más que Aurelio.

—Sí... me llamo Aurelio... ¿Cómo lo ha sabido? Usted no me conoce, ni me ha visto jamás...

—Verá, señor Aurelio, tiene usted una manchita en la solapa de su chaqueta, sin importancia, ahí mismo —le señaló—, y eso es un signo zurrapianto, ¿lo recuerda? Zurrapianto contiene las cinco vocales del español, ¿no es cierto?

El hombre pensó un momento y musitó para sí en voz baja.

—Así es...

—Pues no he hecho más que seguir el alfabeto en orden inverso, desde la zeta hasta la a, usando para ello palabras que contengan las cinco vocales, ese era el camino para saber algo de usted... Con la zeta formamos zurrapiendo, con la o se formó el término Orihuela, con la be, bisabuelo... y con la a, Aurelio, que es como usted se llama... eso es todo.

La gente quedó encandilada. Algunas personas, sin percatarse de ello, se daban pequeños manotazos en la frente, otras no terminaban de cerrar la boca... pero todos aplaudieron, con ese aplauso de índole atávica, siempre seco, sincero y corto, que desea no restar tiempo a la magia, que es como si aplaudieran las manos del fantasma de cada cual. Un nuevo espectador salió a escena y mientras el Profesor daba cuenta de él internándolo en fechas y mareándolo con meses y semanas al amparo de una oscuridad casi total, Rafael se separó de Irene, y todavía allí, ya de pie, se terminó la copa de whisky y se despidió de ella.

—¿Ya te vas?

—Antes quiero hablar con tu hermana.

—¿Podrás encontrarla?

—Creo que sí.

—Te acompaño. Yo tampoco puedo soportar lo que ha ocurrido... Es una desgracia para todos.

Irene fue con él, agarrada de su brazo, Rafael lo permitía y tal vez en ese momento lo agradeciera. No tardaron en dar con la mesa de María del Eco. Estaba de espaldas, ensimismada con el Profesor, también se hallaba sola, pero cuando ellos se sentaron notaron que otra persona la acompañaba, aunque ausente en ese momento. El saludo de María del Eco fue ponerse un dedo en los labios para sostener el silencio y no perturbar las cuentas mágicas del Profesor. Irene la cogió del brazo, se acercó y se lo susurró al oído.

—¿Cómo?

María del Eco miró a su hermana, esta le dijo que sí bajando los párpados, entonces, lentamente, con un rictus de máscara trágica, volvió los ojos a Rafael.

—Dios mío... Miguel Ángel muerto... Dios mío...

Enseguida le rodaron dos lágrimas por las mejillas. Lloraba de verdad, ella era dulce y sensible, y si no había sentido amor por Miguel Ángel Saldaña sí es cierto que nunca dejó de tenerle un cariño especial.

—¿Dónde está? —preguntó entrecortada por los sollozos.

—Mañana le entierran en Sonora —le respondió Irene.

—Habría que ir.

—Tú no vas a ninguna parte. Sólo quería que lo supieses...

—Por favor... Rafael... Yo no sabía que tu hermano estaba en Sevilla... Te juro por la Virgen del Rosario que no habría ido. Y lo siento tanto...

Rafael se levantó para irse. Entonces apareció la última persona que hubiera deseado ver en ese momento tan gris, tan doloroso y tan sucio: Martín Martín Martín. Muy elegante, sonriente, altivo y locuaz. Rafael no pudo creerlo. Esa era la persona que aún ausente acompañaba en la mesa a su cuñada, ese era quien había estado en Sevilla con ella, ese zorro hijo de puta que boquea todas las gallinas, que huele de revolcarse en sus propios excrementos y que mea en todos los dominios.

—Vaya, si es el señor Rafael Saldaña... Tiene usted un bonito local, ha prosperado mucho.

—¿Cómo has podido acceder? A gente de tu calaña no le está permitida la entrada en este sitio.

—Eh... señor Saldaña, no se enfade. —El tres veces Martín ocupó un lugar al lado de María del Eco, prendió un cigarrillo y tomó un trago de su copa.

Rafael fue fiel a sí mismo, apretó las tripas y se sentó a su lado con violenta gallardía, tomó el paquete de Chesterfield de Martín y lo estrujó con una mano hasta hacerlo una bola inservible.

El tipo sonrió de medio lado, miró a María del Eco, miró a Irene, ambas callaban, después clavó su mirada pendenciera en los ojos de Rafael.

—¿Puedo saber por qué haces esto?

—*Martin... Martin...* —le suplicó María del Eco—. Que Miguel Ángel ha muerto, que lo entierran mañana.

—¡Cristo! —exclamó.

—¡Cállate! Callaos todos... Ojalá os pudráis en un hoyo antes que él.

—Nadie lo sabía, Rafael —dijo María del Eco.

—Cállate, María del Eco, cállate. —Rafael la señaló con un dedo—. Y no me gusta que mi cuñada venga a este local vestida así, como una ramera. ¿Lo has entendido? Y mucho menos mal acompañada, si quieres estar con este chulo de mierda tendrás que abandonar mi casa. No tengo más que decir.

—Tranquilízate, Saldaña, tranquilízate. Te aseguro que no volveré a tu... próspero local —le aseguró Martín—. Siento mucho lo de tu hermano, créelo, me caía bien.

—Nunca te han cortado la cara, ¿verdad?

—No me gusta que me amenacen, Rafael.

—Quiero que abandones inmediatamente este lugar. Ahora.

—Está bien, está bien... En cuanto acabe la función del Profesor, me iré y no volveré a pisar La... Oropéndola.

—He dicho que te vayas... ahora.

Irene agarró un brazo de Rafael, le suplicó calma con la mirada, algunos clientes miraban y siseaban exigiendo silencio, era la una en punto de la madrugada. El Profesor Alex Sander Legrand tenía inmersa a la concurrencia en el aire que había entre sus manos, y hacía gala de su pausado hablar, de su memoria babilónica y su presencia mesmérica y casi espiritista. Sin embargo, aún no había ocurrido el suceso más singular y extraordinario de la noche.

—¿Desea alguna otra persona formular la última pregunta?

El Profesor tenía las manos levantadas. En ese momento Rafael tiró una copa en la mesa, el líquido se derramó y María del Eco se levantó de una sacudida para evitar que le cayera encima. Ese detalle hizo que fuera elegida para el último número.

—Ahí... esa señorita de cabello rubio. Acérquese...

Ella se miró sorprendida. Por un instante se olvidó de todo lo que estaba sucediendo alrededor de aquella mesa, como si de su cabeza también se hubiera vertido la realidad, y se sintió la ganadora de un premio que no esperaba, se ruborizó completamente y se quedó petrificada.

—Sí... usted... Acérquese, por favor.

Ella lo hizo, pasó sonámbula entre las mesas, la gente la miraba y ella sonreía sin saber muy bien a qué. Cuando subió al escenario y sintió aquel foco de luz encima de la cabeza se puso nerviosa, y más aún cuando el Profesor Legrand se le acercó y la miró intensamente a los ojos.

—¿Cómo se llama usted?

—María...

—María... —el Profesor le tomó las manos suavemente—, no se preocupe, María, sólo quiero oír qué dicen sus manos. —Se hizo un silencio absoluto en la sala, Alex Sander Legrand dejaba caer las pupilas hacia un lado de los ojos, levantaba una ceja como si oyera de verdad lo que decían los dedos de la mujer—. Sí... sus manos la están nombrando: María, María, María... como si tuvieran eco...

María del Eco apartó las manos, y giró la cabeza buscando a su hermana en la oscuridad. Se sentía asustada y al mismo tiempo sumergida en un sueño

que había esperado durante toda su vida. Hizo tentativa de irse, como si el número del Profesor hubiera concluido, pero de nuevo refugió sus ojos azules en los de él, se sintió atrapada.

La música comenzó a surgir otra vez, cadenciosa, asustadiza, cargada no sólo de sonidos, también de olores.

—No se asuste, María... —la tranquilizó—, no voy a decir todo lo que me han contado sus manos.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

Es imposible precisar por qué María del Eco retó al Profesor Legrand. Probablemente ella tampoco lo sabía, estaba más pendiente de la oscuridad que de sus propias palabras, veía las siluetas alrededor de la mesa donde estuvo sentada un minuto antes, también vio a Rafael alejarse y salir del local. Eso la puso más tranquila, y sin que el Profesor se lo pidiera ella volvió a ponerle las manos encima.

—¿Por qué no? —repitió el Profesor.

De nuevo le acarició los dedos, las palmas, las muñecas.

—Tiene unas manos muy sonoras, María. Su acento no es de Madrid. Usted no es de Madrid...

—No...

—Usted es de un lugar que se llama Sonora... en la provincia de Badajoz, frontera con Portugal.

—Sí... Es cierto... —musitó.

—Muy bien, María, o ¿prefiere que la llame María del Eco?

—Es que me llamo María del Eco...

Algunos querían aplaudir, otros les hacían callar, el ambiente se notaba tan especial que cualquiera hubiera creído que estaban todos reunidos alrededor de una mesa de ouija gigantesca y verosímil.

—Dígame, ¿hay alguien de su familia entre el público?

—Sí... —María del Eco señaló el lugar—. Mi hermana...

—Su hermana... Vamos a ver... Su hermana tiene el mismo nombre que tuvo la emperatriz de Constantinopla, la emperatriz de Bizancio y la emperatriz de Nicea. ¿No es cierto?

María del Eco se encogió de hombros y sonrió.

—No lo sé, Profesor... Sé cómo se llama mi hermana pero no todas esas emperatrices.

—Bueno... su hermana tiene el mismo nombre que el asteroide número 14 de la serie, descubierto por... Mr. Hind... exactamente en el año... 1851.

¿Cierto, María del Eco? Bien, además, según los antiguos griegos, el nombre de su hermana es el nombre de la diosa de la Paz, que era una de las doce Horas y figuraba en el cortejo de Baco... aunque la santa que se llama como su hermana fue virgen, mártir, española y murió en el año 53... Por último, señoras y señores —Alex Legrand soltó las manos de María del Eco, y miró al público con ojos penetrantes y llenos de triunfo—, la hermana de la señorita María del Eco, aquí presente, se llama igual que una localidad remota y pequeña de la República Argentina... Nació en 1940, también en Sonora... Y su nombre es...

Irene no podía abrir más los ojos. Estaba agarrotada, no sabía qué pensar de todo lo que estaba sucediendo, tenía metida en la cabeza la muerte de Miguel Ángel y todavía le temblaba el cuerpo porque nunca vio tan nerviosos a dos hombres, sintió miedo, acaso desconsuelo, a su lado, el tres veces Martín la miró y le sonrió, le pasó un cigarrillo encendido y le dijo:

—No te preocupes, Irene... ¿Te acuerdas de mi hermano, de Alejandro? —le susurró.

—Su nombre es... Irene... —dijo entonces el Profesor desde el escenario, sin levantar la voz, al absorto y entregado público, envolviendo cada sílaba, casi cada letra, en un sonido vago, nada claro, afumarado, como la niebla en un pantano.

Don Miguel se encargó de todo. Partieron de Sevilla inmediatamente detrás del coche fúnebre, en un taxi que pagaba la funeraria. Leonardo apenas habló, no tenía ánimos y estaba tan cansado y tan dolorido que a veces entornaba los ojos y creía que todo era un sueño. Ya tenía treinta y siete años, y aquella mañana su aspecto no parecía el de un caballero, sino el de un hombre sufriendo con humildad, venía sin afeitarse de dos días, llevaba puesta la misma ropa y acumulaba tanta tristeza que apenas le permitía fumar.

Cuando llegaron a Sonora les estaban esperando. La gente del pueblo rodeaba la puerta de la iglesia, y cuando vieron venir el coche dieron la voz y los últimos salieron del bar de Limón para asistir a la misa por el alma de Miguel Ángel. Hasta el cementerio lo llevaron a hombros entre Santiago El Fatiga, su hijo, su hermano Felipe El Babi y el mismísimo Limón, quien no podía reprimir un llanto luminoso por lo grandes y transparentes que eran sus lágrimas. Después, a pie de tumba, la gente hizo una fila de a uno y fue dando la mano en señal de duelo a Leonardo y a don Miguel.

—Ya descansa en paz... —sentenció don Miguel al aire, mirando al cielo y suspirando—. Deberías ir a tu casa, lavarte la cara y dormir todo lo que puedas... Me extraña que no haya llegado tu hermano Rafael, me dijo que lo haría; algo le habrá pasado, pero tal vez esté en camino por esas carreteras de Dios... El tiempo anuncia ventoleras y nublados, eso retrasará el campo, pero será bueno para los gurumelos tardíos y para engordar las papas, en fin, esperemos que hoy por lo menos no llueva.

Las campanas doblaban a difunto. En ese momento también tronó, como cuando encontraron allí difunta, debajo de un árbol, a Alma Cándida con la cabeza destrozada y las faldas tiesas.

—Los cerros se están ennegreciendo, será mejor que le encienda unas luminarias a Nuestra Señora del Consejo, que es la patrona de hoy —informó

don Miguel, y después le dio un pequeño y paternal abrazo, y como sabía que Leonardo deseaba permanecer en el cementerio hizo una última señal de la cruz en el aire, por encima del sepulcro, y se fue de allí.

Cuando se quedó solo lloró. En silencio, como le enseñó su padre. Encendió un cigarrillo, y, aunque no decía ni una palabra, por su cabeza las cosas pasaban tan aprisa y tan ruidosas como si fueran un tren. Se sentó en una de las esquinas de la tumba. Rozó con sus dedos una corona de claveles y de florecillas blancas, y un ramo de zinnias malvas y descoloridas, que aquí llaman rascamoños. No había terminado de fumarse el cigarrillo cuando llegó su hermano Rafael. Se abrazaron y lloraron los dos.

—Voy a matar a ese hijo de puta... Lo voy a matar.

—No levantes más polvo, ya el día está bastante malo —le dijo Leonardo para consolarle.

Volvieron al silencio. Casi una hora. Se repitieron los truenos y cayeron las primeras gotas.

—Pobre hermano...

—Anda, vámonos. —Leonardo le echó el brazo por encima y ambos, tan cabizbajos como unidos, se dirigieron a la salida del camposanto. Allí se detuvieron de nuevo y miraron.

—Hay buganvillas alrededor del ciprés... No lo sabía.

—Sí... —dijo Leonardo—. Las plantó Miguel Ángel hace cinco años.

Llegaron a la casa y a los dos les pareció que olía distinta, como si Miguel Ángel, al morir, se hubiese llevado con él gran parte de aquellos olores primarios y cimentadores, páginas, sucesos, días y años enteros que antes estaban colgados en esas paredes y ahora no.

Leonardo abrió una botella nueva de aguardiente. Hasta que no se tomaron la mitad no empezaron a hablar del muerto.

—Era el mejor...

—Sí...

—No podré olvidarlo nunca. —Rafael prorrumpió en sollozos, se le atascaba la garganta, la voz se le iba o le reventaba de golpe, ronca y muy amarga porque venía tintada de pena.

—Es como si todavía estuviera aquí. Poco a poco nos vamos yendo todos... Seguramente seré yo el próximo.

—No digas tonterías dignas de cenaoscuras —le recriminó en voz baja, como mendigándole piedad y fortaleza.

—Hace mucho tiempo que esta familia está maldita... Todo el pueblo lo sabe... Hay un mal soplo que está acabando con los hijos de Fausto Saldaña.

—En este pueblo siempre hubo mucho soplo y mucho tonto, no seas uno de ellos.

—No te creas... Tú eras pequeño, pero yo sí llegué a escuchar varias cosas.

—Ya... —le dijo Rafael—, esas cosas de papá, y del padre de papá, que era el cacique de este pueblo y el dueño del molino, de la iglesia y de las mozas, y que mandó matar mucha gente en la guerra y todo eso, algo oí... Pero eso es agua pasada. Cuando nosotros nacimos todo eso ya estaba olvidado.

—¿No fuiste nunca al Paredón? Todavía se pueden encontrar casquillos y punteras de balas. Pues allí fusilaron a medio pueblo.

—Eh... eh... este pueblo se ha mantenido en el mapa por los Saldaña, si no hubiera sido por nuestra familia hace mucho tiempo que habría desaparecido. Hace más de cien años, ¡de un siglo, Leonardo!, que viven a cuenta de nosotros... —Rafael se levantó y dio un golpe en la mesa, ya tenía esa voz de romper a llorar, por su cerebro se mezclaban a partes iguales el aguardiente, la cara de Martín Martín Martín y la tumba gris de su hermano —. Voy a matar a ese hijo de puta...

—Cálmate... Debes tener serenidad, precisamente Miguel Ángel te admiraba por tu templanza. Siempre lo decía: papá hubiera elegido a Rafael.

—Pues lo ha elegido a él... —respondió llorando.

—No seas niño.

Rafael sacó de su bolsillo el reloj de cadenita, el del ferrocarril grabado. Lo posó en la palma de su mano y lo miró un momento.

—Si hubiera llegado antes se lo hubiera metido en la caja. Él se lo merecía. Lo voy a dejar entre sus cosas.

Subió las escaleras lentamente y entró en la habitación de su hermano. La cama estaba hecha, y las cosas, a pesar de tantas como había, estaban ordenadas con pulcritud. Rafael se sentó en la cama, se echó las manos a la cara y besó el reloj, después abrió el cajón de la mesilla para guardarlo y encontró allí la pluma amarilla. Y junto a esta un papelito con un nombre escrito: *Oriolus gálbula*. No sólo estaba triste, estaba ausente. Se echó en la cama de Miguel Ángel y dejó que sus ojos vagaran por aquella habitación, sin criterio, como suspendidos en el aire. Afuera llovía, el agua caía en diagonal y se estrellaba contra los cristales... Leonardo apareció en silencio,

se apoyó en el marco de la puerta y le miró.

—Voy a quedarme unos días —le dijo Rafael—. Después quiero que te vengas conmigo, a Madrid.

Leonardo se sentó a los pies de la cama, también miró a la ventana y se ensimismó con el golpear de la lluvia.

—En Madrid no tengo nada que hacer... Aquí estoy bien.

—¿Aquí te encuentras bien? Mírate, estás solo, pareces un fantasma porque vives en un pueblo que está muerto, y lo sabes. Sal de aquí, respira otro oxígeno, menos puro pero más vital, ahí afuera hay un montón de cosas que te están esperando... Podrías vivir en mi casa o en una casa tú solo, dependerá de tu elección, Leonardo, y puedes venir a Sonora cuando quieras, ahora las distancias son más cortas, pero por favor, sal de aquí... Tú mismo has dicho que no es esta buena tierra para los Saldaña... el soplo maldito y todo eso... Eres joven, joder, tienes una vida por delante. Llévate al niño contigo, en Madrid hay buenos colegios. No te faltará de nada, si quieres puedes trabajar para mí, si no, puedes hacer lo que te plazca.

—Quieres ponerme en tu nómina, ¿eh? Ya hay mucha gente que come de tus manos. Eres un Saldaña, y así te comportas.

—Hermano, hermano... ¿lo dices por las Encinasola? Son las hermanas de mi mujer... Pero desde hoy las cosas han cambiado. La noche pasada me di cuenta de lo imbécil que había sido. Me siento engañado, escupido por alguien que recogí en la estación de Atocha ignorante y muertita, con una maleta llena de desvergüenzas. En cuanto llegue a Madrid le pediré que abandone mi casa.

—¿A María del Eco?

—Sí.

—Sigue liada con ese.

—A ese lo voy a matar, lo juro por mis muertos... —Rafael dio un puñetazo contra la cabecera de la cama y blasfemó encolerizado—. Dios mío permite que no me lo vuelva a echar a la cara o personalmente le romperé las piernas antes de matarlo.

—Psss... Calma, calma... Anda, vamos a salir del cuarto, dejemos un poco la ventana abierta, que entre el chispear.

Cuando bajaron las escaleras se llevaron una sorpresa. Allí sentado había un hombre que se levantó en cuanto ellos aparecieron.

—Vaya... —se sorprendió Leonardo—. Si es Rosario dos Santos...

¿Cómo se anda, hombre?

—Pues que llegué, abrí la puerta y di una voz, pero no me oyeron, porque hablaban entre ustedes, así que esperé un *momentinho*... Y es que quería dar el pésame por el hermano, pobre mío. Que me enteré ahí en Moura y me dije: tienes que ir a mostrar el duelo a la familia.

—Échese un vasito, Rosario... ¿Conoce usted a mi hermano Rafael?

—Este es el chico, ¿no? El que vive en Madrid y tiene un bar o un comercio... ¿no? Me lo dijo el nieto... —Rosario se levantó después de servirse un poco de aguardiente y estrechó la mano de los Saldaña—. Pues solito se va a quedar usted, Leonardo, porque el niño también le anda lejos con esos estudios. Pobre Miguel, pobre Miguel... con la compañía que se hacían ustedes dos... hermano con hermano, saudade con saudade, sí, hombre... ¿Y cómo es que fue? ¿Se lo llevaron las cosas de la vida?

—Así fue, Rosario, las cosas de la vida... ¿Cómo anda usted de necesidades?

—Voy tirando... Aunque ahora no ando sobrado, y cualquier empujoncito me vendría bien para terminar de echarle el tapadizo a lo que le he ganado al huerto... Ahí en Moura Branca tampoco deja de llover entre sol y sol, los membrilleros me dan gamboas pero las gallinas me cogen fiebre, Saldaña... Y ya con mi edad y con la edad de la moto poco puedo llegarme por aquí, pero hoy era hoy... y me dije...

En realidad Rosario dos Santos no parecía más viejo, aunque lo era. A Leonardo siempre le pareció igual de desgastado, llevaba la cara tiznada por la oscura barba de media semana, no más ni menos, el gorro forrado de oveja con las orejeras caídas, el cigarro pegado al labio de abajo y la misma expresión que el primer día que le vio.

—Todavía me acuerdo yo de la Regalía, mi niña... Y sé lo que son estas cosas, que también a mí me mataron a un hermano.

—A mi hermano no lo ha matado nadie —dijo Rafael mirando secamente al portugués.

—¿Ah, no? Pues eso me dijeron ahí en Moura, que más que cosa del río había sido cosa de ese que se fue a la Legión, del Martín, el zagalón que crió el difunto Pianuco... ese que anda liado con una de las del Raimundo, el que se murió también...

Rafael saltó de su silla y cogió a Rosario por las solapas y prácticamente lo levantó en el aire.

—¿Dónde ha oído eso? ¿Dónde?

Leonardo se interpuso y tranquilizó a su hermano. Él también se había quedado estupefacto después de haber oído tal comentario. Rosario adquirió el colorado de la amapola seca, apuró su copa, exhaló una bocanada de humo, de sardinas y de alcohol, y murmuró:

—Lo he oído por ahí... Como voy con la moto de acá para allá... Yo nunca pregunto nada, pero cuando hablan de ustedes, de los Saldaña, como son familia, pues pongo la oreja... pero decir no digo nada y preguntar nada pregunto, que no es esa condición mía.

Rafael le rellenó el vaso de aguardiente. Y le ofreció un cigarrillo, que Rosario aceptó de buen grado. Eso le permitió serenarse.

—Cuéntenos, ya que somos familia debemos decirnos las cosas los unos a los otros...

—Bueno, la historia de su padre, de don Fausto, ya la sabrán ustedes, que sus hijos son también. Don Fausto anduvo mucho por Moura, todavía hay quien dice que nació allí... El abuelo de ustedes, que también se llamaba don Fausto, hizo mucho por Moura, ya lo creo, nos puso una botica y una taberna donde despachaban suministros, petróleos y bombillas, y a los hombres, nada más caía la tarde, les dejaba el caserón de afuera para que se desviciaran de las faenas por un tiempo. —Dos Santos cruzó dos dedos y se los besó ruidosamente—. Tanto o más hizo por Moura que por este pueblo que es de España... Él era respetado, ya lo digo, yo llegué a verlo, bien lo sé, antes de que la guerra se levantara en estos monteríos, que luego cerraron las fronteras y anduvo la cosa muy mirada para pasar... Era un hombre alto, seco, daba respeto... Y don Fausto el padre de ustedes también... Don Fausto, el viejo digo, no limitaba España con Portugal como los demás cristianos, ni Portugal con España... para él Moura Branca y Sonora eran la misma cosa, no había lindes.

Leonardo rellenó las copas y repartió tabaco.

—El padre de ustedes fue el último hijo de don Fausto el viejo... Puedo dar fe... Sí señor, mi madre me lo dijo, que bien lo conoció al abuelo de ustedes porque yo también fui hijo de él.

—¿Qué dice usted? —preguntó Leonardo.

—Pues que digo lo que digo, que yo soy medio tío de ustedes dos y medio hermano de su padre, lo que pasa es que por cosa de la política es como si no lo hubiera sido.

Rafael sintió que se le aceleraba el corazón. Leonardo parecía más tranquilo. Lo que acababa de decir Rosario dos Santos no les había

sorprendido totalmente, ellos tampoco habían conocido a sus madres, es más: sabían que era poco probable que alguno de ellos fueran hermanos de madre, y sabían que los tres habían nacido tras pasada la frontera.

—Esas historias son sólo historias, señor —le dijo Rafael casi gritándole.

—Déjalo hablar, Rafael, tal vez la narración de nuestra estirpe nos pueda ayudar.

—¿Ayudar? Lo único que a mí me puede ayudar es acabar con ese cabrón del Martín Martín Martín...

—Se le espesa la sangre, Saldaña... Perder a un hermano no lo pierde cualquiera, pero debería usted sacar algo de la experiencia.

—Siga hablando —ordenó Leonardo.

—*Falar... falar...* Siempre *falar*, tiene uno que echar los ojos para dentro y mirar cosas que no quiere... Miren, Saldañas, ese Pianuco, que se llamaba Joaquín y tenía un motocarro, se avenía bien con el padre de ustedes. Si había año bueno para las liebres, allá que le buscaba perros caretos, que le gustaban mucho los caretos, y los pintados; si lo que había era partida de cartas con mazos de contos y doblones, allá que iba El Pianuco y avisaba a su padre... ¿Oyeron lo de los relojes?

—Cuenta... —dijo Rafael.

—Llegó un paisano de Lisboa... cuando las cartas le comieron todo el dinero, que bien que traía, puso en la mesa una buchaca de relojes, y don Fausto se los ganó uno a uno a los montones, esas cosas no pueden olvidarse, sólo se ven una vez en la vida... como esa noche nació uno de ustedes, su padre don Fausto le regaló una de aquellas maquinarias a Galves, el mediquito de Moura Branca. Hombre sereno e inteligente si no hubiera perdido la confianza, no pasaron cuatro noches cuando se cayó de espaldas, muy muy borracho, a la entrada del pueblo... eso dijeron... se desnucó y le robaron el reloj, nadie lo creyó nunca porque todos sabían que Galves no bebía, que tenía roto el hígado y hueros los riñones hacía años, a causa de un casamiento malo, y no probaba ni la cerveza.

—¿Y qué pasó? —preguntó Leonardo a medias incrédulo por la historia y a medias sin darle una importancia digna de ser considerada.

—Que me lo mataron al médico, señores, a Galves lo mataron para robarle el reloj de plata, de esa plata vieja que no amarillea a fea sino que hace verdín porque es de la buena... todo de plata, redondo, así. —Rosario enroscaba el índice y el pulgar y abría cuanto podía los ojos—. Eso lo sabe

todo Moura, y bien que está castigado el que lleve el reloj encima — sentenció con cadencia y medida salomónica.

—¿Cómo era el reloj? —se interesó Rafael.

—Ya le digo... redondo, de plata, precioso, y tenía un tren grabado dentro de la tapa, un tren con vagones y todo, Galves lo enseñó esa noche en la casona... Yo lo vi, sí, con mis ojos, no me dejó tocarlo porque era muy resabiado conmigo, pero lo vi. Sin embargo, nunca se supo nada, desnucado el pobrecillo, para mí que pudo ser cosa de maldición: ese reloj tenía buena plata pero no era limpia, se veía enseguida, y me alegro de no haberlo tocado; para otros, que fueron unos bohemios titiriteros que acamparon esos días por allí cerca, había rareza en el suceso; para los menos que fue cosa de un mal paso, como dijeron los *guardinhas* de la garita a las autoridades.

Los hermanos se miraron. Probablemente ambos sintieron frío y por eso el súbito deseo de apurar las copas de aguardiente. Ahora el que parecía más sereno, también menos bebido, era Dos Santos. Los ojos le brillaban, colorados, pequeños pero redondos como uva chica. La lluvia caía con más fuerza, la tarde se colaba por las ventanas y se echaba encima del vacío de la casa. Dueño de la situación, aquel hombre, no exento de inteligencia, hizo además de irse, apuró él también la copa y evitó que se la rellenaran, se levantó y tomó su gorro de orejeras.

—Bueno, familia, pues el pésame dado está, que la tarde se viene y miren cómo está el tiempo.

—Espere un momento, Rosario.

Leonardo se levantó y subió a su habitación por dinero.

—Sabe muchas cosas, señor... —le dijo Rafael.

—Bueno, también las cosas saben de uno, Saldaña.

—Así que fue hermanastro de mi padre... Quién lo hubiera dicho. ¿Sabe? Fui yo quien nació aquel día de los relojes.

—Ah...

—Es una lástima que tenga que volver tan pronto a Madrid, porque me gustaría verle de nuevo, me da la sensación de que tiene más cosas que decir.

—Poca cosa, Saldaña, poca cosa... Mire, váyase a Madrid, viva allí, que es la capital de España, feliz y con dinero, eso es lo importante, y quítese el polvo de estas tierras, hombre, ¿sabe una cosa que dicen en lo más escondido de Portugal?, que no hay nombre de nadie que no vaya escrito en la espalda de una lagartija. Y que no se le espese tanto la sangre, hombre...

—¿Qué edad tiene usted, Dos Santos?

—Ya voy para los sesenta y cinco. Un día de estos me arreojo donde las gallinas y allí me quedo echando el cigarro para siempre.

—Parece que tiene ganas de morirse.

—No... Pero todo ha de llegar.

Leonardo le puso cinco billetes de mil pesetas encima de la mesa. Rosario los cogió y los abrió en su mano como quien abre cartas, no podía evitar una sonrisa magra y sincera, el agua de la lluvia golpeaba con fuerza en las ventanas.

—No tendré más remedio que irme.

Iba Rosario dos Santos a abrir la puerta de la calle cuando llamaron y la empujaron. Era el cura de Sonora, don Miguel.

—Vaya por Dios, si es el bueno de Rosario, vino por lo de Miguel Ángel, ¿verdad?

—Las cosas... —respondió Rosario mientras sorteaba al cura para irse.

—Tenga cuidado con la carretera, mire la que está cayendo, y vaya con Dios.

—Ya voy con Dios, ya voy... Y con Dios les dejo, y ya saben Saldañas, valor, serenidad y coraje, más no hay.

Don Miguel se plantó de pie enfrente de los dos hermanos. Ellos estaban sentados, tenían ambos los dedos cruzados y las miradas idas. Enterraron a Miguel Ángel pero habían desenterrado otro muerto que cada cual llevaba dentro, habían bebido demasiado pero la tristeza se resistía a desaparecer, descubrieron hilachas de familia mas los dos se sentían un poco más solos, así que decidieron arrojarse en sus interiores y aguantar los escalofríos producidos por el aguardiente y la lluvia.

—Buen hombre este Rosario... —afirmó don Miguel.

Leonardo le miró. No le dijo nada, el cura se sentó a su lado, y durante un par de minutos los tres se quedaron escuchando caer el agua. Rafael no pudo reprimir unas lágrimas, silenciosas y pequeñas.

—Venga, venga... Rafael... Ha llamado Alma Cándida desde Madrid, ahí en casa de Limón. He hablado con ella y me ha dicho que volverá a llamar esta noche, que quiere hablar contigo.

—Gracias, don Miguel.

—Y también he hablado con Irene, que igualmente llamará esta noche y que quiere hablar contigo, Leonardo. Dios... Saldañas y Encinasolas, Encinasolas y Saldañas... Cuánto Adán en el mundo, cuánta Eva... cuánta manzana para un solo manzano. Son ustedes como liebres.

—No empiece con eso, don Miguel. Hoy ya tenemos bastantes sermones, y angustia suficiente como para sembrarla —dijo Leonardo mientras rellenaba las copas.

—Sois hijos de Fausto Saldaña, y así os tenéis que comportar, y no dando a la bebida lo que no os pide, ¿es que no habéis bebido ya demasiado? ¿Os habéis mirado a la cara?

—¿Dice que somos hijos de Fausto Saldaña? —preguntó Rafael.

—Claro... —Don Miguel también se sirvió aguardiente pero lo mezcló con agua y lo blanqueó—. Hijos de Fausto Saldaña. El benefactor más insigne de este pueblo.

—¿De Fausto Saldaña y de quién más, don Miguel? ¿Lo sabe usted?

—Rafael, Rafael... Tú has sido aventurero, mírate, vuelvo a decirte. ¿Estás casado? No. ¿Tienes un hijo? Sí...

—¿Conoció a nuestras madres? ¿Sabe quiénes fueron?

—No... no... Tampoco son días para hablar de estas cosas.

—Pues Rosario nos acaba de descubrir que fue hermanastro de nuestro padre. Y eso sólo parece el primer nudo del cordel.

—Ese lusitano... buena persona y fabulador, como todos los hijos de Viriato, viene a pedirnos dinero, es el abuelo de tu hijo, Leonardo, es natural que le ayudes a soportar su pobreza, eso os honra a todos los Saldaña, vuestro padre también lo haría... lo sé.

Leonardo encendió un cigarrillo, sopló el humo y, como estaba abonado por la melancolía, del terreno virgen que tenía en su interior brotó una pregunta que resultó muy difícil de contestar.

—Don Miguel... ¿sabe usted quién es el propietario del Paredón? Las ruinas esas de las afueras, en la carretera de Zafra...

En la hora y media que siguió don Miguel sentado en casa de los Saldaña también se bebió sus dos o tres palomitas. Ya era un hombre mayor, llevaba aquí tanto tiempo que en Sonora hasta los nombres de las calles y las esquinas saludaban si él pasaba. No había nada que él no supiese de este minúsculo y recóndito pueblo, donde todos los órdenes del orbe estaban representados, cada una de las bienaventuranzas y la totalidad de los pecados.

—Yo llegué a ver esa casa levantada, me refiero a la del Paredón... Era muy hermosa, blanca, muy bien encalada y en el mejor lugar de estas sierras. Tenía grandes ventanas, y un jardín enorme, tanto como el campo, lleno de poleos, gencianas, valerianas y camomilas, me pareció el Paraíso la primera vez que crucé la cancela de la entrada, que era de hierro pintado de verde, lo

recuerdo... Allí vivió mucho tiempo vuestro abuelo, que se llamaba igual que vuestro padre. Esa casa pasó a manos de una mujer que, como os podéis imaginar, venía de Portugal, embarazada de vuestro padre. Recuerdo que don Fausto, vuestro abuelo, pagó tres misas, a razón de mil pesetas de la época cada una, para que la Iglesia diera el visto bueno a aquella renuncia cristiana y la tomara por venial.

—Hable claro, don Miguel... —rogó Rafael.

—Porque no estaban casados, Rafael de Dios. En aquellos días, don Fausto, vuestro padre, tenía dieciséis años...

—¿Dieciséis años? ¿ Sólo dieciséis años? ¿Cómo es posible?

—Bueno, la mujer portuguesa también era casi una niña, sólo tenía trece o catorce... para ella aquel hijo fue como un muñeco.

—Así que tuvo al hijo —apostilló Leonardo interesándose cada vez más por aquella historia.

—Sí... Lo tuvo... Estalló la Guerra Civil, como sabéis, ese tipo de guerras se asemeja tanto a la oscuridad que tampoco se ve claro quién es quién. Y por estas hoyas y estos cerros los únicos ojos fiables eran los de don Fausto vuestro abuelo... Él nunca consintió aquella amancebía de su hijo, y es cierto que vuestro padre era muy joven y tenía mucha vida por delante, pero nada pudo hacer para convencerle... excepto que aquella casa fuera demolida a morterazos, a ver si con aquello se demolían también los pecados.

—¿Qué pecados? —preguntó Leonardo.

—Esas cosas ya pasaron, Saldaña...

—Tenemos derecho a saberlo, don Miguel, de no haber muerto nuestro padre nos lo habría contado un día.

—No sé, no sé... pocos hombres hay que cuentan cómo mataron a otro, pero bien es verdad que ninguno se lo calla para siempre.

Hubo unos segundos de silencio. De nuevo sólo se oía llover, la tarde oscurecía, pero los ojos agudizaban en la penumbra porque únicamente veían el pasado, y los oídos estaban abiertos, atentos al mínimo sonido. Don Miguel chascó la lengua y con parsimonia se preparó otra palomita. Aceptó un cigarrillo y cerrando los ojos un momento retornó a la trastienda de su sacristía memorial y siguió contando:

—Estaban de cacería, lebreando, vuestro abuelo y vuestro padre, y volvían a su casa, a ese Paredón, cuando vieron al padre de la chiquilla llevándosela, con el niño arropadito en un capote. Nadie supo qué palabras se dijeron, ni qué hora era de la tarde, pero don Fausto cargó su escopeta y le

disparó a ese hombre en la cara...

—¿Fausto nuestro padre?

—Sí... Por ahí debe de estar enterrado ese desgraciado. A causa de aquella muerte, este lugar, que estaba tan olvidado de la guerra, entró en ella dos semanas más tarde, derribaron la casa, murió más gente de la que estaba apuntada con cisco en aquella pared y cerraron la frontera para siempre, excepto para los Saldaña.

—¿Está usted seguro de lo que dice, don Miguel?

—Ya lo creo, hijo... Así fue... La mujer volvió a Portugal, a Moura Branca, con su hijo. Vuestro padre la visitó a escondidas del suyo algunos años. Eso era todo, pero se fue como el humo: no vale nada, ni siquiera el recuerdo.

—¿Y aquel niño? —preguntó Leonardo.

—Dios sabe... —dijo el cura—. Se hace tarde, mejor os laváis y coméis algo, recordad que las hermanas Encinasola os llamarán por teléfono.

—No se vaya, don Miguel. —Leonardo quiso retorcer aquel trapo húmedo hasta sacar la última gota, sabía que era la oportunidad de saber algo que él ignoraba tanto que no sabía ni preguntarlo, mas el cura, que era hombre mayor, rondaba los setenta años, y era algo parlanchín, pero inteligente y sereno, se levantó, le puso una mano en la cabeza a cada uno de los hermanos y antes de salir elevó en la puerta de la casa la señal de la cruz.

—¡Ahí tienes Madrid, Leonardo! —dijo entusiasmado Santiago El Fatiga—. Desde luego no hay más que echar un vistazo a la gente para saber que llega uno a una ciudad como la gente, una capital como tiene que ser...

También era la primera vez que Santiago y su taxi llegaban a Madrid, pero, sin mermar ni su entusiasmo ni su pericia como conductor, no tuvieron más remedio que detenerse a unos kilómetros de la ciudad, en la carretera de Extremadura.

Los tres se bajaron, Santiago abría cuantas ventanillas y resortes incluía su automóvil con el endeble intento de apaciguar el calentamiento del motor mientras Rafael le señalaba a Leonardo el horizonte, la ciudad, como una tarta de ladrillo, de acero y cristal en el centro de una mesa: Madrid. Eran las siete de la tarde, el aire estaba fresco y ya nocturnaba, por el noreste la luna surgía con lentitud.

—¿Estás mareado?

—No... Por lo menos, no mucho... Es impresionante ver Madrid desde aquí, casi me alegro de que se haya estropeado el coche.

Rafael le dio un golpecito en el hombro y le ofreció un cigarrillo. Ya no parecía el mismo hombre, aquel arrogante, apenado y violento hermano del muerto se había convertido, casi por completo, en el hombre que era, un hombre de negocios, admirado y respetado.

Cuando llegaron a la casa de Rafael, Santiago El Fatiga abrió cuanto pudo la boca, aunque no dijo ni una palabra debido a la impresión que se llevó. Leonardo parecía que había visitado casas así de grandes toda su vida. El sol ya había caído definitivamente, a lo lejos se divisaban las siluetas de las montañas del Sistema Central y todavía podían contemplarse los últimos destellos del arrebol arañando los picos nevados, el aire resultaba fresco y limpio como el del camino de un río lejano.

Alma Cándida y las niñas estaban esperándole en silencio. Pero apenas un cuarto de hora más tarde cenaban juntos en el salón.

—Desde luego —dijo El Fatiga—, casas como esta no las tiene ni el obispado, se lo digo yo que he visto los de Huelva y Badajoz... Esto confirma que si es uno joven lo mejor que puede hacer es salir de su pueblo, correr a la par de los tiempos, y picar aquí en la capital, donde están los dineros. Si me hubiera cogido a mí con veinte años menos a lo mejor la casa de enfrente era la mía, Saldaña, ¿quién me dice a mí que no hubiera levantado yo una Compañía Española de Taxis? ¡Taxis Santiago!

Rafael reía las ocurrencias de su paisano. Leonardo parecía si no triste al menos meditabundo. Realmente no tenía muy claro a qué había venido, él no necesitaba de Madrid ni de ninguna parte, algo en su interior lo había empujado a hacer este viaje y él solo se había dejado llevar. ¿Era el amor que sentía por Irene? ¿Proteger a su hermano de hacer una tontería, despegarse unos días de las tuneras del este y del camposanto de Sonora, olvidar el sabor alquímico de las palomitas de aguardiente? Nada estaba claro, ni siquiera su mirada, porque allá donde ponía los ojos, lejos de embelesarse por los objetos y la distinción de la casa de su hermano, veía confusión, y eso le reafirmaba que este lugar no era el suyo. Ahora que había muerto Miguel Ángel la soledad ya no iba a ser elegida, sino impuesta, pero eso no le preocupaba, su hijo estaba bien protegido, no en vano don Miguel se encargaba de él a base de buenas pagas.

—Me alegro de que hayas decidido venir, Leonardo, estar juntos es lo mejor que nos puede pasar a todos después de estos acontecimientos... —le dijo Alma Cándida.

—Pero, tía, podríamos estar todos en Sonora... a mí me gusta el pueblo de mi madre. En Madrid siempre hay demasiada gente... —replicó Irenita, la hija natural de Leonardo.

—¿Te gusta Sonora?

—Sí, y voy a volver... Si este curso sale bien, mamá me ha dicho que recogeremos a Benito y nos iremos los tres al pueblo. Estoy deseándolo...

—Pues en el pueblo hay sitio para todos ustedes... —aseguró El Fatiga—, ya saben que allí tampoco les faltará de nada, y, ojo, que también tengo que decir una cosa: liebre como la que se come en Sonora, no la comerán aquí en Madrid, por muy capital que sea.

La conversación discurrió sin más consideraciones que el

entretenimiento y las risas hasta que las niñas se acostaron, una hora que aprovechó Rafael para arreglarse y tener la oportunidad de mirarse al espejo y pedirse a sí mismo tranquilidad, discreción y elegancia. Más tarde llamaron a la puerta; era Irene. Después de saludar efusiva y divertidamente a Santiago El Fatiga, y de abrazar en señal de duelo a Leonardo, se sentó con ellos.

—¿Dónde está tu hermana?

—¿Mi hermana? No lo sé, Rafael. Ya es mayorcita, hace dos días que no la veo ni siquiera en La Oropéndola. Está muy afectada por lo de Miguel Ángel... y muy impresionada con el Profesor...

—¿El Profesor? —preguntó Rafael.

—Sí... el Profesor Legrand... ¿no lo recuerdas? El mentalista que actuó en la sala, el de los nombres, los números y las adivinanzas.

—El Profesor... ¿Y está impresionada por ese tipo? Es un farsante, como todos esos.

—¿De qué se trata? —murmuró escéptico Leonardo.

—Bah, un tipo llegado de América, que por lo visto te mira a los ojos y te adivina los porvenires y el pasado, o eso dice él... Pero yo lo que digo es que no es capaz de vivir sin trabajar.

—Tú no viste la función entera, Rafael... —repuso Irene—. Nada más irte tú salió al escenario María del Eco... Resultó impresionante.

—Impresionante fue la desvergüenza que tuvo... Te he preguntado por ella porque quiero que se lleve de esta casa las cosas que le pertenecen y que no la pise nunca más.

Alma Cándida e Irene se miraron y mantuvieron un pacto de silencio.

—Ahora he de irme... Te agradecería, Irene, que fueras luego con mi hermano y con Santiago a La Oropéndola, allí nos veremos todos.

Cuando se quedaron solos Alma Cándida le enseñó a Santiago su habitación, que incluía bañera, una circunstancia que festejó con algarabía el hombre. Leonardo e Irene salieron a echar un cigarrillo al jardín. La noche era muy bella, y la hora, las diez en punto, especialmente silenciosa.

—Yo también me alegro de verte aquí...

—En tus dominios.

—No digas tonterías...

—Sólo estaré unos días, si acaso una semana.

—Hay problemas, ¿verdad?

—Sí...

—Verás, Leonardo, María del Eco no ha tenido nada que ver con lo de Miguel Ángel, no entiendo por qué ahora la miráis como a una asesina y la señaláis como a una prostituta... te lo dije ayer por teléfono, tú también estuviste allí, en Sevilla: ella no le dijo nada, no le increpó, fue él, sólo él quien pretendía algo que no podía ser... Todo ha sido un terrible accidente, las cosas que tienen que pasar pasan, así ocurre siempre.

—Ya.

—No te veo muy contento.

—Empiezo a dudar de si he hecho bien en venir, Irene...

—¿Es que no me quieres?

En vez de aclarar tan tribal cuestión, Leonardo desechó cualquier señal de respuesta en su comportamiento.

—Dime, Irene, ¿quién es el Profesor ese?

Irene sonrió. Abrió sus ojos verdes y los desparramó sobre la noche. No había obtenido respuesta, pero nuevamente sentía entre sus dientes la mejor ración de la pieza, los higaditos de la liebre, siempre sucedía así con Leonardo. Lo había dominado desde niño, desde aquella vez que se hicieron novios cuando murió Faustina.

—Ese Profesor es el hermano de Martín Martín Martín.

—¿El hermano de ese chulo? No recuerdo que tuviera un hermano.

Sí recordaba, cómo podía olvidar a aquel personaje tan singular y tan atractivo. El mismo que le enseñó por dentro el Circo dos Irmãos Costa, le invitó a contemplar la decapitación de un burro y le dio lecciones de cómo vender un viejo león inservible.

—¿Aquel que sabía de memoria listas de objetos, de marcas de puros, de hortalizas, pájaros y todas esas cosas?

—El mismo.

—¿Profesor? Es increíble...

—Ahora vive aquí, en Madrid, y su hermano está con él.

—¿Y tu hermana, también?

—Sí...

—Entonces será mejor para todos.

—Tengo miedo, Leonardo... Las cartas están cantando desdichas, las toco y me dan calambres en las puntas de los dedos, las meto debajo de la almohada, como he hecho toda mi vida, y hasta que no las saco no puedo dormir.

—Deberías tirar esas cartas.

—Fueron de mi madre, Leonardo... Y a mi madre se las regaló tu padre.

—Eso no es cierto...

—¿Ah, no? Antes de dárselas, tu padre las metió en el estómago aún fresco de una cabra blanca, las ató a un cordel y las sumergió en el pozo de tu casa, allí estuvieron una noche y un día... después ató el cordel al extremo de una caña muy larga, y allí mantuvo las cartas otro tiempo igual, suspendidas en el aire, después las guardó en una cajita metálica, y se llevaron en las brasas de la chimenea otro día y otra noche, y finalmente las enterró otra noche y otro día a los pies del ciprés del medio del cementerio de Sonora, donde ahora está la buganvilla... Sí, Leonardo, el agua, el aire, el fuego y la tierra, y todavía antes de entregárselas las tuvo doce horas expuestas al influjo de la cuarta luna llena del año, la del Viernes Santo. Tu padre siempre le regaló muchas cosas a su querida... Un pañuelo, un anillo de oro, una chopera y una casa. Todo... En el fondo os lo debemos todo, Saldaña... A cambio hemos dado lo único que poseíamos las Encinasola: nuestros tesoritos y nuestra clarividencia.

—No deberías hablar así... ni de los muertos ni de los vivos.

—Fausto Saldaña se comió su bocado, tú el tuyo, Rafael el suyo. Hemos sido consideradas liebres, ustedes eran los galgos caretos.

—El bocado de Miguel Ángel se lo comió ese hijo de puta. A ti también te boqueó la barriga, por no decir otra cosa.

—No me perdonarás nunca, ¿verdad?

—No.

—Ni que me casara con Hardy, ¿no es cierto?

—Ese *Mistijardy* me da igual, fue un camelo, todo Sonora lo sabía, y puede que todo Aracena incluida su madre, sí, todos menos él... Las bodas por despecho son la primera página de la infelicidad.

—Yo ahora soy feliz, Leonardo.

—¿Y qué?

Dos horas más tarde, a medianoche, llegaron a la puerta de La Oropéndola. Fueron en un taxi, circunstancia que le hizo mucha gracia a Santiago El Fatiga. Los luminosos estaban encendidos, luces amarillas, verdes y rojas serpenteaban por los rótulos. No había mucha gente, era un día entre semana, pero la sala era tan magnífica que se bastaba para impresionar a cualquiera recién llegado de un remoto pueblo. Ocuparon una de las mesas

favoritas de Irene, les sirvieron unas copas y durante unos minutos los tres sólo oyeron la música.

—¿Dónde está mi hermano?

—No siempre se le ve. Es un hombre muy ocupado.

—Ya lo creo —comentó Santiago—. Con un bar como este, qué digo bar, bar es el de Limón Limonero, esto es otra cosa, como para no estar ocupado, con tanta gente, Dios, y todos elegantes y todos guapos, y diría que todos millonarios, nada más hay que verlo para entenderlo.

—Pues tú no has visto cómo se pone esto el fin de semana. La noche del viernes no cabe la gente, hay una orquesta de verdad y actuaciones.

—¡Actuaciones! Es que esto es otro mundo... Esto es Madrid, es la vida, Leonardo, no sé yo cómo no te quedas a vivir aquí, con la edad que cuentas y el temple que tienes. Si me hubiera cogido a mí con veinte años menos...

Leonardo terminó su copa. Miró a Santiago y sonrió.

—Dime, Santiago, ¿has visto alguna tunera en Madrid? ¿Alguna liebre saltando por estas calles?

—No, eso no, y ya lo apunté en la cena... pero también es verdad que lo mejorcito de Sonora se ha venido aquí a la capital. ¡Que haya tenido que venir tu hermano para montar esto!

—Sí...

Irene se divertía oyéndolos hablar. Era lógico que un hombre que viene de su pueblo se maraville ante tantas cosas nuevas, sin embargo no veía de igual manera a Leonardo. Le miraba de perfil, ni siquiera estaba segura de si le amaba, probablemente no, era el padre de su hija y el cuñado de su hermana, tenían tantas cosas en común como las brevas de una misma higuera, como cubos de agua sacados del mismo pozo... y esas son demasiadas cosas parejas para intentar amarse. A pesar de que aparentemente Leonardo estaba tranquilo ella adivinaba que su interior era el vórtice de una gran agitación. La muerte de su hermano, sus discrepancias con el pasado, su recelo con todo y su manera esquiva de enfrentarse a la vida hacían de él, cada vez más, un hombre imposible de traspasar y de definir.

Se recogieron temprano, sobre las dos de la mañana, y no llegaron a ver a Rafael en La Oropéndola. Dejaron a Santiago en la casa y ellos se fueron al domicilio de Irene con la intención de pasar la noche juntos. Allí volvió a suceder que el azar señaló con el dedo. Tomaron otra copa, oyeron una dulce música y ambos se entregaron, sin miramientos, sin ropajes y sin ataduras.

Cuando llamaron al telefonillo del portal, con insistencia, repetidas veces, Irene no tuvo más remedio que contestar.

—Sube...

Eso fue lo único que oyó Leonardo desde la cama mientras apuraba una copa de champán. Irene entró en la habitación, terminó la suya, se puso un albornoz mientras miraba a Leonardo y suspiró.

—Es mi hermana. Le he dicho que suba.

Él no dijo nada.

—Sólo será un momento. ¿Quieres que le diga que estás aquí?

Leonardo se encogió de hombros y encendió un nuevo cigarrillo.

—Haz lo que quieras.

María del Eco no venía sola. Como una sombra pegada a su espalda estaba acompañada por el tres veces Martín.

—Alma Cándida me ha dicho que no puedo entrar, que recogiera mis cosas y que no volviera. No puedo creerlo...

María del Eco se sentía como en su propia casa, la conocía perfectamente y no era la primera vez que dormía allí; eso sí, sin compañía de ninguna sombra.

—Como Irenita se ha quedado en casa de Rafael, me lo ha dicho Alma Cándida, he pensado que podía dormir aquí, en su cama. Hermana, estoy tan cansada que me muero de sueño...

—Las mujeres os cansáis con nada. ¿Tú también te encuentras cansada, Irene? Estás muy guapa: ese pelo rojo suelto, ese albornoz de rayas negras... Mira que sois guapas las hermanas Encinasola, qué bien hechas estáis. —Martín se sirvió una copa de whisky y se la tomó de un trago—. Mi hermano me está esperando abajo, si te quedas a dormir será mejor que me vaya. ¿O alguna de las dos prefiere que me quede yo también a dormir? María del Eco me ha dicho que tienes una cama muy grande, Irene... —Soltó una de sus risotadas, se levantó y pareció dispuesto a irse—. No te enfades, mujer, no te enfades, es mejor que sigáis todas con esos Saldañas, así os va, ¿sabes, Irene?, he de reconocer que tienes clase, siempre lo supe, desde que te vi el primer día. —Martín miró de soslayo a María del Eco—. Ahora bien... enamorarme sólo ha podido enamorarme tu hermana, pero tú, Irene, lo que necesitas es un hombre de verdad, que te comprenda y que te enderece, eres una bonita yegua pero no todos saben montarte.

—Y tú eres un cerdo capado.

—Eh... ¿No compartes una broma mía? Pobrecilla... ¿también tú estás

dolida por lo del Saldaña?

—Por favor *Martin...* —suplicó María del Eco—, será mejor que te vayas.

Martín Martín Martín sonrió, estiró como siempre hacía su cuerpo y besó a María del Eco en los labios, después quiso hacer lo mismo con Irene, pero ella se separó mientras le miraba a los ojos con la electricidad propia de un cable de alta tensión. Martín soltó otra de sus risotadas.

—Eh... nada más quería besarte en la mejilla. ¿Qué te crees?

No había terminado de hablar cuando se abrió la puerta de la habitación y apareció Leonardo. Estaba vestido, un cigarrillo pendía de su comisura pero traía las mandíbulas apretadas.

—Buenas noches...

Lo dijo sin sobresalto, silabeando, dio dos pasos y se sentó a la mesa. Desde allí, sin mirarle, le dijo:

—He oído que te ibas ya.

—Vaya... ¡Leonardo Saldaña! —exclamó Martín—. Quiero darte el pésame por lo de Miguel Ángel.

Martín le ofreció estrechar la mano en señal de duelo. Leonardo rehusó. Soltó una bocanada de humo y entonces le puso los ojos encima.

—¿Tú que tanto sabes te sorprendes de verme aquí?

—No... amigo mío, no... ¿Dónde puede estar mejor un Saldaña que en la madriguera de una Encinasola?

En ese instante sonó el telefonillo. Alejandro Martín, ahora el Profesor Alex Sander Legrand, también quiso saber si su hermano bajaba o no.

Un minuto más tarde estaba arriba. Naturalmente no traía puesta la chistera brillante, ni la capa roja ni el esmoquin. Alejandro Martín tenía una simpatía peculiar, sonreía siempre pero no era una sonrisa clásica, sino más bien un rictus, una marca imperecedera y estirada de sus labios.

—Pasa —le dijo Irene.

Dio las buenas noches y miró a cada uno, luego se quedó de pie sin decir nada más, sin saber qué hacer, su hermano le sirvió un vaso de whisky y él lo sujetó entre las manos con la liturgia de quien coge un cáliz.

—Ya bajaba, Alejandro, pero termínate la copa tranquilo, y nos marchamos, después de todo vas a tener la oportunidad de saludar a viejos amigos.

—Sí, creo reconocer a estas personas, tú debes de ser Irene, la hermana de María del Eco, la de nombre de emperatriz, y tú Leonardo Saldaña... Por

cierto, siento profundamente lo sucedido a tu hermano.

Leonardo bajó la cabeza y los ojos a cambio de dar las gracias.

—¿Por qué no te sientas? —le propuso Irene.

Se sentaron todos alrededor de la mesa. Eran las tres de la madrugada, Irene miraba con curiosidad a Alejandro: el Profesor que tanto le había impactado resultaba ser un viejo conocido de la infancia, así que su adhesión al lenguaje oscuro de las cartas brotó de ella como la llama de una vela, por eso se le quedó mirando, absorta, y por eso sus enormes ojos se abrían aún más hasta que, secos, le dejaban caer los párpados y los cerraba casi por completo antes de abrirlos de nuevo.

—¿Deseas saber algo, Irene? —le preguntó Alejandro.

—No... No... Es que me llama la atención tener tan cerca a una persona especial y sensible... No comprendo cómo podéis ser hermanos.

—Tú comprendes pocas cosas, Irene —dijo Martín—, cualquier emoción o te sorprende o te incita al delirio. Mira al Saldaña, ¿eh, Leonardo?, él no se sorprende por nada, está hecho de otra pasta... sereno, distinguido y callado, todo un señor.

—Siempre será mejor que parecer un bandido. Creo que será mejor que me vaya, en la misma noche se ha metido demasiada gente.

—Pero ¿a dónde vas a ir, Saldaña? Madrid te comería las entrañas de dos bocados, no sabes ni el nombre de la calle donde estás... —Martín se rellenó su copa y encendió un Chesterfield, María del Eco hizo lo mismo, en ese instante todos miraron a Leonardo.

—No te vayas —le suplicó Irene.

Pero no fue suficiente. Leonardo Saldaña se levantó, se puso su chaqueta y dio las buenas noches. Nada parecía poder apartarle de su actitud.

—Me marchó a Sonora. Voy a recoger a Santiago y nos iremos inmediatamente. Nunca debí venir a esta ciudad. Mi sitio no está aquí.

—Por favor, Leonardo —suplicó María del Eco—. No eres tú quien debe marcharse, nos iremos nosotros, nos iremos todos, pero tú quédate.

—Leonardo Saldaña... —lo dijo sin levantar la voz, casi como preguntando, no le miraba, sus ojos estaban fijos en la superficie de la mesa, aún no había dado ni un sorbo de su copa, se restregaba una mano contra la otra—, en América conocí a tu doble... Una persona con tu misma fisonomía exterior... e interior.

La voz de Alejandro entró por los oídos de Leonardo, pero resultó ser

algo más que una voz, a él le sonó a extraña melodía, a frasco sonoro que derramaba misterio y seducción. Era el único que no le había pedido que no se fuera. Había mantenido silencio hasta ahora.

—¿Mi doble?

—Sí... Hace unos años, en una sala de Nueva York. Recuerdo que solicité a alguien del público subir al escenario y salió él... Sí... tenía tu estatura, tu bigotillo, esa forma de mirar y tu mismo tono de voz...

—No me interesa lo más mínimo. Puedo tener tantos dobles como dedos tengo entre las manos y los pies, a todos nos pasa.

—Dios, a mí me gustaría conocer a mi doble... —dijo entusiasmada María del Eco.

—Tú cállate... —le ordenó Martín.

—Por mí te puedes quedar con tus dobles y con los míos... Yo me marcho.

—Por favor... Leonardo... Es muy tarde...

Leonardo se mantuvo quieto. Más que la súplica de Irene había sido aquel tonillo de voz de Alejandro. No le interesaba realmente la historia de su doble, no era hombre fácil de engatusar con trucos y remembranzas. Pero había algo más, no olvidaba la conversación que mantuvo con Rosario dos Santos y con don Miguel, sobre la ascendencia y los hermanajes de los Saldaña... Aquello sí que le interesaba.

—¿Le dijo algo digno de saberse aquel hombre que era mi doble?

—Sí... Porque fue la primera vez que alguien del público sale al escenario y en vez de ser diseccionado por la voluntad del artista es él quien disecciona esa voluntad.

—¿Qué quieres decir?

Lo preguntó Irene, pero pudo haber sido cualquiera de ellos. La mirada perdida de Alejandro mientras hablaba era tan atrayente que todos deseaban saber qué miraba.

—Ese hombre me dijo: *Profesor Legrand, no está usted en el lugar correcto...* Entonces abrí las manos y le miré con intensidad a los ojos, el hombre parpadeaba mucho y sudaba, evidentemente estaba nervioso... La sala estaba llena de gente callada y a oscuras, excepto el redondel luminoso del foco que pendía sobre el escenario... El hombre aquel me dijo: *Su lugar está lejos de aquí, Profesor, tal vez en Europa, usted puede responder a muchas preguntas, usted domina todas las respuestas, pero lo único que no*

*nos puede decir es quién es, de dónde viene y a dónde cree que va... No es usted un hombre liebre...*

—¿Dijo *liebre*? —se interesó Leonardo.

—Sí, dijo *liebre*... seguramente aquel hombre quiso decir *libre*, en español, pero erró al pronunciar la palabra y dijo *liebre*... O eso fue lo que yo creí. Aquello me llamó mucho la atención, naturalmente, pues yo nunca había oído decir a nadie en los Estados Unidos, y muchísimo menos en Nueva York, que supiera lo que son las liebres.

—¿Cómo lo resolviste? —preguntó Irene completamente abstraída por la historia.

Alejandro tomó un trago de whisky. Chascó la lengua y volvió a perder la mirada en uno de esos puntos invisibles.

—A decir verdad no lo resolví. Aquel hombre preguntaba muchas cosas. Era exactamente igual que tú, Saldaña, cuanto más me acuerdo más me parece que fueras tú mismo... Así que le dije: *Verá usted, de las 15.000 especies de mamíferos que hay actualmente, al menos 6.500 son roedores...* Como eso no le bastó, añadí: *Atendiendo al número de incisivos que tienen en la parte superior, pueden ser duplicidentados o simplicidentados. Al primer grupo, los duplicidentados, también llamados lagomorfos, sólo pertenecen los conejos... y las liebres...* El hombre me miró sonriente y me respondió: *Eso ya lo sabía, Profesor...* Me dejó perplejo, ¿cómo podía acumular aquel hombre norteamericano tanta información sobre una palabra que por una posible mala dicción fue prácticamente elegida al azar?

—Sigue... —le rogó Leonardo.

—Bueno... lo único que pude hacer fue continuar hablando de las liebres, que era lo que el hombre quería... *Verá usted, señor, le dije: Las liebres viven en lugares anchos y en terraplenes, se encaman entre las matas y dan a luz crías muy despiertas, con pelo y con los ojillos abiertos y azulados... La liebre europea (Lepus europaeus) no llega al extremo norte de Europa... allí se vuelve blanca en invierno y por esa causa se le denomina liebre tímida (Lepus timidus), y al sur del río Ebro encontramos la liebre española (Lepus granatensis)...* Pero aquel hombre me dijo: *Usted no me entiende, Profesor.*

—¿Y le entendías? —inquirió ansiosa María del Eco.

—Eso aún no lo sé, pero sí sé que esta noche lo sabré, algo me lo dice... —Alejandro abrió los dedos de sus manos y se los miró como intentando resolver enigmas; después, con voz muy pausada, sabiendo de sobra que se le

oía con atención, continuó su extraño relato de las liebres—. Aquel hombre se quedó callado unos segundos. Yo sabía que todas esas siluetas que se veían desde el escenario esperaban una respuesta... era el último número, la última fórmula, no podía fallar... *¿Usted cree que no le entiendo?*, le pregunté. *Le voy a decir una cosa, señor, está usted emocionado, y la emoción resta cordura y obstaculiza la racionalidad... Dígame dónde ha nacido...* El hombre respondió que había nacido en los Estados Unidos, *¿Dónde si no?*, me preguntó con un peculiar acento del suroeste... Esa fue su perdición, amigos, en ese momento el caballero abrió el libro de su vida y simplemente tuve que leerlo... Por eso le respondí: *Dígame, no ha nacido en Nueva York, porque usted ha nacido en el desierto, ¿verdad?*... Eso le puso nervioso. Entonces proseguí: *Ha nacido usted en un lugar llamado Palo Seco, a diez millas de Holtville, día y medio al este de San Diego, California, exactamente en el desierto de Sonora...* El hombre se puso a temblar, a medias por la emoción y a medias por la sorpresa... *¿Cómo ha podido saberlo?*, me interrogó tartamudeando al menos cuatro veces... La gente aplaudía puesta en pie y no pudo oír la respuesta, sólo la oyó él: ese hombre había nacido en el único lugar de Estados Unidos donde a las liebres se las llama liebres.

—¿Y cómo pudiste saberlo? —le preguntó Irene.

—Lo leí en un libro que se titula *Zoología pintoresca de los Estados Unidos*, cuando crucé el país. Reconozco que fue una cuestión de suerte.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? No encuentro ninguna relación entre esta situación y esas liebres.

—Esa relación, Leonardo, es la misma que tenemos tú y yo.

—No comprendo...

—Ahora lo vas a entender: tú has querido preguntarme por tu madre, no sabes quién fue, y por eso permaneces aquí. Yo sí lo sé: tu madre fue mi madre.

—¡Eso no puede ser! Además, nosotros los Saldaña nunca mantuvimos a las madres de nuestros hijos... ¿Qué importa, entonces, que seamos hijos de la misma madre?

—Y del mismo padre —le respondió el tres veces Martín, que aprovechó para rellenarse la copa y encender otro Chesterfield.

—¿Quieres decir...?

—Sí... —ahora le respondió Irene Encinasola, que también se rellenó su copa e igualmente prendió un cigarrillo—. Nos lo contó una vez mi padre

a Beatriz y a mí, creo que fue el mismo día que todos nos conocimos. No nos dejaba acercarnos a ninguno de vosotros, bajo pena de un mal palo, eso ya lo sabéis.

La vuelta a casa, a Sonora, le pareció muy larga a Leonardo Saldaña. Su hermano no le hizo muchas preguntas, y no insistió demasiado para que prolongara su estancia en Madrid. En realidad apenas hablaron. La noche que vio a Martín en la residencia de Irene, Leonardo llegó a casa de Rafael pasadas las seis de la mañana, y no durmió, se quedó sentado en el salón, a solas con sus pensamientos, tan triste y desolado como jamás se había sentido. Se acordaba mucho de Miguel Ángel, le echaba de menos, tal vez había venido a Madrid para dejar la casa vacía unos días, para que el espíritu de su hermano pudiera vagar con tranquilidad y así consiguiese remover las cosas a su antojo e impregnar el aire. Seguramente no había sido una buena idea, él se acercó a Madrid con la intención de no llevarse nada, sin embargo se había traído de vuelta, en un equipaje invisible, gran parte de su pasado y de su propia existencia. Lo que había oído, toda esa historia de Alejandro Martín, de su doble y de las liebres de ese lugar llamado Holtville, no era lo importante para él, sólo se trataba de patrañas preparadas por el Profesor... su relación con esas personas le había abierto puertas donde antes sólo había paredes, pero eso más que darle luz a su horizonte lo había oscurecido.

Cuarenta y ocho horas escasas fue el tiempo que permanecieron Leonardo y Santiago El Fatiga en Madrid, ni siquiera llegaron a ver La Oropéndola abarrotada el fin de semana, porque partieron el viernes por la mañana, un día ventoso, plomizo. Santiago no paró de hablar de sus ideas sobre la capital y de todo lo que hubiera podido hacer de haber llegado veinte años atrás; Leonardo no dijo ni una palabra hasta que cruzaron los límites de Zafra y le pidió a Santiago que lo apeara donde el Paredón.

—Entonces, dejó la maleta en la puerta de la casa...

—Sí.

El taxi se alejó hasta el pueblo, Santiago se quedó mirando unos segundos a Leonardo por el espejo retrovisor, chascó la lengua y meneó la cabeza.

—Mala cosa —musitó para sus adentros.

Cuando llegó no resistió pasar por el bar de Limón, era lógico, después de todo lo que había vivido en esos dos o tres días y de todos los kilómetros que llevaba encima. Un cuarto de hora más tarde charlaba animosamente con su amigo Limón de sus exageradas impresiones, de la sala y de la casa de Rafael y de cómo eran los taxis de Madrid, y por supuesto de lo bien que se había portado su coche.

—Que se vuelve uno más elegante, Limón, nada más que tienes que mirarme. Gorra nueva, con su visera de charol, como está mandado... me la han regalado los Saldaña de Madrid... Buena gente, buena gente, y espabilada.

—¿Y Leonardo se quedó? —preguntó Limón.

—Quiá, ahí se bajó en el Paredón... Ese hombre le tiene cogida manía a las ruinas, no sé yo para qué... Con el dinero que tienen todos, con lo bien que podía estar él en Madrid.

—Algo será...

—Psss... Vete tú a saber, es un hombre raro el Leonardo, la muerte de su hermano le pesa mucho, se le nota, y es que para bien decir hace tres días que se ha enterrado... y encima tiene a ese chiquillo interno en Sevilla. En fin, don Limón Limonero, que ahí me acerco a dejarle la maleta en la puerta de su casa y me vengo a terminar el vasito, y luego me voy a la mía.

Fue fácil para Leonardo no pensar en nada. Aunque lo hubiera intentado su cabeza estaba tan deshilachada que tenía la impresión de que se le iba a descolgar en un momento próximo. El aire le pasaba de una sien a otra, se le metía por uno de los oídos, atravesaba su cerebro y salía por el otro tan limpio y sutil como había entrado. La cabeza de Leonardo Saldaña estaba hueca, y tan frágil que no podría retener ni un pensamiento por muy delgado y volátil que este fuera. Era mejor así, ausentarse de los sentimientos. Prendió un cigarrillo y se sentó de espaldas al Paredón, como quien se sienta de espaldas a un libro, miró los campos de finales de abril llenos de vida y de color, a los insectos y las neblinas del horizonte. De haberse sentido más fuerte, más hecho, tal vez hubiera imaginado a su padre hacía treinta y ocho o cuarenta años, escopeta al hombro disparando a la cara de aquel pobre

portugués, habría imaginado a las aves volando, a los cuervos y las urracas llenos de negritud y de oportunismo disputándose el privilegio de ver caer a un muerto que no ha cerrado los ojos todavía... Y lo peor de todo, lo más temible, el agujero más recóndito y que tanto vacío le provocaba: hubiera imaginado que el niño pequeño arropadito en el capote de la mujer, el hijo de su padre adolescente, no era otro sino Martín Martín Martín, el boqueador de gallinas, el que le dijo de manera despectiva que todos eran lebratos de la misma liebre y todas las Encinasola presas de la misma caldereta.

Leonardo Saldaña estaba cansado, probablemente cansado de estar vivo, tanto era el vacío que sentía. Cerró los ojos e intentó oír el campo, y no lo consiguió; los cerró más todavía e intento atisbar su interior, y tampoco lo logró; así que aplastó la boquilla del cigarro con los dientes, apretó una mano contra otra y empujó los pies firmemente contra la tierra, creyó que entonces podría llorar, gritó, se lamentó como un animal mordido por un cepo, pero no lloró, estaba tan seco por dentro que un pajarillo decidido no hubiese encontrado obstáculo alguno para atravesarlo limpiamente como a una ventana abierta.

Había cuajado la tarde cuando llegó al domicilio familiar. No lo hizo de manera directa, merodeó los alrededores del pueblo, sin saber muy bien por qué, vagabundó sin concierto y sin ánimo de distinguir los caminos, recorrió la veredita del higueral, siguió la linde de la chopera, se vio en las tuneras del este, las atravesó y se persignó cuando lo hizo, cual si cruzara bajo la almendra de una iglesia, y desde el recodo de la calle contempló, no sin pena, su maleta en el umbral.

Tuvo que dar dos vueltas de llave para abrir la puerta. El sol esquivo, la poca luz que quedaba, entró antes que él en su propia casa. Parecía una silueta de viajante recortada en charol negro al lado de una maleta, debajo del dintel de una puerta que separaba dos mundos, mas los dos reales, los dos presentes... uno, lleno de futuro, acelerado y dispuesto a perseguir la felicidad hasta extinguirla... otro, el de su casa, limitado a sobrevivir, sin gritos ni luces, más bien hecho para habitar en un lugar donde la umbría ensabana las cosas y, como no hay palabras, los pensamientos son capaces de sisear sus contenidos.

Se sentó a la mesa, encendió mecánicamente un cigarrillo, cerró los ojos y sintió una aureola de protección. Desde afuera se oía el piar de los pájaros, desde dentro el susurro de lo que tiene tendencia a dejar de existir, pero, a pesar de todo, el día era muy hermoso en Sonora. Como la puerta de la calle

sólo estaba encajada don Miguel la empujó con parsimonia, y se quedó mirando el perfil de Leonardo.

—¿Ya estás aquí, Leonardo? Nada bueno te traes, te lo veo en el silencio. Los silencios son distintos, no son todos iguales, unos callan más que otros... —Al tiempo que hablaba, don Miguel se acercó a la mesa, acarició la maleta de Leonardo y se sentó—. Tienes que estar cansado, Saldaña, hacer seiscientos kilómetros en ese taxi del Fatiga no debe de ser broma ni para un santo como eres tú.

Leonardo sonrió, aplastó la colilla contra el cenicero y prendió un nuevo cigarrillo.

—Para usted todos somos santos, don Miguel.

—No te creas, no te creas... Que santo es aquel que se acoge a los designios de Dios y se muere sin saberlo. No te ha gustado Madrid, ¿verdad?

—No.

El cura meneó la cabeza y también encendió un cigarrillo.

—Me lo imaginaba... Has ido a Madrid, pero es como si la hubieras contemplado asomándote a la última ventana de un edificio muy alto, te has sentido como un animal fuera de su jaula cuando está acostumbrado a vivir dentro de ella. Lo que has visto no te ha gustado, lo que has oído tampoco, no son ropas de tu talla. Has comprendido que no tienes ninguna necesidad de salir de aquí. Sonora es un mundo diminuto, tenemos nuestros terremotos y nuestros plenilunios, nuestras montañas y nuestros cielos y por ende nuestros infiernos. En nada envidiaríamos al Dante, hasta tenemos una Beatriz... Estás triste, ¿verdad?

Don Miguel no paraba de hablar, preguntaba por el estado de ánimo de Leonardo pero él mismo se respondía con otro argumento, con otra cosa que fuera capaz de hacerle salir del trance de aquella soledad tan terrible. Parecía imposible, lo estaba intentando pero se le antojaba cosa huera, huidiza, suicida.

—Dime, ¿tan grave es lo que has oído y has visto, que estás pensando en matarte?

—No estoy pensando en matarme, don Miguel, estoy pensando en morir.

—¿En morir? Eso son trocherías, no piensas en tu hijo, en Rosarinho, ese bendito de Dios. ¿Qué edad tienes? ¿Crees que lo has visto y has oído todo? No... Leonardo Saldaña, no...

Leonardo curvó sus dedos como una pinza y se taponó los ojos con

ellos. Don Miguel le agarró una mano y lo consoló.

—¿Quieres que vayamos al cementerio, a ver a Miguel Ángel? Antier al mediodía se llevó Toledano el marmolista la lápida en una furgoneta, trabajó en ella seis horas, que lo pagó la iglesia, y desde esta mañana la tienes puesta en su sitio, grabado el nombre y la fecha, pobre...

A paso cansino y silencioso se acercaron los dos al camposanto. Leonardo miró la tumba de su hermano, sintió que había visto crecer aquella losa, se le antojaba como la pizarra de una escuela donde el dedo del destino iba escribiendo pulcro y minucioso: primero fue escrito el nombre de su hermana Faustina, después el de su padre y ahora estaba recién escrito el de su hermano, siguiendo el orden implacable de la muerte.

—¿En qué estás pensando, hombre de Dios?

—En la piedra hay sitio para inscribir un nombre más.

—No digas memeces. Las tumbas también se llenan... ¡ni que todos los Saldañas fueseis a parar al mismo pedazo de tierra, bajo la misma losa! Ah, Leonardo, hijo, tú sí que acudirás a mi entierro, eso sí que es probable.

—En esta tumba no cabrían los huesos hechos polvo de todos los Saldaña, don Miguel, somos legión... liebres.

—Liebres... liebres... —repitió el cura—. ¿Te has enterado ya de lo de tus hermanos?

—¿Hermanos?

—Bueno, son hermanos tuyos ¿no?, tanto el Martín como el Alejandro... Llevas escrito en la cara que lo sabes.

—Sí lo sé, don Miguel, pero hubiera preferido no saberlo... Lejos de darme alegría me ha dado asco de ser quien soy.

—¿Cómo puedes decir eso delante de la tumba de tu padre?

—¿Mi padre? A saber padre de cuántos más.

—Vamos... vamos... ¿Qué tal con Irene Encinasola?

—Esa mujer no existe para mí. Ninguna de ellas.

—Entiendo... Sólo faltaría que te quedaras mudo como tu padre, y Dios me perdone. Está oscureciendo, cuando cae la noche hay que salir de los cementerios, Leonardo, si no los muertos se convierten en almacabras y lo dicho se desdice y lo bendito se desbendice. Vamos, hijo...

Al otro lado del mundo, si entendemos por mundo la vida y la pasión, el alimento interior y el sueño, una mujer acababa de descorrer un mazo de cartas. En realidad había descorrido más cosas: no le tembló la mano cuando

quitó el tapón a la botella de ginebra. Estaba sola, su hija, como casi todas las noches, dormía en casa de Alma Cándida, con su prima homónima. Contempló aquellas cartas una por una, los dibujos, los números, los contornos... rozaba con la punta de los dedos las figuras y los febriles arcanos, con tanta delicadeza y ternura como si acariciase la mejilla de un niño chico, era viernes por la noche pero ella había cerrado las ventanas a conciencia, echó la llave y la cadena a la puerta de la casa y entornó los ojos mientras bebía con la intención de acaparar todo el silencio y toda la soledad que podían surtir de sus cosas. Hasta cinco pliegues de piel se combaban debajo de sus párpados, y el color verde de sus ojos fue desapareciendo según aparecía la noche, así los iris se le transformaron en círculos incoloros alrededor de las pupilas, tal vez por influencia de la ginebra, y las pupilas en guijarritos redondos y sin brillo.

No tenía intención de leer las cartas, las desparramaba en la mesa y las volteaba de inmediato, después las recogía con brusquedad, daba la impresión de que un solo golpe de vista le bastaba para comprender que la jugada no era buena, que no eran de su agrado aquellas líneas que misteriosamente escribía para ella el caprichoso e inmisericorde calígrafo del tarot.

Cuando Leonardo abandonó esta casa, una noche antes, todos los que en este mismo salón estaban permanecieron en silencio, incluido Martín Martín. Y todos tuvieron la sensación de que Leonardo se marchó de allí convencido de una traición inexistente: nada había sido preparado, pero ¿quién podría afirmar lo contrario sin temor a equivocarse? Para una vez que parecía que todo podía cambiar, que la muerte de Miguel Ángel había sido la muerte de un mártir en el redondel de un circo, la de un soldado voluntario en una misión suicida, que con su huida de este mundo había acercado a Leonardo y a Irene probablemente de manera definitiva.

A pesar del vacío las horas pasaban muy lentas, porque estaban llenas de engrudo y eso las espesaba, y cuando puede oírse el tictac de cada uno de los dos o tres relojes que pernoctan en una casa es que el silencio ha tomado posesión, casi presencia corpórea.

A cada nuevo sorbo que le daba a la ginebra Irene veía sombras móviles en una gran pantalla, comprendía que a pesar de su edad era una mujer acabada para el cariño, hasta su propia hija se alejaba de ella, de manera microscópica, centesimal, pero irreversible, pasaba más tiempo en casa de su

prima y en el colegio que con su madre, eso no había sido lo pensado, pero el oropel, el dinero y el descanso por el que siempre había luchado eran ahora ingredientes no saludables, se habían podrido de un día para otro, como calandrias desplumadas.

Irene manoseaba su pasado sin control y seguramente sin un fin, había tantos juguetes y tan distintos que cuando abría el cajón donde se guardaban no sabía cuál de ellos elegir para verlo de cerca y examinarlo una vez más. Vertía las cartas en la mesa al tiempo que vertía ginebra en su vaso, pero en cada uno de aquellos recuerdos, en la totalidad de las cartas, en todos los tragos que le dio al alcohol, aparecía, como de fondo, como alguien que se va alejando y que no termina de hacerlo, Leonardo Saldaña.

No volvió a verlo hasta cinco años más tarde, en 1982, y tampoco se acercó a Sonora hasta ese día que fue a recoger a Irenita embarazada a casa de su padre.

Entonces tenía Irene cuarenta y dos años, flirteaba a diario con la bebida pero era mujer elegante y de saber estar por naturaleza, incluso era un poco más feliz. Veía a su hija dos o tres veces, lo más, a la semana, pero se había acostumbrado a considerarlo suficiente, su hermana Alma Cándida hacía honor a su nombre, a su silencio y a su bondad innatas, y lejos de enturbiar la relación de su hija y de su sobrina con peros y con trabas era la principal incitadora a que Irenita se quedara a dormir en su casa, al fin y al cabo las dos primas vivían sumamente hermanadas, eran amigas, estudiaban juntas y crecían a la par.

Ese año el verano se había alargado muy considerablemente, pero como fue año de primavera lluviosa, el campo estaba hermoso todavía, lleno de fuerza, de calor y eternidad. Entonces contaba Sonora con sesenta y cinco habitantes, casi todos mayores, don Miguel había muerto hacía dos años, pero, hombre sabio, había arreglado una paga para el pobre Felipe El Babi, el hermano de El Fatiga, y a cambio obtuvo la promesa de por vida de que no faltaran flores en su tumba todos los primeros de mes; la iglesia estaba permanentemente cerrada y sólo era abierta para una cosa de difuntos por un cura que venía de Zafra, porque bodas no había y nacimientos tampoco. Limón Limonero mantenía su bar, más por amor al brillo regastado de su barra de formica que al buen navegar del negocio, porque sus clientes más fervorosos eran las moscas del vino y los vapores que emanaban de un bocoy

medianito lleno de mosto picado; estaba bastante calvo el hombre, y gordo, y sus días más celebrados eran aquellos en que su amigo Santiago El Fatiga se acercaba al pueblo a darle una vuelta a la casa, a ver a su hermano Felipe y a echar un cigarro, ya que ahora vivía en Almendralejo, con su hijo mayor, que había puesto un taller de chapa y pintura *que ensucia menos las manos que la mecánica y él se lo merece*. Cuando aquella mañana Limón vio entrar a Irenita Encinasola en su bar no la reconoció, era una joven de mediana estatura con un bolsón de deportes colgado del hombro, traía el pelo muy corto y le pidió resoplando un café con leche y un vaso de agua.

—¿Conoce usted a Leonardo Saldaña? —le preguntó Irenita mientras removía el azúcar en el café.

—¿A Leonardo Saldaña? Claro... De aquí de Sonora es. ¿Quién pregunta por él?

—Yo...

—¿Tú? ¿Es que eres familia de Leonardo Saldaña?

—Más o menos... ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Bueno —dijo Limón sopesando sus palabras y cerrando un poco los ojos—, pues como son las doce del mediodía no pasará de media hora que ese señor ande por aquí.

—Entonces aquí le esperaré, si no le importa.

—No me importa... no me importa... que esperar no cansa y cuesta poco, aquí en Sonora, claro.

Limón centró sus ojos en la joven, ella también le miró, así que antes de que el hombre le preguntara nada se presentó:

—Soy la hija de Irene Encinasola, la de Raimundo, el que se mató cuando lo de Franco.

—Ah... ah... ah... Ya decía yo que te había visto antes, tú eres de las que viven en Madrid, ¿no?

Irenita rió, le pidió un paquete de tabaco rubio que Limón le despachó, lo abrió con desgana y prendió un cigarrillo.

—Eres muy joven para fumar.

—No se crea, señor, con mi edad ya se es... mayor de edad.

—Ah... ah... son cosas de la capital, aquí en el pueblo ya puedes ver: no pasa el tiempo. Mira —le señaló la puerta—, ahí lo tienes a Leonardo Saldaña, por ahí llega.

Leonardo cruzó el umbral del bar, se apoyó en la barra y miró a su hija. La había reconocido de inmediato, es más: la había visto llegar caminando

desde la carretera con el bolsón al hombro en dirección al pueblo. Limón le puso una cerveza.

—Que la joven pregunta por ti, Saldaña.

Leonardo asintió gravemente, dio un trago a su botella y le preguntó:

—¿Has venido sola?

Irenita movió la cabeza para decir que sí.

—¿Sabe tu madre que has venido?

Su hija mantuvo silencio, halaba del cigarrillo sin cesar y sostenía su vaso de café.

—¿Tu madre sabe que fumas?

No le preguntó nada más porque Irenita se echó a llorar. Con un llanto muy amargo, porque ella era una niña pero cuando lloraba era una mujer, porque era una persona muy segura de sí misma pero se había tropezado con una valla más alta que sus piernas y quería cruzar un puente roto segura de no caerse, porque aún llena de sueños y de juventud una sombra gigante se disipaba ante sus ojos y le mostraba la crudeza de la realidad. Tiró la colilla al suelo y la pisó, después alzó los ojos y miró a su padre.

—¿Sabe tu madre que estás aquí? —le repitió Leonardo.

—No... No sabe nada.

—¿Cuándo has salido de Madrid?

—Ayer.

—Anda, termínate el café y vamos a casa.

Era muy evidente que Irenita sabía que Leonardo era su verdadero padre, y no Hardy, pero nunca tuvieron ocasión de hablar del tema, y no resultaba extraño comprender que ambos necesitaran hacerlo. Eso es lo que murmuraba en su cabeza Leonardo camino de casa.

—Habrás que llamar a tu madre y decirle que estás aquí.

—Me da igual.

—¿Que te da igual? Te estarán buscando... estarán todos preocupados, querrán saber dónde estás y con quién... así que antes vamos a descansar un rato, comeremos y luego llamaremos a Madrid.

—La tía Alma y la prima creerán que estoy en casa de mi madre.... y mi madre creerá que estoy en casa de la tía.

Cuando se sentaron a la mesa Irenita quiso encender un nuevo cigarrillo pero su padre se lo impidió.

—Ahora no estás en Madrid, sino en Sonora. Esto es otro mundo... Además, creo que deberías decirme a qué has venido.

—Tú eres mi padre.

—Sí.

—No sé a dónde ir... Soy muy desgraciada, querría morirme.

—Cuéntame qué pasa.

—Creo que estoy embarazada, papá...

Era la primera vez que Leonardo oía a su hija llamarle papá. No se lo esperaba de sí mismo pero se emocionó. Se levantó y sacó una botella de aguardiente. Se puso una copa y fue él quien encendió un cigarrillo del paquete de su hija.

—¿Embarazada? Pero si eres una cría. Aunque no me extraña: en el ambiente en el que te has criado...

Irenita lloró. Sollozaba lastimosamente, toda su experiencia como mujer se debilitó tanto que se esfumó y de nuevo fue solamente una niña que buscaba protección en su padre, un padre desconocido, tal vez no amado pero clavado a martillazos en algún remoto lugar de sus entrañas, muy cerca de la minúscula vida que albergaba ahora.

Un poco antes de las ocho de la mañana llegó Irene Encinasola a Sonora. Llamó un par de veces a la puerta y Leonardo le abrió. Ella pasó sin decir nada y le miró como si él fuera el culpable de todo lo que había sucedido. La casa olía a café y aguardiente, y olía a su hija. Antes de que ella le preguntara nada él le dijo bajando los ojos que la niña estaba arriba.

—¿Ahora cierras la puerta por la noche?

—Si está la niña, sí.

—¿La niña? Qué gracia, qué poco conoces a tu propia hija, hace tres años que no es ninguna niña.

—Es evidente que una niña no se queda embarazada.

Irene cerró los ojos. No lo sabía. Sus cartas cantaron tantas cosas, y tan repetitivas, que no podían engañarla, pero su actitud como mujer había tomado la forma de una capucha negra donde ella metía su cabeza, sus pensamientos y sus deberes. Durante unos minutos no dijo nada más, se levantó, fue a la cocina y se sirvió un vaso de café. Estaba a punto de derrumbarse, sentía un montón de botellitas vacías que alguien arrojaba a la pared de su corazón, como hizo ella con el Casino Vidrieras, y allí estallaban, se rompían y llenaban cada una de sus venas de cristalitos que la cortaban y la hacían sufrir, pero no lo hizo, no lloró, irguió cuanto pudo la cabeza y le miró directamente a los ojos. No había venido buscándolo a él, sino a su hija. Por una vez venía vestida de una forma discreta, sin maquillar y con el pelo

liso, no quería parecer una señora sino una madre, así que antes de que Leonardo dijera nada más fue ella quien habló:

—Habrás que hacer algo. No podemos permitir que nuestra hija sufra más. Hablaré con ella, la pondré en manos de los mejores médicos, conozco a gente que puede arreglar estos asuntos si es que de verdad está embarazada.

—Siempre tan persuasiva, tan directa... no has cambiado mucho.

—No he venido aquí para hablar de mis asuntos sino de los asuntos de nuestra hija, quiero que lo entiendas, ya te he dicho que hablaré con ella en cuanto se levante, y a mediodía nos iremos a Madrid.

—A Madrid —repitió Leonardo.

—Sí, a Madrid, ahí aparcado tengo mi coche, ella es de Madrid, pertenece a Madrid y allí debe vivir, ¿crees que estaría mejor en este pueblucho, con un padre medio loco, medio borracho y probablemente medio hombre?

Leonardo dio un manotazo en la mesa.

—Ya está bien, Irene Encinasola, ¿a qué has venido, a llevarte a la niña, a desembarazarla? Si todo es tan fácil para ti dime por qué se ha fugado de tus dominios y se llegó hasta aquí, buscando refugio, protección. ¡Y el cariño que seguramente no le das! ¿No tienes bastante con la paga que te ingreso cada mes para ella? Claro... eso no te da para comprarte esos vestidos ceñidos que te pones todas las noches, porque todas las noches son fiesta en Madrid, ¿verdad?, pues ahí arriba tienes el resultado... Una niña, lloriqueando y mocosa, que no levanta un palmo del suelo, que no tiene ni tetas... embarazada por algún niño de Madrid, sabe Dios en qué rincón podrido de ese lupanar donde os movéis como peces en el agua, sabe Dios si hasta en tu misma cama. Ella me da pena, pero tú Irene Encinasola me das asco, quiero que lo sepas.

—Mira qué padre...

Leonardo se levantó y la señaló amenazante con el índice.

—¿Padre? Soy padre porque mi corazón me lo dice, no porque me lo diga mi cabeza, a decir verdad no me extraña que todo esto suceda con madres como tú o como esa hermana tuya, la María del Eco... sois todas iguales, la única que hubiera podido ser una buena madre no puede tener hijos, Beatriz, la menos favorecida por la belleza, la más seria y la más pobre, pero ahora comprendo que ha sido y es la mejor de todas vosotras. Mala ralea os corre desde el nacimiento, mala sangre y malas acciones. Ahí tenéis esa casa que se os cae a pedazos, firmar el contrato de venta fue firmar la

destrucción de sus paredes, pero ojalá no se derrumbe nunca, permanecerá como un monumento a la promiscuidad, a la indecencia y a todos y a todas los que se apelliden Encinasola.

—En esa casa fuimos felices...

—¿Felices? Tú... que estás acostumbrada a ser feliz, pero ¿qué felicidad?, ¿la del furor uterino, la del orgasmo exagerado, la del cambio cotidiano de pareja... la de la vida fácil y hedionda?

—Eres un hijo de puta.

—Para puta tu madre... Y tú, y quién sabe si tu hija.

Ninguno dijo una palabra más. Los dos miraron la escalera que subía a las habitaciones. Irenita estaba allí, llorando en silencio, oía discutir a sus padres y se echaba las manos a la cara y a cambio de eso sólo diminutos quejidos podían salir de ella, más que de dolor de pena, de soledad y de vergüenza.

—Hija... Cariño...

No se marcharon a Madrid al mediodía, como aseguró Irene, sino al siguiente. Toda la tarde estuvieron atentos a su hija, intentando darle ánimos, sacando lo mejor de sí mismos y afrontando el problema cara a cara. Desde el momento en que apareció Irenita llorando en la escalera un súbito pacto de culpa y silencio quedó firmado entre sus padres. Almorzaron los tres juntos, fiambres y pan redondo, pasearon por las tuneras y por los chopos, fueron al cementerio a llevar unas flores a Fausto y Alma Cándida, y el calorcillo de aquella tarde domesticó la arrogancia que se había desprendido del nerviosismo, lógico en un trance como este, y había transformado en adjetivos suaves y verbos cariñosos tanto la falta de escrúpulos como la sobra de palabras hirientes.

Abandonaron el camposanto por la puerta del oeste, la que casi nunca se abría por cosa de las alimañas, y siguiendo la vereda que parte de la cancela llegaron al osario de pájaros de Rosarinho. Irenita se detuvo y lo contempló: todavía estaban allí las tumbitas alineadas.

— Rosarinho viene a menudo por Sonora... —afirmó Leonardo con nostalgia. Casi todas sus vacaciones las pasa aquí: estudia mejor, se concentra... y eso le hace bien... desde que murió don Miguel él cree que yo me encuentro más solo.

—¿Qué es esto? —preguntó Irene agachándose para ver de cerca el singular mortuorio.

—Rosarinho entierra pajarillos —respondió su hija—. Es la mejor persona que he conocido, aunque haga cinco años que no le veo. Espero que le vaya bien toda su vida.

—¿Por qué no le iba a ir bien? —le preguntó Irene al tiempo que se levantaba; entonces miró al cielo y sonrió—. ¿No os he contado que las cartas también me hablaron de él, de Rosarinho? Y me han dicho que es

bueno, que tiene un espíritu blanco y que será un gran hombre.

—Mi hijo también lo será... —aseguró Irenita.

—¿Cómo? —preguntó su madre.

—Que mi hijo nacerá, mamá... y papá... —Miró a su padre, después se arrodilló enfrente de las tumbitas y cruzó los dedos.

—Supongo que no hablarás en serio.

—Totalmente en serio, mamá, y si tú no lo haces mi padre me ayudará.

Leonardo abrió los brazos y las manos... No supo qué decir, él no había hablado de ese tema tan afilado con su hija, y más bien mostraba la certeza de lo contrario.

—Eres muy joven, cariño, vas a destrozarte tu vida, tus estudios, ¿es que no lo entiendes? Yo estaré contigo en todo momento, todo saldrá bien, confía en mí...

—¿Confiar en ti? Hace tiempo que pasó aquella luna de Sagitario, mamá.

Poco más se dijeron. Pareciera que el silencio hubiese caído en forma de losa encima de los tres. Nadie preguntó nada más, y se quedaron mirando las tumbitas de jilgueros, como si aquello fuera lo más importante que podían tener delante de los ojos. Leonardo le dijo a su hija que siempre estaría dispuesto para ella, para lo que hiciera falta, y que aquí en Sonora tenía una casa y un padre con buchaca. Al día siguiente partieron las dos a Madrid. El embarazo de Irenita, y su decisión final de dar a luz, lejos de unir a la familia de Madrid la separó.

Rafael habló con su hermano cuando se enteró de lo ocurrido, pero no pareció darle demasiada importancia, era un hombre cada vez más ocupado y cada vez más lejos hasta de su mujer, así que Leonardo tampoco se la dio y vio en aquel alejamiento una posibilidad para que su hija encauzara su vida de un manera más recta, más discreta y menos millonaria, si es que podía ser posible. A partir del embarazo Irene Encinasola dejó de asistir a La Oropéndola y su hija dejó estancado su bachillerato, así que madre e hija compartieron juntas todo el tiempo posible. El vientre de Irenita se fue hinchando, picudo como un melón, y su pelo fue creciendo, parecía una mujer de verdad, había adquirido a una temprana edad, casi de un día para otro, todas las formas que la belleza dispone para la mujer que va a tener un hijo.

—Bueno —le dijo su madre una tarde mientras miraba el informe de la última ecografía —, por lo menos ya sabemos que va a ser una niña. Así que

tendrás que buscar un nuevo nombre, ya no podrá llevar el de ese padre que dices que tiene y del que nunca quieres hablar.

Irenita cerró los ojos al tiempo que sostenía entre las manos el informe médico.

—Se llamará Faustina.

Su madre no lo esperaba. Aunque no fumaba delante de su hija en tan avanzado estado de gestación encendió un cigarrillo y se sirvió una copa de ginebra.

—¿Faustina? ¿Por qué Faustina?

—Me gusta ese nombre...

—¿Es porque lo leíste en el cementerio del pueblo?

—Sí. ¿Tú llegaste a ver a esa Faustina, mamá?

Irene exhaló con parsimonia una calada, apartó los ojos de su hija y los desvió a la ventana de su casa.

—No... no la conocí... creo que nació muerta... o que murió el día que Fausto Saldaña la llevó al pueblo. Pero no la vi, no... Tu padre sí la vio, al fin y al cabo era su hermana.

Irene cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué te ocurre, mamá?

—No sé... me ha dado un escalofrío.

—Con un poco de suerte mi hija nacerá el mismo día que yo.

—Sí... —apagó el cigarrillo y terminó de cerrar la ventana. Caía la noche.

No nació el mismo día, pero sí el mismo mes, en diciembre, si se puede llamar nacer a alguien que lo hace sin vida. El parto fue terrible y difícil, le practicaron una cesárea para sacarle a una criatura muerta de su vientre, ni siquiera llegó a oír su llanto, ni a verle los ojos abiertos. A partir de aquel suceso Irenita Saldaña Encinasola no fue la misma; acababa de cumplir los dieciséis años pero los últimos meses habían desmenuzado tanto contenido de su vida como si hubieran sido lustros. Las lágrimas no lograban expresar el intenso dolor que sentía dentro de sí. Hicieron todo lo posible para que el cadaverito fuese trasladado al cementerio de Sonora, pero el mal estado de la joven madre y la extensa burocracia no lo permitieron de momento, así que fue enterrada provisionalmente en La Almudena. Todavía habló Irenita con su padre, que lloró por teléfono al conocer la noticia, y le prometió a su hija, de todo corazón, que mandaría grabar el nombre de la niña en la losa de la

tumba de los Saldaña. Y así lo hizo, Toledano el marmolista aprovechó la banda de piedra virgen que quedaba y lo grabó, con una sola fecha: Faustina, 1982. Leonardo le llevó flores azules, aunque el cadáver nunca estuvo allí.